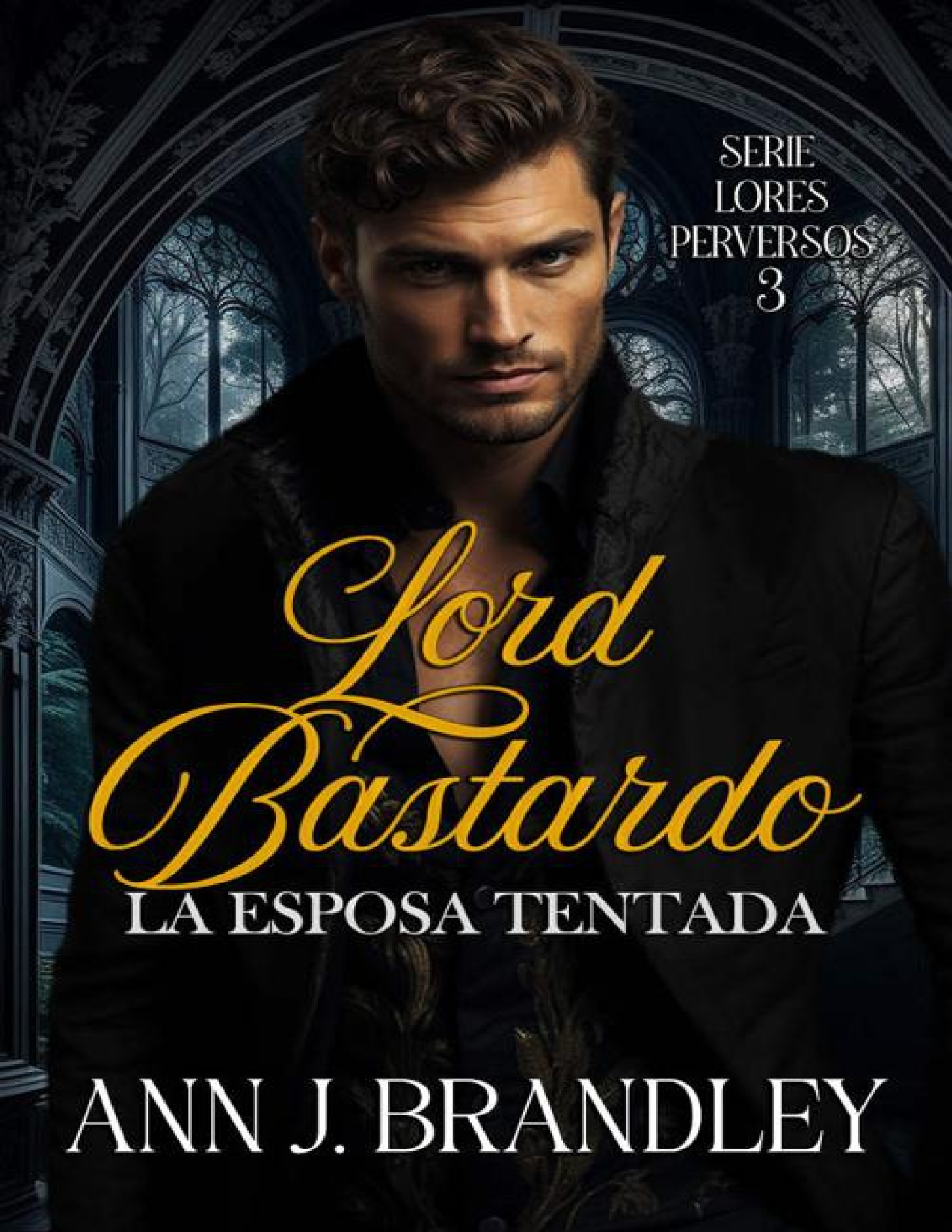

SERIE
LORES
PERVERSOS
3
Lord
Bastardo
LA ESPOSA TENTADA
ANN J. BRANDLEY

Lord Bastardo

LA ESPOSA TENTADA

ANN J. BRANDLEY



Copyright 2024 de Ann J. Brandley

- Todos los derechos reservados –

Romance Histórico

Libros de Afrodita



Vendería su virtud a cambio de salvar la vida de su padre. Pero no contaba con enamorarse del mayor libertino de Londres.

Cuando por culpa de una deuda la vida de su padre está en peligro, a Madelaine solo le queda una opción. Pedir clemencia a Lord Bastardo. Un hombre conocido por su frialdad y sus oscuros deseos.

A cambio, él le pide unas noches de pasión donde Madelaine tendrá que someterse a sus deseos. Pero algo surge entre ellos que la tienta y hace que desee algo más, hasta que el plazo termina y él desaparece.

Una eternidad de deseo

Dante Tremont, también conocido como Lord Bastardo, no puede creer los profundos sentimientos que la inocente Madelaine despierta en él. Aturdido, decide acabar con su anterior vida, pero alguien le traiciona y acaba preso en un barco con rumbo incierto.

Años después regresa en busca del responsable y de la mujer que todavía atormenta sus sueños. Pero… ¿y si el culpable es alguien cercano a Madelaine? ¿Destruirá el único amor lo suficientemente poderoso como para liberar su corazón atormentado?

Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Epílogo

Próxima serie de la autora

Notas

Capítulo 1

Cornualles, noviembre de 1810

Madelaine contemplaba los monótonos muros de piedra de Fernhill, aferrando la capa contra su cuerpo con dedos helados, sensibles al frío de finales de noviembre.

Todo el mundo decía que el amo de Fernhill tenía un corazón tan negro y vacío como las fosas del infierno. Que era frío y despiadado. Que haber crecido como el hijo vil de un duque —por muy mimado que hubiera estado por la riqueza del padre, que lo había reconocido—, lo había hecho un ser duro y amargado.

Madelaine eligió creer que había algo bueno en él. En alguna parte. En la casa, un reloj dio las once. Susurrando una oración en voz baja, inició el largo y solitario camino por el sinuoso sendero de entrada a la imponente mansión.

Dante Tremont se reclinó en el sillón acolchado cerca del fuego, con una copa de fino brandy francés en la mano. Miraba fijamente las llamas, con la mente puesta en el próximo amanecer. El gran anillo de rubí que había en su dedo brilló cuando se llevó la copa a los labios.

Estaba cansado de las citas al amanecer.

Con los ojos perdidos en la contemplación de las llamas, dio un trago a su brandy y se

recostó contra los mullidos cojines color burdeos del sillón. En cada encuentro que tenía de madrugada ocurría lo mismo. Se presentaba. Disparaba. Ganaba el duelo. Nunca cambiaba nada.

Tal vez debería contratar a alguien para que se ocupara de los duelos por él. Al menos así, el resultado no sería siempre tan seguro. Con una risita oscura, vació el vaso.

Sonó un golpe en la puerta. Frunció el ceño. Los criados sabían que prefería que lo dejaran con sus pensamientos la noche antes de un duelo.

—¡Maldita sea!

La puerta crujió al abrirse para revelar el rostro vacilante de su mayordomo, Pearson.

—Disculpe, señor, pero hay una dama que desea verlo.

—¿Una dama? —bromeó—. Nunca lo había visto referirse a Charlotte como una dama.

El mayordomo sonrió ante la referencia a la amante de Dante.

—No es la señora Benson, señor. Es una dama, una joven. Se niega a dar su nombre.

—¿De veras? —Arqueando una gruesa ceja negra, Dante volvió a llenar su vaso vacío de la jarra que había sobre la mesa a su lado—. Bueno, no vemos a muchas damas en Fernhill, ¿verdad, Pearson? —Tapó la jarra—. Hágala pasar.

—Como desee, señor.

El mayordomo se retiró, y un momento después una mujer entró en la habitación, con los rasgos ensombrecidos por la capucha en tonos azul oscuro que llevaba sobre la cabeza. Solo pudo ver sus manos pálidas, donde agarraba la prenda con dedos tensos. Miró a su alrededor y un rizo bruñido asomó por debajo de la capucha.

Atrapado por la curiosidad, Dante se puso lentamente en pie.

Ella dio un paso atrás y él tuvo que sonreír. Su tamaño a menudo intimidaba a la gente; lo había ayudado mucho en su juventud, cuando los niños bien nacidos del colegio se habían

dedicado a molestar al hijo bastardo del duque de Wilnington. Se había ganado su respeto con su enorme estatura y sus puños de acero.

Y también el miedo que ellos le tenían.

Pero no quería que esta misteriosa joven le tuviera miedo. Todo lo contrario.

Hizo una reverencia.

—Soy Dante Tremont. ¿En qué puedo servirle?

Él percibió su vacilación en la quietud de su cuerpo. Entonces, ella aflojó lentamente el agarre de su capa y alargó la mano para apartar la capucha.

El deseo se presentó como una flecha.

Su cabello, del tono de la cálida miel, brillaba a la luz del fuego, y su belleza no se veía disminuida por el sedado nudo que llevaba en la cabeza. Delicados rizos barrían sus pequeñas orejas y se burlaban de su cuello. Sus mejillas, suavemente curvadas, tenían un delicado tono melocotón, como el interior de una orquídea, y parecían suaves como pétalos.

Por encima de la ligera hendidura de su barbilla, sus labios, carnosos y exuberantes, captaron su atención, trayéndole a la mente todo tipo de imágenes lujuriosas que implicaban la boca de aquella sirena en diversas partes de su cuerpo. Su interior se tensó de forma inmediata, y levantó la mirada para encontrarse con la de ella, esperando que su rostro manifestara algún reconocimiento de la atracción. Unos exóticos ojos verdes, rodeados de pestañas de punta dorada, lo observaban con inquebrantable cautela.

Detenido por esta repentina —pero no inoportuna— oleada de lujuria, le dedicó su sonrisa más sincera.

—De nuevo, encantadora dama, ¿en qué puedo servirle?

O ella era demasiado inocente para entender la insinuación o simplemente la ignoró.

—He venido a hablarle de un asunto de gran urgencia, señor Tremont.

—¿De veras? —Barrió con una mano hacia la otra silla—. Siéntese, para que podamos discutir este asunto urgente cómodamente.

Ella vaciló una vez más, observándolo, como si pudiera abalanzarse sobre ella en cualquier momento.

Una chica lista.

Él sonrió de nuevo.

—Por favor, siéntese.

Sin dejar de mirarlo de reojo, pasó junto a él para sentarse en la silla. Al pasar, él le puso las manos sobre los hombros. Ella jadeó alarmada y se giró para mirarlo, dejando su capa colgando de los dedos.

Eso era lo que él había pretendido.

—¿Puedo coger su capa? —preguntó, todo un anfitrión simpático. Ella tragó saliva y asintió levemente.

—Sí, gracias.

Se dio la vuelta para dejarle la capa en un sofá cercano y la sonrisa desapareció de su rostro. Dios mío, tenía un cuerpo hecho para las manos de un hombre. Para sus manos.

Volviéndose hacia ella, le hizo un gesto para que se sentara. Cuando ella se movió para obedecerle, él cerró los ojos, atormentado, por la visión de ella desde atrás. El primoroso vestido verde con delicados bordados alrededor del modesto escote y el dobladillo no podía disimular su generoso pecho, su esbelta cintura ni su trasero, exuberantemente curvado.

Apretó las manos para impedir alcanzarla. Estaba hecha para el sexo.

Se encaramó al borde de la silla como una joven novicia, con las manos cruzadas sobre el

regazo.

—Gracias por recibirme, señor Tremont.

—Es un gran placer, se lo aseguro.

Obligó a sus dedos a relajarse y tomó asiento. Como no podía acariciar su piel, en su lugar pasó las manos por el suave tapizado de brocado del sillón.

—Sin embargo, no puedo evitar preguntarme qué asunto puede ser tan urgente como para que una encantadora dama como usted se tome su reputación a la ligera y llame a un hombre en mitad de la noche.

Se sonrojó.

—Me doy cuenta de que mi comportamiento es increíblemente indecoroso, señor, pero solo la más grave de las circunstancias me llevaría a semejante giro.

Él asintió en señal de comprensión.

—Por supuesto.

Ella respiró hondo, y al hacerlo le regaló una visión completa y placentera de sus magníficos pechos. Luego dijo:

—Me llamo Madelaine Prescott. He venido a suplicar por la vida de Lord Bellingham.

El cambio que recorrió sus facciones la dejó atónita.

—Ya veo —dijo él con tono gélido—. ¿Es usted su esposa, entonces?

Ella levantó la barbilla con orgullo, aunque le temblaban los dedos.

—Su hija.

Una sonrisa lenta y perversa separó sus labios, y sus ojos oscuros brillaron con interés.

Madelaine tembló, pero se mantuvo firme. Había sabido que esto sería difícil. Dante

Tremont no parecía el tipo de hombre que perdonara fácilmente. Todo en él la intimidaba: desde su gran estatura hasta el aspecto tan descarado y sensual de sus facciones. Sus anchos hombros apenas cabían en la silla y sus grandes manos parecían capaces de aplastar piedra. Sus ojos castaños oscuros, sus espesas cejas negras y su orgullosa nariz romana debían de ser herencia de su madre francesa, ya que no se parecía en nada a su padre, el rubio duque de Wilnington.

Se rumoreaba que era aterradoramente inteligente, devastadoramente encantador cuando quería y un tirador de primera.

Era esto último lo que preocupaba a Madelaine.

Su padre, lord Bellingham, se había jugado hasta el último penique que tenían, y la mayor parte de sus fichas pertenecían a este hombre, Dante Tremont.

Presa del pánico por la suma que había perdido en su última partida, su padre acusó tonta e injustamente a Tremont de ser un tramposo y por ello se vio obligado a asistir, a primera hora de la mañana, a una cita con el mortífero tirador en torno a un juego de pistolas de duelo.

Ella no podría... no lo haría... dejar que eso ocurriera.

—Su padre me debe una gran suma de dinero. —Cogió un vaso de licor de la mesa que tenía a su lado y bebió un sorbo, observándola por encima del borde.

Mantuvo la postura orgullosa que su madre le había enseñado.

—Soy consciente de ello, señor Tremont.

—También me insultó. —Volvió a colocar el vaso sobre la mesa con un pequeño chasquido—. Me llamó tramposo.

—Le envió una disculpa. —No pudo ocultar el reproche en su voz—. Un caballero la aceptaría.

—En efecto. —La diversión asomó a su rostro—. Un caballero lo haría. Pero usted y yo

sabemos que no soy un caballero, señorita Prescott.

Levantó la barbilla otra vez.

—Un caballero es quien se comporta como un caballero.

—Basta —concluyó con una sonrisa cómplice en los labios. La estudió durante un largo momento antes de volver a coger su copa.

El corazón de Madelaine se hundió, pero se negó a dejar traslucir su miedo.

—¿Significa eso que todavía tiene intención de reunirse con él?

—Eso depende.

—¿De qué?

—Depende de usted. —Su profundo ronroneo provocó inesperadas ondulaciones en lo más bajo de su vientre.

—¿De verdad? —ella le devolvió la burla—. ¿En qué sentido? Supongo que no espera que me reúna con usted para una cita al amanecer.

Él se rio entre dientes.

—Podría, señorita Prescott, si se quedara a pasar la noche.

El color se apoderó de sus mejillas.

—No soy una...

—No hay nada en absoluto de lo que alarmarse, querida. Su belleza es bastante impecable. Y su amor por su padre... bastante conmovedor.

—Y mi fortuna es bastante inexistente —espetó ella—. No puedo pagarle.

—Oh, puede pagarme, pero quizás no con la moneda que esperaba.

Ella se puso en pie.

—No me gustan sus insinuaciones, señor Tremont. ¿Aceptará las disculpas de mi padre o no?

Se golpeó la barbilla con un dedo.

—Puede que sí. Pero aún queda el asunto de la deuda.

Ella apartó la mirada de su semblante engreído.

—Lo sé.

—Vamos. —Se puso de pie, su gran altura bloqueando la luz del fuego—. ¿De verdad es tan terrible mi sugerencia? Piense en su padre. Piense en el peso que le quitaría a las arcas de su familia si usted y yo llegáramos a un acuerdo.

Ella lo miró fijamente a los ojos.

—El peso, simplemente, se trasladaría a mi cuenta, señor Tremont. De todas formas, el coste es elevado.

—La deuda es muy elevada —convino él—. Pero ¿qué precio le pone usted a la vida de su padre? —le preguntó.

Se quedó con la boca abierta.

—¡Dijo que aceptaría sus disculpas! —exclamó.

Levantó un dedo.

—Dije que podría. No hay nada decidido. En este momento, su padre todavía me debe una cantidad elevada de dinero, y podría perdonarla por una velada de placer.

—Soy una dama, señor Tremont, no una bailarina de ópera. Le agradecería que cuidase sus modales.

—Me temo que nunca cuido mis modales. —Hizo un gesto con el vaso—. Ahí está la puerta, si quiere.

Se sintió tentada.

—Estábamos hablando de mi padre y de la cantidad de dinero que le debe.

—¿Lo estábamos? —dijo con una carcajada, vació el vaso y lo volvió a dejar sobre la mesa —. Su padre me debe tres mil libras, querida niña. ¿Cómo piensa pagarlas?

—¡Tres mil libras! —Ella palideció. ¿Cómo era posible que fueran tantas? Él esperó.

—¿Y bien? —preguntó él.

—Tengo dinero, pero no el suficiente —admitió ella, forzando las palabras a través de una garganta que se había vuelto repentinamente tensa—. Esperaba que no fuera una suma tan grande.

—Odio decepcionar a una mujer —dijo él, alzando las cejas—, pero tengo sus iniciales, por si quiere verlas por sí misma.

Ella agitó una mano en señal de derrota.

—No, gracias, señor Tremont. Le creo.

—No debería hacerlo tan fácilmente, señorita Prescott, pues soy bastante conocido por mi habilidad para farolear.

Ella exhaló un suspiro de alivio.

—¿Entonces esa no es la cantidad?

—Sí que es la cantidad —contestó él, sonriendo.

—Se está divirtiendo a mi costa —gruñó Madelaine, apretando las manos.

—Así es.

—¿No tiene conciencia, señor? ¿Tiene que burlarse de mí?

—Al contrario.

La miró de arriba abajo.

Sacó su reloj de bolsillo y comprobó la hora: aproximadamente siete horas. Cerró el reloj con un firme chasquido.

Ella solo pudo mirarlo asombrada.

—Trata la situación a la ligera, señor Tremont. ¿Tan fácil le resulta quitarse la vida?

Él se encogió de hombros.

—No es mi primer duelo.

Se apartó de él.

—¿La vida de mi padre o mi inocencia? ¿Es ese el trato que propone? —preguntó ella.

—No lo había pensado así, pero sí, supongo que lo es.

Ella se giró hacia él, indignada de que aquel hombre tuviera el poder de reorganizar los elementos de su vida como un niño lo haría con sus soldaditos de juguete.

—Me está pidiendo que me arruine por usted.

Él frunció el ceño.

—No lo piense así. Desde luego, no quiero que se arruine. Y no es por mí, es por su padre.

Tanteó los hechos con los dedos.

—Sean cuales sean las bonitas palabras que le ponga, señor Tremont, ambos sabemos que una noche con usted será mi ruina a los ojos de la sociedad.

—Eso no es del todo cierto.

—¿Qué no es del todo cierto?

—No sería solo por una noche.

—¿Qué quiere decir con eso? —Levantó una mano para eludir otro comentario simplista —. No se ande con rodeos, señor. Dígame exactamente lo que me pide.

Él le dedicó una sonrisa que a ella le dieron ganas de abofetearle la cara.

—Mi querida señorita Prescott, por muy hermosa que sea, difícilmente puede esperar que una noche con una virgen me compense tanto por mi honor perdido como por tres mil libras.

—¡Su honor perdido!

—Creo que tres noches deberían bastar, una por cada mil libras que me debe su padre. —Extendió la mano para trazar un rizo suelto junto a su oreja—. Y la vida de su padre estará incluida en el trato.

—¡Tres noches!

—Tres noches. Tómelo o déjelo.

Una mirada a su dura expresión le dijo que no tenía elección. No había suficiente dinero para pagar la deuda; los juegos de azar de su padre se lo habían gastado todo. Y ella sabía que su sacrificio era la única manera de que Tremont renunciara al duelo.

Apretó los ojos contra las lágrimas que brotaron de repente.

—Muy bien, señor Tremont. Tiene un trato.

—No hace falta que suene como si fuera una sentencia de muerte. —Aferró con el pulgar una lágrima solitaria que se le escapaba por la mejilla—. Pienso asegurarme de que disfrute de su tiempo conmigo, querida. Sé cómo ser amable.

Ella se apartó de su tacto.

—Yo también tengo condiciones para este trato que hacemos, señor Tremont. Si esto va a suceder, quiero que mis visitas aquí permanezcan en secreto. Nadie debe saberlo. Nadie.

Frunció los labios, pensativo, y luego se encogió de hombros.

—No tengo nada que ganar destruyendo su reputación. Mientras cumpla con su parte y comparta mi cama durante tres noches, no tengo ningún interés en hacer publicidad de nuestro affaire.

Ella hizo un gesto de dolor al oír la palabra «affaire». Al menos, él no intentaba disfrazar lo que estaba ocurriendo con un montón de promesas vacías y mentiras hábiles.

Era honesto hasta la franqueza. No hablarían de amor ni de corazones rotos. Ambos sabían a qué atenerse.

Ella le tendió la mano.

—¿Estamos de acuerdo en todos los términos, señor Tremont?

Él le cogió la mano y ella observó con un extraño escalofrío cómo sus dedos se tragaban los de él.

—Yo añadiría un término más. Debes llamarme Dante si vamos a ser amantes.

—Dante —dijo ella con un movimiento de cabeza—. Yo soy Madelaine.

Se acercó más y ella se obligó a no retroceder.

Tenía que acostumbrarse a él si quería que esto funcionara. No quería que él cambiara de opinión y recordara la deuda. O, que el cielo la ayudara, recordara el duelo.

Pero él era tan grande. Tan masculino, de una forma que le revolvía el estómago. Su cuerpo parecía zumbar de conciencia cuando él se acercaba más. No le gustaba. No podía controlarlo.

Él le acarició la cara con la mano.

—Sellemos nuestro trato con un beso, dulce Madelaine.

Ella se resistió.

—Por favor, no pienses que pretendo renegar —susurró, notando el ceño fruncido que se

dibujó en su rostro—, pero quedarme esta noche es imposible. Tu aceptación de las disculpas de mi padre seguramente causará un alboroto en casa y me echarán de menos.

—Solo un beso —aceptó él—, como recompensa por la buena salud continuada de tu padre.

Ella entrecerró los ojos.

—Siga en esa línea, señor Tremont, y se arriesga a que le muerda el labio.

Sus ojos oscuros brillaron con diversión.

—¿Crees que semejante amenaza me disuade? Estoy deseando ver adónde nos lleva esa ardiente pasión tuya.

—Eres lo más... —Las palabras se le escaparon cuando bajó su boca hasta la de ella.

Dulce Señor de los Cielos.

Ella se aferró a sus brazos con dedos desesperados mientras el calor de su beso burbujeaba a través de ella. Cada hueso de su cuerpo se derritió y juró que podía oír su sangre chisporrotear. Sus grandes manos subieron por su espalda y la instaron a acercarse a su boca hábil y apasionada. Su cuerpo sabía que estaba en manos de un maestro.

Ya la habían besado antes. Sí, una vez. Pero el rápido picotazo en la boca de su primo segundo cuatro años atrás no podía compararse con el infierno que estalló en su interior cuando Dante Tremont devastó sus sentidos con un solo roce de su boca.

—¿Aún tienes intención de morderme? —bromeó él, mientras sus labios apenas rozaban los de ella al hablar—. ¿O tal vez debería morderte yo?

La antigua amenaza le pareció entonces asombrosamente erótica. Se quedó sin habla y solo pudo emitir un pequeño sonido de súplica cuando él rozó de forma burlona con sus dientes su sensible boca.

—Dímelo —le exigió—. Dilo.

—Sí. —Apenas había exhalado la palabra cuando él le tomó despacio el labio inferior entre los dientes. El pensamiento racional se esfumó. Ella se aferró a él y se rindió a su habilidad. Su cuerpo, un instrumento vibrante y palpitante, perdido ante el toque de un virtuoso.

Él rompió el beso, alisando las manos sobre su espalda para tranquilizarla mientras ella luchaba por respirar y mantener el equilibrio.

—Todo irá bien entre nosotros, Madelaine —murmuró, dejando un suave beso en su sien —. Ya lo verás.

Con manos temblorosas, se zafó de sus brazos. Su mente daba vueltas con las lecciones que él le había enseñado en el espacio de apenas unos instantes. ¿Cómo podría pasar tres noches en su cama y seguir siendo la misma persona?

Pero un trato era un trato. Y la vida de su padre dependía de ello.

—Tengo que irme a casa —dijo, buscando su capa.

Él la recogió de la silla y luego la ayudó con ternura a ponérsela sobre los hombros. Le sonrió mientras le colocaba la capucha en su sitio.

—Mi carruaje te llevará a casa.

—No, sabrán que me he ido.

La calló con un dedo en los labios.

—Confía en mí —le dijo—. Mi personal está bien versado en la discreción.

Ella se puso rígida ante el recordatorio.

—Si es así, entonces acepto el ofrecimiento de su carruaje, señor Tremont. Está muy oscuro a estas horas de la noche.

—Lo enviaré a buscarte mañana a las once de la noche —dijo él—. El conductor te

recogerá en el mismo lugar donde te deje esta noche.

Ella asintió y se dio la vuelta, pero él la detuvo con una mano en el brazo. Ella levantó la mirada hacia la suya. Sus ojos se clavaron en los suyos, serios con un toque de amenaza.

—No faltes a tu palabra, Madelaine, o tendré que faltar a la mía. No tengo ningún reparo en ir a casa de tu padre y exigir lo que has prometido.

Ella se apartó bruscamente de su contacto y lo miró fría.

—No tema, señor Tremont. Mantendré mi parte del trato. —Se ciñó más la capa—. Encárguese de mantener la suya.

Salió de la habitación. Era la única mujer que había dejado sin habla a Dante Tremont.

Capítulo 2

—Ja, ja. —Lord Bellingham golpeó la mesa con la mano. El traqueteo de los platos hizo saltar a Madelaine—. Te dije que todo saldría bien, ¿no? Te dije que aceptaría mi carta de disculpa.

—Así fue. —Madelaine cogió una rebanada de pan y la untó con mantequilla.

—Llegó anoche, después de que estuvieras en la cama. —Su padre empezó a cortar su salchicha—. No quería despertarte, pero apuesto a que te alegró ver que tu querido papá estaba vivo y bien esta mañana.

—Y gracias al cielo por ello. —Se le apretó el estómago y dejó el trozo de pan sin tocar en el plato, junto con el resto de su desayuno—. No habría sabido qué hacer sin ti, papá.

—¡Tonterías, jovencita! Tarde o temprano te casarás y ya no tendrás que cuidar de mí.

—Entonces, ¿quién cuidará de ti? —Ella intentó sonreírle.

—No te preocupes por mí. El deber de una mujer es casarse y punto. Una vez que tengas esa temporada, habrá muchos jóvenes husmeando, de eso estoy segura.

—Quizá conozca a alguien de por aquí —dijo ella, intentando apartar de su mente la ridícula idea de una temporada en Londres. —Así, podré estar cerca de ti.

—Tal vez—. Su expresión se ensombreció. —Siempre y cuando no sea alguien como ese Lofton.

—Lofton está casado, papá.

El barón resopló.

—Sí, lo está, pero eso no le impide andar por ahí poniéndote ojitos de becerro, ¿verdad? Las intenciones de ese hombre están lejos de ser honorables y quiero que te mantengas alejada de él.

—Sí, papá.

—Lo digo en serio, Madelaine. Eres una chica hermosa, pero sin una fortuna detrás no atraerás a la alta sociedad. No, aparte de tu aspecto y tus dulces maneras, solo tienes tu reputación para recomendarte. Ten cuidado con ella.

—No estoy interesada en el terrateniente Lofton —dijo ella honesta.

—Bien.

Levantándose de la mesa, se inclinó para besarla, y, tras hacerlo, volvió a hablar.

—No hay nada por lo que debas preocuparte. Bien está lo que bien acaba.

—Pero me preocupo. —Dejó los cubiertos con un ruido metálico y clavó en su padre una mirada sobria. —Papá, estuviste muy cerca de que te mataran. Si el señor Tremont no hubiera aceptado tu carta de disculpa, ahora mismo estaría planeando tu funeral.

El barón rio.

—Mi suerte ha vuelto, niña, ¿no lo ves? Tremont nunca había aceptado una disculpa antes. Ha vuelto, te lo aseguro.

Ella miró su desayuno mientras luchaba con un destello de impaciencia.

—Ya, ya, no pongas esa cara. —Su padre alargó una mano regordeta para acariciarle el brazo—. Sé que estás decepcionada por no haber tenido nunca una temporada. Ahora que mi suerte ha vuelto, ¡tendré el dinero para eso en un tris!

—¡Papá, no necesito una temporada! Necesitamos comida y hacer reparaciones en la casa.

Leña. Sueldos para los sirvientes.

—Bah. —El barón se echó hacia atrás y su corpulento cuerpo hizo crujir la silla en señal de protesta—. Tenemos dinero suficiente para eso.

—No, no lo tenemos. Papá, si no dejas de jugar, me temo que pronto no tendremos qué comer.

—Ahora, pequeña, no dejaré que eso suceda. Ya lo sabes. —Le dedicó una sonrisa radiante —. Te llevaremos a Londres en primavera y allí conocerás a un buen marido. Te lo prometo.

—No tengo ningún deseo de casarme. —Madelaine se mordió el interior de la mejilla.

—Me voy a casa de Melton a jugar una o dos manos de whist.

Se quedó boquiabierta.

—¡Papá!

—Solo por deporte, querida—. Él le dedicó una sonrisa que no la tranquilizó del todo. —Volveré a tiempo para la cena.

Madelaine se giró en su silla cuando él empezó a salir de la habitación.

—Papá, por favor, no apuestes más dinero. No nos sobran los ahorros.

—No temas —dijo él, agitando una mano sin volverse—. ¡Tu padre lo tiene todo bajo control! —dijo, y abandonó la sala del desayuno.

Madelaine lo miró marchar con una sensación de hundimiento en el estómago. ¿Cómo podía irse tan alegre a jugar a casa de lord Melton después de todo lo que había pasado? Él no sabía nada del trato que ella había hecho, pero pensaba que escapar por los pelos del duelo con Dante le habría hecho entrar en razón.

Y si se enteraba de lo que ella había aceptado sacrificar para salvar su vida, retaría a Dante a un duelo por mancillar su honor y volverían a estar justo donde empezaron.

Con un gemido de consternación, se cubrió la cara con las manos. ¿No había nada que pudiera hacerle cambiar de opinión? ¿Qué haría ella si él se endeudaba más? El juego era como una enfermedad para su padre; no podía resistirse a las mesas. Ni siquiera trabajar aquí en el campo había ayudado.

Su obsesión los llevaría al asilo de pobres, o algo peor.

Sin apetito, tiró la arrugada servilleta al plato. Si papá tenía la intención de pasar el día jugando a las cartas en casa de lord Melton, estaba claro que ella debía asegurarse de que hubiera dinero suficiente para mantener la casa en caso de que perdiera, cosa que ocurría a menudo. Salió de la sala de desayunos y se dirigió a su cuarto de costura, arriba.

El cuarto de costura había sido en su día un pequeño dormitorio que Madelaine había reservado para su uso personal, y era allí donde pasaba las horas cosiendo para mantenerlos a todos alimentados. Por mucho que quisiera a su padre, encontraba frustrante su falta de sentido común cuando se trataba de cuidar de la familia. La mayoría de las veces, se sentía como si ella fuera el padre y él el hijo.

Ojalá su madre siguiera viva. Como hija de un vicario, la fuerte moral de su madre había mantenido a raya los pecados de su padre. Desde luego, papá no se había comportado así mientras ella vivía; solo después de su muerte se había encaprichado tanto con el juego. Los había llevado al borde de la pobreza por ello.

Por eso Madelaine había hecho un trato con Dante Tremont.

Una imagen del rostro de ojos oscuros de aquel hombre surgió en su mente, junto con la boca de aspecto pecaminoso curvada en una sonrisa sardónica. Un escalofrío le recorrió el cuerpo al pensar en esos ojos que la contemplarían mientras estuviera desnuda, pues estaba segura de que un fabricante de renombre como Tremont nunca aceptaría su solícita petición de hacerlo a oscuras. No le cabía duda de que él contemplaría con avidez sus atributos más íntimos, partes de su cuerpo que nadie, salvo su madre y su niñera, habían visto. No dudaba de que él la

tocaría en las partes más íntimas, le susurraría las proposiciones más eróticas y le haría las promesas más escandalosas sobre lo que le haría.

Y ella haría todo lo que él le pidiera si eso mantenía con vida a su padre.

Uno de los criados llamó a otro en el piso de abajo, sacándola de sus ensoñaciones. Con un sobresalto, se dio cuenta de que estaba apoyada contra la pared como si sus piernas no pudieran sostenerla, con la respiración agitada y el corazón acelerado. La sangre le subió a las mejillas. Dios santo, ¿y si alguien la veía?

Buscó a tientas la entrada de la sala de costura y la abrió de un empujón, metiéndose dentro y cerrando la puerta tras de sí. Apoyándose en la pared, se puso una mano sobre su corazón palpitante. ¿Cómo podía el mero pensamiento de un canalla como Dante Tremont haberla llevado a tal estado? ¡Era vergonzoso! Debería estar preparándose para la prueba de esa noche, no jadeando por ello como una novia ansiosa en su noche de bodas.

Todo era culpa de Lady Sarah, decidió, luchando por mantener la compostura. Su mejor amiga, recién casada con un Cole, había educado a la soltera Madelaine más de la cuenta sobre los secretos del lecho matrimonial. Si Sarah no le hubiera transmitido tan íntimos conocimientos, Madelaine no estaría ahora temblando ante la idea de compartir la cama con Dante Tremont.

Por otra parte, no estaba temblando de miedo. Al menos sabía lo que le esperaba.

Respirando hondo para calmarse, echó un vistazo a la habitación, reconfortada por la visión de su silla junto a la ventana y la familiar vista de la carretera a través de las cortinas. Cruzó hacia un baúl que había en un rincón.

Se arrodilló, levantó la tapa y sacó varias piezas de complejos bordados. Levantó uno a la luz del sol y admiró la uniformidad de las puntadas. Este siempre había sido su favorito y odiaba venderlo. Sin embargo, su talento para el bordado era lo único que se interponía entre su familia y la inanición. Con un suspiro, eligió dos piezas más y cerró la tapa del baúl. Tendría que empezar a trabajar en más piezas para reponer sus existencias. Mientras tanto, haría que su criada

las llevara al modisto local y vería cuánto le sacaban. Era la única forma honorable en que una dama bien nacida podía ganar dinero.

Aunque, después de esa noche, dudaba que pudiera volver a considerarse honorable.

Acudiría a Tremont durante las tres noches que le había exigido y se sometería a sus insinuaciones, pidiera lo que pidiera. Era un pago insuficiente por la vida de su padre o la supervivencia de su familia.

Aun así, siempre cabía la posibilidad de que él encontrara alguna pizca de decencia en su negro corazón y le ahorrara el calvario.



Tendría que ser delicado al principio, pensó Dante mientras pelaba la piel de la naranja. Después de todo, la chica era claramente virgen y él quería disfrutar a fondo de sus tres noches con ella.

Recostado en su silla, en la mesa del desayuno, separó las jugosas secciones interiores de la fruta y se metió una en la boca, saboreando el picante dulzor que estalló en su lengua mientras reflexionaba sobre su curso de acción. Quizá empezaría con una cena fría junto al fuego y un poco de vino. Así aliviaría sus nervios y calmaría sus temores. Las vírgenes tendían a ser un tanto asustadizas... o al menos eso había oído. Tenía tendencia a evitar raza esas mujeres, ya que normalmente venían con padres iracundos y madres calculadoras.

Pero no habría nada de eso con Madelaine. Era suya para hacer con ella lo que quisiera. Imágenes sensuales inundaron su cerebro, endurecieron su cuerpo y calentaron su sangre en cuestión de segundos. Apenas podía esperar a que cayera la noche.

Stavens eligió ese momento para entrar en la sala de desayunos.

—El señor Samuel Hellman —anunció.

Dante dejó caer su naranja sobre el plato cuando su mejor amigo entró en la habitación.

—Maldita sea, Samuel, ¿qué haces aquí? —le espetó.

Un hombre de pelo arenoso y delgado, impecablemente vestido con un abrigo verde botella y unos pantalones color ante, Samuel se sentó a la mesa con familiaridad.

—Recuerdas la fiesta de cartas de Melton, ¿verdad? Íbamos a ir esta tarde. Incluso me invitaste a quedarme aquí, en Fernhill.

Dante murmuró una maldición.

—¿Es esta noche?

Samuel levantó las cejas, mostrando una sonrisa maliciosa en sus penetrantes ojos color avellana.

—Supongo que has hecho otros planes.

—Los tenía. —Dante se encogió de hombros—. Me olvidé de Melton. Tenía otras cosas en la cabeza.

—Eso he oído. —Samuel alargó la mano y se sirvió un puñado de uvas—. Me detuve en el Lebrel y la Liebre, y corrió el chisme por la taberna de que Dante Tremont había suspendido un duelo.

—¿Y qué? —Dante frunció el ceño y cogió otro cuajo de naranja, mordiéndola con un chasquido de los dientes.

Samuel se rio entre dientes.

—Mi querido amigo, tú nunca suspendes un duelo, todo el mundo lo sabe. ¿Por qué lo has hecho esta vez?

Dante se encogió de hombros.

—Me apetecía.

—Ya veo —dijo Samuel. Divertido, se metió una uva en la boca. —Debe de ser muy guapa.

Dante se limitó a fulminarlo con la mirada.

—Vamos, no pierdas los nervios —le dijo su amigo. Su amigo levantó una mano en señal de rendición, con una sonrisa diabólica de oreja a oreja. —Los juegos de Melton suelen durar hasta bien entrada la noche. Me quedaré fuera hasta por la mañana, ¿te parece bien?

—Así es.

—Tan reservado —le espetó Samue—. Muy bien, si me escribes una carta de presentación, iré solo a casa de Melton y aliviaré a los caballeros de Cornualles de sus fortunas.

Dante frunció el ceño.

—¿Una carta? ¿Para qué?

La sonrisa de Samuel se volvió quebradiza por un instante.

—Mi querido Dante, sabes que sin tu augusta presencia, lord Melton no me permitirá llegar hasta el umbral de la puerta.

—Malditos estirados.

Samuel se encogió de hombros, apartando de su expresión la dureza para dejar paso a su habitual diversión chulesca.

—Tú también compartirías el desdén de la sociedad si tu padre no te hubiera reconocido como su hijo.

Dante soltó una risa áspera.

—Y mucho bien me ha hecho tener un duque por padre —dijo—. Crecer en Wilnington House fue como vivir dentro de una tumba. Y nunca podré heredar nada. Por eso me llaman Lord Bastardo, ¿recuerdas?

—Pero, aun así, que te reconozca ha hecho que la Sociedad de la Cortesía te reciba. Eso, y tu talento frustrado para triplicar tus inversiones.—Samuel se metió otra uva en la boca—. Después de todo, cogiste esa miseria que te dio tu padre cuando cumpliste veintiún años y la convertiste en una fortuna que rivaliza con la de Wilnington.

—Mi querido Samuel, ¿no sugerirás que solo me reciben por mi «toque de oro»? —Dante levantó las cejas en un gesto burlón—. Qué poco caritativo por tu parte. Como si la sociedad se relacionara conmigo solo para aprender mis secretos para hacer dinero.

Samuel soltó una risita.

—¿En qué estaba pensando?

—Desde luego —sonrió Dante, mientras cogía el último trozo de naranja. —Te aseguro que las damas de la alta sociedad no me persiguen solo por mi dinero.

—No, quieren algo más con la misma intensidad. —La mueca de Dante se convirtió en una sonrisa de suficiencia—. ¿Celos?

—Difícilmente—. Samuel hizo rodar una uva entre sus dedos. —Te llevo una ventaja en número de duelos. Estaríamos empatados si no hubieras aceptado las disculpas de Bellingham.

Dante se encogió de hombros.

—Aun así ganaré la apuesta.

—¿Diez duelos en un mes?

—Así es.

Samuel se inclinó hacia delante.

—Yo tengo ocho, tú tienes siete. Tendré tus cien libras en mi cartera antes de que acabe la semana.

—Eso ya se verá. —Dante echó un vistazo a su reloj de bolsillo y se levantó—. Veamos lo

de esa carta de presentación, Samuel. Tengo asuntos que atender.

—Seguro que sí —replicó Samuel. Volviendo a echar la uva en el cuenco, se levantó y siguió a Dante fuera de la habitación—. ¿Pero tus asuntos son rubios, morenos o pelirrojos?



Para Madelaine, las once en punto llegaron demasiado pronto. Su padre aún no había regresado a casa y ella sabía que debía de haberse quedado en casa de lord Melton y que, incluso ahora, estaba apostando hasta el último céntimo que tenían. Parecía que su padre no había acabado de salir de un problema, que ya estaba metido en otro. La frustración que sentía ante aquello la hizo plantearse si debía echarse atrás en su acuerdo con Tremont.

Pero ella había dado su palabra y no dudaba de que el canalla cumpliría su amenaza de acudir a la casa y exigirle que cumpliera su parte del trato.

Al menos así, su padre estaría a salvo de la puntería de Tremont. El carruaje estaba exactamente donde el canalla había dicho que estaría.

Manteniéndose cerca de las sombras, corrió hacia el lujoso transporte, mirando por encima del hombro cada vez que oía un ruido. Le temblaban las piernas y sentía como si las rodillas se le fueran a desplomar en cualquier momento. ¿Y si alguien se daba cuenta de que se había ido? ¿Y si alguien hacía sonar la alarma?

Subió al carruaje y se hundió en los suntuosos asientos de cuero, con el corazón acelerado. Apenas podía creer que ella, Madelaine Prescott, hija de un barón, estuviera saliendo de verdad de casa a hurtadillas en mitad de la noche para una cita con un hombre, por muy a regañadientes que lo hiciera.

Su madre se habría desmayado al verla.

El cochero atizó a los caballos y el carruaje se puso en marcha con brusquedad, dejándola sin aliento.

Todas las historias salvajes que Lady Sarah le había contado parpadearon en su mente. ¿Qué haría él? ¿La violaría inmediatamente o la agasajaría con vino y palabras dulces? ¿Qué sería peor?

Con el pulso saltando enloquecido por sus venas, cerró los ojos y se concentró en respirar, escuchando el roce de las ruedas sobre el fangoso camino mientras el carruaje la llevaba cada vez más cerca de su destino.

Capítulo 3

Dante decidió recibirla en el salón, una habitación que rara vez utilizaba ya que su decoración femenina, heredada de los anteriores propietarios de la casa, no le gustaba. Sin embargo, Madelaine podría encontrar la habitación relajante, por lo que ordenó que la cena se sirviera allí y que se encendiera un fuego en la chimenea.

Estaba sirviendo la segunda copa de vino cuando Pearson la hizo pasar.

Estaba claro que no le había dado su nombre al mayordomo. Llevaba la misma capa que la noche anterior, que ensombrecía su rostro y preservaba su identidad. Colocando la botella de vino junto a las dos copas llenas, Dante le hizo a Pearson un gesto de despedida. El mayordomo salió de la habitación, cerrando las puertas con un audible chasquido.

Ella dio un respingo al oírlo. Estaba nerviosa, era obvio.

—He dado la tarde libre a los criados —dijo—. Nadie nos molestará... ni delatará tu presencia aquí.

—Le agradezco que cumpla su parte del trato. —Con las manos que le temblaban, se echó hacia atrás la capucha de la capa.

La luz del fuego jugaba sobre su cabello rubio color miel y proyectaba un tono cálido sobre su piel tersa. Sus ojos parecían oscuros e insondables bajo esta luz, y sus labios exuberantes temblaban sobre su barbilla decidida. Una vez más, su belleza le habló, despertando su cuerpo

tan rápidamente que incluso él se sobresaltó.

La deseaba con todas sus fuerzas. Y esa noche la tendría.

Pero Dante había aprendido a ser paciente a una edad temprana y estaba demasiado orgulloso de sus proezas como amante como para precipitarse en algo tan especial como iniciar a una doncella en el placer carnal. Así que, mientras el deseo mordisqueaba sus buenas intenciones y le exigía que la tomara inmediatamente, se obligó a moverse despacio.

Le ofreció una de las copas.

—¿Vino? —ella vaciló.

—No necesito que me adormezcan los sentidos para cumplir mi palabra —dijo.

—No tengo ningún deseo de llevarme a una inocente borracha a mi cama. —Él le dedicó su sonrisa más encantadora—. Quiero que estés cómoda, Madelaine, y con todas tus facultades bajo control. Cualquier otra cosa sería un insulto para los dos.

Ella dejó escapar un largo y lento suspiro.

—Perdóneme, señor Tremont, pero es la primera vez que hago esto.

—Soy consciente de ello. Y me llamo Dante.

—Dante —repitió ella con un movimiento de cabeza. Dando un paso adelante, cogió el vaso—. Gracias, Dante.

Él le acarició la mejilla con el dorso de los dedos.

—No soy un monstruo.

Ella no se apartó de su tacto, pero sus dedos se apretaron alrededor del tallo de la copa. Luego sonrió y bebió un largo trago de vino.

—¿Un monstruo? No. ¿Un granuja? Tal vez.

—Un granuja… Eso no lo discuto. —Trazó la concha de su oreja con un dedo—. Pero no te haré daño, Madelaine. Solo quiero darte placer.

Ella se estremeció, no supo si de excitación o de miedo.

—Rezo para que así sea.

—Así será. Pero no te meteré prisa. —Le puso las manos sobre los hombros—. Permíteme coger tu capa.

Ella asintió y él apartó la prenda.

Llevaba un modesto vestido azul para cenar que parecía más adecuado para una velada en casa del vicario que para una seducción con el más notorio libertino de Londres. Sin embargo, el corte y el color de la prenda sencilla resaltaban la cremosa juventud de su piel y la flexible redondez de sus curvas, tan femeninas.

Su aspecto era hermoso, sin artificios, y tan tentador como un pastel azucarado para un hombre hambriento.

Se apartó para tenderle la capa en una silla y controlar su hambre sexual.

—¿Te gusta el vino? —le preguntó volviéndose hacia ella.

—Está muy bueno. —Ella dio otro sorbo, observándolo por encima del borde de la copa.

—Hay comida si tienes hambre. —Barrió con una mano hacia la mesa cargada—. También hay un fuego en la chimenea o, si lo prefieres, una conversación agradable.

—¿Para calmar mis nervios? —Su sonrisa contenía un matiz de burla—. Dante, nada puede hacer eso salvo la mañana.

Su nombre en sus labios casi lo distrajo de lo gracioso que fue su comentario. Soltó una carcajada al comprender el significado de sus palabras en su mente atormentada por la lujuria.

—Me sorprendes, Madelaine. Aceptas la situación con tanta facilidad. Casi esperaba que

no vinieras.

La sonrisa se desvaneció de sus labios.

—Di mi palabra.

—Así fue. En mi experiencia, es extraño conocer a una mujer que comprenda el significado del honor.

—Somos muchas, señor. —Levantó las cejas y volvió a sorber el vino—. Quizá se ha relacionado con las mujeres equivocadas.

—Quizá lo he hecho. —Sorprendido de que su conversación le pareciera tan excitante como su cuerpo, tomó su propio vino—. Y no has respondido a mi pregunta. ¿Tienes hambre?

—No.

Ella dejó su vaso.

—Si no te importa, me gustaría pasar por alto las sutilezas, por encantadoras que sean, e ir al grano de la velada. Mi imaginación está resultando más temible de lo que creo que justifica la situación.

Aún cuando el deseo carnal oprimía su vientre, vaciló.

—¿Estás segura? Quizá tus temores se calmen a medida que nos conozcamos disfrutando de una comida tranquila.

Ella negó con la cabeza.

—Prefiero seguir adelante. A menos que haya cambiado de opinión.

—No he cambiado de opinión. —Dejó la copa de vino. Su franqueza lo excitaba más que cualquier coqueteo—. No tengo ninguna intención de hacerte daño, Madelaine, y detesto las lágrimas en mi almohada.

Ella entrecerró los ojos.

—Yo nunca lloraría.

—En efecto, eres una sorpresa tras otra. —Se acercó a ella y le sujetó la barbilla con la mano, obligándola a encontrarse con su mirada—. ¿Eres virgen?

Ella se apartó bruscamente de su contacto.

—Por supuesto que lo soy. ¿Qué clase de dama crees que soy?

—Era una pregunta sincera. He conocido a muchas damas solteras que no eran vírgenes.

—La virtud de una mujer es su única y verdadera marca de honor. ¿Por qué si no se la daría a cambio de la vida de mi padre? —Sus labios se torcieron en una sonrisa amarga que él nunca había esperado ver en un rostro tan joven—. Es todo lo que tengo de valor para ofrecer a un hombre como usted.

Una punzada de culpabilidad le sorprendió frunciendo el ceño, pero apartó el inquietante sentimiento. Ella tenía razón. Su virtud era todo lo que tenía y había aceptado regalársela a cambio de la vida de su padre.

—Me disculpo por haber dudado de ti —dijo—. Si no tienes hambre y no sientes la necesidad de hablar, ¿puedo ofrecerte más vino?

—No, gracias. —Cruzó las manos delante de ella—. Pero, por favor, siéntete libre de servirte más, si lo deseas.

—No, no quiero vino. —Le cogió la cara entre las manos y la miró profundamente a los ojos verdes. Detrás de la bravuconería, vio un destello de incertidumbre, aunque ella no retrocedió. Él sonrió ante su valentía—. Prometo hacer esto lo más agradable posible para ti, Madelaine.

Su expresión permaneció sobria.

—Confío en que lo harás, Dante, o de lo contrario tendré que sospechar que tu reputación

se ha construido principalmente con rumores exagerados.

Él rio con deleite ante su agudo ingenio.

—Tendrás la oportunidad de decidir por ti misma. Sube conmigo.

—Permíteme coger mi capa, por si los criados aún están por aquí.

Se dio la vuelta y cogió él mismo la prenda, poniéndosela sobre los hombros y tirando de la capucha sobre sus rizos bruñidos. Luego, le tendió la mano y ella puso la suya sobre la de él, permitiéndole que la condujera fuera del salón y escaleras arriba hasta su cama.

El corazón de Madelaine latía con fuerza mientras subían las escaleras. ¿Qué le ocurría? Podría haber jugado a ganar tiempo, podría haberse entretenido con queso y vino hasta altas horas de la madrugada, aplazando el momento de la verdad. Pero no, había dicho lo que pensaba, había renunciado a las galanterías sociales en favor de instar al pícaro a que la llevara a su cama.

Tonta. ¿En qué había estado pensando?

Había pensado que era mejor que se pusieran manos a la obra, pues disfrazar lo que estaba a punto de suceder no servía a ninguno de los dos. Eso no era un encuentro amoroso, ni siquiera una seducción. Era un trato, y cuanto antes pagara su parte, más cómoda se sentiría con la situación. Él había cumplido su parte y ahora ella debía cumplir la suya. Resolvió sacar lo mejor del asunto, incluso divertirse si podía.

Ya no había vuelta atrás.

No vieron a nadie ni en la escalera ni en el rellano, lo que le hizo darse cuenta de que él le había dicho la verdad cuando le dijo que los criados se habían ido. Incluso el mayordomo debía de haberse marchado después de hacerla pasar. Aun así, se alegró de haberse puesto la capa. No permitió que él viera la ansiedad en su rostro cuando llegaron a su alcoba.

Abrió la puerta y el chasquido del pestillo pareció desbloquear su destino.

Ella lo siguió al interior de la muy masculina cámara, asaltada por los olores desconocidos del espacio vital de un hombre, y luego se quedó helada justo en el umbral ante la visión de la enorme cama que dominaba la habitación.

Allí yacía el lugar del fallecimiento de su honor.

—Madelaine. —La giró para que lo mirara, con las manos sobre los hombros—. No voy a abalanzarme sobre ti como una bestia salvaje. Tenemos toda la noche.

—Lo sé. Es solo que... —dijo ella.

—Es nuevo para ti. —Le pasó los dedos por la mejilla en lo que ahora parecía una caricia familiar—. Puedo ir tan despacio como quieras. De hecho, a menudo eso atrae el placer.

—¿Y sentiré placer? —Ella buscó sus ojos oscuros en un intento por sentirse segura—. ¿O es mi papel quedarme quieta y someterme a tus caprichos?

Su boca se afinó y sus cejas bajaron en señal de advertencia.

—¿Estás faltando a tu palabra, Madelaine?

—No —ella respondió a su mirada implacable con una propia—. Solo te pregunto si sentiré placer en tu cama.

Tiró de la capucha que cubría su pelo y se la pasó por los hombros, de modo que la capa se encharcó en el suelo a sus pies.

—Tengo mucha experiencia en dar placer a una mujer. —Le pasó un dedo por la garganta, sin apartar la vista de su rostro—. Y utilizaré todos mis conocimientos para hacer que tu cuerpo cante de éxtasis.

Las palabras se le escaparon de entre los labios mientras el calor inundaba sus mejillas. Tragó con fuerza mientras él recorría la parte superior de sus pechos con el dedo. Para su mortificación, sintió que sus pezones se contraían en duras bolitas. Él bajó la mirada ante esa

prueba de su excitación y le dirigió una sonrisa cómplice.

—Eso es —dijo, deslizando la otra mano por detrás de su cuello para acariciarle la nuca—. Eso es, mi paloma. Déjame tocarte. Déjame admirar tu cuerpo.

Calmada por los dedos de él acariciándole la nuca, casi dio un respingo cuando la otra mano de él le ahuecó el pecho a través del vestido.

—Shhh. —Su tacto siguió siendo suave, trazando y apretando con delicadeza el rollizo montículo a través de su ropa—. Me encanta tu cuerpo, Madelaine. Tus pechos son perfectos. —Bajó la boca para rozarle la oreja—. Estoy deseando verte completamente desnuda.

Un repentino escalofrío de deseo sacudió su cuerpo y la conmocionó. Pero él solo se limitó a reírse y continuó acariciándola, primero un pecho, luego el otro, murmurando suaves palabras de aliento entre besos que recorrían su garganta. Su otra mano amasó la tensión de su cuello y, antes de que ella se diera cuenta, se inclinó hacia él, arqueando la espalda para que su mano pudiera tener mejor acceso a sus pechos.

La palma de su mano acariciando su sensible carne provocó temblores sorprendentes y desconocidos en todo su cuerpo. Su piel se onduló a lo largo de sus brazos, sus pezones se endurecieron hasta resultar casi dolorosos. Un dolor comenzó a aflorar entre sus piernas y, cada vez que la mano de él rozaba su pezón, frotando el apretado capullo a través de las capas de ropa entre su carne y la de ella, quería gemir.

Pero las damas no hacían esas cosas. Se tragó un: «Dios mío» cuando él la rozó con un beso justo por encima del escote de su vestido.

—Dante...

—Confía en mí. —Sacó la lengua y le tocó la clavícula—. Hay mucho más que esto, Madelaine.

Ella apretó las manos en sus hombros.

—Enséñamelo.

Manteniendo una mano en la nuca de ella, empujó la puerta con la otra y el pequeño portazo resonó por toda la estancia. Eso era todo. El fin de su inocencia.

El comienzo de la feminidad.

Le dolían los pechos sin su contacto y se arqueó hacia él, ofreciéndose de nuevo. Se quedó sin aliento al ver el hambre evidente en sus ojos castaños oscuros mientras la miraba y, por un momento, estuvo tentada de huir. Pero entonces él la estrechó en su abrazo, apretando sus curvas contra su estructura masculina, pasándole la mano por la columna para acercarla aún más. Su pulso saltó salvaje por sus venas ante las crestas y los planos desconocidos de su cuerpo sólido y masculino. Nunca había estado tan cerca de un hombre. Nunca imaginó la fuerza y el calor de su carne, tan diferente de la suya, y sin embargo tan adecuada.

—Bésame, Madelaine —murmuró él, rozando con sus labios su sien y su mejilla. —Demuéstrame que me deseas.

¿Cómo podía dudarlo? Que un seductor experimentado como Dante necesitara semejante reafirmación nunca se le había ocurrido. Lo miró a los ojos y se sobresaltó al ver la vulnerabilidad que acechaba tras la honesta lujuria que allí se encontraba.

—Sí que te deseo —respondió ella, recorriendo con los dedos los amplios planos de su rostro—. A pesar de lo que nos ha hecho acercarnos, Dios me salve, sí te deseo. No puedo evitarlo.

Él emitió un gruñido bajo en lo más profundo de su garganta y la apretó más contra él.

—No te haré daño. Haré que sea bueno para ti.

Ella le tocó la boca con la punta de un dedo.

—Cuento con ello, Dante. Es lo único que me impide huir. Eso y mi honor.

—Eres la mujer más honorable que he conocido. Admiro tu carácter casi tanto como tu cuerpo.

Ella se calmó.

—¿Lo suficiente como para dejarme ir?

Él soltó una risa áspera que parecía burlarse de ambos.

—No puedo.

La decepción marchitó sus piernas solo por un momento, pero luego se enderezó y volvió a enfrentarse a él, inquebrantable.

—Lo suponía.

—Bésame, Madelaine —dijo él de nuevo, y esta vez ella se puso de puntillas para obedecer, presionando sus labios contra los de él. Él se encontró con ella a medio camino, tomando el control del beso, enseñándole sin palabras todas las perversas formas en que podían darse placer mutuamente solo con sus bocas. Ella temblaba cuando él al fin apartó la cabeza. Su mente daba vueltas y los pensamientos racionales se habían evaporado.

Le cogió la mano y la puso sobre su pecho.

—Tócame. No tengas miedo.

Ella dejó la mano sobre su corazón palpitante.

—No sé cómo hacerlo.

Con su mano sobre la de ella, guio la palma de ella sobre los ondulantes músculos de su pecho.

—Así.

Incluso a través de la ropa, el calor de su cuerpo calentó su carne.

—Tan diferente a mí —murmuró ella.

—Esa es la gracia. —Le levantó la otra mano y le mordisqueó los dedos—. Hombre y mujer, tan diferentes y, sin embargo, encajando juntos como si nunca debieran estar separados.

Ella tragó con fuerza, con la mirada clavada en su boca mientras él le mordisqueaba las yemas de los dedos.

¿Quién hubiera imaginado que su mano era tan sensible?

—Eres deliciosa. Quiero probarte toda. —Antes de que ella pudiera parpadear, él había tirado de las horquillas de su pelo para que la masa melosa cayera por su espalda. Casi en un parpadeo, sus manos se desplazaron a los cierres de su vestido mientras su boca descendía sobre la de ella, capturándola en un beso tan ardiente y abrasador como el fuego que crepitando en la chimenea.

Ella no pronunció ni una sílaba de protesta. Su mente se nubló y su cuerpo palpitó con una emoción extraña y apremiante. Se entregó a su evidente experiencia, asombrada por las formas en que la tocaba y los lugares donde la besaba. Su vestido cayó a sus pies, dejándola solo con su fina camiseta. Él la despojó también de su cuerpo, siguiendo sus hábiles manos con su boca hambrienta, besándola por todas partes.

Antes de que se diera cuenta, estaba desnuda. La tenía tan hambrienta de sus caricias que no le importaba si las velas seguían ardiendo para que él pudiera ver cada defecto y cada peca. Ella quería que él la viera y, cuando él apoyó el trasero desnudo de ella entre sus grandes manos y la meció contra él, casi se volvió loca de deseo.

La levantó y la llevó los pocos pasos que había hasta la cama, haciéndola caer de espaldas sobre las almohadas. Ella intentó alcanzarlo, pero él sacudió la cabeza y dio un paso atrás.

—Deja que te mire. —Su mirada la recorrió con un calor posesivo mientras se encogía de hombros para quitarse el abrigo y aflojarse el corbatín anudado que estaba tan de moda.

Un rubor invadió sus mejillas ante su mirada abierta. Hizo ademán de cubrirse los pechos con las manos, luego vaciló, dividida entre el pudor y la excitación.

—Sí. —Con el chaleco colgando de su cuello, se dejó caer al suelo y se acercó a ella, colocando sus manos de forma que estas le cubrieran los pechos, levantándolos para su contemplación—. Así. Quédate así.

—Dante... —Sorprendida, hizo lo que él le pedía, aunque nunca en su vida había tocado su propio cuerpo como lo hacía ahora.

—Estás preciosa. Tan deseable.

Él se adelantó de nuevo y separó suavemente las rodillas de ella para que su lugar más íntimo quedara abierto a su mirada.

—Sí —murmuró, mirándola—. Sí, déjame verte.

Ella no pudo. La vergüenza la inundó y cerró las piernas con un pequeño gemido de protesta.

—¿No? —Con una sonrisa cómplice, él se inclinó y le rozó el muslo con un beso, haciéndola estremecerse—. Ya veremos cómo te sientes al respecto más tarde—. Con una lenta caricia en la pierna de ella, se apartó para quitarse las botas.

Volvió a encararla mientras se ponía de pie para quitarse rápidamente el resto de la ropa.

Cuando se deshizo de la camisa, ella lo miró con los ojos muy abiertos y se quedó observando su poderoso torso, salpicado de vello. Los músculos de sus brazos y pecho ondulaban bajo la piel mientras él se despojaba rápido del resto de sus prendas, desnudando su impresionante erección ante la mirada impasible de ella.

Cerró los ojos. ¿Cómo podía... caber ahí?

La cama se hundió cuando él se arrodilló ella su lado.

—Madelaine.

Cobarde. Se obligó a abrir los ojos y mirarlo.

Él le dedicó una sonrisa apenada, con los ojos arrugados en las comisuras.

—Lo siento. Voy demasiado rápido, pero eres tan receptiva... —Su voz se apagó mientras recorría su cuerpo con la mirada—. Sigo olvidando que nunca lo has hecho antes.

Ella dejó escapar el aliento que ni siquiera sabía que había estado conteniendo.

—Es todo un poco chocante.

Él sonrió como el libertino que ella sabía que era.

—En efecto, estarás completamente conmocionada al amanecer.

Perverso. Esa era la única palabra para describir la expresión de su rostro. Un temblor la recorrió, pero se negó a dejarle ver cómo la había desconcertado. Decidió alegrarse de que él tuviera tanta experiencia en las artes del amor. De que ella lo encontrara atractivo. Mucho peor para ella si se hubiera visto obligada a sacrificar su honor en el lecho de un hombre la mitad de hábil o la mitad de atractivo.

—Sí, espero que me sorprendas —murmuró ella.

—Y darte placer —respondió él, deslizándose sobre la cama junto a ella. Su carne caliente se apretó contra la de ella, sus piernas se enredaron.

—Dios mío —fue todo lo que ella pudo susurrar antes de que él tomara su boca en un abrasador y profundo beso que drenó todos los pensamientos de su mente. La instó a separar los labios con la lengua, le enseñó las delicias de saborear y burlarse, le pasó la mano por la cintura, por la curva de la cadera.

Ella alzó la mano para aferrarse a su cuello, perdida en las sensaciones de sus tiernos pechos rozándose contra el pecho rugoso de él. Su cadera delgada presionaba contra la de ella, su

sexo duro y caliente contra su muslo. Era un hombre tan grande que la tenía rodeada. Atrapada. A su merced.

Ese pensamiento la amenazaba y la emocionaba a la vez.

Parecía estar en todas partes al mismo tiempo. Una mano sostenía su cabeza mientras la otra acariciaba su muslo, acercándose cada vez más a su montículo femenino. Lamía sus pechos, arrancándole un gemido ante la deliciosa y desconocida sensación. Chupó, mordisqueó, acarició y se burló de ella hasta que esta echó la cabeza hacia atrás en señal de rendición, separando las piernas ante su suave insistencia, entregándose voluntariamente a la feminidad.

Todo el tiempo le murmuraba ánimos, le decía lo hermosa que era, lo apasionada, lo receptiva.

Su mano se deslizó entre sus piernas y presionó suavemente contra sus húmedos pliegues. No tuvo tiempo de ser tímida; la intensidad de la respuesta de su cuerpo la lanzó de cabeza a un torbellino de sensaciones. Él la acarició con delicadeza, observando su rostro entre los suaves besos que le daba en los labios. Parecía que podían pasarse toda la noche haciendo eso, pero ella supo por su dureza que él estaba tan ansioso como ella por completar su unión.

Un dedo áspero entró en ella de forma lenta y, al mismo tiempo, la tocó justo ahí con el pulgar. Ella se mordió el labio inferior, arqueó las caderas y dejó escapar un gemido largo y grave que nunca había imaginado que saldría de sus labios. Le suplicó una y otra vez que nunca parara... Nunca.

Y él no se detuvo, siguió introduciendo el dedo en su interior, frotando aquel lugar dolorido con suavidad. Con tanta suavidad que, de repente, algo dentro de ella explotó. La cabeza le dio vueltas, el mundo se oscureció y el placer la recorrió en espiral, robándole hasta el aire de los pulmones.

Cuando él retiró la mano, ella volvió en sí y emitió un gemido de protesta. Él respondió con una suave risita; luego se movió y se tumbó sobre ella por completo, abriéndole bien las

piernas mientras se introducía entre sus muslos. La punta de él presionó contra la entrada de su cuerpo y se detuvo allí, esperando a que ella lo mirara.

—Esta parte te dolerá, solo esta vez.

Ella asintió: lady Sarah se lo había mencionado.

Él le cogió la cara entre las manos y la besó con fuerza mientras se apoderaba de su inocencia.

Ella se puso rígida ante la sensación ardiente de su entrada, el estiramiento de su cuerpo para acomodarse a la longitud de él. Parecía que nunca iba a caber. Se aferró a sus hombros, queriendo acercarlo y alejarlo al mismo tiempo. La presión era increíble, como si algo se resistiera a su penetración. Luego, un dolor agudo y desgarrador, y él se introdujo por completo en su interior.

Ella gritó, pero él la calmó, duro y lleno dentro de ella, susurrándole al oído que la quería. Luego, lentamente, empezó a moverse: solo un suave balanceo de caderas al principio. Su mano se deslizó entre las piernas de ella y sus dedos acariciaron el brote de sensaciones sobre sus cuerpos unidos que tanto placer le había proporcionado antes. Al cabo de un momento, el dolor se desvaneció y el hambre surgió en su interior como si una bestia dormida hubiera despertado. Se dio cuenta de que le gustaban sus empujones, los deseaba, lo deseaba a él.

El cosquilleo comenzó de nuevo, una oleada de calor inundó el lugar donde se unían. Él la rodeó con fuerza con los brazos, con la cara enterrada en su cuello, sus caricias cada vez más duras y urgentes. El instinto la instó a separar más las rodillas, atrayéndolo inmediatamente más adentro y aumentando la deliciosa fricción. Él emitió un gemido ahogado ante el movimiento y pareció hincharse dentro de ella. Más, sí, más. Quería volver a perderse. Pronto. En cualquier momento.

La penetró con fuerza una vez y otra. Luego la penetró profundamente, manteniéndose allí mientras todo su cuerpo se estremecía y un gemido ronco salía de sus labios.

Un movimiento la estremeció y, luego, se desvaneció justo donde ella quería estar.

Cerró los ojos, el corazón le latía fuerte en el pecho, el cuerpo más tenso que la cuerda de un arpa.

Le acarició los hombros y la espalda mientras él se desplomaba sobre ella, disfrutando de la sensación de su pesado cuerpo sobre el suyo.

Ya estaba hecho y nada volvería a ser igual.

Capítulo 4

No había terminado lo que había empezado. Satisfecho, pero sacudido por el hecho de que acababa de alcanzar el clímax de su vida en los brazos de una chica inexperta, Dante se dio cuenta, con un poco de disgusto, de que ella no había terminado.

Ella no dijo nada al respecto, se limitó a quedarse tumbada con él despatarrado sobre ella, acariciándole satisfecha con sus pequeñas y suaves manos. Su amante «o cualquier otra mujer, para el caso» le habría estado arañando la espalda, despotricando y exigiendo su satisfacción.

Pero Madelaine no era como ninguna otra mujer que él hubiera conocido.

Levantó la cabeza y la miró. Ella le sonrió con una pequeña y tímida separación de los labios, y sus ojos brillaron de asombro.

Él había puesto esa mirada en su rostro y, solo con pensarlo, le hacía sentir hambre de ella una y otra vez.

—He olvidado algo —susurró.

—¿Qué? —La inocencia aún persistía en sus ojos; ella continuó acariciándole suavemente los hombros.

—Esto. —Todavía semiduro dentro de ella, flexionó las nalgas y movió las caderas en círculos insoportablemente lentos. Ella jadeó, sus ojos se abrieron de par en par con atónito

deleite—. Di mi nombre, Madelaine.

Y cuando él hundió la cabeza para acariciarle el pezón con la lengua, ella se arqueó contra él, su cuerpo apretándose a su alrededor mientras alcanzaba el clímax.

—Dante —gritó ella—. Dios mío, Dante.

—Sí —susurró él y enterró la cara en su cuello, inundado por las sensaciones de su placer.

La noche pasó rápida.

Cuando los dedos sonrosados del amanecer se colaron por las cortinas que ondeaban en la ventana, Madelaine se escabulló del calor de la cama. Hizo un gesto de dolor al atravesar la habitación y recoger su ropa del suelo.

Ni siquiera cuando había aprendido a montar se había sentido tan dolorida.

Miró de nuevo al hombre que dormitaba en la cama y se detuvo un momento, cautivada por su visión. Dormía boca abajo, con las sábanas enredadas alrededor de sus piernas y su cuerpo desnudo resplandecía bajo la luz rosada y dorada de la mañana. Dejó que su mirada se deslizara de forma apreciativa sobre él, deteniéndose en los músculos bien tonificados de su espalda, sus nalgas compactas, el sólido tendón de sus muslos y pantorrillas.

Nunca en su vida había imaginado que sería capaz de contemplar a un hombre desnudo sin ruborizarse de pies a cabeza. Y, mientras el calor se deslizaba por sus mejillas, un hormigueo recorrió también sus entrañas.

El malvado la había convertido en una lasciva.

Tres veces. La había tomado tres veces durante la noche, cada encuentro más sensualmente impresionante que el anterior. La había hecho girar de un lado a otro, le había enseñado cosas que ni siquiera había imaginado sobre el funcionamiento de sus cuerpos y había hecho que la cabeza le diera vueltas de placer cada vez que la tocaba.

Oh, sí, ella podía ver por qué él tenía la reputación que tenía. Cada palabra sobre él, había sido bien ganada.

Un reloj en el piso de abajo dio la hora y ella se obligó a apartar la mirada. Tenía que llegar a casa antes de que descubrieran su ausencia.

Se acercó a la cómoda y dejó su ropa encima, luego buscó la jarra y vertió agua en la palangana. Se quitó el sueño de los ojos y, sonrojándose, cogió el paño y limpió las pruebas de su noche juntos.

—¿Necesitas ayuda con eso? —incluso con el rumor del sueño aún en su voz, las palabras goteaban invitación sexual. Ella se giró para mirarlo, aplastando el paño húmedo en la mano.

Él seguía despatarrado en la cama, con los ojos oscuros pesados y perezosos. La sensual sonrisa que dibujaron sus labios hizo que la pasión la recorriera por dentro.

—No sabía que estabas despierto.

—Sentí que te ibas, y te eché de menos. —Él la miró lentamente con ojos hambrientos y acalorados.

Dios mío, ¡se había olvidado de que estaba desnuda! Con un chillido de consternación, cogió la ropa de encima de la cómoda y se la puso delante para cubrir su desnudez.

Él rugió de risa.

Le ardía la cara.

—¡Deja de reírte, malvado!

Solo aulló más fuerte, agarrando las sábanas entre los dedos y enterrando la cara en las almohadas.

—¿Qué te parece tan gracioso? —preguntó ella, menguando su paciencia mientras él intentaba controlarse.

—Tú lo eres. —Todavía riendo entre dientes, levantó la cabeza y se secó las lágrimas de alegría de los ojos—. He visto cada centímetro de tu piel, te he tomado de la mitad de las formas en que un hombre puede tomar a una mujer, y aun así, a la luz del día, actúas como una colegiala a la que aún no han tocado.

Sus ojos se abrieron desorbitados.

—¿Solo la mitad? —soltó. Y lo hizo estallar de nuevo.

Mortificada, cerró los ojos y deseó que el suelo se abriera bajo ella.

—Solo te estaba tomando el pelo. —La diversión aún teñía su voz. Las sábanas crujieron y la cama también cuando él se levantó.

—Lo sé —dijo ella con un suspiro, abriendo los ojos—. Es que... —Sus palabras se detuvieron cuando su mirada se posó en la erección de él—. ¿Otra vez? —espetó.

—Es el estado natural de un hombre por las mañanas. —Él se acercó con una amplia sonrisa.

Ella retrocedió hasta que su espalda chocó contra el buró.

—Alto ahí, Dante. Necesito vestirme y volver a casa antes de que me echen de menos. Podemos continuar con esto esta noche... —dijo ella.

—Ahora —dijo él, y la enjauló contra el buró con un brazo a cada lado de su cuerpo. Su muslo separó el de ella.

—Dante, yo...—Sus palabras se desvanecieron en un suspiro cuando él le acarició el cuello.

—¿Qué te pasa? —le preguntó él al oído—. Acabamos de conocernos y, sin embargo, siento un poderoso deseo de saborearte.... —le arrancó la ropa de las manos y la arrojó detrás de él, a la cama.

—Tengo que irme.

Ella pronunció las palabras sin convicción mientras él ahuecaba sus dos pechos en las palmas de las manos y se burlaba de los pezones hasta endurecerlos. Un «maullido de rendición» se le escapó de entre los labios y ella le rodeó el cuello con los brazos.

—Sabes que tengo que irme.

—Entonces déjame darte un beso de despedida —dijo él, doblando las rodillas y levantándola de golpe, con las piernas de ella enganchadas sobre sus brazos, las nalgas apoyadas contra el buró.

—¡Dante! —chilló ella. Luego suspiró—: Dante —mientras él se deslizaba dentro de ella.

—Dame un beso de despedida, Madelaine —susurró él, comenzando ese lento y apasionado encuentro que ella había llegado a conocer tan bien durante la noche—. Hazme saber que me echarás de menos. Que echarás de menos esto.

—Sí. —Ella lo miró, emocionada hasta lo más profundo de su ser femenino por la mirada posesiva de sus ojos. De algún modo, ahora él poseía parte de ella. De algún modo, el trato se había convertido en algo más.

Acercó su boca a la de él, perdiéndose en su beso, en el ritmo creciente de sus embestidas. La jarra y la palangana traquetearon detrás de ella cuando sus movimientos sacudieron el buró. Él levantó más las piernas de ella.

La palangana resbaló por el borde de la cómoda y cayó al suelo hecha pedazos.

El éxtasis la atravesó y, con un grito salvaje, apretó los brazos y las piernas alrededor de él mientras su cuerpo ondulaba con la liberación.

Él profirió un grito ronco y luego empujó hasta el fondo, aferrándose con fuerza mientras se estremecía con su propia culminación.

Permanecieron así durante largos instantes, luego él bajó las piernas de ella hasta que sus pies volvieron a tocar el suelo. La acción hizo que su sexo resbalara de su interior y ella emitió un pequeño gemido de protesta.

Él continuó estrechándola entre sus brazos, sus corazones latiendo al mismo ritmo atronador, su piel resbaladiza por el sudor. Finalmente, dio un pesado suspiro.

—Mandaré llamar al carruaje.

Y así, la primera noche del trato había terminado. No deberían haberse demorado tanto.

Madelaine se apresuró a bajar las escaleras, siendo consciente del paso más pesado de Dante tras ella. El sol estaba a punto de salir y la alarma sonaría en menos de una hora si los criados de la casa encontraban la cama de Madelaine vacía.

Dante había llamado al carruaje, y el bien pertrechado equipaje la esperaba frente a la puerta.

Por su parte, Dante no era como si estuviera disgustado con ella. Al contrario. Nunca se sabía sobre las vírgenes, pero Madelaine había demostrado ser una alumna de lo más apta y ansiosa una vez solucionado el inconveniente de su virginidad. No le cabía duda de que ella mostraría el mismo entusiasmo y disfrute durante las dos noches restantes de su acuerdo.

Y luego se iría.

Frunció el ceño ante eso. Disfrutaba bastante de su compañía y admiraba su enfoque práctico del acuerdo y su honor incondicional al cumplirlo al pie de la letra. Nada de lloriqueos ni lágrimas por haber perdido su virginidad. Sabía lo que se hacía y estaba decidida a cumplir su objetivo sin armar alboroto.

De repente, se dio cuenta de que le gustaba. No solo la deseaba, sino que realmente le gustaba como persona. Nunca le había pasado algo así.

Los caballos silbaban y se agitaban en el aire frío de la mañana. Ella se volvió hacia él, sin saber qué decir.

Él sonrió, pero su mirada parecía distante. Entre ellos se había instalado un silencio incómodo. Entonces, él le cogió la mano y le rozó los nudillos con un beso despreocupado.

—Hasta esta noche.

Ella asintió y se volvió lentamente hacia la puerta, con sus emociones caóticas agobiándola. ¿Cómo podía permanecer tan tranquilo después de lo que había pasado entre ellos? ¿Después de todo, ella no era más que una conveniencia para él? Había pensado que, después de pasar una noche juntos tan increíble, él sentía lo mismo. Que él también debería haberse sentido conmovido por la magia que había entre ellos.

Tonta. Aquel hombre era un libertino, un consumado seductor de mujeres.

Más le valía recordarlo.

Salió y se apresuró hacia el carruaje, consciente del sol naciente. Podía sentir su mirada clavada en ella y cedió a la tentación de mirar hacia atrás una vez más al llegar al transporte. Él le dedicó un breve gesto de reconocimiento cortés, pero aún distante.

Molesta consigo misma por buscar un caballero de brillante armadura donde claramente no lo había, tendió la mano al lacayo que la esperaba y subió al carruaje. Cuando se acomodó en el lujoso asiento y el lacayo cerró la puerta, un estruendo llegó a sus oídos. Miró a Dante, que frunció el ceño, con la mirada fija en algo que estaba más allá de su vista.

Madelaine sacó la cabeza por la ventanilla justo cuando el cochero instaba a los caballos a seguir adelante. La sacudida resultante hizo que la capucha de su capa se deslizara hacia atrás por encima de su cabeza y, por un instante, sostuvo la mirada sorprendida del caballero que acababa

de llegar a caballo hasta la puerta de Fernhill. Con un chillido de consternación, volvió al interior del carruaje, con la imagen del semblante disgustado de Dante grabada a fuego en su mente.

¿Quién era ese joven caballero? Y ahora que la había visto, ¿qué le diría Dante? ¿Rompería su promesa de guardar el secreto?

Con el corazón latiendo como el de un conejo acorralado, se preguntó si estaría al borde de la ruina pública.



—¿Quién era esa exquisita criatura? —Samuel subió los escalones de un salto, entregando su caballo a un soñoliento mozo de cuadra, con la mirada fija en el carruaje que se alejaba.

Dante frunció el ceño.

—Nadie. Olvida que la has visto.

Samuel lo siguió, girando sobre sus talones y volviendo a entrar en la casa.

—¿Olvidarla? ¿Estás loco?¿Quién podría olvidar a esa belleza angelical?

—Tú puedes. Supongo que quieres desayunar.

—Por supuesto.

—Vamos, entonces. —Dante encabezó la marcha hacia la sala de desayunos, sin saber por qué su humor se había vuelto tan negro de repente. ¿Cómo era que no se sentía relajado y amable, como solía sentirse después de una noche de fornicación de lo más satisfactoria? Había mantenido relaciones sexuales con la chica varias veces durante la noche, sin mencionar el revolcón de la mañana. Debería sentirse saciado y satisfecho, no irritable.

—Déjala en paz, Samuel. Ella es solo una falda ligera que pagué por una noche, nada más. Créeme, no lo suficientemente digna para ser mencionada.

—Si estás tan seguro. —Samuel soltó una risita baja mientras raspaba los últimos huevos de su plato—. Aunque debe de haberte dado un buen paseo para que la despidas en tu propio carruaje.

Dante endureció sus facciones para no revelar nada.

—Creo en la discreción.

—¿Tú? ¿Discreto? —Samuel aulló de risa—. ¿No fuiste tú quien entró en una apuesta conmigo sobre esa condesa italiana? ¿Aquella a la que ambos apostamos que podríamos seducir?

—A la que ambos conseguimos seducir—. Los labios de Dante se torcieron al recordarlo —. Y, entonces, la apuesta se convirtió en cuál de los dos podía satisfacer a la condesa más veces en una noche.

—La apuesta fue un empate —le recordó Samuel.

—Lo fue—. Dante levantó de nuevo su copa y dio un sorbo. —Si no recuerdo mal, ella nos dio las gracias cuando se enteró de esa apuesta en particular.

—Efectivamente. —Samuel se sentó de nuevo en su silla y contempló su plato vacío—. Somos un par de pícaros depravados, sin duda. Samuel y Dante, Hermanos del Infierno, el azote de la sociedad.

—Dios santo, Samuel, haces que parezcamos un par de piratas… —dijo Dante riendo.

—Es la sociedad quien nos llamó Hermanos del Infierno, no yo. Aunque parece encajar con nosotros. Recuerdo haber saqueado la virtud de una dama o dos.

—Yo también —dijo. Los pensamientos de Dante volvieron a desviarse hacia Madelaine. De pronto, su semblante cambió a otro más sombrío y callado. Un hecho del que fue testigo su

amigo.

—En serio, deberías de haber venido a *Melton's* anoche. Es el único lugar en este páramo rocoso que cuenta con algún entretenimiento civilizado.

—Quieres decir que es el único lugar con juegos lo suficientemente lucrativos para tu gusto.

—Eso también.

—Por cierto, gané anoche.

—¿Ah, sí? Un punto para ti, entonces.

—Lo que me pone por delante de ti.

—De momento. —Dante se encontró con la mirada de Samuel por encima de la copa que este se había llevado a los labios—. Primero cancelaste el duelo y ahora he ganado a las cartas. Este año ganaré el gran juego, Dante. Faltan pocas semanas para que acabe el año.

—Y supongo que crees que volverás a ganar. —Samuel le lanzó una fulgurante mirada cargada de picardía.

—Todavía podrías ir por delante si decides contar a la compañera de anoche en el marcador.

Dante dejó su taza con un chasquido impaciente.

Su mente. Las mujeres eran tan comunes como las rocas, y una era casi igual a otra. ¿Por qué, entonces, persistía en su mente esta valiente virgencita?

Porque ella no era igual que las demás. Poseía el honor de un hombre, pero la pasión de una mujer.

Y ya no era virgen.

—¿Recuerdos entrañables? —preguntó Samuel socarrón.

Dante borró la sonrisa que se le había dibujado en la cara y se encogió de hombros con indiferencia.

—No son desagradables.

—Quizá me des su dirección cuando te canses de ella. —La expresión inocente de Samuel no engañó a Dante ni por un instante.

—Y tal vez sea mejor que te marches a Londres lo antes posible.

—¿Esa es la manera de ser de un anfitrión simpático? —Samuel se levantó de la mesa—. De todos modos, da la casualidad de que tengo la intención de marcharme a Londres hoy mismo, después de haber cobrado las ganancias del caballero que tan amablemente me las cedió. Pero, por ahora, me voy a la cama.

—Por fin un poco de paz —murmuró Dante.

—Tu vida sería terriblemente aburrida si no nos hubiéramos conocido hace tanto tiempo en aquella fiesta —dijo Samuel con su habitual sonrisa arrogante—. Lo sabes bien.

—Ah, pero aburrido también significa tranquilo, ¿no?

—De acuerdo, entonces así será. —Samuel le sacudió un dedo juguetón—. Pero no me llames cuando te hayas cansado de ver crecer la hierba, aunque seas el hijo de un duque. No te abriré la puerta.

Dante rio y lanzó un trozo de salchicha a su amigo, que lo esquivó ágilmente.

—Solo tú podrías convertir el sobrenombre de «hijo de duque» en un insulto.

—Forma parte de mi encanto.

—Llévate tu encanto a tu alcoba contigo. —Dante sacó su reloj de bolsillo y miró la hora —. Tengo una cita con mi hombre de negocios en menos de una hora.

—¿Fenworthy viaja hasta Fernhill desde Londres para reunirse contigo?

—Por supuesto que sí. —Dante se levantó y dirigió a Samuel una mirada desdeñosa, salpicada, por supuesto, por la risita que no pudo reprimir—. Tengo el toque de oro, ¿recuerdas? Mis inversiones hacen de Fenworthy un hombre rico. Viajaría al infierno para reunirse conmigo si se lo pidiera.

—Tú inspiras a la gente a hacer esas cosas. —La picardía desapareció de los ojos de Samuel—. Dante, estoy cansado. Quizá te vea esta tarde, cuando esté listo para despedirme.

—Por supuesto que lo harás—. Observó detenidamente el rostro de su amigo. —Tienes mal aspecto.

—Solo son los resultados de un desayuno copioso, sumado a los excesos de una noche de insomnio, juego y borrachera. Estaré bien—. Samuel se volvió hacia la puerta.

—¿Wenching, dices? —Dante le llamó. —No has mencionado a Wenching. ¿Debemos añadir otro punto a tu total?

Samuel miró hacia atrás con una ceja levantada, con humor socarrón.

—Solo si tú añades uno al tuyo—. Luego, se fue.

Dante se quedó mirando a Samuel incluso después de que su amigo hubiera abandonado la habitación. ¿Había tensión en los ojos de Samuel? ¿Había parecido su alegría un poco forzada al final?

Hizo una nota mental para estar listo cuando Samuel estuviera preparado para irse a Londres. Si su amigo mostraba el más mínimo indicio de que estaba fuera de sí, insistiría en que Samuel se quedara a pasar la noche.

Salvo que Madelaine debía acudir a él de nuevo esa noche.

Murmurando una maldición, tamborileó con los dedos sobre la mesa. No se atrevía a pedirle que no viniera; podría pensar que su trato había concluido, y él estaba lejos de haber terminado con Madelaine Prescott.

Aun así, Samuel era su mejor amigo. Ilegítimo, también, Samuel era un socio perfecto para las actividades licenciosas elegidas por Dante. Y la popularidad de Dante entre la multitud —mejor dicho, la popularidad de su dinero entre la multitud—, permitía a Samuel acceder a la clase de juegos de cartas de alto riesgo que le permitían mantener su nivel de vida.

Se entendían, él y Samuel. Eran los dos iguales.

Y ninguna mujer podría interponerse entre ellos.

Ni siquiera Madelaine.



Madelaine no pudo quitarse de la cabeza la cara del desconocido en todo el día. Cada vez que llamaban a la puerta, estaba segura de que era el desconocido de Fernhill que venía a desenmascararla. Pero, a medida que pasaban las horas y no se producía tal acontecimiento, empezó a relajarse. Para cuando ella y su padre terminaron la cena, había conseguido convencerse de que sus temores eran infundados.

Después de cenar, como era su costumbre, se sentó con sus bordados junto al fuego y escuchó a su padre leerle una novela. Él cambiaba la voz para reflejar el diálogo de los distintos personajes, y ella soltó una risita cuando leyó un pasaje con una voz aguda y femenina.

«Qué normal parece todo», pensó. Si no fuera por los sutiles dolores en algunas zonas íntimas, podría haber creído que había soñado su noche con Dante Tremont.

Pero había sucedido. Había entregado su inocencia al libertino más perverso de Inglaterra. Aunque estaba agradecida de que él hubiera hecho de la experiencia algo placentero, sabía muy bien que si alguien se enteraba, estaría arruinada. Miró a su padre, que volvió a cambiar de voz al entrar en escena un nuevo personaje. Una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios.

Había merecido la pena.

Justo entonces, un criado abrió la puerta del salón y anunció:

—El señor Samuel Hellman.

Madelaine levantó la vista por curiosidad y luego se quedó inmóvil donde estaba sentada cuando el caballero al que había visto en Fernhill aquella mañana entró en la habitación.

Era cuestión de saber quién estaba más sorprendida, si Madelaine o el señor Hellman. Tras un mínimo tropiezo en su paso confiado y una rápida y asombrada mirada en dirección a ella, el caballero recuperó su aplomo. Saludó a su padre con fácil familiaridad mientras Madelaine miraba fijamente su bordado, perdiendo su propia confusión en la amistosa conversación de los hombres.

¿Cómo la había encontrado? ¿Seguro que Dante no la había delatado?

La decepción apuñaló su tierno corazón.

—Y permítame presentarle a mi hija, Madelaine —dijo su padre, devolviéndole la atención a la situación que tenía entre manos. —Querida, este es el señor Samuel Hellman, de Londres. Nos conocimos en la fiesta en casa de Melton.

¿La de Melton? Curiosa, Madelaine levantó la mirada hacia la del señor Hellman cuando el caballero hizo una reverencia.

—Es un gran placer, señorita Prescott —dijo con una sonrisa encantadora.

Pero sus ojos delataban sus verdaderos pensamientos.

Él lo sabía.

Ella murmuró alguna respuesta apropiada y dejó caer su mirada de pánico hacia su bordado en lo que esperaba que pareciera modestia de doncella.

—No esperaba encontrar semejante visión de la hermosura en Bellingham Manor —

continuó el señor Hellman.

Ella captó el mensaje tácito. Así pues, él no había sabido que ella estaría allí. Eso significaba que Dante no le había dicho a ese caballero su nombre.

Animada por esa conclusión, levantó la mirada hacia la de él y dijo:

—Y no esperaba encontrarme con un hombre como usted aquí, en el salón de mi padre, señor Hellman. Parece que ambos estamos sorprendidos.

—De forma agradable, espero—. Lanzó una rápida y admirativa mirada a su pecho. —En realidad, ahora mismo estoy de regreso a Londres, aunque paso con frecuencia por la zona para visitar a... amigos.

Acercó su bordado cerca del corazón antes de sentir la tentación de apuñalarle con la aguja.

—Entonces le deseo buen viaje, señor Hellman.

—Gracias, Señorita Prescott. —Su mueca burlona le dijo que comprendía su rechazo no expresado. Y que no le importaba lo más mínimo.

—Si tiene intención de marcharse esta noche, será mejor que concluyamos nuestros asuntos —dijo su padre—. Si nos disculpas, hija, el señor Hellman y yo tenemos asuntos que tratar en mi estudio.

Madelaine se levantó.

—En realidad, creo que me retiraré por esta noche. —Besó ligeramente a su padre en la mejilla—. Buenas noches, papá. señor Hellman.

—Buenas noches, señorita Prescott. —El Sr. Hellman la miró complaciente—. Felices sueños.

Ella mantuvo la cabeza alta e ignoró su sutil burla.

—Vaya, gracias, señor Hellman. —Apretando las manos contra el forro de su vestido con

bordados, salió de la habitación. Mientras subía las escaleras hacia su alcoba, oyó a los dos hombres pasar del salón al estudio.

Negocios, ¿verdad? Era evidente que su padre había perdido dinero con el señor Hellman en las mesas de juego. Y el señor Hellman conocía su secreto, lo que hacía aún más peligrosa una situación ya de por sí precaria.

Dios santo, ¿y si se lo contaba a su padre? El barón retaría a Dante a un duelo y este lo mataría, por no mencionar que su reputación quedaría por los suelos.

Tenía que averiguar más cosas sobre el señor Samuel Hellman antes de que lo arruinara todo. Y al único al que podía preguntarle era a Dante.

Capítulo 5

La segunda noche empezó igual que la primera. Una vez más, Dante tenía una comida esperando cuando Madelaine entró en el salón. Vestido de negro, estaba de pie junto a la chimenea, donde las llamas proyectaban sombras parpadeantes en las paredes. Cuando Madelaine se quitó la capucha, él se volvió hacia ella, atraído por el susurro del material al deslizarse.

Ella vaciló cerca de la puerta. Él la observaba con una intensidad que ella no podía describir; el aire se había vuelto de repente demasiado espeso para pdoer respirar.

Temió estar enamorándose de él.

Era el colmo de la estupidez, perder su corazón por un canalla como Dante Tremont. Sabía que muchas mujeres se habían enamorado de él y que todas habían fantaseado con ser la única que pudiera reclamar su eterna devoción.

Ella no era rival para él; su tierno corazón de doncella no podía aspirar a luchar y conquistar el corazón cicatrizado y endurecido de un granuja. Pero, oh, cómo se sentía tentada a intentarlo.

Él se acercó a ella, sus pasos eran lentos y medidos. Su pulso se aceleró como guijarros esparcidos por caballos en estampida. Ella sabía lo que iba a ocurrir ahora. Conocía el sabor de su beso, el tacto de su mano.

Sabía qué placeres la esperaban en las próximas horas de la noche.

—¿Aún no te he asustado? —dijo con una nota burlona en su voz—. Pensé que podrías no volver después de todo lo vivido anoche.

Un calor inundó sus mejillas.

—No te tengo miedo, Dante —dijo ella con firmeza.

—¿De veras? —preguntó él entre dientes.

Ella levantó las cejas.

—Después de lo de anoche, dudo que me escandalice por nada de lo que me muestres.

Su boca se torció en una sonrisa cómplice.

—¿Estás segura?

Esa sonrisa hizo que un escalofrío de excitación la recorriera.

—En realidad, no estoy segura de nada cuando se trata de ti.

—Bien. Porque esta noche te quiero desnuda.

Ella contuvo un grito ahogado e intentó mostrarse despreocupada.

—Ya he estado desnuda delante de ti.

—Toda la noche. —Sus ojos oscuros y perversos brillaron. Se deslizó detrás de ella y le abrió los cordones y los botones del vestido con una rapidez que envidiaría la mejor de las doncellas—. Toda la noche, Madelaine —susurró, y le mordisqueó la oreja mientras le hacía cosquillas en el cuello con el calor de su aliento—. Comiendo. Durmiendo. Haciendo el amor. Desnudos. Todo el tiempo.

—¿Comiendo? —Por algún milagro consiguió no tartamudear.

—Cenarás desnuda. —Su vestido se abrió a la altura del pecho y él se aprovechó de forma descarada, alcanzándolo desde atas, ahuecándolo a través de su fina camiseta. —Dormirás desnuda. Jugarás al ajedrez desnuda.

—Yo... No sé jugar al ajedrez. —Sus rodillas parecían haberse derretido. Se dejó caer contra él, con los ojos entrecerrados en respuesta a sus caricias.

—Yo te enseñaré. —Sus labios se apretaron contra su cuello en un ardiente beso a boca abierta—. En el primer movimiento... el caballo toma a la reina.

La cogió en brazos y la subió a su cama.

—Ven, Madelaine. —Horas después, apartó las sábanas para que su cuerpo desnudo quedara al descubierto—. Te enseñaré a jugar al ajedrez.

El color rosado inundó sus mejillas, no sabía si por el cariñoso gesto o por la vergüenza que le producía estar desnuda.

—¿Ajedrez? Difícilmente pensaría que un hombre como tú pensaría en el ajedrez en un momento como este.

—¿Por qué no? —Cuando ella buscó las sábanas para taparse de nuevo, él le dio una palmada juguetona en el trasero. Ella chilló, y la mirada recelosa que le envió le dio ganas de reír —. Deja las sábanas. ¿No recuerdas que te dije que esta noche lo harías todo desnuda?

—Pero... —Sus ojos se abrieron de par en par al darse cuenta de que hablaba en serio—. ¡No puedo aprender a jugar al ajedrez desnuda!

—Claro que puedes —le dijo él con una mirada juguetona—. Recuerda que yo también estoy desnudo.

Ella bajó la mirada hacia su regazo, luego pareció darse cuenta de lo que estaba haciendo y volvió a mirarlo a la cara.

—Creía que estabas bromeando.

Él se rio y echó hacia atrás las sábanas que lo cubrían.

—Nunca bromeo con la desnudez, mi amor.

Pasó por alto sus protestas y pronto la tuvo sentada frente a él, cerca de la chimenea, con su suave ceño fruncido por la concentración mientras miraba el tablero de ajedrez.

Tras su desconcierto inicial, Madelaine empezó a disfrutar del resplandor del fuego, que parpadeaba sobre sus anchos hombros y su pecho bien musculado. Su pelo oscuro brillaba dándole un toque negro azulado mientras miraba el tablero de ajedrez.

«Qué rápido habían llegado a sentirse a gusto el uno con el otro», musitó ella.

Si alguien le hubiera dicho hace dos días que estaría cómodamente sentada en presencia de un hombre sin una prenda de ropa cubriéndole el cuerpo, habría pensado que esa persona estaba loca.

Sin embargo, aquí estaba, la perversa libertina en que se había convertido, aprendiendo a jugar al ajedrez con todos sus encantos al descubierto ante la interesada mirada de él. Y, en

realidad, no le molestaba.

Debería estar ruborizándose de pies a cabeza. Debería estar protestando por tanta sensualidad. Pero una parte de ella disfrutaba con el brillo apreciativo de sus ojos cuando su mirada recorría su carne expuesta. Se encontró a sí misma girándose sutilmente hacia un lado u otro para provocarle con miradas a varias partes de su cuerpo. Él se dio cuenta rápidamente de su juego y, con una sonrisa de complicidad curvando sus labios, encontró formas de tocarla: su mano sobre la de ella mientras demostraba un movimiento, su pie contra el de ella bajo la pequeña mesa donde descansaba el tablero de ajedrez, un suave beso rozando por casualidad sus dedos. Para cuando terminó la partida, su corazón latía con fuerza y cada centímetro de su piel hormigueaba con lo que había llegado a reconocer como conciencia sexual.

Sí, lo había hecho para salvar la vida de su padre, pero cuando Dante ganó la partida con un grito de victoria, cuando derribó a su rey y se puso en pie, volcando su silla en el proceso, cuando se la echó al hombro y luego la arrojó sobre la cama desarreglada, reclamándola como botín de guerra, ella supo que había algo más que eso.

Una parte de ella había ansiado este conocimiento, este contacto con un hombre. Había pensado aprender de esas cosas a través de un marido. Pero ahora que sabía de qué se trataba, no podía imaginarse entregándose a otro hombre que no fuera Dante.

Aunque él solo estaría en su vida una noche más.

«No pienses en ello». La besó, tendiéndole los brazos por encima de la cabeza como un conquistador, y ella respondió con avidez. Ella tomaría lo que él le diera.



Las horas pasaron rápido. Una vez más, él la asombró con su conocimiento de los secretos de su

propio cuerpo. Gracias a él, había aprendido más de sí misma en esas dos noches que en todos los diecinueve años de su existencia.

Pero ahora yacía envuelta en sus brazos en la cama, con la espalda acurrucada contra la delantera de él, y observaba cómo un rayo de luz de primera hora de la mañana que entraba por la ventana se hacía cada vez más brillante a medida que avanzaban las horas.

Ella empezó a echar hacia atrás las sábanas, pero la gran mano de él la detuvo. Le devolvió la mirada, desconcertada. Él se limitó a mirarla fijamente, con sus ojos oscuros, intensos, que reflejaban una agitada variedad de emociones que ella no podía nombrar.

—Tengo que irme —susurró ella—. Está saliendo el sol.

Aun así, él no dijo nada, simplemente entrelazó sus dedos con los de ella en una súplica silenciosa. Su corazón pareció derretirse en su pecho. ¿En qué estaba pensando? ¿Por qué la miraba como si ella tuviera la llave de algún valioso secreto?

—Sabes que no puedo quedarme —continuó ella.

Sin dejar de sostenerle la mirada, él le llevó la mano a los labios y le estampó un beso en los dedos. Sus ojos se cerraron, sus largas pestañas se oscurecieron contra su mejilla en un momento de inesperada vulnerabilidad.

Se le cortó la respiración. La tensión la pilló por sorpresa, una red emocional los acercó. Dios mío, ¿qué estaba pasando? ¿Dónde estaba el malvado libertino que ella había conocido la primera noche?

Ella le apretó los dedos y él abrió los ojos para mirarla. Ella solo pudo mirarlo con la lengua atada por palabras que no se atrevía a decir. Temía decirlas. Se lamió los labios. Quizá debería hablar, después de todo.

Él parpadeó y su mirada se entornó socura. Le soltó la mano y se levantó de la cama, enarcando las cejas mientras buscaba su ropa. El momento se había esfumado. El Dante apático

había regresado con toda su fuerza, el despreocupado se había ido como si nunca hubiera existido.

Con un suspiro que lamentaba su pérdida, ella también se levantó para vestirse.

Solo más tarde, mientras volvía a casa en el carruaje, recordó que se había olvidado de preguntarle por Samuel Hellman.



La echaba de menos.

Dante miró el reloj. Era poco después de la una de la tarde y Madelaine no llegaría hasta dentro de muchas horas. Y esa noche sería la última en que vendría.

Podía enmendar el trato. Podía exigir más noches. Una semana. Un mes. El tiempo que tardara en cansarse de ella.

Lo consideró, dio vueltas a las distintas opciones en su mente. Podría obligarla a hacerlo, amenazarla con desafiar a su padre.

Y ella lo odiaría.

Parado por la absoluta crueldad de sus pensamientos, rechazó la idea. Madelaine no era como las demás mujeres. No la obligaría a continuar su romance; la respetaba demasiado para eso.

Esto le sorprendió sobremanera.

Con el ceño fruncido, miró la correspondencia que tenía sobre el escritorio. Ante él se encontraba la carta de una mujer que lo odiaba.

La carta era de Amelia, la duquesa de Wilnington, su madrastra, y en ella le exigía que

acudiera a una cena en honor de su padre.

Amelia rara vez le escribía; de hecho, odiaba su existencia. Para ella, era un insulto vivo y palpitante, pero no podía hacer nada al respecto. Ella lo consideraba irreverente y una mancha en la reputación familiar. Así pues, se profesaban un odio mutuo cada vez que tenían la casualidad de encontrarse.

El consuelo de Amelia era que Dante nunca podría heredar el título; sería su hijo, un heredero legítimo, quien lo haría. Un hijo que nació un año más tarde y que recibió el nombre de Patrick, el heredero.

Aunque Dante había crecido bien alimentado, educado y elegantemente vestido en las mansiones ducales, la fría personalidad de su padre y el odio abrasador de su madrastra hicieron que su infancia fuera infeliz. Había esperado forjar un vínculo con su hermanastro, Patrick, pero Amelia se aseguró de que su hijo adoptara su actitud hostil hacia Dante.

El duque siempre había dejado claro desde el principio que había asumido la custodia de Dante solo por sentido de la responsabilidad, no por amor paternal hacia su hijo. El único consuelo de Dante al saber esto era que el duque no parecía favorecer a Patrick más que a su hijo ilegítimo, lo que dejaba a Dante deducir que su padre era, simplemente, un hombre apático por naturaleza. Aunque carecía de amor paternal, se había ocupado de las comodidades materiales de Dante e incluso el duque había organizado su educación en Eton.

Cuando Dante cumplió veintiún años, su padre le obsequió con una pequeña suma de dinero para que se iniciara en la vida adulta. Mediante una serie de astutas inversiones, Dante había triplicado rápidamente esa cantidad. Ahora, a los veinticinco años, su fortuna rivalizaba con la de Wilnington, una situación que no dejaba de enfurecer a Amelia. El «toque de oro» de Dante y su conexión con el duque le habían hecho popular en la sociedad londinense. Sus escandalosas hazañas le habían valido el apodo de «Lucky[1]».

Desde un punto de vista puramente objetivo, casi podía entender sus sentimientos hacia él.

Solo llevaba un año casada con su padre cuando la antigua amante francesa del duque, Sophie Tremont, se puso en contacto con este y le ofreció entregarle a su hijo de cinco años a cambio de una cierta cantidad de dinero. El duque, que no tenía ni idea de que había engendrado un hijo, viajó inmediatamente a Francia para ver al niño.

Al conocer su fecha de nacimiento, el duque de Wilnington supo inmediatamente que Dante era suyo. Había pagado a Sophie el doble de lo que pedía con la condición de que desapareciera de la vida del niño para siempre. Ella lo hizo de inmediato y Dante no volvió a ver a su madre.

El duque se había llevado a Dante de vuelta a Londres, donde lo había instalado en la guardería de Wilnington House, para horror de su joven esposa.

Solo la amenaza de ser encerrada durante el resto de su vida había impedido a Amelia tomar cartas en el asunto para librar sus vidas del muchacho.

Y cuando se hizo amigo de Samuel, el hijo ilegítimo de un conde que no quería reconocerlo, los dos fueron apodados «Hermanos del Infierno».

Amelia realmente había odiado eso. Permanecía glacialmente tolerante con su existencia cada vez que asistían a los mismos actos sociales, y su aversión hacia él era inconfundible.

Lo que hacía extraño que ella le hubiera invitado a un acto en honor a su padre. Conociendo a Amelia, le habría excluido si hubiera podido. Sin duda, su padre había solicitado su presencia y Amelia no se atrevía a desafiar al duque.

Anotó la fecha: dentro de quince días, y siguió con su otra correspondencia. Al mirar el reloj, vio que eran casi las una y cuarto.

Aún faltaban muchas horas para la llegada de Madelaine.



En su última noche juntos, ni siquiera llegaron a la alcoba.

Dante la tomó allí, en el salón, sobre el sofá francés, en un torrente de pasión desesperada que sorprendió a ambos. Cuando Madelaine recobró el sentido, se sorprendió de que el mueble delicado no se hubiera roto bajo ellos.

Más tarde, él la había subido a la habitación «qué cosa tan emocionante que un hombre te lleve en brazos como si no pesaras nada» y había vuelto a empezar.

Por fin yacían enredados en la cama, la suavidad de Madelaine cálida contra su costado. Abajo, el reloj daba las campanadas de medianoche.

Dentro de unas horas ella lo abandonaría, esta vez para no volver jamás.

No le gustaba esa debilidad que sentía en su interior. ¿Por qué le importaba que su enlace terminara tan pronto? En el pasado, su única preocupación había sido que sus amantes le satisficieran dentro del dormitorio y permanecieran complacientes fuera de él.

Por supuesto, Madelaine no era su amante. Tenían un trato. Un trato casi cumplido.

Ella se giró en sus brazos, su sedoso cabello barriéndole el brazo mientras lo miraba. Sus ojos verdes aún brillaban con un placer persistente y, mientras él le sostenía la mirada, un rubor le recorría las mejillas.

Debería estar contento. Su regateo se había convertido en un interludio satisfactorio y placentero, sin lágrimas ni exigencias por ninguna de las partes. Madelaine había actuado con más honor que la mayoría de los hombres que conocía y él la respetaba por ello.

No quería que se fuera. El peculiar sentimiento de apego le hizo fruncir el ceño.

El suave roce de las yemas de los dedos de ella sobre su frente arrugada atrajo su atención. Ella le sonrió con una suave y burlona curva de los labios.

—¿Te he disgustado para que frunzas tanto el ceño?

—En absoluto. —Él recurrió a su infame encanto y le pasó el dedo por el hombro desnudo, mostrándole la sonrisa pícara que había derrumbado las defensas de muchas mujeres—. Me complaces bastante bien. Nuestro trato es un éxito.

Su expresión vaciló, pero su sonrisa se mantuvo firme.

—Así es.

—Muy bien. —Se colocó en posición y se deslizó fácilmente dentro de ella.

Cerró los ojos mientras el cuerpo de ella lo acunaba en su calor húmedo. Lentamente, empezó a moverse y ella se meció con él, enterrando la cara en las almohadas mientras maullaba de placer.

Sujetó sus caderas con las manos, la suavidad de su piel contra su vientre, añadiendo una sensual fricción a su apareamiento. Demasiado pronto, el placer se infló en su interior. Acariciándole las nalgas, empujó con fuerza, dando un grito ronco al liberar su semilla en el vientre de ella.

Madelaine alcanzó el clímax un momento después, su cuerpo estremeciéndose y hundiéndose en las almohadas, y pronunciando el nombre de él en un dulce suspiro de satisfacción.

El amanecer llegó demasiado pronto.

Con el corazón encogido, Madelaine se deslizó de debajo del pesado brazo de Dante y se levantó de la cama donde él dormía. Apartó las cortinas de la ventana y se quedó mirando el

tenue resplandor anaranjado del horizonte.

La luz anaranjada del horizonte se reflejaba en ella.

Por primera vez en su vida, sintió resquemor ante la llegada del día.

¿Cómo sería su despedida? ¿Se volvería él frío y distante? ¿Le daría una palmadita en la cabeza o en el trasero y le daría las gracias por un interludio tan agradable? ¿Haría llamar al carruaje y luego la abandonaría a su suerte mientras ella abandonaba su vida?

Su corazón gritó en señal de protesta y el pánico la invadió. Dios mío, era demasiado tarde. Se había enamorado de Dante.

«Niña tonta, tonta».

Algo le oprimió el corazón. No le había gustado la mirada de incertidumbre que cruzó su rostro. No quería que nada arruinara su última noche juntos, así que trató de sacarla de su melancolía.

Envolviéndola con sus brazos, le acarició el cuello con la mejilla rugosa por la barba.

—¡Dante! —chilló ella, retorciéndose en su abrazo—. ¡Eso hace cosquillas!

—¿De verdad?

—¡Para! —exclamó ella, aullando de risa, volteándose sobre su estómago en su esfuerzo por retorcerse lejos de él.

—Vaya, vaya. —Soltándole el pie, le puso una mano en la parte baja de la espalda para impedir que se diera la vuelta y le pasó la otra por los suaves globos del trasero—. ¿Qué tenemos aquí?

—¡Dante! —Ella intentó zafarse, pero él se inclinó hacia delante para rozarle la columna con un beso. Ella dio un grito ahogado y dejó de forcejear.

—¿Esto te hace cosquillas? —Él subió por su espalda, arrastrando besos desde su trasero

hasta su nuca.

—No —susurró ella, apretando los dedos en las sábanas.

Él se levantó sobre las rodillas y deslizó las manos por debajo de ella, acariciando sus pechos.

—¿Y esto?

—No —se atragantó ella.

Él deslizó una mano por su vientre, guiándola para que se arrodillara a cuatro patas, y luego frotó su erección contra la suavidad de sus nalgas.

—¿Y esto? —preguntó él.

—Deja de burlarte de mí, Dante —suplicó ella.

Las lágrimas le escocían en los ojos, pero se negó a derramarlas. Había sabido dónde se metía. De nada servía llorar porque haber caído en desgracia al enamorarse de un hombre incapaz de corresponder a sus sentimientos.

Mientras contemplaba el inevitable amanecer, su vida se extendía solitaria y estéril ante ella.

Dante se despertó despacio, vagamente consciente de que algo iba mal. Sentía la cama fría, vacía. Cuando abrió los ojos, vio a Madelaine de pie junto a la ventana, los primeros rayos del amanecer arrojando un resplandor rosado sobre su hermosa carne y convirtiendo su larga cabellera rubia en un resplandeciente mechón de oro oscuro. Su exuberante labio inferior temblaba. Se lo mordió, luego bajó los ojos y se apartó del amanecer como si no pudiera soportar

seguir mirándolo.

Amanecer.

Se sentó en la cama. Ella se marchaba. Sus tres noches habían terminado.

El crujido de las sábanas llamó su atención y se quedó inmóvil como un conejo al oír los pasos de un cazador. Sus ojos parecían enormes en su rostro, y en ellos se podían ver una variedad de emociones que ondulaban demasiado rápido para que él pudiera identificarlas.

Se le oprimió el pecho y apretó los puños en las sábanas. Quería volver a meterla en la cama y detener el tiempo, mantenerla a su lado y debajo de él de forma indefinida. No quería que ella se fuera.

Una extraña noción se apoderó de su atención y no la soltaba. No quería que se fuera, que volviera a su tranquila vida de hija de aquel ludópata, Bellingham. Ella se merecía algo mejor.

Pero, ¿era mejor ser la amante de un truhan notorio que llevar una vida honorable como hija de un derrochador?

Desgarrado, solo pudo mirarla, anhelando algo que no podía nombrar, desgarrado por la simple verdad de que tenían que separarse. Ella tenía que volver a su vida y él a la suya. Ese era el trato. Era correcto. Era honorable. Como su amante, se ocuparía de ella, pero nunca podría volver a mostrar su rostro en la sociedad de forma educada.

Tenía que dejarla marchar.

—Amanece un nuevo día —susurró ella.

Sus palabras le cayeron como si acabaran de golpearlo y deseó poder impedir que saliera el sol. Que el tiempo se quedara inmóvil para siempre.

No podía detener el tiempo. Pero podía robarle parte de él.

Le tendió una mano. Ella vaciló, luego corrió hacia la cama y cayó en sus brazos. Sus

bocas se encontraron con acalorada desesperación, y cada segundo que pasaba los acercaba al momento en que se separarían para siempre.

Pasó las manos por el cuerpo que había llegado a conocer tan bien, utilizando su conocimiento como medio para avivar su deseo. La quería loca de necesidad, gritando su nombre.

Ella le devolvía cada una de sus caricias, utilizando lo que él le había enseñado para incitarle a una excitación dura y dolorosa. Su boca estaba en todas partes, sus pequeñas manos, ávidas, mientras acariciaban y amasaban su piel. Eran como un concurso para ver quién podía excitar más al otro; ambos estaban locos por entregarse al otro.

Los suaves labios de ella se cerraron alrededor de su erección y los ojos de él casi se le pusieron en blanco del placer. Se permitió disfrutar de sus ministraciones durante un momento o dos, luego enredó de mala gana la mano en su pelo y le apartó la boca antes de explotar.

Ella le dirigió una mirada entrecerrada, frunciendo los labios. Luego se sumergió y le dio un último lametón, provocándole un escalofrío.

—Malvada —murmuró él, acercando la cara de ella a la suya. La petulancia en sus ojos era inconfundible—. ¿Quieres jugar, verdad?

Ella se limitó a sonreír, una curva de los labios que debió de hacer que Adán le quitara aquella maldita manzana a Eva.

No podía culpar al pobre bastardo. Dante también estaba a punto de darle todo lo que pidiera. Pero el tictac del maldito reloj le recordó que no había tiempo para la indulgencia.

Puede que ella le dejara, pero que le ahorcaran si iba a olvidarle.

La hizo rodar sobre su espalda, estirándole los brazos por encima de la cabeza, y él resistió fácilmente sus esfuerzos por liberar sus manos. Sujetándole las pequeñas muñecas con la mano mucho más grande, le metió la mano entre las piernas y la acarició.

Ella emitió un pequeño maullido de placer y sus rodillas se abrieron. Él aprovechó para acomodarse rápidamente entre sus muslos, pero sin tomarla. Quería hacerlo. El aroma de su disposición le embriagaba y reconoció esa mirada suave y suplicante en sus ojos. Pero quería que aquello durara, que ambos se volvieran tan locos de deseo que, cuando por fin la tomara, el placer les hiciera olvidar el mundo que les rodeaba.

Hacerles olvidar que era la última vez.

La besó y notó que se le nublaba la cabeza mientras ella le devolvía el beso como él le había enseñado, acariciándola con sus dedos como a ella le gustaba. Sus caderas se arquearon contra su mano, una súplica silenciosa, pero él sabía a lo que iba. Cuando le permitiera liberarse, sería algo que ella nunca olvidaría.

Jamás.

Le mordisqueó la garganta y la oreja.

—Di mi nombre —le ordenó.

—Dante. —Un jadeo escapó de su garganta cuando la boca de él encontró su pecho—. Dios mío, Dante.

—Dime quién te está haciendo esto —murmuró él, algo de maldad le exigía que la hiciera admitirlo, que le hiciera saber quién era el que podía hacerla sentir así—. ¿Quién te está tocando? ¿Quién te está besando?

—Dante —jadeó ella—. Solo tú.

—Solo yo —asintió él. El suave muslo de ella rozó su dolorida erección y él casi perdió el control. Siseó con una respiración agitada, se calmó con los dientes apretados y recordó lo que intentaba hacer.

Maldita sea, lo haría. Les daría a ambos un recuerdo para conservar.

Le mordisqueó los pechos y ella arqueó la espalda, gritando su nombre mientras él seguía acariciándola cada vez más cerca del clímax. Sintió una ondulación contra sus dedos y se detuvo de forma brusca, no quería que ella encontrara su placer demasiado pronto.

Ella emitió un gemido de protesta y movió las caderas con urgencia contra su mano.

—Todavía no. —Con una sonrisa perversa, le besó los labios y la miró fijamente a los ojos nublados por el deseo—. Confía en mí.

Ella asintió, cerrando los ojos con un suave grito cuando él empezó a acariciarla de nuevo.

La llevó al borde del abismo dos veces más, cada ocasión avivando su propia hambre hasta que apenas pudo soportarlo. El corazón le latía con fuerza en el pecho, el sudor le empapaba la espalda y la frente mientras su cuerpo temblaba por el esfuerzo de no ceder a la liberación.

Finalmente, no pudo soportarlo ni un momento más. Su cuerpo tomó el control, buscando lo que ansiaba, tanto si él lo deseaba como si no.

Le soltó las manos y ella se las estrechó alrededor del cuello. Apoyó las rodillas de ella sobre sus codos, presionando sus piernas hacia arriba y abriéndolas, y los atormentó a ambos un momento más frotándose contra la entrada caliente y húmeda de su cuerpo.

—Maldito seas, Dante —murmuró ella. Sus manos se enredaron en el pelo de él, sus ojos se clavaron en los suyos en una hambrienta demanda femenina—. Tómame antes de que muera de deseo.

Su orden rompió el último de sus controles. Tomó su boca y su cuerpo al mismo tiempo, su beso reflejando su poderosa lujuria.

Empujó con fuerza.

Ella gritó y arqueó la espalda, tan excitada que el primer orgasmo la puso al límite. Su cuerpo onduló alrededor de él mientras alcanzaba el clímax, con los dedos apretados en su pelo.

Él separó más las piernas de ella, permitiéndose un momento de satisfacción para deleitarse con sus convulsiones internas. Pero su propio placer le mordisqueaba, justo fuera de su alcance, y lo buscó de forma temeraria. Más profundo. Más fuerte. Así, así. Caricias rápidas. Lentas. Quería meterse dentro de ella y revolcarse de placer.

Canturreando su nombre, movió las caderas al ritmo de sus embestidas, metiéndole cada vez más adentro, apretando los músculos a su alrededor. Le mordió la oreja, lo besó con la boca abierta, le rodeó con los brazos y le clavó las uñas en la espalda mientras alcanzaba el clímax por segunda vez.

Él se dejó ir. Con un grito ronco, se vació dentro de ella, dejando que el placer la abandonara y vaciara su mente de cualquier cosa que no fuera ella.

—Madelaine —susurró, estrechándola contra él, todavía estremeciéndose dentro de ella—, Madelaine.

Capítulo 6

Madelaine se despertó por la llamada de un criado a otro en algún lugar del piso de abajo. Por un instante, se acurrucó más cerca del gran cuerpo cálido que tenía a su lado, envolviéndose en las sábanas y enterrando la nariz en el cuello de Dante. Era demasiado temprano para levantarse. Era demasiado encantador justo donde estaba...

—¡Buenos días! —Abrió los ojos de golpe y se incorporó de un tirón. La luz del sol inundaba la habitación. El tintineo de un arnés y el sonido de los cascos de un caballo se colaban por la ventana desde el exterior. Unos pies se arrastraban más allá de la puerta del dormitorio mientras los criados recorrían los pasillos, cumpliendo con sus obligaciones.

—¡Oh, no! —presa del pánico, salió dando tumbos de la cama, arrastrando algunas de las sábanas que la cubrían apresuradamente, y se dirigió al buró.

Con dedos temblorosos, cogió su reloj de bolsillo y lo abrió de un tirón.

Hacía más de una hora que había amanecido.

—Si necesitas dinero, no tienes más que pedírmelo —dijo Dante desde la cama, con la voz amortiguada por la almohada—. Prefiero quedarme con mi reloj de bolsillo, si no te importa.

—He dormido demasiado. —Tiró el reloj sobre la cómoda y corrió a por su ropa, que estaba desparramada por el suelo—. Ya ha salido el sol. Los criados están levantados. Mi padre

probablemente también esté levantado. —Dejó caer la sábana y cogió su camisa del suelo, girándola nerviosa entre sus manos en busca del cuello y las sisas.

—Los criados no dirán nada si valoran sus posiciones. —Dante se sentó y se estiró de forma perezosa, despreocupado por su desnudez—. Y tu padre probablemente todavía esté en las mesas.

—¡Qué cosa más odiosa! —Se sacudió la prenda sobre la cabeza y metió los brazos por las mangas.

Él levantó las cejas en esa expresión burlona que ella había llegado a conocer tan bien.

—Mi querida Madelaine, ¿puedo recordarte que fue la afición de tu padre por el juego lo que te trajo hasta aquí?

Alisándose las medias, se apartó el pelo de la cara y lo fulminó con la mirada.

—Creía que era tu afición a los duelos.

—Oh, no.

Se levantó y se dirigió a la silla donde había dejado su ropa.

—Hemos llegado hasta aquí sin mentiras, Madelaine. No empecemos ahora.

—¿Mentiras? —Se apartó el pelo de la cara y se lo ató con la cinta que encontró en la mesa de ajedrez—. Hablemos de mentiras, Dante. ¿Qué hay de tu promesa de no hablarle a nadie de nuestro acuerdo?

Frunció el ceño mientras se tiraba de los pantalones.

—Y no se lo he dicho a nadie.

—¿Entonces quién es el señor Samuel Hellman? —Encontró su vestido tirado a medio camino, detrás de una silla—. ¿Cómo es que vino a mi casa la otra noche e insinuó que lo sabía todo sobre nosotros?

—No tengo ni idea de lo que estás hablando.

—Vino anteanoche. —Consiguió meterse en el vestido sin ayuda, pero luego se dio cuenta de que no llegaba a los cierres—. Al parecer, ganó algo de dinero de mi padre.

—Ah —dijo Dante, mientras recogía su camisa con una sonrisa—. Eso lo explica todo. Su visita no tenía nada que ver con nosotros.

—¡Todo tiene que ver con nosotros! —Blandiendo la zapatilla que había encontrado tirada bajo la cama, se la sacudió con una mano mientras sujetaba los bordes de su vestido con la otra —. Coqueteó conmigo de forma muy sugerente. Y su mirada insinuaba que lo sabía todo.

—No seas ridícula. —Esquivó la zapatilla que ella le había agitado en la cara y le dio la vuelta para poder arreglarle los cierres del vestido—. Samuel coquetea con todas las mujeres. Es su naturaleza.

—Me vio aquella mañana, —le recordó ella. Dante suspiró—. ¿Te preguntó quién era? ¿Le dijiste mi nombre?

—¡No, no le dije tu nombre! —La cólera agudizó su voz mientras sujetaba el último gancho y lo giraba—. Estás siendo irracional. Te dije que nuestro acuerdo quedaría entre nosotros.

—¿Irracional? —Ella se volvió hacia él—. Es tu amigo. ¿Esperas que me crea que no dijiste nada?

—No dije nada. Y maldita seas tú por dudar de mí. —La cogió por los hombros—. Estás disgustada por nuestra separación. No hay necesidad de ocultarlo con argumentos.

—¡Maldito arrogante! —Ella se apartó de él encogiéndose de hombros—. No tengo necesidad de conjurar nada. Mira la situación en la que nos encontramos. Si hubieras sido un hombre honorable, no habría exigido semejante precio por la vida de mi padre.

Sus rasgos se endurecieron y sus ojos brillaron con una furia contenida.

—Si tu padre hubiera sido un hombre honorable, nunca habría habido un desafío. Olvidas que puso mi honor en entredicho.

—Y el precio de tu honor fue el mío.

—No te atrevas a intentar culparme de lo que pasó entre nosotros —espetó—. Viniste a mí. Aceptaste mis condiciones.

—Y mis condiciones incluían mantenerlo en secreto. Tu señor Hellman arruinó eso.

—¿Igual que yo te he arruinado a ti? —burló—. Madura, Madelaine. No te obligué a venir a mi cama, viniste por tu propia voluntad.

Un rubor le barrió las mejillas, pero ella levantó la barbilla con orgullo.

—Lo hice. Y lo volvería a hacer si eso significara salvar la vida de mi padre.

—¡Bien hecho! —Aplaudió, con su rostro áspero de burla—. Interpreta a la inocente agraviada, dulce Madelaine. Pobre chica, su virginidad sacrificada a la bestia para salvar la vida de su querido padre.

Ella apretó las manos en los costados, más ofendida de lo que estaba dispuesta a admitir por su frase.

—¿Cómo puedes decir semejante cosa?

—¿Cómo podría decir la verdad, querrás decir? —Él se rio, con un sonido duro y hastiado —. Siempre he sabido que todo el mundo tiene un precio, querida, especialmente las mujeres. — Se acercó a ella, le acarició la cara y la garganta con los dedos apretados en el puño—. Te agradezco que hayas sido sincera sobre tu precio, Madelaine. Nuestro tiempo juntos ha sido delicioso.

Un dolor atravesó su tierno corazón. La había hecho parecer una ramera, como si le hubiera entregado su cuerpo a cambio de dinero.

¿Pero no lo había hecho?

Se le cerró la garganta mientras luchaba contra las lágrimas. No dejaría que se burlara de ella ni que rebajara lo que había hecho para salvar la vida de su padre.

—Eres un hombre odioso y miserable —susurró.

—¡Por fin, la verdad saliendo de tus labios! —dijo él, inclinando su rostro cerca del de ella —. Toma las vocales de tu padre, Madelaine. El trato está terminado.

Con la columna rígida por la emoción controlada, ella le arrancó los papeles de la mano.

—Llama al carruaje.

Él dio un paso atrás y luego le hizo una reverencia cargada de desprecio.

—Como desee mi señora.

Ignorándole, ella se dio la vuelta para buscar su otra zapatilla.

Él no se movió ni un milímetro y, de repente, se acercó a la puerta, la abrió de un tirón y salió a grandes zancadas de la habitación.

El portazo que dio tras de sí liberó la tensión que había contenido sus emociones. Con los ojos llenos de lágrimas que resbalaban por sus mejillas, guardó con cuidado los marcadores de su padre y se dispuso a recoger sus zapatos y su capa.

Tenía el corazón roto, pero moriría antes de que Dante Tremont supiera que había sido tan tonta como para enamorarse de él.

Desde la ventana de una habitación de invitados en el piso de arriba, Dante vio alejarse el carruaje. Sabía que Madelaine estaba en él, aunque no había vuelto a verla desde que había salido airado de su dormitorio. No había confiado en volver a enfrentarse a ella.

Se enderezó y se frotó distraído el dolor que sentía en el pecho, viendo cómo el carruaje de ella desaparecía por la curva del camino. Ella no iba a volver.

Fernhill se cernía de pronto enorme y frío a su alrededor. Vacío. Los pasillos ya no resonarían con su risa. Ni ese pequeño jadeo que daba cuando él la sobresaltaba, ni ese pequeño maullido de placer que escapaba de sus labios cuando él se deslizaba dentro de ella.

No podía quedarse allí.

Debía ir a Londres. Encontrar a Samuel. Borrar sus recuerdos de Madelaine perdiéndose en los brazos de otra mujer. Otras diez mujeres.

Pero incluso mientras se marchaba a dar órdenes a los criados y barajaba mentalmente los nombres de posibles amantes, reconoció la verdad.

Nunca olvidaría a Madelaine.

¿Cómo había podido dudar de él? ¿Cómo podía haberle acusado de romper su acuerdo?

¿Y desde cuándo importaba la opinión que una mujer tenía sobre él?

Dejó que su frente se apoyara en la ventana. Desde Madelaine.

Tonto, tonto, tonto. Esto es lo que traían consigo las emociones más suaves: nada más que traición y corazón.

Capítulo 7

Londres

Dos meses después.

Londres no había cambiado. Seguía siendo la más civilizada de las ciudades, repleta de entretenimiento lascivo para las almas más indulgentes. Aunque la temporada no comenzaría oficialmente hasta la primavera, había quienes habían optado por pasar la Navidad en la ciudad, como Dante. Sin embargo, mientras otros habían ido a Londres en estos fríos meses de invierno para estar cerca de la familia y los amigos, Dante se había quedado en la ciudad después de las vacaciones para hacer justo lo contrario.

Intentaba mantenerse alejado de Madelaine. Era más difícil de lo que había esperado. Aún no entendía cómo su recuerdo podía seguirlo incluso en Londres.

Incluso Dante apenas podía creer sus propios actos. Nunca antes se había librado de un duelo, y menos de uno que le asegurase la victoria. Pero no importaba que mereciera la ira del barón ni que no temiera perder el combate: no aceptó el desafío. Por Madelaine.

Aunque ella no creyera en su honor, él sí. Su trato había exigido tres noches en su cama a cambio de las deudas de su padre y de su vida. Ella había cumplido sus condiciones; él cumpliría las suyas.

Cerró los ojos y apretó los dedos alrededor de la pieza de ajedrez, como para impedir que la reina se le escapara de las manos. Por supuesto que ella estaba bien.

Tenía a su padre para cuidar de ella, ¿no?

El día que se fue de Cornualles, el barón había ido a verlo. Aún podía recordar ese momento en su mente: el rostro regordete del barón rojo de furia mientras bramaba sobre el honor y exigía satisfacción. Bellingham se había enterado de su aventura cuando Madelaine había llegado a casa aquella mañana con sus marcadores en la mano.

Dante se había negado a batirse en duelo con él.

El barón lo había mirado incrédulo.

Las crestas de la pieza de ajedrez se clavaron en su palma, devolviéndolo al presente. Volvió a lanzarla sobre el tablero. Rodó, apartando un peón y derribando al rey negro.

Emmons, su mayordomo londinense, entró en la habitación y anunció:

—El señor Samuel Hellman.

Con una mirada sombría a las piezas de ajedrez caídas, se encaró con Samuel mientras su amigo entraba en la habitación pasando por delante del mayordomo, que salía.

—Caramba, Dante, no estás vestido. —Vestido él mismo con un elegante traje de noche negro, Samuel lucía un corbatón blanco, guantes impecables también blancos y un bastón a la moda. Un alfiler de diamantes brillaba en su garganta. Arqueó las cejas e indicó el atuendo más informal de Dante—. Seguro que no tienes intención de presentarse en el baile de lady Presting con eso puesto.

Dante dio un suspiro cansado.

—Mis disculpas, Samuel. Lo había olvidado por completo.

—¿Otra vez? Dante.

Dante puso los ojos en blanco y cogió su vaso a medio llenar, volviéndose hacia su silla.

—¿Tenías menos de seis eventos en los últimos dos meses? Tú, que solías aparecer en varios asuntos en una noche.

—Lo sé. —Dante alargó la mano y cogió de nuevo la reina blanca, la contempló—. Me parece que he perdido el gusto por el torbellino social de Londres.

—Has... —Claramente asombrado, Samuel se quedó mirándolo—. No puedes hablar en serio.

—Lo hago —Se levantó, deslizando la pieza de ajedrez en su bolsillo—. ¿Brandy?

—No quiero brandy. —Samuel lo siguió mientras Dante se dirigía a la jarra que había en una mesa cercana—. Pero tienes que asistir al baile de invierno de lady Presting.

Dante rio entre dientes.

—Solo es un baile, Samuel. Habrá otros.

—Ya ha habido otros.

Justo cuando Dante empezó a verter el líquido, Samuel agarró su brazo. El brandy se derramó sobre la mesa.

—Los has descartado a casi todos.

Dante lanzó una mirada gélida a la mano que Samuel tenía en su manga.

—Cuidado con lo que haces.

—No me hables con ese tono de voz —dijo, sin embargo, Samuel dio un paso atrás y sus ojos color avellana ardían de emoción—. No eres mejor que yo solo porque tu padre decidió reconocerte.

—¿Quieres dejar de insistir en eso? —Dante dejó la jarra con un sonoro tintineo—. Yo no tenía ningún control sobre el asunto. Mi padre reconoció que fue descuidado con su amante y

engendró un hijo. Eso es todo.

—No dirías eso si te mantuvieras al margen de la sociedad cortés, como yo.

Samuel se interpuso en su camino y Dante se detuvo, sorprendido por la expresión de frustración de su amigo.

—Mi padre ignora mi existencia. No fui educado como tú. Mi único sustento es mi talento en las mesas de juego.

—Lo sé. —La simpatía pesaba en su voz. Dante miró fijamente su brandy y luego le dio un sorbo.

—¡No quiero tu compasión, maldita sea! —Samuel se apartó, con los hombros rígidos—. ¿Crees que me gusta tener que depender de ti para vivir? Sin tu entrada en la sociedad, no tendría ninguna oportunidad. Es desplumar a los nobles lo que pone la comida en mi boca y la ropa en mi espalda.

—Lo sé —volvió a decir Dante, más tranquilo—. Iré contigo a casa de Lady Presting. —Devolvió el resto del brandy.

—¡Espléndido! —Samuel volvió a sonreír, todo sonrisas, y fue a servirse un poco del fino licor francés.

Con una mirada cansada a la espalda de Samuel, Dante colocó su propia copa sobre la mesa, incómodo con la escena. Samuel era su mejor amigo, pero nunca sabía qué decirle cuando se emocionaba tanto. La táctica más fácil era, simplemente, darle a Samuel lo que quería en ese momento.

Nunca se le habían dado bien los enredos emocionales. La debacle con Madelaine lo había demostrado.

—Bajaré enseguida.

Samuel vio cómo Dante abandonaba la habitación, y su sonrisa se desvaneció. Su aliento salió en un suspiro.

Sacó su elegante pañuelo y se secó una gota de sudor de la frente. Le había preocupado que Dante se mantuviera firme en su soledad autoimpuesta, que insistiera en quedarse en casa y no asistir al baile de lady Presting, por mucho que Samuel intentara convencerlo. Y esa perspectiva habría sido desastrosa.

Se guardó el pañuelo y notó que le temblaban las manos. Maldita sea.

Fue al aparador y se sirvió más brandy. Tenía que mantener la calma. No necesitaba que Dante sospechara nada. Mientras el licor se deslizaba por su garganta, cerró los ojos, la culpa pesando sobre él.

¿Podía hacerlo? ¿Era capaz de un acto así? Dante era su mejor amigo, siempre le había permitido que lo siguiera a la zaga mientras él se abría paso con facilidad entre la sociedad cortés. Dante nunca había considerado a Samuel inferior por las circunstancias de su nacimiento.

Pero un hombre tiene que sobrevivir. Samuel engulló el resto de su brandy. Dante se había convertido d en un ermitaño. ¿Cómo iba a ganarse la vida un hombre si su mejor amigo le cortaba el único medio para alcanzar sus metas?

La retirada de Dante de la sociedad había hecho que los bolsillos de Samuel se fueran a pique. Sin el caché de Dante, Samuel no tenía forma de relacionarse con la alta sociedad. No había mentido cuando dijo que dependía de Dante para vivir.

Pero ya no. No, nunca más.

Dejó el vaso y se volvió hacia el escritorio de Dante para distraerse. Quizá su viejo amigo se había dejado una o dos libras entre los papeles. Cada chelín contaba en aquellos días.

Revolvió los papeles y buscó en los cajones, pero no encontró nada de valor, ni un céntimo dejado al descuido. Maldito Dante, pero siempre había sido angustiosamente organizado.

Sus ojos se posaron en un montón de cartas colocadas en una pila ordenada en la esquina del escritorio. Cogió la primera y la examinó. Sin abrir. Debía de ser el correo del día.

Frunció los labios y hojeó las cartas. Había invitaciones de muchos eventos. Dante era el amigo más egoísta al no haber aceptado algunas de ellas y haber pedido a Samuel que lo acompañara, por supuesto.

Y entonces encontró la carta.

Supo inmediatamente que era de una mujer por la letra y el bonito papel. Olfateó el sobre: una delicada colonia femenina se aferraba a él. Conocía ese aroma. ¿Dónde lo había olido antes? Lavanda. Eso es lo que era.

Era lavanda. La última vez que había olido lavanda había sido cuando fue a recoger sus ganancias de Lord Bellingham.

¿Era esta misiva de la encantadora hija del barón?

Golpeó la carta con el dedo y trazó la letra desplazada que formaba el nombre de Dante. Tal vez la pequeña ramera deseaba una cita. Había sido una mujer madura, exuberante y hermosa. Y ninguna virgen si había salido de casa de Dante por la mañana temprano.

Sonrió. Tal vez averiguaría los detalles de la cita e iría en su lugar. Tal vez podría apartar su afecto de Dante y volcarlo en sí mismo.

El plan lo atraía cada vez más a medida que pasaban los segundos.

Dante no había sido el mismo desde que se había acostado con esa mujer. Tal vez había nacido algo por ella. Pero cuando ella tomara a Samuel como amante y Dante recordara lo voluble que podía ser una mujer, quizá entonces la olvidaría y volvería a sus viejas costumbres de escandalizar a la sociedad. Los Hermanos del Infierno volverían a vivir.

Quizá entonces Samuel podría apartarse de la fría alternativa que contemplaba. Quizá las cosas volverían a la normalidad.

Entusiasmado por la perspectiva, rasgó la carta y se preparó para leer el contenido de manera lasciva. Pero tras leer la primera línea, se le desencajó la mandíbula. Sus esperanzas se disolvieron. No había forma de que Dante volviera a las andadas después de leer esto. Los Hermanos del Infierno tendrían una muerte rápida y sin sentido.

—Maldita sea, Dante —murmuró—. Deberías haberlo sabido. —Cogió un trozo de papel de carta de Dante y garabateó una carta rápida.

Solo dos líneas. La metió en un sobre, la dirigió a Cornualles y la enterró en el montón de correspondencia que esperaba ser enviada por correo. Luego se levantó y arrojó deliberadamente al fuego la nota y el sobre de Madelaine Prescott. Mientras observaba cómo el perfumado papel de carta se rizaba y se convertía en cenizas, su corazón se hacía cada vez más pesado.

Ya no tenía elección. Tenía que actuar antes de que Dante se enterara de lo de la hija de Bellingham. La nota que había escrito no la retendría mucho tiempo. Con el tiempo, Dante se enteraría. Por supuesto, iría a por ella.

Samuel no podía permitirlo. No podía correr el riesgo de que la mujer viniera a Londres en busca de Dante y llamara la atención sobre cosas que debían mantenerse en la sombra. Las duras palabras que había escrito deberían evitarlo, pero nunca se sabía con las chicas jóvenes.

Había que hacerlo. No tenía elección.

—Estoy listo —dijo Dante, entrando en la habitación vestido con un costoso traje de noche —. Ven, Samuel. La noche espera.

—Así es —aceptó Samuel, volviéndose hacia él con una sonrisa insincera—. Así es.

La negrura nadaba ante sus ojos. El mundo se inclinaba precariamente y Dante gimió mientras su

pesada cabeza se mecía con él. ¿Dónde demonios estaba? ¿Y por qué no podía ver?

Obligó a su perezoso cerebro a pensar, pero le habían dado un garrotazo cuando lo habían agarrado y el golpe había trastornado claramente sus sentidos. Aspiró. La salmuera contaminaba el aire, picante en la lengua. El batir de las olas y el crujido de la madera desgastada por el mar le decían a Dante que estaba en un barco. Y tenía los ojos cerrados.

No estaba ciego, gracias a Dios.

Maldijo entre dientes e intentó incorporarse, pero una mano cruel lo empujó de nuevo a la dura y helada cubierta.

La cabeza le palpitaba y luchó contra las náuseas. Risas y burlas se mezclaban con sus pensamientos mientras sus captores hablaban sobre él. Luchó por mantener el control. Fueran quienes fueran esos bandidos, no les daría la satisfacción de echar cuentas delante de ellos.

Solo esperaba que Samuel hubiera salido ileso.

—¿Y a quién tenemos aquí? —Una voz atronadora silenció a los demás y Dante se esforzó por mantenerse alerta. Este debía de ser su capitán.

—Un nuevo grumete para usted, capitán. —Uno de los villanos cacareó mientras le quitaba a Dante la venda de los ojos. El cráneo de Dante golpeó contra la cubierta con el movimiento y no pudo reprimir un gemido. Unos puntos brillantes parpadearon ante sus ojos mientras los abría despacio.

—Es grande. —Una mano carnosa le revolvió el pelo y le levantó la cabeza para que el hombre de cara llena de cicatrices y barba roja pudiera mirarlo—. Y vestido como un nabab. A alguien no le gustas nada, muchacho —le dijo a Dante—. Alguien te quiere muerto.

—¿Quién? —susurró Dante con los labios secos.

El capitán rio y volvió a dejar caer la cabeza de Dante contra la cubierta.

Dante cerró los ojos, resistiendo las oleadas de dolor que le partían el cráneo.

—Alguien, muchacho. No pregunto quién. Solo cojo el dinero.

—¿No fue algún barón quien lo mandó traer? —preguntó uno de los hombres.

—Puede que el Príncipe Regente —bromeó otro.

—¡Quizá fue el mismísimo Jorge el Loco! —exclamó otro, y el grupo se disolvió en carcajadas.

Con un brusco empujón de su bota, el capitán puso a Dante boca arriba.

Dante entrecerró los ojos y levantó la mano contra las luces parpadeantes, que ahora se daba cuenta de que eran antorchas en la cubierta. El capitán lo miró fijamente, estudiando su rostro.

—¿No es de alta cuna? —dijo.

—No, es del lado equivocado de la cama —se mofó un marinero tuerto.

El capitán sonrió.

—Entonces es de los nuestros.

—Mi agradecimiento a este barón —dijo el capitán—. Este será una buena adición a nuestra tripulación.

El barón. Dante hizo una mueca de dolor mientras los tripulantes lo arrastraban para ponerlo en pie.

Bellingham... ¿había dispuesto esto como castigo por el asunto con Madelaine?

El capitán se rio mientras Dante trataba de mantenerse en pie.

—Le habéis golpeado demasiado fuerte, muchachos. Pasará al menos un día antes de que sea algo más que un lastre.

—Puedo pagarle. —La lengua de Dante parecía enorme en su boca—. Déjame ir y te recompensaré generosamente.

—¿Ah, sí? —El capitán se mofó, mientras su tripulación se reía—. Nos han advertido sobre usted, su señoría. Eres un jugador y un mentiroso, y no tienes nada más que la ropa que llevas puesta.

—No —¿El barco se movía o era él?—. Puedo pagarte.

—Pagarás, sin duda. Con tu espalda y tus músculos. Bienvenido a bordo. Muchacho, ahora formas parte de la tripulación del León Rojo.



Madelaine apretó la carta contra el pecho y miró por la ventana, con los ojos extrañamente secos. Quizá estaba entumecida. Tal vez estaba en estado de shock. Desde luego, ahora debería estar llorando a mares.

La habían desechado.

Una sola lágrima se desprendió de su mejilla y emborronó la escritura de la carta que aún sostenía en la mano.

Miró el papel, extendió la hoja arrugada contra la superficie plana de su escritorio. La letra negra y descarnada era más elegante de lo que ella recordaba.

No, no había malentendido el mensaje de Dante, pero aun así, no pudo evitar sonrojarse.

«Felicidades por su feliz acontecimiento. Le ruego que no vuelva a ponerse en contacto conmigo en relación con este asunto».

¿Cómo podía ser tan frío, tan cruel? Se puso una mano sobre el vientre. ¿Cómo podía no

importarle?

La puerta de su dormitorio se abrió con un chasquido y ella barrió la carta en su regazo mientras veía aparecer su padre. Él no sabía que ella se había puesto en contacto con Dante, ni siquiera sabía por qué. Había pensado en darle la noticia a su padre con Dante a su lado.

Una estupidez.

El barón permaneció en silencio un momento en el umbral de la puerta y la miró con una expresión sombría que ella sabía que presagiaba algo malo.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella—. ¿Qué ha pasado?

Él vaciló y luego dijo:

—Dante Tremont ha muerto.

—¿Qué? —Aferró la carta con más fuerza, con los nudillos blancos—. ¿Qué has dicho?

El barón suspiró, la simpatía suavizando sus facciones.

—Está muerto. Un accidente, dicen. Encontraron su cuerpo en un almacén incendiado en los muelles.

—No, eso no puede ser —se puso en pie—. Es un error.

—El cuerpo estaba muy quemado, pero han encontrado su reloj de bolsillo. Es Tremont.

—No —ella se hundió lentamente en su silla y lo miró sin comprender—. No.

—Lo siento. —Él se acercó a ella, pero ella le dio la espalda para mirar por la ventana. Él se detuvo. Pero, como pasaban los minutos y ella no lo miraba, finalmente se dio la vuelta y salió de forma discreta de la habitación.

Una sola lágrima se desprendió de su mejilla y emborronó la escritura de la carta que aún sostenía en la mano.

Miró el papel, extendió la hoja arrugada contra la superficie plana de su escritorio. La letra negra y descarnada era más elegante de lo que ella recordaba.

Segunda Parte

Capítulo 8

Cornualles, Inglaterra, abril de 1816.

Tendría su venganza. Dante apretó con manos callosas las riendas de su semental y contempló la casa de lord Bellingham desde su posición ventajosa en la colina.

Había tardado cinco años en volver a casa, a Inglaterra. Cuatro de esos años los había pasado como tripulante a bordo del barco contrabandista *León Rojo* bajo la cruel mano de aquel bastardo, el capitán Sledge. El último año lo había pasado en circunstancias ligeramente mejores como parte de una tripulación pirata a bordo del bien llamado *Venganza.*

La destrucción del *León Rojo* por el *Venganza* había sido su salvación.

Y su año entre los lucrativos piratas había repuesto —más aún, duplicado—, la fortuna que una vez había sido suya.

El cuerpo calcinado del carterista que le había robado el reloj de bolsillo había sido identificado como Dante Tremont, por lo que las autoridades londinenses lo habían declarado muerto y se había ejecutado su testamento. Su fortuna había desaparecido, sus inversiones habían sido pagadas hacía tiempo a los inversores restantes. Y su hermanastro Patrick, maldita su avaricia, había comprado Fernhill, pero nunca se había dignado a poner un pie en ella. La casa permanecía vacía y abandonada.

Su padre había muerto mientras Dante cumplía su infierno en el *León Rojo*, dejando a Patrick como nuevo duque de Wilnington. Y cuando Dante había aparecido en la casa Wilnington de Londres hacía unos días, los criados lo habían echado sin más.

Solo Samuel le había reconocido. El pobre se había puesto blanco como la pared cuando Dante llegó a sus aposentos, pero se había recuperado rápidamente y había ayudado a Dante a averiguar qué había pasado en el tiempo que había estado fuera.

Y lo que había averiguado le había enfurecido. Padre muerto, casa vendida, fortuna desaparecida. Si no le hubiera ido bien con los piratas, ahora sería un indigente. Pero la injusticia de aquello lo irritaba, y no descansaría hasta que le hubieran devuelto su vida.

No podía traer de vuelta a su padre, pero podía recuperar los bienes materiales que le habían robado. Y podría vengarse del hombre responsable de todo ello: Bellingham.

Debería haber matado a Bellingham años atrás, cuando había tenido la oportunidad. Si se hubiera resistido a la belleza de Madelaine y simplemente hubiera disparado al hombre en un duelo justo, nada de esto habría ocurrido. Pero no, había sido atraído por su rostro de sirena, por su sensualidad y honor. Había pensado en ella muchas veces durante su exilio, y no podía evitar preguntarse si ella habría sabido de las acciones de su padre.

El mero hecho de pensar en ella trajo a su mente una visión de su rostro, y endureció su corazón contra el recuerdo de sus suplicantes ojos verdes. Por muy atractiva que fuera, ninguna mujer merecía perder lo que él había perdido. Su maldito trato le había costado todo.

Pero las noches que habían pasado juntos apenas importaban ya. Ella ya se habría casado, probablemente le habría proporcionado a su marido un heredero o dos. Quizá se había vuelto ojerosa estos últimos años. Se habría vuelto regordeta. Dudaba que siguiera encontrándola atractiva si se conocieran hoy.

Pero se preguntó si ella lo encontraría atractivo a él.

Miró sus manos enguantadas sobre las riendas y flexionó los dedos, viendo más allá del cuero oscuro las cicatrices y callosidades que cubrían sus manos de años de trabajar la cuerda gruesa a bordo del barco. Había cicatrices iguales por todo su cuerpo, la mayoría de las cuales habían sido otorgadas por la mordedura del látigo de Sledge. ¿Acaso la visión de las mismas repugnaría a una dama bien educada? Incluso la cicatriz más pequeña junto a su ojo, que se había hecho con la cuchilla descuidada de un marinero, se sabía que había ahuyentado a alguna que otra moza.

¿Querría una mujer como Madelaine, una dama, pasar *ahora* tres noches en su cama? No se parecía al canalla despreocupado de la sociedad que había sido una vez. Se parecía a lo que era: un hombre que había sobrevivido al infierno.

Se dio cuenta de adónde le llevaban sus pensamientos y los detuvo en seco. De nada servía lamentarse por el pasado; tenía que concentrarse en la tarea que tenía ante sí. Se enfrentaría al barón y lo mataría, como debería haber hecho años atrás. Quizá entonces su alma atormentada encontraría por fin la paz.

Pateó su semental al galope y atronó hacia la casa de los Bellingham.



—Señorita Prescott, hay un caballero que quiere ver a su padre.

Madelaine suspiró y dejó a un lado la factura que acababa de hojear. Las demandas de pago se habían triplicado en número durante el último mes.

—¿Quién es, señora Baines?

—No es ese Lofton —contestó el ama de llaves con un resoplido de desaprobación—. Y gracias a Dios por ello. Ese hombre ha estado revoloteando esta casa como una mosca los

establos.

Madelaine se levantó y se alisó con las manos la falda de su anticuado vestido rosa.

—Señora Baines, ¿podría contar cuántas velas nos quedan? Me gustaría que duraran lo máximo posible para no tener que comprar más este mes. Así podré pagarle algo al boticario.

—Lo haré. —El ama de llaves dudó—. ¿Quiere que esté presente cuando reciba al caballero?

—No es necesario. —Madelaine se dirigió hacia la puerta—. Probablemente solo sea uno de los viejos compinches de juego de papá que viene a expresar sus condolencias… y tal vez reclamar una vieja deuda —terminó de decir con una pizca de sarcasmo.

—Tenga cuidado —le aconsejó la señora Baines—. A veces un hombre que parece un caballero no es nada de eso. Estaré por aquí por si me necesita.

—Gracias por su preocupación, pero estaré bien.



Dante se paseó a lo largo del pequeño salón, con la impaciencia cociéndose a fuego lento bajo su fina capa de control. Ahora que había llegado el momento, apenas podía contener su expectación. Por fin, venganza.

La puerta se abrió con un chasquido y levantó la vista, preparado para enfrentarse al hombre que le había robado la vida.

Madelaine se quedó congelada en el umbral de la puerta, con los ojos verdes muy abiertos por la incredulidad.

No estaba regordeta. No estaba demacrada. Parecía tan hermosa como él la recordaba,

quizá con una plenitud más femenina en sus curvas. Pero ese pequeño cambio solo la hacía parecer más la sirena seductora y menos la niña inocente de cinco años atrás.

La incredulidad desapareció de su expresión para ser sustituida por una alegría pura y radiante.

—¿Dante? —susurró.

Después de todo este tiempo, el mero sonido de su nombre en sus labios aún lo conmovía. Sacudido por la calidez de su sonrisa, la genuina bienvenida en sus ojos, estuvo a punto de ir hacia ella y de decirle que nunca la había olvidado. Pero mientras él la observaba, su rostro palideció tanto como el ribete de encaje de su vestido, y se aferró al picaporte de la puerta con los nudillos blanco. Su felicidad se disolvió como si nunca hubiera existido.

—Estás vivo —dijo tartamudeando.

—¿Sorprendida? —Él ocultó su decepción dedicándole la sonrisa que había infundido miedo en los corazones de sus compañeros piratas—. Estoy ciertamente sorprendido de verte, pregunté por tu padre.

—Mi padre no recibe visitas.

—¿No las recibe? —Su sonrisa se volvió feroz—. *Me recibirá a mí*

—No ha visto a nadie en el último mes. —Ella dio un paso tentativo hacia la habitación, observándolo como si fuera un fantasma—. ¿Qué quieres de él?

—Eso es asunto de hombres y no lo discutiré contigo. ¿Dónde está? —Hizo ademán de pasar a su lado, pero ella permaneció obstinada en su camino, con los brazos cruzados y un destello de determinación brillando a través del tumulto de emociones de sus ojos.

Poseía la fuerza para apartarla de su camino con poco esfuerzo, pero vaciló. No quería tocarla. Incluso estando tan cerca de ella podía sentir el calor que surgía entre ellos. Distrayéndolo.

—Me dijeron que habías muerto.

El ligero temblor de su voz atravesó la armadura de rabia que rodeaba su corazón. Su propia debilidad lo enfurecía.

—Un error, obviamente.

Su dura respuesta la hizo parpadear, pero luego sus ojos se entrecerraron.

—Obviamente —repitió ella, la mordacidad en su tono igualando la de él.

—Hubiera pensado que te alegrarías de ello. —Su temperamento fue palpable en las palabras, un enredo de frustración e ira y dolor y necesidad—. Parecías bastante contenta por poder librarte de mí la última vez que nos vimos.

—Podría decir lo mismo de ti —replicó ella—. No podías haber sido más claro al decir que habías terminado conmigo, Dante. ¿Pero tenías que ser tan cruel?

Él soltó una carcajada áspera y le cogió la barbilla con la mano. Su piel aún se sentía como la seda.

—Aún no has visto mi crueldad, paloma mía.

Ella se apartó de un tirón.

—No tienes derecho a tocarme.

—No solías protestar, dulce Madelaine. Si mal no recuerdo, solías suplicar que te tocara.

Su rostro se tiñó de rojo, pero se encontró con su mirada, la suya resplandeciente de desprecio.

—Eso fue hace mucho tiempo. Antes de que dejaras que el mundo creyera que estabas muerto. Antes... —Se calló y apretó los labios, como si quisiera evitar que se le escaparan las palabras.

—¿Antes de qué? —Cuando ella permaneció en silencio, su ira aumentó—. He pasado los

últimos cinco años en el infierno, Madelaine. No me pongas a prueba.

—¿*Has* estado en el Infierno? —Su voz se elevó con indignación—. ¿Qué hay de mí? ¿Qué hay de la forma en la que me abandonaste?

—¿Abandonada? Nuestra despedida fue mutua, nuestro trato cumplido. Si te sientes abandonada, culpa a tu padre. Hace cinco años, hizo que me secuestraran para servir en un barco de contrabando.

—¡Imposible! Él nunca haría algo así.

—¿No lo haría? —Dante se inclinó más hacia ella, ignorando el dulce olor a lavanda que siempre había asociado con ella—. Se enteró de nuestra aventura. Ni siquiera intentes mentirme sobre eso porque él mismo me lo dijo.

Ella se incorporó, aparentemente imperturbable por su cercanía.

—¿Por qué debería mentir? Me pilló entrando aquella mañana con tus deudas en la mano. Sabía lo que había hecho.

—Y vino a mí, me retó a un duelo. —Soltó una carcajada carente de humor—. No acepté el desafío, Madelaine. Me alejé... por ese maldito trato que teníamos.

Ella dejó escapar un largo suspiro.

—Gracias por eso.

—Oh, no me lo agradezcas. Me maldigo por ser tan noble. Si me hubiera enfrentado a tu padre en un duelo de honor aquel día, no lo habría perdido todo.

—¿Es eso lo que quieres, Dante? ¿Venganza? ¿Es por eso por lo que has venido?

—Sí. —Le dedicó una fría sonrisa—. He venido a retar a tu padre a un duelo.

Sus ojos se abrieron de par en par horrorizados.

—¡Has venido a matarle!

—A *batirme en* duelo con él. —Se encogió de hombros—. El resultado depende del destino.

—¿Parezco tonta? Todo el mundo sabe que eres un tirador de primera. Es lo que nos metió en problemas hace cinco años.

—Esto es una cuestión de honor.

Ella retrocedió hacia la puerta.

—Estás loco.

—Desde luego que lo estoy. —Su aguda mirada detuvo su sigilosa retirada—. Loco de rabia. Me han robado la vida. La venganza es mi *derecho.*

Ella soltó una amarga carcajada.

—Siento lo que te ocurrió, Dante, pero mi padre no tuvo nada que ver. Sin duda fue alguna otra víctima de tu egoísmo quien quiso despacharte.

—Creo que tu padre tuvo todo que ver.

—No me importa lo que creas.

—Veamos lo que el buen barón tiene que decir al respecto. —La empujó y entró furioso en el vestíbulo—. ¿Qué clase de hombre se esconde tras las faldas de su hija? ¿Tan poco honor tiene que no puede enfrentarse a mí?

Ella lo siguió fuera y apoyó las manos en las caderas mientras él echaba un vistazo a cada una de las habitaciones del primer piso.

—Te digo que te has equivocado de hombre.

—Sé de lo que hablo.

Ella soltó un bufido de disgusto.

—Deja en paz a un anciano y busca a tu enemigo entre tu propia familia. Por lo que he oído, no te has hecho querer por ellos más que por cualquier otra persona que hayas conocido.

—Ten cuidado con esa lengua arpía, mujer. —Le lanzó una mirada de advertencia, pero ella no se acobardó.

—Lo que buscas no está aquí. —Ella le devolvió la mirada, claramente tan valiente ahora como lo había sido cinco años antes—. Déjanos en paz y busca tu venganza en otra parte.

—Nada de lo que digas me hará cambiar de opinión. —Maldita sea, seguía siendo tan hermosa, seguía afectando a sus sentidos como un potente licor. Pero tenía que recordar que la traición a menudo venía muy bien empaquetada. Se había disgustado la mañana en que se separaron porque temía ser descubierta. ¿Había sido su secuestro un ardid para silenciar el escándalo?—. Dime, Madelaine, ¿vas a llevarme hasta tu padre o debo registrar toda la casa y encontrarlo yo mismo?

Sus encantadores labios se afinaron en una línea de desagrado.

—¿Quieres retar a mi padre a la cara, Dante? Muy bien. Ven conmigo. —Con las manos entrelazadas en sus faldas, se dirigió hacia las escaleras.

Por fin, pensó Dante, pisándole los talones. *Por fin.*

Madelaine subió los escalones delante de él, con la espalda rígida por el disgusto, pero fue su trasero suavemente redondeado lo que llamó su atención. Recordó cuántas veces había tenido ese dulce *derrière* entre sus manos mientras habían hecho el amor, la sensibilidad de su carne.

Ella se detuvo en lo alto de la escalera y le lanzó una mirada de repugnancia que acabó con su floreciente lujuria. De todos modos, no tenía por qué pensar en acostarse con ella. No cuando su venganza estaba casi al alcance de su mano.

—Por aquí. —Caminó por el pasillo y abrió la puerta de uno de los dormitorios—. Hola, papá —la oyó decir—. Tienes visita.

Dante dio un paso adelante, ansioso por enfrentarse al villano que había intentado destruirlo. Entonces se detuvo en el umbral de la puerta. Miró fijamente.

—¿Qué farsa es esta?

—Has pedido ver a mi padre. —Sus palabras goteaban desdén—. Aquí está. Preséntale tu desafío.

—Ten cuidado —le advirtió a través de dientes apretados. Le dedicó una mirada, y lo que ella vio en su rostro hizo que una pizca de cautela apareciera en sus ojos.

Siempre había sido una mujer inteligente. Luego volvió a mirar a su némesis.

Sentado junto a la ventana, Lord Bellingham contemplaba el día soleado. Llevaba una bata azul sobre el camisón y zapatillas en los pies descalzos. Su pelo canoso sobresalía en mechones sobre su calva cabeza, y los prominentes huesos de su cara indicaban que había perdido una considerable cantidad de peso. Sus ojos azules se fijaban vacíos en algún punto fuera de la ventana. Mientras Dante observaba, un criado se apresuró a limpiar un rastro de baba de la barbilla del barón.

—¿Qué le ha pasado? —Exprimió las palabras de su apretada garganta.

—Una apuesta con lord Melton. Papá se cayó de un caballo durante su carrera. Días después, sufrió algún tipo de hechizo y se desmayó. Ha estado así desde entonces. —Su rostro se suavizó en compasión mientras miraba a su sirena—. El médico cree que papá se golpeó la cabeza al caer y se dañó el cerebro de alguna manera.

—Esto no puede ser. —Apretando los puños a los lados, Dante contuvo el impulso de gritar de frustración ante el caprichoso sentido del humor del destino. Cinco años de infierno y ahora su venganza se le había escurrido entre los dedos como el humo.

Bellingham era incapaz de manejar una pistola, y mucho menos de dispararla. Y matarlo directamente, aunque era tentador, sería un asesinato... Algo muy parecido a ahogar a un

cachorro.

Quería que Bellingham sufriera como él había sufrido. Que lo perdiera todo: su honor, sus posesiones, su vida. Pero eso nunca ocurriría ahora… Giró sobre sus talones y salió furioso de la habitación, con la rabia consumiéndolo.

Deteniéndose cerca de la escalera, dijo:

—Lo siento —susurró Madelaine desde detrás de él.

—Esto es inaceptable. —Golpeó con un puño la barandilla.

—Ha pagado por cualquier pecado que haya cometido —dijo ella—. No puede moverse, ni hablar, ni siquiera alimentarse. Tendrá que ser suficiente para ti, Dante.

—¿Suficiente? —Él se volvió para mirarla, su cuerpo casi temblando de furia—. Nunca será suficiente hasta que él haya sufrido como yo he sufrido.

—¿Cómo llamas a eso? —Señaló el dormitorio con la mano—. Su corazón late, su cuerpo respira, pero ese hombre no *vive.* —Su voz se quebró en la última palabra—. Vete ahora, Dante. Toma tus amenazas y tu venganza y *déjanos.*

—No he empezado a amenazar —gruñó—. Cuando lo haga…

Ella levantó la barbilla con orgullo.

—Ya me has hecho lo peor y he sobrevivido.

—¿Llamas a esas tres noches lo peor? —Él soltó una carcajada cruel y avanzó hacia ella.

Ella retrocedió hasta que su espalda chocó contra la pared, entonces se enfrentó a su mirada.

—Ambos sabemos qué clase de hombre eres, Dante Tremont.

Se inclinó hacia él.

—¿Y qué clase de hombre es ese?

—Eres un sinvergüenza —le espetó ella—. Un canalla. Un egoísta que utiliza a los demás como juguetes para divertirse.

—¿Ah, sí? —Él la miró fijamente a los ojos, siempre consciente de su dulce aliento rozándole la barbilla, de sus suaves labios tan tentadores cerca de los suyos—. ¿Fue tan horrible mi forma de hacer el amor? Parecía gustarte bastante en aquel momento. Parecías saborearlo, si mal no recuerdo.

Ella se ruborizó, sus ojos brillaron de ira.

—Estoy segura de que lo recuerdas así. Para mí era una tarea que había que soportar para salvar la vida de mi padre.

—Oh, no es cierto. —Le ahuecó la cara, la mantuvo en su sitio cuando ella se habría apartado de un tirón—. ¿A quién intentas mentir, Madelaine? A mí o a ti misma.

—Eres un hombre odioso —espetó ella.

—Sean cuales sean tus sentimientos hacia mí ahora, Madelaine, no permitiré que te convenzas de que no me querías. De que no me sigues queriendo.

Sus ojos se abrieron alarmados.

—¡Solo quiero librarme de ti!

—Oh, sí. Todavía me deseas. —Sus labios se separaron en una sonrisa de pura satisfacción masculina—. Tu pulso late con fuerza. Tu respiración... —Miró hacia abajo, a sus pechos—. Tu respiración es bastante rápida.

—Quizá sea porque estoy sobreexcitada por el loco que ha entrado en mi casa con sus salvajes acusaciones.

—Quizá sea porque aún me deseas.

—Solo un hombre pensaría eso.

—*Yo soy* un hombre. —Le soltó la cara y, colocando una mano a cada lado de su cabeza, la inmovilizó contra la pared bajo su cuerpo parcialmente excitado—. ¿O no te habías dado cuenta?

Se agarró a la barandilla con ambas manos, luchando contra el instinto de rugir su furia al cielo. Quería arrancar la barandilla de madera con sus propias manos y arrojarla a través de la ventana. Hacer añicos el cristal. Destrozar la casa poco a poco hasta agotar su ira.

Pero su ira nunca se gastaría. Su alma clamaría siempre por la venganza que se le había negado.

Ella le dirigió una mirada mordaz.

—Ya no soy una chica inocente, Dante.

—Ya veo. 1La rabia se estaba transformando rápidamente en ardiente lujuria. Bajó la mirada hacia los pechos de ella, donde se aplastaban contra su pecho—. Sí que te has convertido en una mujer, Madelaine. Me pregunto si tu marido aprecia tu espíritu.

—No tengo marido —espetó ella—. Ahora, por favor, abandona mi casa, Dante, antes de que llame al alguacil.

Él entrecerró los ojos.

—Valientes palabras, Madelaine. Me iré, por ahora. Pero aún no he terminado con tu padre. Ni contigo.

—No me atrevería a pensar eso. —Ella le sostuvo la mirada, sus ojos hirviendo a fuego lento de ira y otras emociones sin nombre.

Dio un paso atrás, hizo una breve reverencia, casi insultante, y se dirigió a las escaleras.

Madelaine dio un suspiro de alivio al ver su espalda en retirada, sus rodillas casi se doblaron debajo de ella. Estiró una mano temblorosa, se agarró al respaldo de una silla y se

acomodó en ella. Dante estaba vivo. Después de todos estos años creyéndolo muerto, el saberlo le robó la fuerza misma de su cuerpo.

Seguía pareciendo tan atractivo como siempre, no del todo guapo, pero atractivo en un sentido básico que atraía la mirada femenina. Parecía más grande que antes, más fuerte, más peligroso.

Su pelo negro era largo, fuera de moda, pero al mismo tiempo le sentaba demasiado bien. Sus rasgos afilados aumentaban su aura de peligro. Una estrecha cicatriz blanca se enroscaba desde su ceja izquierda hasta el nacimiento del pelo, y sus ojos oscuros ardían de emoción ardiente.

Aun así la dejaba sin aliento. Y quería destruir a su padre.

Dejó escapar un suspiro de resignación. Estos últimos cinco años habían sido difíciles, ya que su padre se había desviado cada vez más hacia las mesas de juego, a pesar de las súplicas de su hija. Madelaine no había recibido ofertas de matrimonio, pero sí muchas ofertas menos honorables... sobre todo de Lofton. Su otrora amable vecino había resultado ser el más implacable de los hombres que la persiguieron después de que su ruina se hiciera pública.

De niña había soñado con un marido apuesto, pero ahora aceptaba la realidad del género masculino con una amargura cansada que parecía trágica de experimentar para una chica de su juventud. Una vez que se había hecho de dominio público que había compartido el lecho de un hombre, de hecho, solo habían hecho falta unos pocos meses antes de que ya no pudiera ocultar la verdad, los hombres la habían mirado de otra manera. Atrás había quedado la deferencia debida a una dama y en su lugar aparecía un brillo codicioso en los ojos masculinos, por muy corteses que fueran las palabras que salían a trompicones de sus lenguas. Más de una vez había esquivado la mano manoseadora de un antiguo amigo o eludido a un admirador lascivo que pensaba acorralarla a solas.

Ya no se fiaba de ninguna palabra que saliera de los labios de un hombre, por inocua que

fuera. Había aprendido bien la lección y no volvería a ser tan crédula.

Y los asuntos financieros habían empeorado desde la lesión de su padre. En cuanto se corrió la voz de que estaba incapacitado, los cobradores habían venido a aporrear su puerta. Ya no le concedían crédito en las tiendas del pueblo. Incluso había tenido dificultades para vender sus bordados debido a la mancha en su reputación. Al final tuvo que decirle al ama de llaves que hiciera pasar el trabajo por suyo para poder venderlo y mantener la comida en la mesa.

No, Dante podía despotricar y amenazar todo lo que quisiera. Nada de lo que él pudiera hacerle podría compararse con lo que ella ya había superado.

Una voz familiar subió las escaleras, disipando sus preocupaciones y haciéndole sonreír. La dueña de esa voz era el único punto brillante de su vida.

—Hola. ¿Quién eres? —preguntó la voz.

—Soy Dante. ¿Y tú quién eres?

Alarmada, se levantó de un salto de la silla y bajó corriendo las escaleras, solo para detenerse en seco a mitad de camino, impactada por la estampa que tenía ante sí.

Dante estaba agazapado al pie de la escalera, con el sombrero colgando de los dedos. Cuando Madelaine se detuvo a trompicones, dos cabezas se volvieron hacia ella; dos pares idénticos de ojos oscuros la miraban.

—Mamá —dijo su niña—, este es Dante.

—Lo sé, Adele.

—Adele, ¿verdad? —Dante se levantó despacio, sin apartar los ojos de la niña.

—Voy a visitar al abuelo —le dijo Adele a Dante, y luego subió las escaleras tropezando con Madelaine—. Mamá, ¿ya está despierto el abuelo?

—Sí, pequeña. —Madelaine miró a su hija y sonrió, pero su corazón latía con fuerza. No

se atrevió a mirar a Dante. ¿Qué pensaba él de su hija?

Pasó una mano por los rizos negros como la tinta de Adele, tan parecidos a los de su padre. Y al igual que Dante, la niña tenía los ojos oscuros, también las cejas. Pero a Madelaine le gustaba pensar que Adele tenía su boca y su mentón obstinado.

—¿Cuántos años tiene Adele, Madelaine?

Finalmente, lo miró y se quedó perpleja por la expresión de su rostro. Parecía como si alguien le hubiera golpeado en la cabeza con un puchero.

—Adele cumplirá cinco años este verano, ¿verdad, muñeca?

Adele asintió enérgicamente y levantó cuatro dedos.

—No, son cuatro, Adele. —Con suavidad, Madelaine enderezó el pulgar doblado de la niña.

—Ahí lo tienes. Son cinco.

Adele presentó orgullosa sus nuevos cinco dedos a Dante.

—Sí, cinco. Ya lo veo. —Asintió feliz a Adele, pero cuando miró a Madelaine, sus ojos ardían de feroz emoción—. Hablaremos de esto cuando regrese mañana.

—Hemos terminado de hablar, Dante.

Lanzó una mirada punzante a Adele.

—No, no hemos terminado. —Levantando de nuevo la mirada hacia la de ella, se colocó el sombrero en la cabeza—. Mañana, Madelaine. —Luego salió de la casa dando un portazo tras de sí.



Era padre.

Dante montó en su caballo con un movimiento suave. No se atrevió a mirar hacia la casa, tenía miedo de lo que podría hacer si lo hacía. Se limitó a girar el animal hacia la posada donde se alojaba.

Le habría dejado salir de allí sin mencionar a la niña.

No tenía ninguna duda de que la niña era suya. Incluso si la edad de Adele no hubiera delatado el juego, su asombroso parecido con él lo habría dicho de inmediato. Las afirmaciones de abandono de Madelaine tenían sentido ahora. ¿Había seguido el descabellado plan de su padre para castigarlo por haberla dejado embarazada?

¿Por qué no se lo había dicho?

Su cuerpo se sentía como un recipiente vacío, completamente vaciado de toda vida. O tal vez sus emociones se habían vuelto tan feroces, tan complejas, que simples había dejado de sentirlas por miedo a volverse loco.

Primero le habían robado su venganza contra Bellingham, luego había descubierto que su lujuria por Madelaine nunca había muerto. Y que la lujuria en cuestión había dado lugar a una hija.

Siempre había tomado precauciones para evitar que cualquiera de sus amantes se quedara embarazada, pero la singularidad de su situación le había fascinado tanto que se había olvidado por completo de hacerlo con Madelaine. Y ella, siendo inocente en aquel momento, evidentemente no había sabido evitar la concepción por sí misma.

Ahora tenía una hija. ¿Qué iba a hacer al respecto? No iba a abandonarla. Habiendo vivido la vida de un bastardo no deseado, no tenía ningún deseo de infligírsela a su pequeña. Tampoco la dejaría allí, en casa de Bellingham. Estaba claro que los asuntos financieros no habían

mejorado para el barón, e incluso si lo hubieran hecho, Dante caminaría sobre brasas en el infierno antes de dejar a su hija a merced del hombre que había intentado destruirlo.

¿Y qué decir de Madelaine? ¿Creía realmente que su padre era inocente de cualquier fechoría, o se limitaba a protegerlo? Cualquiera de las dos opciones era posible, ya que siempre había sido una hija ciegamente leal.

Y ahora tenía una hija propia. El conocimiento se instaló en su corazón, calentándolo por primera vez en su vida. Ahora que se había enterado de la existencia de Adele, tenía la intención de ser un buen padre para ella.

Ya no estaba solo.

Capítulo 9

Madelaine no se sorprendió en absoluto cuando Dante regresó temprano a la mañana siguiente. Ella misma abrió la puerta y le impidió con su cuerpo entrar en la casa.

—¿Has venido a proferir más amenazas, Dante?

—He venido a hablar de Adele. —Apoyó una mano en la jamba de la puerta y se inclinó hacia delante, mirándola de forma descarada a los ojos—. Podemos hablar de ello aquí en el umbral para que el mundo lo oiga, o podemos discutirlo dentro como adultos civilizados.

Ella quería cerrarle la puerta en las narices, pero por el tono de su voz podría, simplemente, arrancar las bisagras para salirse con la suya.

—Muy bien. Por aquí. —Dejó la puerta abierta, una pequeña grosería, y lo condujo al salón. Cerró de golpe la puerta principal y la siguió.

Cerrando también esa puerta, arrojó su sombrero sobre la mesa.

—Soy el padre de Adele. —Sus palabras sonaron a desafío.

—Claro que lo eres. —La acusación se deslizó en su tono a pesar de su voto privado de permanecer civilizada—. Ella se parece mucho a ti.

—Sí, se parece. —Sus ojos oscuros se entrecerraron—. ¿Alguna vez ibas a decírmelo?

Ella lo miró boquiabierta.

—¡*Sí* te lo dije, canalla! Te envié una nota a Londres.

—¿Una nota? No recibí ninguna nota. —Su mirada desdeñosa la recorrió de pies a cabeza —. ¿Qué mujer en su sano juicio pondría semejantes noticias en *una nota?*

—Una chica de diecinueve años muerta de miedo. —Ella emitió un sonido de disgusto—. Qué ingenua fui al pensar que volverías a Cornualles y harías lo correcto por mí, por Adele. Estoy segura de que tienes docenas de vástagos ilegítimos por toda Inglaterra.

—En eso te equivocas. —Apretó los puños a los lados, pero mantuvo la distancia, como si apenas pudiera controlarse—. Nunca en mi vida he engendrado un hijo ilegítimo. Desde que yo mismo lo fui, tuve mucho cuidado de no infligir nunca una vida así a otro bebé.

—Obviamente, no tuviste tanto cuidado conmigo.

Sacudió lentamente la cabeza.

—Fui olvidadizo. La pasión entre nosotros ardía, y las circunstancias eran inusuales y estimulantes. Fui descuidado.

—¿Y tu respuesta a mi nota? ¿También fue descuidada? —Frunció el ceño.

—¿Qué respuesta?

—¡Oh, vamos! —Por fin, capaz de descargar su ira sobre el blanco adecuado después de todos estos años, las palabras comenzaron a brotar de su boca sin control—. Te envié una carta a tu casa de Londres y te dije que esperaba un hijo tuyo. Tu respuesta fue una nota de dos líneas en la que me felicitabas por el feliz acontecimiento y me ordenabas que no volviera a ponerme en contacto contigo.

Su ceño se frunció, sus cejas oscuras se fruncieron en una sola línea.

—Nunca vi tal nota y nunca envié tal respuesta.

—¿Entonces quién lo hizo, Dante?

—No lo sé. Puede que te estés inventando toda la historia.

Ella soltó un bufido de incredulidad.

—¿Tienes idea de lo que me ha pasado a lo largo de los años? Adoro a Adele, pero su nacimiento arruinó mi vida. Me condenaron al ostracismo. Nunca me he casado porque ningún hombre decente se me acercaba. Las únicas propuestas que recibí fueron las que ninguna dama decente debería oír jamás. Ahora mi padre está incapacitado y no tengo ninguna forma respetable de sobrevivir. Mi hija se merece algo mejor que eso.

—Claro lo merece, por eso vas a casarte conmigo.

—¿Qué? —Sabía que se había quedado boquiabierta, pero no pudo evitarlo.

—Vas a casarte conmigo, Madelaine, y tú y Adele vendréis a vivir conmigo a Londres.

Ella entrecerró los ojos ante la certeza en su tono. No le estaba pidiendo que se casara con él; se lo estaba exigiendo.

—Qué romántico eres, Dante.

—¿Ves una solución mejor? —Él sonrió, y por un instante se pareció al hombre encantador que ella había conocido cinco años antes—. Si te casas conmigo, Adele ya no será compadecida ni rechazada por no tener padre. Con el poder de mi riqueza a sus espaldas, las puertas de la sociedad se abrirán para ella, y tendrá asegurado un matrimonio decente. Y a vosotras dos no os faltará de nada.

—Estás pintando un cuadro muy bonito. —Para darse tiempo a pensar, se dirigió al otro lado de la habitación, jugueteó con las flores dispuestas en un jarrón—. La oferta habría sido más que bienvenida hace cinco años.

—Ya sabes lo que me pasó. —Su voz retumbaba de ira—. Habría hecho lo correcto por Adele si hubiera podido.

Se volvió para mirarlo.

—Niegas haber recibido mi nota.

—Nunca recibí ninguna maldita nota. —Él la fulminó con la mirada—. Madelaine, parece que tienes la idea equivocada de que te estoy dando a elegir. No es así. Te casarás conmigo.

—¿Y si me niego?

—Entonces, Adele se vendrá conmigo de todos modos.

—¡No puedes! —Dio dos pasos hacia él, pero se detuvo ante la dura expresión que afiló sus facciones—. ¡Soy su madre!

—Claro que lo eres, por eso te he ofrecido matrimonio. Sea cual sea tu elección, Adele no crecerá en esta casa. Supongo que la niña querrá a su madre, y puesto que te he agraviado, aunque sea inadvertidamente, haré lo honorable y te convertiré en mi esposa.

—¡Qué generoso por tu parte! —espetó ella.

Él le lanzó una mirada de advertencia.

—Ten cuidado, Madelaine. Tengo tanto el dinero como los medios para alejar a Adele de ti para siempre. Es mi hija, y que me aspen si va a vivir aquí, en la casa del hombre que intentó destruirme.

—¿Qué estás diciendo? ¿Que si me caso contigo, mi padre se quedará aquí solo?

—Eso es exactamente lo que estoy diciendo. —Apretó y soltó los puños a los lados, aunque sus ojos permanecieron firmes y fríos—. Te casarás conmigo y vendrás a Londres con Adele. Tu padre se quedará aquí. Solo. Despojado de sus posesiones más valiosas: su familia.

—No puedo dejarlo —susurró ella.

—Entonces me llevaré a Adele a Londres—.

—¡No puedes llevarte a mi niña!

Él enarcó las cejas ante su arrebato.

—Desde luego que puedo. Como he dicho, tengo la riqueza y el poder suficientes para hacer exactamente eso. Elige.

—¡Me está pidiendo que tome una decisión imposible!

—No obstante, debes hacerlo.

—¿Quién te crees que eres, Dante Tremont? —exigió ella—. ¿Cómo te atreves a volver a mi vida y destrozarla de esa manera?

—Cesa en tu dramatismo —dijo él con un gesto desdeñoso—. Hoy salgo para Londres con Adele. Si vas a venir con nosotros, dímelo ahora para que pueda hacer los preparativos para una licencia especial.

Se quedó mirando fijamente a aquel desconocido de corazón frío, recordándole demasiado bien al granuja egoísta y mujeriego que había conocido la noche que había ido a suplicar por la vida de su padre.

¿De verdad esperaba que fuera capaz de elegir entre su padre y su hija? ¿Qué clase de hombre exigía tal cosa?

—¿Y bien? —Sacó su reloj de bolsillo y miro la hora—. El tiempo pasa deprisa, Madelaine.

—¿Esperas que sea capaz de darle la espalda a mi familia sin pensármelo dos veces?

—Solo a un miembro. —Cerró el reloj y se lo volvió a meter en el bolsillo del chaleco—. Qué miembro, depende de ti. Elige, Madelaine. Mi carruaje está esperando.

—No me has dejado muchas opciones —dijo ella con voz amarga—. Me casaré contigo.

Él sonrió con satisfacción.

—Una sabia decisión.

—Pero —añadió ella—, el matrimonio será solo de nombre. —Su sonrisa se desvaneció.

—No puedes esperar que acepte eso.

—Y tú no puedes esperar que comparta mi cuerpo con un hombre que insiste en que abandone a mi padre inválido.

Apuntó con un dedo al techo.

—¡*Ese hombre* intentó arruinarme la vida!

—Eso dices *tú* . ¿Tienes alguna prueba?

—Tenía motivos. Se puso furioso cuando descubrió que éramos amantes.

Ella puso los ojos en blanco.

—Me sorprende que algún otro padre o marido indignado no hubiera ido a por ti antes.

Sus labios se torcieron en una sonrisa amarga.

—La mayoría de ellos no querían enfrentarse a mí en un duelo de pistolas.

—Así es, tienes la costumbre de matar, ¿no?

Avanzó hacia ella con una brusquedad que la hizo tropezar mientras se esforzaba por retroceder. Sus piernas chocaron contra el respaldo del sofá, pero aun así él se acercó, cerniéndose sobre ella, rodeándola con su potente presencia masculina. La ira y la impaciencia brillaban en sus ojos.

—Todos los duelos que he librado han sido una cuestión de honor —gruñó—. Este ha sido el único del que me he librado y casi me cuesta la vida.

Ella tragó con fuerza, desconcertada por las oleadas de rabia que vibraban de su gran cuerpo.

—Aún no tienes pruebas de que mi padre hiciera lo que afirmas.

—Los villanos que me secuestraron hablaron de un barón que los había contratado para cometer el acto.

La sangre se escurrió de sus mejillas.

—No era mi padre.

—Siempre has sido una hija leal, pero no puedo pensar en otros barones que me guarden tanta enemistad. Tu padre no pudo satisfacer su honor cuando me negué a batirme en duelo con él. Tal vez buscó igualar las cosas de otra manera. —Dio un paso atrás y sacó su reloj de bolsillo para comprobar una vez más la hora—. Salgo para Londres dentro de una hora. Te sugiero que empaques tus cosas. Y las de Adele.

—¡Una hora apenas es tiempo suficiente!

—Que los sirvientes preparen una maleta para cada una y enviaré a alguien a por el resto. U os compráis cosas nuevas.

—Solo tenemos un pinche de cocina y el ama de llaves —espetó—. Y difícilmente se puede esperar que la señora Baines…

—No me lleves la contraria, Madelaine.

La advertencia subrayó sus palabras, y la dura mirada que le dirigió hizo que sus protestas se quedaran sin palabras. Cinco años antes, Dante había sido un hombre al que nadie se había atrevido a contrariar. Este nuevo Dante, con su oscura ira y sus cicatrices físicas, parecía aún más formidable.

—No hemos terminado de hablar de nuestro matrimonio —dijo en voz baja.

—¿Quieres un matrimonio de conveniencia? Bien. —Se encogió de hombros, con la impaciencia evidente en cada músculo—. Te dejaré en tu impoluto lecho hasta el momento en que solicites mis atenciones.

—Eso nunca ocurrirá.

Él levantó las cejas burlón.

—Nunca digas nunca, mi dulce Madelaine. El matrimonio es para siempre. Y para siempre es mucho tiempo. —Se dirigió hacia la puerta—. Esperaré con el carruaje. No me hagas ir detrás de ti, Madelaine. Recuerda que Adele vendrá hoy conmigo, la acompañes o no.

Madelaine se quedó mirando la puerta cerrada mucho después de que Dante se hubiera marchado. El corazón le latía con fuerza; los ojos le escocían por culpa de las lágrimas.

—Maldito sea —susurró—. ¿Cómo puede ser tan cruel?

Temblando, se hundió en el sofá. Apretó los dedos para calmar su temblor y trató de forzar sus caóticos pensamientos hacia algún tipo de orden.

¿Cómo podía obligarla a tomar una decisión tan insensible? Su hija o su padre. Naturalmente, no podía dejar que se llevara a Adele a Londres sola, y sabía que él tenía razón cuando decía que tenía el dinero y el poder para hacer eso mismo. La mejor opción era acompañarlo. Y al casarse con él, beneficiaría a Adele, algo que nunca podría negarle a su pequeña. Dante proporcionaría a Adele una dote espléndida y un futuro brillante.

Mucho más brillante del que habría tenido como hija bastarda de una dama arruinada.

Pero él había visto a su padre, conocía su estado de salud. ¿Cómo podía esperar que le diera la espalda a su progenitor, sobre todo cuando estaba tan claro que su padre no podía valerse por sí mismo?

Pero, ¿por qué se sorprendía? Este era el hombre que había exigido su inocencia a cambio de la vida de su padre. El hombre que la había dejado embarazada y luego negó que supiera nada al respecto. Y ahora estaba obsesionado con la venganza, decidido a ver a su padre destruido. ¿Cómo iba a confiar en un marido así?

Agitada, frotó una mano sobre el brazo de su silla y luego se detuvo, observando el

desgastado dibujo de la tela. Echó un vistazo a la habitación y se fijó en el papel pintado descolorido y las cortinas deshilachadas. No se había dado cuenta hasta ese momento de lo cerca que estaban realmente de la indigencia.

Maldito sea el hombre. Sus dedos se curvaron en un puño. Antes de la enfermedad de su padre, al menos había conseguido mantener comida en la mesa y un techo sobre sus cabezas, aunque a duras penas. Y a medida que las cosas habían empeorado en las últimas semanas, había empezado a preguntarse cómo iban a salir adelante con el aumento de los gastos de la medicina de su padre.

Pero ahora iba a casarse con un hombre rico que se ocuparía de sus necesidades y de las de Adele.

Dante observó cómo el minutero se posaba en el número doce con un tictac apenas audible. Miró hacia la puerta aún cerrada, con la boca entreabierta mientras cerraba el reloj de bolsillo. Madelaine estaba poniendo a prueba su paciencia.

¿No era ya bastante malo que hubiera accedido a su ridícula petición de un matrimonio casto? ¿Tenía ella que desafiarlo a cada paso?

Por supuesto que sí. Ella era Madelaine.

La mujer lo había desafiado siempre, y sin embargo su terquedad era una de las cosas que él respetaba de ella. No permitía que la gente dictara sus acciones, y cuando decidía que quería hacer algo, lo hacía. Su inquebrantable lealtad a su padre era otro indicio de su fuerte voluntad.

A diferencia de la mayoría de los hombres, él encontraba aburridas a las mujeres pasivas. Madelaine siempre lo había estimulado.

Así fue como llegó a estar de pie junto al carruaje esperándola como una especie de sirviente.

Había necesitado poner distancia entre ellos. Le había costado todo lo que tenía

permanecer estoico durante su conversación, y por eso había optado por esperar fuera en lugar de en el salón, como habría hecho normalmente. La forma en la que ella batallaba con él lo excitaba de un modo completamente irracional. Para cuando la había inmovilizado contra el sofá, no deseaba otra cosa que tumbarla sobre él y hacerle el amor hasta que gritara su nombre.

Pero ahora lo odiaba. Al obligarla a dejar atrás a su padre, se había asegurado de que su futura esposa detestara su sola presencia. Aun así, puesto que dudaba que la generosidad de Dante se extendiera a su padre enfermo, seguiría utilizando sus bordados para pagar los cuidados de su padre, aunque Dante le prohibiera volver a verlo. De hecho, vender su trabajo en Londres podría incluso reportarle un mejor precio.

Se pasó una mano por la cara. Tantas emociones se agitaban en su interior.

Ira por el pasado. Frustración por las cosas que no podía cambiar. Alegría por el cambio en las circunstancias de Adele. Agonía por dejar atrás a su padre. Y, por debajo de todo ello, para su eterna vergüenza, una perversa alegría de que Dante Tremont estuviera vivo.

Por mucho que quisiera odiarlo, por mucho que despreciara la forma en que la manipulaba, algo en su interior había vuelto a la vida cuando lo había visto pasearse por el salón. Incluso después de la mala manera en que la había tratado, su cuerpo seguía reaccionando a su presencia como si no se hubieran separado en los últimos cinco años.

Y cuando él había mencionado el matrimonio... bueno, su corazón casi se había parado. ¿Cuánto tiempo había soñado con eso mismo?

Pero no así.

Dante había cambiado. Había sido un canalla cinco años atrás, pero ella había visto en él indicios de vulnerabilidad durante el tiempo que pasaron juntos. Incluso se había enamorado tontamente de él. Pero este hombre… Este hombre frío y vengativo que no pensaba en nada por arrancar a una joven de su madre o despojar a un anciano de su única familia… Ella no conocía a este hombre en absoluto.

Sin embargo, estaba a punto de casarse con él.

La mejor solución. Su ciega lealtad a su padre no le permitía ver la verdadera villanía de las maquinaciones del viejo, una villanía que no podía permitir que quedara impune.

Debería estar dándole las gracias por haber dejado con vida a su padre, no negándose a compartir el lecho de su futuro marido.

El minuto había pasado. Dio un paso hacia la casa justo cuando la puerta se abría y el chico de la cocina sacaba un baúl por la puerta. Dante hizo una señal a su lacayo para que ayudara al muchacho y luego se dirigió hacia la casa.

Al cruzar la puerta, se dio cuenta de que había un par de cajas de bandas apiladas en el pasillo. La satisfacción dibujó una pequeña sonrisa en sus labios. Hasta el momento parecía que Madelaine tenía intención de cumplir sus deseos.

Todas las habitaciones del primer piso estaban vacías, así que subió las escaleras. No tenía intención de ir tras ella, pero era mejor que viera que no toleraría ninguna desobediencia. Sin duda, la mera visión de su disgusto la animaría a darse prisa.

Echó un vistazo a dos habitaciones vacías del segundo piso antes de encontrarse ante la puerta ligeramente abierta de la habitación del barón.

No quería entrar. Quería aferrarse a su ira, no sentir lástima por el hombre. Pero *había* sentido lástima la primera vez que lo había visto, y eso lo enfureció. Bellingham había intentado matarlo. Se merecía todo lo que le había pasado.

El bajo murmullo de voces le hizo empujar la puerta para abrirla, pero se detuvo en el umbral. Adele estaba de pie junto a la silla del barón, con su pequeña mano sobre la más grande de él, apoyada en el brazo de la silla. Madelaine estaba de pie a un lado, observando con una sonrisa triste e indulgente en el rostro.

—... y mamá dice que nos vamos a vivir a Londres con mi verdadero papá. Dice que tienes

que quedarte aquí para hacerle compañía a la señora Baines, pero te prometo que vendré a visitarte. —Adele se inclinó hacia delante y dejó caer un beso sobre la mano del barón.

El corazón de Dante se apretó ante el emotivo cuadro. ¿Por qué Madelaine había permitido esto? ¿No se daba cuenta de lo difícil que iba a ser para la niña una vez que fuera consciente de que no se le permitiría visitar a su abuelo?

Como si presintiera su presencia, Madelaine lo divisó. Su mirada contenía un desafío. *Adelante. Arranca a tu hija de su abuelo y dile por qué ya no puede verlo.*

Entrecerró los ojos mirando a Madelaine. ¿Creía ella que dudaría en llevarse a la niña?

—Es hora de irse.

Adele dio un respingo al oír su voz. Mirando a Dante con recelo, retrocedió alejándose de su abuelo hasta que la mano que lo tocaba encontró la falda de su madre. Madelaine apoyó una mano tranquilizadora sobre su hombro.

—¿Es él? —susurró la niña en voz alta.

—Sí, Adele. —Madelaine le dirigió una sonrisa desafiante—. Este es tu padre.

Adele entrecerró los ojos en una réplica tan exacta de su propio ceño desconfiado, que se le hizo un nudo en la garganta. Dios mío, sí que era una Tremont.

—El carruaje está listo para partir —dijo, su voz más áspera de lo que pretendía debido a las emociones que albergaba—. Y mi paciencia ha llegado a su fin.

La boca de Madelaine se afinó ante eso último, pero tomó la mano de Adele entre las suyas sin decir nada y marchó hacia él. Se detuvo justo delante suya y luego miró a su padre, que miraba ciegamente por la ventana, ajeno a todo. Cuando se volvió hacia Dante, sus ojos brillaban con lágrimas no derramadas. Y de acusación.

Sin mediar palabra, él se apartó y ella pasó a su lado, con la cabeza alta y la columna

vertebral rígida por la desaprobación. Adele le devolvió la mirada mientras su madre la conducía escaleras abajo, su rostro inocente reflejaba su confusión al captar las emociones exaltadas de los adultos que la rodeaban.

Algo que parecía culpabilidad se deslizó a través de la furia siempre presente que cargaba, e impacientemente la barrió. Entrando a grandes zancadas en la habitación, se detuvo ante el barón y miró a su némesis.

Debería sentir algún tipo de satisfacción, o al menos un apaciguamiento de la rabia inquieta que lo consumía constantemente. Sin embargo, no sintió más que una pequeña agitación de lástima al contemplar el cascarón roto de un hombre que era lord Bellingham.

Quería decir algo. Dejar al padre de Madelaine con algún dramático discurso de despedida que lo persiguiera en su soledad. Pero no se le ocurrió nada y finalmente se conformó con una breve y burlona reverencia antes de abandonar la habitación.

Londres, y su futura novia, lo esperaban.

Capítulo 10

Después de tres días de viaje en carruaje con una niña de cuatro años, la limpia y próspera posada Duckworth le pareció el paraíso a Madelaine. Mientras se lavaba el polvo del camino de la cara en la pequeña habitación que compartía con su hija, podía oír a Dante moviéndose en la habitación contigua. Su curiosa intimidad la inquietó. Solo cuando oyó cerrarse su puerta y sus pasos desaparecer por el pasillo, sus latidos volvieron a la normalidad.

Había hecho todo lo posible por forjar una relación con Adele, y la niña se estaba abriendo poco a poco a él. El corazón de Madelaine se había derretido más de una vez durante el viaje al observar las numerosas miradas furtivas de Dante a Adele, el asombrado placer que brillaba en sus ojos, como si no pudiera creerse que fuera el padre de esa preciosa niña. En un momento dado, Adele se había sentado junto a Dante y se había quedado dormida, acurrucada en el asiento con la cabeza apoyada en el muslo de su padre. La propia Madelaine fingió echarse la siesta y observó con emoción ahogada cómo Dante iba a alisar los rizos de la niña, luego vaciló, con la mano cerniéndose sobre ella, antes de echarse atrás. La expresión de su rostro reflejaba su incertidumbre.

Madelaine no pudo evitar sentirse conmovida por esta prueba evidente de que él se preocupaba por su hija. Al fin y al cabo, Adele necesitaba un padre, y el hecho de que él intentara desempeñar ese papel solo suavizó parte de su resentimiento.

Pero nunca podría perdonarle que la obligara a dejar atrás a su propio padre.

Sentada en la cama, Adele bostezó.

—¿Estás cansada, muñeca? —preguntó Madelaine, secándose las manos con la toalla que había junto al lavabo.

—Hambrienta —dijo Adele, y luego volvió a bostezar.

La pobre. Dante había mantenido un ritmo constante pero moderado durante los últimos días, pero Adele no estaba acostumbrada a viajar. Sin duda necesitaba una comida caliente y una cama.

Como respuesta a este pensamiento, llamaron a la puerta. Madelaine la abrió y se encontró con una joven que sostenía una bandeja.

—Buenas noches, señorita —dijo la chica—. Me llamo Jen y mi padre es el posadero. El señor Tremont dijo que trajera enseguida una bandeja y que cuidara de la pequeña señorita mientras usted cenaba con él en el salón privado.

Madelaine apoyó las manos en las caderas.

—¿Ahora?

—Oh, sí, señorita. No tema por la pequeña. Tengo tres hermanas pequeñas y sé de qué hablo cuando se trata de eso. Me aseguraré de que la pequeña coma y luego se vaya directa a la cama. Incluso le cantaré para que se duerma, como hago con mis hermanas.

A pesar de sus recelos, Madelaine sonrió.

—Creo que eso le gustaría. Y se llama Adele.

Madelaine se hizo a un lado para que la hija del posadero pudiera entrar en la habitación. Jen demostró ser tan hábil como había dicho cuando se trataba de niños y pronto tuvo a Adele riendo mientras se comía su sopa.

—Váyase ya, señorita —dijo Jen con un movimiento de empujón hacia la puerta—. Disfrute de su cena y no se preocupe por la señorita Adele. La tendré alimentada y en la cama en un tris.

—Muy bien. —Madelaine vaciló solo un momento en el umbral de la puerta y luego se encaminó escaleras abajo con la risa ahogada de Adele siguiéndola.

Los nervios se le enredaron en el estómago cuando obtuvo la dirección del comedor privado. Durante los tres últimos días, Adele había actuado como incógnita acompañante, asegurándose de que Madelaine y Dante nunca estuvieran realmente solos. Sin embargo, ahora él esperaba para cenar con ella a puerta cerrada, y ella se encontró temblando como una debutante en su primer baile.

Impaciente consigo misma, se sacudió la ansiedad. Si había podido con él cinco años atrás durante aquellas tres noches increíbles en su cama, ahora se las podía también arreglar. Ya no era una niña inexperta y aquel hombre iba a ser su marido. A pesar de todo lo que había entre ellos, ¿qué tan difícil podía ser compartir una simple comida con él?

Abrió la puerta y entró en la habitación antes de que pudiera cambiar de opinión. Dante estaba de pie mirando al fuego, pero se volvió cuando ella entró.

Por un instante, se sintió transportada al pasado, a su primera noche juntos.

Ahora, como entonces, vestía de negro, lo que acentuaba su gran tamaño y su color oscuro. La luz del fuego parpadeaba sobre sus rasgos, resaltando su atrevida nariz frente a sus ojos hundidos y sus espesas cejas. Su boca parecía suave y tentadora, y por un momento ella recordó lo que esa boca podía hacerle.

La cicatriz junto a su ojo y su pelo largo le daban un aire de peligro que le pareció notablemente erótico.

—¿Cómo está Adele? —preguntó él al cabo de un momento, y ella se dio cuenta de que lo

había estado mirando fijamente.

—Está cenando. La hija del posadero tiene buena mano con ella.

—Bien. —Barrió con una mano la mesa puesta para dos—. Por favor, ponte cómoda. He pedido una cena de pato asado, la especialidad de la casa.

—Suena delicioso. —La conversación era civilizada. Pero mientras ella se acercaba a la mesa y él no se movía, ella se dio cuenta de que no había nada de civilizado en esta situación. El aire casi crepitaba por culpa de la tensión.

Dante le tendió la silla. Con cautela, ella se sentó, más que consciente de su cercanía. Entonces percibió su olor.

Sus ojos se cerraron mientras su cuerpo célibe se despertaba con fuerza. Dios mío, ¿cuántas veces el olor del sándalo le había recordado su historia de amor? Más de una vez había aspirado el aroma mientras estaba en la perfumería y luego había guardado de forma el frasco, como si ocultara un secreto culpable.

¿Y no lo estaba haciendo? A pesar de todo lo que le había hecho, parecía que su cuerpo seguía anhelando sus atenciones.

Dante se apartó y alcanzó una botella que había sobre la mesa.

—¿Vino? —preguntó.

Ella negó con la cabeza. Lo último que quería era que sus sentidos se embriagaran. Su corazón ya latía tan fuerte que le sorprendía que él no pudiera oírlo.

Dante se encogió de hombros y se sirvió una copa, luego la levantó, haciendo girar el licor antes de llevarse el vaso a los labios. Su fuerte garganta se movió al tragar, y deslizó la lengua una vez sobre sus labios para atrapar las últimas gotas que allí se aferraban. Depositó la copa sobre la mesa, sus grandes dedos contrastaban con la delicada cristalería.

Intentó no recordar cómo se sentían aquellas manos sobre su piel.

—Quería hablar contigo —le dijo Dante—. Mañana llegaremos a Londres. Y mañana por la mañana, antes de salir de aquí, nos casaremos. —Ella apartó la mirada de sus manos.

—¿Tan pronto?

—He obtenido una licencia especial.

Ella arqueó las cejas.

—Soy consciente de ello, pero espero que puedas entender mi posición.

—Y yo espero que tú puedas entender la mía. —Él rio entre dientes—. Siempre me desafías, Madelaine. Es una de las cosas que me gustan de ti.

—Qué gratificante —dijo ella con un sarcástico aleteo de pestañas.

—Ya me lo merecía. —Soltó un suspiro—. No puedo ceder en esto. Tu padre debe pagar por lo que ha hecho, y este es el único castigo con el que tanto tú como yo podemos vivir. Agradece que lo haya dejado quedarse en su propia casa. Mi primer instinto fue internarlo en Bedlam, pero no quería que mi esposa me odiara. Este es mi compromiso.

—Querido Señor. —Madelaine apoyó una mano sobre su corazón palpitante, enferma al escuchar lo que podría haber sido el destino de su padre—. Tienes razón. Te habría odiado.

Dejó el vaso y se acercó a su silla, deslizando la mano por su hombro.

—No quiero que me odies, Madelaine. ¿Recuerdas lo bien que estaba todo entre nosotros?

Sus dedos rozaron su clavícula, y su cuerpo cobró vida, como si reconocieran de quiénes eran esas manos

—Lo recuerdo.

—Nunca te olvidé. —Le acarició la nuca, recorrió con el dedo su columna vertebral—. Incluso cuando vivía en el infierno, pensaba en ti, recordaba el tiempo que pasamos juntos. —Se

inclinó hacia delante, rozándole con un beso su sensible nuca, arrancándole un grito ahogado—. Nunca quise dejarte marchar —susurró.

Ella apretó los dedos hasta que le dolieron.

—Creo que realmente crees eso.

—Siempre ha sido así. —Sonrió con mucho encanto—. Una vez que seas mi esposa, lo comprobarás por ti misma.

—Lo dudo. —Ahora deseaba haber aceptado el vino, aunque solo fuera para tener algo que hacer con las manos—. El dinero no lo compra todo, Dante, y me da pena que creas que sí.

—No sientas pena por mí. —Dio un trago a su vino—. A pesar de lo que pasó, volví a Inglaterra más rico que antes de irme.

—Un consuelo frío.

—¿Piensas que soy frío?

Las suaves palabras hicieron que un cosquilleo recorriera su espina dorsal. Sin embargo, se encontró con su mirada; la suya propia no delataba nada.

—Creo que tu corazón está vacío, y eso es algo triste.

—Quizá necesite una esposa para calentarlo. —Él le sonrió con el suficiente encanto como para provocarle una sensación de derretimiento en la boca de su vientre—. Vamos a casarnos, Madelaine, y espero una relación cortés, no hueca. Tenemos una hija juntos y me gustaría que fuéramos una familia de verdad.

¿Se lo había imaginado o había un atisbo de alegría en su voz?

—Bueno —musitó ella—, no te has ganado precisamente mi simpatía con tus recientes acciones.

—No lo he hecho. —Le cogió la barbilla y le giró la cara hacia la suya—. Te juro que no

lo hice. Si hubiera sabido que estabas embarazada, habría venido enseguida.

Ella cerró los ojos contra la expresión implorante de su rostro. Dios mío, quería creerlo, pero había aprendido a no creer en declaraciones bonitas. Él la había abandonado una vez, mucho antes de que ella supiera que estaba embarazada, y no iba a confiarle su corazón esta vez.

—Si no fuiste tú, ¿entonces quién fue?

—No lo sé, pero, obviamente, había fuerzas ajenas a nosotros trabajando para mantenernos separados. La carta. Mi secuestro. Tal vez tenga razón y tu padre interceptara la carta. No se me ocurre nadie más con motivos para hacer algo así.

Ella negó con la cabeza y apartó su mano, que seguía acariciándola acariciadora.

—No era la letra de mi padre. Dejando a un lado la carta, aun así me dejaste marchar cuando acabaron nuestras tres noches juntos. ¿Por qué lo hiciste si querías que me quedara?

—Teníamos un trato —dijo él bruscamente.

—Lo teníamos —aceptó ella con voz suave.

Él le acarició el brazo con la mano.

—¿No has pensado en nosotros? ¿Ni siquiera una vez?

—Sí —admitió ella—. ¿Cómo podría no hacerlo?

—¿Cómo podrías no hacerlo? —repitió él. Le desenredó los dedos y la puso en pie—. Lo has hecho bien con mi hija. —Extendió la mano sobre su vientre—. Me gustaría que volvieras a estar encinta.

Ella tragó con fuerza, luchando por mantener viva su ira incluso cuando su cuerpo se derretía bajo su tacto.

—Ya he dicho que esto será un matrimonio solo de nombre, Dante. No me acostaré con un hombre en el que no puedo confiar.

Sus cejas se alzaron ante el comentario.

—Puedes confiar en mí, Madelaine. —Ella lo miró de forma escéptica—. ¿De verdad crees que los dos podremos vivir juntos como marido y mujer y no compartir la cama? —Le cogió la mano y la sorprendió apretando sus dedos agitados contra su erección, dura como una roca—. Esta es la realidad, mi paloma. Esto es lo que me haces. Y esto.. .—Acarició con un pulgar uno de sus pezones, la satisfacción subiendo por las comisuras de su boca cuando el diminuto capullo se endureció al instante—. Esto es lo que yo te hago a ti.

—Sexo —afirmó ella, apartándose, de modo que ya no se tocaban. Todavía le hormigueaban los dedos por el contacto íntimo y cerró la mano en un puño—. No hay amor. No hay respeto. Es solo atracción animal, nada más.

—¿No quieres más hijos?

Ella cerró los ojos ante la oleada de anhelo que sintió. ¿Cómo sabía aquel hombre exactamente qué decir para afectarla tan profundamente?

—Me encantaría tener más hijos. Pero me has obligado a elegir entre mi padre y mi hija, y no puedo, no quiero, actuar como una esposa al uso con eso fluyendo entre nosotros.

—Debes admitir que las pruebas...

—No tienes más pruebas que un comentario hecho por unos bandidos —interrumpió ella —. Pero piensa en esto: se necesita dinero para organizar el elaborado secuestro de un hombre de tu categoría, y mi padre no tenía dinero. ¿Cómo iba a organizar algo así cuando apenas teníamos fondos con los que comprar comida?

Quería extender la mano y estrecharla entre sus brazos para consolarla, pero no sabía cómo. Después de todo, él era la razón por la que su padre no asistiría a su boda, y no tenía intención de cambiar eso. La suerte estaba echada, y Bellingham pagaría por sus pecados.

Pero odiaba ver a Madelaine infeliz.

Desde que había vuelto a su vida, los desconcertantes sentimientos de hacía cinco años lo habían inundado de nuevo. Ya no se sentía vacío, pero ahora había tantas emociones que no tenía ni idea de qué hacer con todo ello.

Madelaine tenía razón; el dinero no lo ayudaría en este caso.

Se pasó una mano por la cara, inseguro de cómo manejar a una prometida llorosa, especialmente cuando uno era el canalla que había provocado esas lágrimas. Ella no parecía querer su consuelo, y él no sabía qué más podía hacer.

La seducción podía manejarla, pero ¿esto... ?

Dejó su copa de vino. Empezó a ir hacia ella, aunque solo fuera para hacer *algo.*

Abrió la boca para hablar, pero no le salieron palabras. Atónito, se detuvo en seco.

¿Cómo podía no saber qué decir? ¿Acaso no seguía siendo Dante Tremont, conocido como Lucifer, el mujeriego más escandaloso y encantador de Londres? ¿Había estado fuera tanto tiempo que había olvidado cómo hablarle a una mujer? Sabía que lo había estropeado todo con Madelaine desde que había regresado. ¿Cómo era posible que ahora no pudiera encontrar las palabras adecuadas en sus labios, el tono correcto, la sonrisa adecuada?

—Y nada menos que en Londres —continuó hablando Madelaine—. Hacía años que no salía de Cornualles. Los labios de Dante se tensaron..

—Quizá tenía algún tipo de pareja. —Ella soltó una carcajada amarga.

—Oh, sí, eso es. ¿Quién más te odiaba lo suficiente como para querer acabar contigo? Quizá deberías buscar a ese «socio» en tu propia familia.

—Quizás debería.

—Hazlo, entonces. —Ella levantó la barbilla y le sostuvo la mirada con orgullo—. Ahórrate tus palabras suaves y tu seducción. Me casaré contigo por el bien de Adele. Llevaré tu

nombre y administraré tu casa. Pero eso es todo.

No dijo nada durante unos segundos, luego le dedicó una sonrisa apenada.

—Es una lástima. Admito que esperaba una noche de bodas tradicional.

—Qué decepción para ti. —Ella se encogió de hombros de forma despreocupada, esperando que él no viera lo mucho que ella también habría disfrutado de una noche así.

—Nos casaremos en la iglesia local antes de irnos de aquí a Londres.

—Este simulacro de boda apenas coincide con mis sueños de niña. No tengo vestido de novia ni flores. Y mi padre no está aquí para ofrecerme en matrimonio. —Se le quebró la voz con esto último y se volvió para ocultar las lágrimas que ya no podía contener—. Lo que has hecho ha dañado cualquier relación que aún existiera entre nosotros —susurró.

Dante le miró fijamente la espalda con un sentimiento de impotencia que le sentaba tan bien como un abrigo mal confeccionado. Sabía que ella estaba llorando, había visto el brillo de la humedad en sus ojos antes de que apartara la mirada. Él, ¿Seguía siendo el Dante que siempre había sido o se había convertido en otra persona?

Maldita sea. En el espacio de un solo instante, se dio cuenta de la magnitud de lo que realmente le habían robado. Más que dinero. Más que la propiedad o incluso la familia. De algún modo, le habían arrebatado la esencia misma de lo que era, al igual que sus posesiones materiales.

¿Cómo era que no podía encandilar a su propia prometida?

Llamaron a la puerta, una interrupción bienvenida, y Madelaine se tapó los ojos de forma disimulada cuando fue a abrir. El sonriente posadero entró en la habitación seguido de dos muchachos, todos ellos portando bandejas de comida que olían de forma deliciosa. Mientras los muchachos disponían la comida sobre la mesa, el posadero dedicó un momento o dos a hablar muy efusivo de lo encantado que estaba de tener a Dante en su humilde establecimiento. Dante

respondía a los comentarios del hombre, pero no apartaba su atención de Madelaine.

Cuando el posadero y sus ayudantes se marcharon por fin, Dante se acercó a la mesa y se sirvió otra copa de vino. El suave goteo del líquido al golpear la copa onduló en el tenso silencio.

—¿Te apetece ahora un poco de vino ahora? —le preguntó.

—Sí —susurró ella, y luego se secó de forma sutil las comisuras de los ojos—. Sí, creo que me apetece.

Dante se sirvió un segundo vaso, sin mirar a Madelaine cuando se acercó a la mesa. No quería ver sus ojos enrojecidos por las lágrimas ni la triste caída de sus hombros. No quería saber lo que le estaba costando su venganza.

—Come —le dijo—. Seguro que los dos estamos tan exaltados porque tenemos hambre.

—Sí, será eso. —Sonaba tan convencida como él, pero tenía que admirar su voluntad de dejar sus desacuerdos para otro momento—. Quizá tengas razón.

Comieron en silencio, la distancia entre ellos mucho mayor que la simple longitud de una mesa.

El día de su boda amaneció brillante y alegre, aunque no podía decirse lo mismo de la novia. Madelaine se levantó de la cama aquella mañana con un nudo de espanto en el estómago. ¿Se estaba equivocando? Aún no era demasiado tarde para dar marcha atrás.

Se lavó la cara en el lavabo y se quedó mirando en el espejo de la pared el reflejo de la niña que aún dormitaba en la cama detrás de ella.

¿Estaba haciendo lo correcto por Adele? Sí, Dante era su padre, pero también era un hombre despiadado al que le molestaba ser vulnerable. ¿Tendría paciencia para criar a una niña de la sensibilidad de Adele?

¿Sería un buen marido o la avergonzaría con aventuras indiscretas por todo Londres?

Frunció el ceño. ¿De dónde había salido ese pensamiento? Los hombres tenían amantes todo el tiempo, y puesto que su esposa se negaba a compartir su cama, un hombre de los fuertes apetitos de Dante estaba obligado a encontrar compañía femenina en otra parte. Mientras él hiciera lo correcto con Adele, Madelaine resolvió no decir nada de cualquier indiscreción de la que pudiera enterarse.

Pero otra capa de desesperación rodeó su corazón.

Secándose las manos, se volvió hacia su pequeño baúl para decidir cuál de los dos vestidos que había empaquetado apresuradamente sería su vestido de novia. El rosa, tal vez. Resaltaba el color de sus mejillas, y ella quería estar lo mejor posible el día de su boda, aunque se casara con un granuja.

Un rápido golpe sonó en la puerta, y antes de que Madelaine pudiera siquiera invitar a entrar al visitante, la puerta se abrió y Jen entró en la habitación.

—¡Señorita! —exclamó, con una amplia y emocionada sonrisa en el rostro—. ¡Mire quién ha venido! Es la señora Tibbs, la modista.

Una mujer alta y bien formada entró en la habitación, con los labios fruncidos por la concentración. Un lápiz sobresalía de su pelo castaño donde estaba amontonado sobre su cabeza.

—¿Esta es la novia, entonces?

—Jen, ¿qué...?

—No se preocupe, señorita —le interrumpió la modista—. Tengo justo lo que necesita, y se lo ajustaremos en un tris. —Chasqueó los dedos y dos jóvenes entraron corriendo en la habitación, ambas con los brazos llenos de preciosa seda color melocotón.

Madelaine se quedó boquiabierta cuando una de las asistentes desplegó un precioso vestido.

—Señora Tibbs, por favor, ¿de qué trataba esto?

—Su futuro marido le ha comprado un vestido de novia. Y el otro también. —Centrada en su negocio, la señora Tibbs cogió la toalla de los entumecidos dedos de Madelaine.

—Quédate quieta para que pueda tomar las medidas exactas.

Madelaine se quedó quieta de puro asombro mientras la modista le tomaba las medidas.

—Sí, estaba muy cerca —dijo con una risita—. Su prometido me dio unas medidas aproximadas, casi acierta de pleno. Cuando hayamos terminado, este vestido le quedará perfecto.

—Tenemos esto para su hija, señorita —dijo una de las ayudantes de la modista. Le tendió una versión más pequeña del mismo vestido que el suyo, en el mismo color melocotón pálido.

—Haremos el de la niña cuando termine el de la madre. —La señora Tibbs volvió a chasquear los dedos y la segunda ayudante se adelantó con el vestido de Madelaine—. Vamos a ponérselo y a hacer los arreglos. Habrá una boda esta mañana.

Madelaine se quedó estupefacta en medio de la actividad mientras la señora Tibbs prendía el vestido con alfileres para que le quedara exacto, luego se lo quitó a Madelaine y se lo entregó a una de sus ayudantes, que inmediatamente se sentó con aguja e hilo para hacer los ajustes. Despertaron a Adele, que estaba fuera de sí por la emoción de que ella también iba a tener un vestido de novia. Para cuando tuvieron a Adele bien medida (un proceso lento gracias al jugueteo extasiado de la niña), la joven costurera había terminado las modificaciones del vestido de Madelaine. Madelaine dejó que la modista le ajustara el vestido, asombrada por la belleza de la seda melocotón.

—Qué novia tan hermosa —murmuró la señora Tibbs, mientras todas miraban a Madelaine en el espejo.

—¿Me permitiría peinarla? —preguntó Jen—. Siempre peino a mis hermanas para los bailes locales.

No pudo resistir la impaciencia que vio en los ojos de la chica.

—Por supuesto, Jen. Te lo agradecería.

Mientras Jen corría a buscar sus accesorios para el pelo, Madelaine pasó una vez más su mano sobre la seda de su falda, alisándola, y se preguntó qué otras sorpresas le aguardarían de su futuro marido.

Dante se detuvo al pie de la escalera de la posada y observó cómo descendían Madelaine y Adele. Madelaine lo dejó sin aliento; la seda melocotón resaltaba sus ojos verdes y su pelo rubio y hacía que su piel pareciera crema fresca. Se ceñía a su cuerpo como una amante, barriéndole las piernas con un suave bamboleo al llegar al último escalón. Llevaba una corona de flores en el pelo recogido. Ante su mirada inquisitiva, se la tocó y sonrió un poco, consciente de cómo estaba

—Jen insistió.

—Estás preciosa. —Miró a Adele—. Las dos lo estáis.

—¿Te gusta mi flor, papá? —preguntó Adele, tocando la blanca flor silvestre mezclada con sus rizos oscuros.

El corazón de Dante se detuvo cuando ella lo llamó «papá». Luego, tomó aire y le tocó la mejilla.

—Me gusta mucho. De hecho, me gusta tanto que tengo más para ti en la carroza.

—¡Sí! —Adele saltó de alegría.

—¿Flores? —preguntó Madelaine.

Se encogió de hombros cuando ella continuó mirándolo atónita.

—Nos vamos a casar. Necesitamos flores, ¿no?

Ella le dedicó una pequeña sonrisa.

—Desde luego que sí.

—Eso es todo, entonces. —Incómodo con la conversación, se volvió hacia Adele—.

¿Estamos listos?

—¡Listos! —gritó Adele.

—Pues casémonos.

Capítulo 11

Era su noche de bodas. Sin camiseta y en calcetines, Dante miraba fijamente al fuego con una copa de brandy en la mano. Habían llegado a su casa de Londres a última hora de la tarde y temía cada hora que los acercaba a ese momento. Oía a Madelaine moverse por su alcoba, al otro lado de la puerta que comunicaba ambas estancias, y se preguntó qué estaría haciendo. ¿Se estaría cambiando de ropa? ¿Cepillándose el pelo? ¿O, simplemente, estaba tan inquieta como él?

Debería estar allí haciéndole el amor, no cavilando en su propio dormitorio. Pero ella había dejado claro que rechazaría sus avances si él intentaba ejercer sus derechos como marido, y a él no le gustaba poner más obstáculos entre ellos insistiendo en que cumpliera con su deber de esposa.

A ella, él le parecía despiadado. Sin corazón, incluso. Egoísta. Frío. Pero no había nada de frío en sus sentimientos por ella. La deseaba con todas sus fuerzas, caliente y dispuesta bajo él, pero eso nunca sucedería con el espectro de su padre entre ellos.

Y ella no confiaba en él. Eso era lo que más le escocía.

Se miró el brazo, la cicatriz que se enroscaba como una serpiente desde la muñeca hasta el codo. Recordó el día en el que se la había hecho, cuando se había rebelado contra Sledge y su crueldad. El bastardo le había azotado por tercer día consecutivo, solo por deporte, y la rabia de Dante había estallado.

Había agarrado el látigo, ignorando el escozor, y había dejado que se enroscara en su brazo como una serpiente; luego tiró del arma y envió a Sledge al suelo espatarrado, para diversión de la tripulación.

Había pagado por aquello. Sledge lo había atado con el vientre pegado al mástil y le había dado una paliza, destrozándole la espalda con el látigo de nueve colas. Luego, había salpicado un cubo de agua de mar sobre las heridas y le había golpeado de nuevo mientras Dante casi se desmayaba del dolor. Más tarde. se había enterado de que había estado atado a ese mástil durante dos días sin comida ni agua, y cada dos horas Sledge volvía y le daba otros cuantos latigazos, luego empapaba las nuevas heridas con agua salada. Era un milagro que hubiera sobrevivido.

Había vivido en aquel infierno durante cuatro largos años, hasta que los piratas lo habían rescatado.

¿Podría Madelaine comprender el alcance de su sufrimiento? ¿Había alguna forma de que ella pudiera entender su brutalidad, que lo único que lo había mantenido con vida en aquel barco habían sido sus pensamientos de venganza?

Quizá tenía razón al no confiar en él, pero él le había perdonado la vida a su padre, que era más de lo que había pretendido hacer cuando había ido a buscarlo.

Arrebatarle la familia al barón, obligarlo a vivir en la soledad y el aislamiento, era la única venganza que podía llevar a cabo sin hacer que Madelaine despreciara ni siquiera su mirada.

Merecía justicia por lo que le habían robado.

Un grito de alarma sonó desde la otra habitación, seguido de un estruendo.

Dante dejó su brandy, luego corrió hacia la puerta de comunicación y la abrió. Madelaine yacía en el suelo, con una mesita y un jarrón destrozado a su lado.

Se impulsó sobre sus manos y rodillas cuando él llegó hasta ella.

—¿Qué ha pasado? —preguntó él, ayudándola a ponerse en pie.

—Nada importante. —Sus mejillas ardían de vergüenza—. Mi camisón se enganchó en la esquina de la mesa al pasar, se cayó y me hizo tropezar.

—¿Está herida? —Le pasó las manos por los brazos, buscando huesos rotos.

—No, estoy bien. De verdad. —Ella apartó sus manos—. Solo fue un accidente tonto.

Alguien aporreó la puerta.

—Señora Tremont, ¿se encuentra bien? —preguntó su criada.

—Oh, cielos. —Se sonrojó aún más—. Me siento tan tonta.

—No te mueves. —Dante se acercó a la puerta y la abrió unos centímetros—. No pasa nada, Peggy. Mi mujer ha tropezado, eso es todo.

Los ojos de la criada se abrieron de par en par ante su presencia en la habitación de Madelaine, pero enseguida bajó la mirada e hizo una reverencia.

—Muy bien entonces, señor. —Cuando ella se hubo ido, cerró la puerta y se volvió para mirar a Madelaine.

Las palabras tranquilizadoras murieron en su lengua ante la expresión de su rostro. Había palidecido, con los ojos muy abiertos y los labios también entreabiertos, como en estado de shock. Se apresuró hacia ella y la cogió por los hombros para poder mirarle las pupilas. Parecían normales.

—Madelaine, ¿estás segura de que te encuentras bien? ¿Te has golpeado la cabeza?

—No. —Ella bajó la mirada hacia la mano que le agarraba el hombro y luego trazó lentamente un dedo tembloroso a lo largo de la cicatriz que se enroscaba en su antebrazo.

Todo su cuerpo se tensó, tanto por la reacción a su tacto como por darse cuenta de que le había dado la espalda cuando fue a hablar con la criada.

Ella había visto las cicatrices.

—¿Esto ocurrió mientras no estabas? —preguntó ella, con la mirada fija en su brazo.

—Sí. —No podía apartar los ojos de su pálido dedo, que recorría su piel más oscura. Aquella cicatriz terminaba, pero otra empezaba cerca, así que ella siguió la nueva a lo largo de la curva de su hombro.

—¿Puedo ver el resto?

Él cerró los ojos y asintió, con la ansiedad apretándole las tripas. Antes de su negativa rotunda a compartir su cama, había esperado facilitarle el conocimiento de en qué se había convertido su cuerpo, tal vez haciéndole el amor en la oscuridad al principio, y luego revelándole gradualmente sus defectos físicos, una vez que le hubiera recordado las delicias que podían compartir.

Demasiado tarde.

Ella se movió para colocarse detrás de él, la fragancia de la lavanda persistía a su paso. Él mantuvo los ojos cerrados, temblando como un semental que olfatea a una yegua mientras los suaves dedos femeninos seguían las líneas que surcaban su espalda. Eran muchas, algunas se enroscaban sobre su hombro, otras se enroscaban alrededor de su cintura y costillas, algunas se hundían bajo la cinturilla de sus pantalones. Ella las tocó todas.

Poco sabía ella que cada roce de las yemas de sus dedos encendía el hambre de él por tenerla.

Cuando volvió a mirarlo, él estaba duro, sudoroso y casi temblando de necesidad. Ella le apartó el pelo de la frente y le tocó la cicatriz de la sien.

Él abrió los ojos y la agarró de la muñeca.

—No lo hagas.

Ella se quedó quieta, congelada, mirándolo con un deje de alarma en sus ojos.

—¿Qué pasa?

—Simplemente, no lo hagas. A menos que hayas cambiado de opinión sobre compartir mi cama.

Él le soltó la muñeca, y la mano de ella cayó a su lado. ¿Estaba disgustada por su aspecto? No podía saberlo.

Ella dio un paso atrás para alejarse de él.

—Lo siento. Solo tenía curiosidad.

—Considera tu curiosidad satisfecha.

—Quizás no. ¿Puedo preguntarte algo? —Se encogió de hombros, con la incertidumbre y el deseo anudándole las entrañas—. —¿Esto es lo que te ha pasado mientras estabas fuera? ¿Esto es de lo que crees responsable a mi padre?

—Sí. —Él la miró ahora con un orgullo feroz. Ella asintió, como si no hubiera esperado nada diferente—. Si mi padre es culpable o no, no puedo decirlo. Me parece *poco probable*, aunque ciertamente no es imposible. Pero el hombre que conozco no podría haber hecho algo tan cruel.

—Lo miras con los ojos de una hija que lo quiere. Yo lo veo solo como un hombre, y débil, además.

Sus mejillas enrojecieron de enfado.

—Eso me ofende.

—Oféndete si quieres, pero estamos hablando de un hombre tan obsesionado con el juego que su hija tuvo que luchar para sobrevivir cuando debería haber estado viviendo una vida cómoda. Un hombre tan iluso que se le ocurrió acusarme de hacer trampas porque había apostado más de lo que podía pagar.

—Debido al calvario por el que has pasado, decido ignorar tus comentarios —dijo ella—.

—Igual que has ignorado el comportamiento de tu padre.

—¡Ya basta! Independientemente de lo que haya hecho o dejado de hacer, sigue siendo mi padre, ¡y no voy a difamarlo!

La pena en su voz detuvo las amargas palabras que él hubiera querido pronunciar.

—Tienes razón —dijo en voz baja—. Te pido disculpas.

—Puedo entender que lo odies por lo que crees que ha hecho, pero por favor, date cuenta de que yo no puedo hacerlo.

—Eres una hija leal, pero también eres mi esposa. ¿Cuánto tiempo crees que puedes mantener esto entre nosotros?

—¿Me estás pidiendo que vuelva a elegir, Dante, pero que esta vez elija entre mi padre y mi marido?

—Llega un momento en que toda hija debe estar al lado de su marido y dejar atrás su infancia.

—Esto no es una cuestión de infancia. —Se abrazó a sí misma, como si tuviera frío—. Lo que se interpone entre nosotros es mucho más que eso—.

—De acuerdo. —El anillo de boda de ella le llamó la atención al brillar a la luz de las velas —. Ya no eres una niña, Madelaine. Yo, más que nadie, lo sé.

—Me quieres en tu cama.

Las bruscas palabras lo sorprendieron, pero aprovechó el cambio de tema con una avidez casi humillante.

—Así es, sí. No soy diferente de cualquier otro novio.

—¿Crees que he tomado esta decisión para castigarte? ¿Crees que es fácil para mí,

sabiendo que empiezo este matrimonio con mal pie?

—No tengo ni idea de lo que estás pensando.

Ella sacudió la cabeza, su pelo rubio ondulando sobre sus hombros.

—Como tu esposa, te debo mi lealtad, y la tienes. Entiendo por qué estás haciendo esto, de verdad que lo entiendo, pero también le debo lealtad a mi padre. Me he casado contigo como te dije que haría. Seré tu anfitriona y llevaré tu casa. Siempre seré la madre de tu hija. Pero no puedo, por mi conciencia, compartir mi cuerpo contigo sabiendo que has dejado a mi padre morir solo. A pesar de que —se apresuró a añadir antes de que él pudiera hablar—, entiendo por qué lo has hecho.

—Un bonito discurso. —Aún hambriento por ella, aún escocido por la posibilidad de un rechazo, la arrastró entre sus brazos, atrayéndola con fuerza contra su excitado cuerpo para que ella no pudiera dudar de su intención—. Pero creo que te estás mintiendo a ti misma. ¿Y si trajera a tu padre a Londres ahora mismo? ¿Podrías entonces soportar mi contacto?

Ella se quedó paralizada y levantó los ojos hacia los suyos, con la esperanza brillando en ellos. Separó los labios como si fuera a hablar, pero luego vaciló.

Él le dedicó una sonrisa sombría.

—Puede que estés enfadada conmigo por lo de tu padre, pero no creo que esa sea la verdadera razón por la que te niegas a compartir mi cama.

—Cree lo que quieras —espetó ella, recuperándose.

Él se rio.

—Entre nosotros no hay ningún misterio como en otras parejas de recién casados. Sabes el placer que puedo darte. ¿Estás segura de que puedes vivir conmigo día tras día, año tras año, y seguir resistiendo la tentación?

Ella empujó contra su pecho para apartarse, pero él la sujetó con fuerza.

—Hay más cosas en un matrimonio que la alcoba—.

—En efecto, pero sin ella, las demás cosas significan poco.

—Dirás cualquier cosa para conseguir lo que quieres.

Lo apartó de un empujón.

—Piensas mucho. Cuando decidas actuar como una mujer en vez de como una niña, házmelo saber. Puede que aún me interese. —Le dio la espalda a su expresión de sorpresa y regresó a su propia habitación, cerrando la puerta que las comunicaba tras de sí. Luego, se dejó caer contra ella.

¿Cuánto de su negativa a acostarse con él se debía a sus emociones y cuánto a su cuerpo mutilado? Ella no había parecido disgustada cuando había tocado sus cicatrices, pero tampoco había respondido cuando él la había abrazado. Había parecido. . . indiferente.

Una vez habría bastado el roce de su mano para convertirla en una amante ansiosa. En lugar de eso….

Golpeó con un puño la puerta que tenía detrás. ¡Maldito Bellingham! Tanto daño hecho. Cuatro años de infierno. La ilegitimidad de su hija. Ahora se enfrentaba al rechazo de la única mujer a la que nunca había podido olvidar.

Esperaba que el barón viviera una larga vida de miseria, sufriendo con el conocimiento de lo que sus acciones habían provocado.

Apartándose de la puerta, Dante fue en busca de su brandy.

Madelaine dio un respingo al oír el golpe de un puño en la puerta y la observó con recelo, esperando que Dante volviera a irrumpir y reclamara sus derechos como su marido. Pero no apareció.

¿Quién era ese hombre con el que se había casado?

Se parecía al Dante que ella había conocido una vez, pero sus palabras y acciones de esta noche le habían revelado a un hombre atormentado. ¿Cómo podía no haberse dado cuenta del impacto que su sufrimiento había tenido en él?

Recorrió con los dedos la palma de su mano, como si volviera a sentir la carne fruncida de su espalda. Las cicatrices se habían entrecruzado, una sobre otra, algunas dos o tres se fundían en una sola. Ella únicamente podía imaginar el dolor que él debía de haber experimentado, aunque por las palabras que le dirigió parecía que había marcas más profundas que nadie vería jamás. Las cicatrices de su alma.

Su corazón se rompió por él. Su secuestro había afectado a sus vidas, dejando entre ellos algo que nunca podría repararse. Y su negativa a compartir su cama solo estaba empeorando una mala situación. Pero, ¿qué otra opción tenía?

No le resultaba fácil resistirse a los avances de Dante, pues recordaba bien el placer que podía encontrar entre sus brazos. Y ahora que comprendía el tormento que había sufrido, deseaba más que nunca abrazarlo y consolarlo.

Pero este era el hombre que se había aprovechado de forma descarada de su situación cinco años antes. El hombre que le había dado la espalda cuando ella esperaba un hijo suyo. El hombre que no le había dado otra opción que abandonar a su padre cuando más la necesitaba.

¿Cómo iba ella a darle la lealtad y el afecto de una esposa cuando él nunca había hecho lo correcto en todo el tiempo que ella le había conocido?

Comprendía su rabia hacia su padre, pues la única pista que tenía sobre la identidad de quién había organizado su secuestro había sido un casual comentario sobre «el barón» de uno de los bandoleros. Sin duda se había aferrado a eso a lo largo de los años de tortura, utilizando esa única afirmación como punto focal que le permitiera sobrellevar cada día, soñando con la venganza.

Aun así, una declaración casual hecha por un villano poco fiable difícilmente era prueba suficiente para considerar a su padre culpable. Sí, su padre se había enfurecido cuando ella había llegado a casa aquella mañana con sus iniciales en la mano. Se había dado cuenta inmediatamente de lo que debía de haber pasado, sobre todo conociendo la reputación de Dante. Y sí, había salido furioso a retar a Dante a un duelo, a lo que Dante se había negado.

¿O no? ¿Y si había tenido una buena noche en las mesas y había contratado a unos matones? No, eso era poco probable, ya que su padre nunca había sido capaz de ocultarle a nadie una racha ganadora.

¿O había participado en algún plan descabellado para deshacerse del hombre que había mancillado a su hija, sobre todo porque aún no sabía que estaba embarazada? De haberlo sabido, nada habría hecho sino obligar a Dante a casarse con ella.

Explicaciones plausibles todas, pero hasta que no se presentaran pruebas innegables que demostraran su culpabilidad, ella seguiría siendo leal a su progenitor.

Y hasta que Dante le diera razones para confiar en él, hasta que estuviera segura de que no volvería a abandonarla, continuaría por el camino solitario que había elegido.

Con una última y anhelante mirada a la puerta que comunicaba su dormitorio con el de su marido, se metió en su solitaria cama.

Capítulo 12

Se suponía que el día después de la boda de uno debía brillar con resplandecientes recuerdos de la noche anterior. Sin embargo, lo único que Dante podía recordar era el fondo de su botella de brandy. Estaba sentado solo en la mesa del desayuno, con la cabeza entre las manos. Nunca, desde que era un niño recién llegado de la escuela, se había excedido de tal manera. Pero la abstinencia forzada tendía a hacerle eso a un hombre.

—Señor Samuel Hellman.

Dante levantó la vista justo a tiempo para ver a Elton, su nuevo mayordomo londinense, salir de la habitación y a Samuel entrar en ella.

—Veo que has vuelto de tu misterioso viaje al campo —dijo Samuel, sentándose sin ser invitado a la mesa con la familiaridad de un viejo conocido—. ¿Has descubierto una nueva inversión? Te lo juro, tu hombre, Fenworthy, estará de los nervios. Ha estado yendo a la iglesia todos los domingos para dar gracias a Dios por tu liberación.

—Qué gratificante saber que me han echado de menos, aunque solo sea mi hombre de negocios.

—Ya, ya, Dante. —Samuel se sirvió una naranja y empezó a pelarla, con una sonrisa alegre en la cara—. Sabes que yo también te he echado de menos.

—Debes de haberlo hecho, pues ¿qué otra razón podrías tener para venir a llamarme tan

temprano por la mañana? ¿Qué son, las diez? Te juro que no sueles levantarte hasta las dos.

—A decir verdad, aún no me he acostado. —Con una risita, Samuel dio un mordisco a un gajo de naranja—. Pero sabía que volvías a la ciudad, así que vine enseguida a verte. ¿No soy el mejor de los amigos?

—Quieres decir que tu curiosidad no pudo mantenerte alejado. —Aún sonriendo, Dante tomó un sorbo del café negro y caliente—. Felicítame, Samuel. Soy un hombre casado.

Samuel se atragantó con el trozo de fruta que acababa de morder.

—¿Te he oído bien? ¿Acabas de decir *casado?*

—Así es.

—Bueno, ha sido un trabajo rápido. ¿Y quién es la encantadora dama?

—Alguien que conocí hace mucho tiempo. Madelaine Prescott.

—¿La hija de Bellingham? —Samuel se levantó y se sirvió un poco de café—. La conocí una vez. Una criatura encantadora—

—A mí también me lo pareció.

—¿Significa eso que no tienes intención de asistir al baile de los Portworthy esta noche? —Samuel dio un sorbo a su café, hizo una mueca y buscó el azúcar—. El viejo Portworthy va a lanzar a su hija menor en sociedad. Cara de caballo y fortuna como Midas. Se dice que será el flechazo de la temporada.

—Y, naturalmente, tú estarás allí.

Samuel enarcó una ceja y cogió la leche.

—Naturalmente.

—Debo decir, viejo amigo, que me complace ver cómo te mueves con más soltura en la sociedad que antaño. ¿Quién es su benefactor?

Samuel removió la leche, casi derramando el líquido por toda la mesa.

—Un tipo llamado Adminton me tomó bajo su ala, me consiguió una entrada en el mundo cortés.

—Hizo bien, teniendo en cuenta que yo no estaba allí para hacerlo.

—Sí. —Samuel removió su café, golpeó con la cuchara el borde de la taza—. La conexión con Adminton fue bastante fortuita.

—Quizá me asome esta noche al baile de Portworthy. Podría ser una buena forma de presentar a Madelaine a la sociedad.

—¿Tan pronto? Solo has estado fuera una semana, así que no puedes llevar caso mucho tiempo. ¿Seguro que ya quieres presentaros en sociedad?

—¿Por qué no? —Dante volvió a dar un sorbo a su café y luego levantó la vista al percibir un movimiento en la puerta. Madelaine revoloteaba allí, claramente insegura sobre si debía entrar o no. Por todos los dioses, estaba increíblemente guapa con un vestido rosa pálido con diminutas flores por todas partes, su pelo rubio recogido en lo que parecía un recogido, envuelto en cinta rosa. El deseo se despertó en él y se enroscó en sus entrañas como un lazo, recordándole todo lo que no podía tener—. Ah, ya está aquí mi encantadora novia —masculló, poniéndose en pie.

Sonrojada por la mordacidad de su tono de voz, entró en la habitación, observándolo por el rabillo del ojo, como haría un lobo que está a punto de abalanzarse sobre su presa.

Siempre había sido inteligente.

Samuel también se había levantado cuando Madelaine entró en la habitación, y ahora le hacía una reverencia.

—Samuel Hellman a su servicio, señora. Conocí a su padre.

Madelaine hizo una cortés reverencia.

—Le recuerdo, señor Hellman.

—Me siento agradecido. —Le acercó una silla—. Por favor, acompáñenos.

—Gracias. —Tomó el asiento que Samuel le ofrecía, el que estaba justo al lado de su marido. Maldita sea el alma entrometida de su amigo.

—Buenos días, Dante —dijo ella mientras ambos caballeros volvían a sentarse.

Él no pudo responder, distraído por el aroma a lavanda que se burlaba de sus sentidos. Cuando su esposa dirigió su atención al frutero, ahuecando suavemente esta naranja o aquel racimo de uvas mientras hacía su selección, respiró hondo para no coger sus manitas y ponerlas en lugares más interesantes. La bestia que llevaba dentro tiró de la correa y aulló.

Samuel le lanzó una mirada de diversión y él se dio cuenta de que estaba mirando a su mujer como un muerto de hambre. Asumió una expresión sosa y sorbió su café, aunque era la carne de ella lo que quería saborear.

—Por favor, no dejen que interrumpa su conversación —dijo ella en medio del silencio.

—Estábamos hablando del baile de los Portworthy de esta noche —explicó Samuel, siempre atento a una cara bonita—. El loco de su marido piensa asistir esta noche, cuando debería estar de luna de miel.

—¿Ah, sí? —Ella cogió un racimo de uvas del cuenco y empezó a arrancar los rollizos frutos de su parra hasta su plato, con la mirada fija en su tarea—. Estoy segura de que Dante sabe lo que se hace.

Dante sonrió satisfecho.

—¿Lo ves, Samuel? Todo hombre debería tener una esposa tan leal.

Ella levantó la vista ante el atisbo de sarcasmo en su tono. Durante un largo momento, se miraron fijamente; los ojos de ella se arremolinaban en un millón de emociones que él no podía

identificar. Sabía que estaba siendo grosero, pero no podía evitarlo.

—Leal y hermosa —dijo Samuel con esa maldita sonrisa de gallito que tenía.

—Así es. —Dante apartó la mirada de su esposa y volvió su atención a su desayuno—. Supongo que tendrás algo adecuado que ponerte para el baile, querida.

Madelaine jadeó.

—¿Quiere decir que yo también voy a ir?—

—Por supuesto que vas a ir. —Dante cortó su jamón en trozos del tamaño de un bocado—. ¿De verdad me consideras un completo caradura por dejar a mi nueva esposa sola en casa tan poco tiempo después de habernos casado?

—No sabía cuáles eran tus planes.

Apuñaló un trozo de jamón y se lo llevó a los labios.

—Ahora sí.

Madelaine tomó una uva con los dedos, tentada de olvidar sus modales y arrojársela a la arrogante cabeza de su marido. ¿Qué le había poseído para actuar de forma tan detestable esta mañana?

—¿Tienes un vestido apropiado? —volvió a preguntar, completamente ajeno a lo inapropiado que era discutir tales cosas delante de la compañía.

Ella lanzó una mirada avergonzada hacia Samuel, y luego contestó:

—La mayor parte de mi ropa aún no ha llegado, *marido.*

Los ojos de él se entrecerraron.

—Entonces, debes visitar hoy a la modista, *esposa,* y conseguir algo que ponerte para el baile.

—Ciertamente, no hay tiempo suficiente.

—Paga extra para que esté listo hoy. —Desvió la mirada mientras hablaba, y podrían haber estado discutiendo la venta de ganado o la reparación de una calesa por toda la atención que prestó al tema. ¿Seguía enfurruñado porque ella lo había rechazado la noche anterior?

Con su propio temperamento ardiendo, Madelaine se volvió hacia Samuel. No se fiaba del amigo de Dante y nunca lo había hecho, no desde que le había hecho aquellas insinuaciones cinco años atrás. Aun así, estaba claro que su testarudo marido no iba a ayudarla.

—Señor Hellman, he vivido la mayor parte de mi vida en el campo. ¿Conocería, por casualidad, el nombre de la modista más de moda en Londres?

—Madame Foussard, sin duda. —Samuel sonrió con tanto cálculo como encanto—. Está de moda entre los más distinguidos.

—Gracias, señor Hellman. —Ella le dedicó una amable inclinación de cabeza—. La visitaré hoy.

—Será un placer acompañarla y mostrarle las delicias de Londres. —Samuel se llevó una rodaja de naranja a la boca—. Si su marido lo permite, por supuesto.

—Samuel, deja de flirtear con mi mujer —dijo Dante antes de que ella pudiera hablar. Frunció el ceño—. —Te acompañaré yo, querida. Este canalla tiene otras citas que atender, estoy seguro.

—Por favor, no alteres tu agenda por mi culpa. —Con un movimiento airado de la cabeza, Madelaine se levantó para servirse un poco de jamón del aparador.

—Oh, no es molestia. —Dante se reclinó en su silla, trazando el diseño de los cubiertos mientras la observaba, sus ojos oscuros ilegibles.

—Estoy segura de que tienes asuntos que atender, sobre todo porque has estado fuera de la ciudad casi una semana. —Tras adquirir varias lonchas de jamón y una taza de té, Madelaine

llevó su plato de nuevo a la mesa y fingió no darse cuenta de la creciente irritación de su marido —. Puedo arreglármelas sola perfectamente, aunque le agradezco, señor Hellman, su amable ofrecimiento.

Samuel inclinó la cabeza.

—Un placer.

Dante cogió su cuchillo y lo golpeó ociosamente sobre la mesa.

—Samuel, las ofrendas de mi mesa no incluyen a mi esposa.

—Ya lo has dicho. —Samuel se recostó en su silla y dio un sorbo a su café, claramente divertido—. Solo estaba siendo educado—.

—Claro que lo estabas siendo. De verdad, Dante —le reprendió ella—. El señor Hellman solo intentaba ayudar.

Dante se inclinó hacia delante.

—El señor Hellman es un conocido estafador, querida, y te aconsejo que desconfíes de él.

—¿Lo es? —Ella levantó las cejas con delicado sarcasmo—. He oído decir lo mismo de ti.

El rostro de su marido se volvió tormentoso y Samuel rio entre dientes.

—Ahí te ha pillado, viejo Luce. Pero dicen que los mujeriegos reformados son los mejores maridos.

Madelaine miró de forma inocente a Dante por encima del borde de su taza de té.

—Sí, aunque no he tenido tiempo suficiente para decidir si el adagio es cierto o no.

—Siempre nos queda esta noche —respondió Dante con una sonrisa que era, sobre todo, dientes.

Las mejillas de Madelaine se sonrosaron mientras Samuel soltaba una carcajada.

—Pero esta noche tenemos que asistir al baile de los Portworthy, ¿no? —,respondió ella con dulce sarcasmo.

—Pero después del baile, te vienes a casa *conmigo.* —Dante pinchó un trozo de jamón con el tenedor y luego se lo metió en la boca.

—Me alegra ver que el matrimonio no ha embotado tu ingenio, Dante. —Secándose las lágrimas de alegría de los ojos, Samuel se levantó—. Si me disculpáis, será mejor que duerma un poco o no llegaré al baile de los Portworthy. La reunión será de lo más entretenida.

—En efecto —murmuró Dante.

Madelaine ignoró la advertencia en la palabra murmurada, aunque cada centímetro de su cuerpo hormigueaba de conciencia.

—Gracias por venir a visitarnos, señor Hellman.

—Felicidades a los dos por vuestro matrimonio. —Con una reverencia, Samuel abandonó la habitación, los sirvientes siguiéndolo con los platos vacíos, dejando solos a Madelaine y Dante.

—Bueno —dijo Madelaine en el tenso silencio—, parece algo más agradable que la última vez que nos vimos.

—¿Y cuándo fue eso?

El ronroneo perezoso de Dante no la engañó.

—Hace cinco años, cuando vino a cobrar una deuda de mi padre.

—Ah, sí, lo recuerdo.

Reacia a seguir hablando de su padre, Madelaine apartó el plato del desayuno y se levantó.

—Creo que buscaré a mi Abigail para que me acompañe a la modista.

—Madelaine. —Hizo una pausa. El peligro acechaba en su mirada y en la quietud de su

cuerpo—. No creas que porque tú y yo no compartamos el lecho voy a consentir una aventura con otro hombre.

Ella lo miró asombrada.

—Jamás me entregaría a tales aventuras, y me ofende que insinúes lo contrario.

Él levantó las cejas.

—Solo te lo advierto, esposa. No pongas a prueba mi temperamento coqueteando con otros hombres, especialmente con Samuel.

—Bien. —Ella cruzó los brazos sobre el pecho—. ¡Y tú no pongas a prueba *mi* temperamento coqueteando con otras mujeres! —Se rio entre dientes—. Celosa, ¿verdad?

—¡Ja! —Ella apoyó las manos sobre la mesa y se inclinó hacia delante—. Tú y yo estamos atrapados juntos en este lío, Dante. No enturbiemos las aguas con otros.

Su mirada bajó hasta su pecho y se detuvo, y ella se dio cuenta de que su posición inclinada hacía que sus pechos prácticamente se salieran de su corpiño. Con cualquier otra persona, se habría enderezado inmediatamente. Pero, cuando él la miró con una pregunta en los ojos, cuando levantó la mano para acariciar lentamente con un dedo el oleaje de su escote, ella no se movió.

No lo detuvo. No dijo ni una palabra.

Su mano se detuvo sobre el latido de su corazón y el deseo recorrió sus facciones, sus ojos oscureciéndose con un calor inconfundible.

—Tienes razón, Madelaine. Esto es solo entre nosotros.

Ella tragó saliva con fuerza, su pulso saltando salvaje mientras él trazaba el borde de su corpiño con el dedo y luego rozaba con un pulgar su pezón ya erecto. Con un suave gemido, cerró los ojos mientras el placer la bañaba.

Oyó el roce de una silla, un gruñido bajo de necesidad. De repente, estaba entre sus brazos, su boca dura y hambrienta sobre la de ella. Su mano le acarició el pecho a través de la ropa y solo por un momento se permitió olvidar los obstáculos, olvidar la moral superior que los mantenía separados. Por solo un momento se permitió ser una mujer hambrienta de los placeres carnales que este hombre podía proporcionarle.

Él sabía a naranja y café y a sexo puro y caliente. Su mero aroma la hizo retroceder en el tiempo hasta aquellas tres noches de pecado que habían compartido. El calor. La oscuridad. La pasión. El hambre.

Ansiosa, pasó las manos por sus anchos hombros, gimió cuando él la apretó con urgencia contra su duro cuerpo. Enredó las manos en su pelo y le mordió el labio inferior, su cuerpo cantando mientras él la sentaba en el borde de la mesa, con las manos agarrándola por los muslos.

Por un fugaz instante, pensó que él le levantaría las faldas y la tomaría allí mismo, entre los platos del desayuno.

Ella se aferró a él, con una mano tirando de su corbata. Luego, enterró la cara en su garganta, mordisqueando la sensible columna de su cuello. Un temblor lo sacudió y sus manos se aferraron a los muslos de ella. Él murmuró algo en voz baja, y ella deslizó los dedos bajo el cuello de su camisa, buscando una piel cálida y suave.

En su lugar, las yemas de sus dedos se toparon con carne fruncida.

Cicatrices. Como un chorro de agua fría, sus principios se alzaron para reprenderla.

Su padre. Las acusaciones de Dante. ¿Qué estaba haciendo?

Se apartó de él de un empujón.

—Dante, para.

Él siguió cuando ella se apartó de él, su boca se deslizó por la extensión de su garganta

hasta acariciar la pendiente de un pecho. La desesperación brotó cuando ella le empujó el pecho con ambas manos. Dios mío, *le dolía* apartarle.

Deseaba más que nada sentir su cuerpo uniéndose al de ella, deleitarse con la feroz posesión que recordaba, incluso cinco años después. Pero no podía. Por mucho que lo deseara, *no podía.*

—Para, Dante. He dicho que *pares.* —Acompañó la última exigencia con un fuerte empujón lo hizo retroceder un paso.

Él parpadeó confundido, los ojos oscuros cargados de lujuria, los labios aún húmedos de sus besos. Una mano aún acariciaba su pezón.

—¿Qué?

Ella apartó la mano de él de su pecho y bajó de un salto de la mesa, aunque esta nueva posición la puso justo contra él y el inconfundible bulto de sus pantalones. Él emitió un ronroneo en el fondo de su garganta y se apretó contra ella, atrapándola entre la mesa y su excitado cuerpo.

—Tenemos que parar esto. —Ella casi gimió las palabras—. Ahora mismo, Dante.

—Estamos casados. —Él se inclinó para mordisquearle la oreja, frotando su pecho contra sus pechos, su dureza contra su vientre.

Deliberadamente, ella le rodeó el cuello con la mano y deslizó los dedos por debajo del cuello para encontrar la carne ondulante de sus cicatrices. El recordatorio le infundió valor.

—No compartiré la cama contigo, Dante —jadeó—. Nada ha cambiado.

Él se quedó inmóvil. Muy despacio, le quitó el brazo del cuello y la bajó a su lado. Su rostro parecía tallado en granito, sus ojos diamantinos duros e igual de fríos. Se apartó de ella.

—Mis disculpas si he malinterpretado tu interés —dijo con frialdad. Ella respiró hondo y temblorosa, con las mejillas encendidas.

—Te pido disculpas si te he engañado. No volverá a ocurrir.

Él asintió brevemente.

—Entendido. Pero lo que dije iba en serio. Si me entero de que otro hombre…

—Ya te he dicho que no tengo intención…

—Ya sabes que me entero de todo —la interrumpió. Le dedicó una sonrisa amenazadora que hizo que sus explicaciones se desvanecieran en sus labios—. Y ya no soy tan indulgente como antes.

—Lo sé. —Se pasó las manos por los brazos, fríos sin su cálido abrazo.

—No me hagas demostrártelo. —Salió furioso de la habitación, dejándola sola y temblorosa a su paso.

Dante acechaba por la calle londinense sin un destino concreto en mente. Desde su cautiverio, había aprendido a apreciar la libertad de poder caminar por donde quisiera, y descubrió que a menudo le tranquilizaba hacerlo. Sin embargo, en ese momento, también necesitaba la actividad física para contrarrestar el ansia sexual que le arañaba las entrañas, suplicando ser liberado en su bonita mujercita.

Maldita sea. Y maldito fuera él mismo por ser tan estúpido. ¿Cómo había podido malinterpretar su postura por algo más de lo que era? Sabía que Madelaine no poseía ni una pizca de astucia. ¿Había estado tan hambriento de ella, tan desesperado, que se agarraría a cualquier excusa para insinuarse?

Sus labios se curvaron con disgusto. ¿Qué le pasaba? Perseguía a su mujer como un animal en celo. ¿No tenía orgullo? ¿Ni dignidad? No había suplicado ni se había arrastrado durante sus años como cautivo en el *León Rojo*, y lo habrían descuartizado antes de empezar. Especialmente por el afecto de una mujer.

Cinco años atrás, mujeres ricas y pobres lo habían perseguido ávidamente como amante.

Habían luchado por él, rogado por sus atenciones. ¿Acaso no era Lucifer, el más infame mujeriego de Londres?

Al cuerno si iba a husmear tras Madelaine como un sabueso sobre una perra, mendigando una migaja de afecto. Había sobrevivido a años de tormento bajo el látigo de Sledge, y también conquistaría esto. Tenía mucha experiencia en el arte de la seducción; algunos, incluso lo llamarían un experto. Era hora de que pusiera en práctica esas habilidades. Algunas mujeres necesitaban ser perseguidas. A otras había que engatusarlas. Y algunas… Sonrió. Algunas mujeres necesitaban paciencia.

Él simplemente la esperaría.

Sabía cómo satisfacer a una mujer, y también sabía que Madelaine recordaba sus talentos en la alcoba. Tarde o temprano, su forzada cercanía la afectaría. La tensión aumentaría hasta que ninguno de los dos pudiera estar en la misma habitación sin desnudar al otro. Cuando el deseo la acechara en cada momento de vigilia, *ella* acudiría a *él.*

Y él estaría esperando.

Madelaine había esperado hacer el viaje a casa de Madame Foussard sola, así que se sorprendió bastante cuando Dante subió al carruaje frente a ella.

—¿Vienes conmigo? —,soltó ella.

Estirando sus largas piernas, él le dedicó una mirada desafiante.

—Dije que lo haría.

—Pensé que… —Ella se interrumpió.

—¿Sí?

—No estabas aquí —dijo en voz baja—. Pensé que habías decidido no venir.

—Mantengo mis promesas, Madelaine.

Ella arqueó las cejas.

—¿Lo haces?

Sus labios se curvaron en una sonrisa sardónica.

—Quizá recuerdes cierto trato de hace varios años. Lo cumplí a rajatabla.

—Sí, lo hiciste —convino ella—. Hasta la parte en la que me echaste después de la tercera noche.

—Era lo que querías.

Ella soltó una risita áspera.

—Nunca supiste lo que quería.

—Dime lo que quieres ahora. —Ante su mirada aguda, él sonrió con la inocencia de un niño, desmentida por el brillo malvado de sus ojos—. —En la modista.

Ella puso los ojos en blanco e ignoró su suave risita mientras el carruaje se dirigía a casa de la modista.

Madame Foussard saludó a Dante como a un hijo perdido hace tiempo.

—¡Señor Tremont! —Untó las manos con alegría, una sonrisa se dibujó en su rostro algo hogareño—. ¡Qué maravilla que los rumores de su muerte fueran falsos!

Dante sonrió con auténtica calidez.

—Bastante falsos, madame.

La modista prosiguió en un francés demasiado rápido para que Madelaine pudiera seguirlo, pero Dante se rio entre dientes y respondió en la misma lengua. Al ver la expresión de perplejidad de Madelaine, cambió de nuevo al inglés.

—Señora, hemos venido por un asunto muy urgente. Mi esposa necesita desesperadamente

un vestido de noche.

—¿Su esposa? —La regordeta francesa miró a Madelaine de arriba abajo con ojo practicante, luego asintió—. Es un placer vestirla, Madame Tremont —dijo en un inglés muy acentuado—. Su marido es cliente de mi establecimiento desde hace mucho tiempo.

—¿En serio? —Madelaine lanzó una mirada arqueada a Dante, pero el pícaro se limitó a sonreír sin arrepentimiento—. ¿Tiene algo apropiado para esta velada, madame?—

—¿Esta noche? —Madame Foussard se llevó una mano al pecho—. ¿Tan pronto? *Imposible*.

Dante se adelantó.

—Como siempre, haré que valga la pena, madame. Por favor, dígame que tiene algo preparado.

—Crear un vestido en sólo unas horas… algo digno de la belleza de su esposa…

—Le doblaré el precio —dijo Dante.

La modista parpadeó y luego asomó la cabeza por las cortinas hacia la trastienda.

—¡Yvette! ¡Marie! ¡Monique! *¡Venez-vous ici! Vite, vite!* —Se volvió hacia ellas y sonrió agradecida—. Por favor, vengan por aquí. Debemos medir a la Madame Tremont.

Dante rio entre dientes cuando la mujer de pelo oscuro desapareció en la habitación contigua, gritando órdenes a sus costureras en un rápido francés. Ofreció su brazo a Madelaine.

—He aquí el poder del dinero.

—Cuando se trata de un vestido —dijo ella con sorna. Le puso la mano en el antebrazo y caminó con él hacia la trastienda.

—Soy muy consciente de que el dinero no puede comprarlo todo —dijo. Se detuvo y apartó la cortina para ella—. A ti, por ejemplo.

—Muy cierto. —Ella se deslizó junto a él, sus cuerpos casi rozándose, el aroma de él haciéndole girar la cabeza. Entonces, la realidad volvió a golpearla cuando él también entró en el pequeño probador—. ¿Qué haces? ¡No puedes entrar aquí!

—Claro que puedo. —Le dedicó una sonrisa perversa—. Soy tu marido y pago la cuenta.

—Monsieur —lo llamó la modista, indicándole una silla—. Siéntese aquí. Debe decirnos su opinión.

—¿Lo ves? —Dante rio ante la expresión de asombro de Madelaine, luego se acercó y se sentó donde la modista le había indicado.

—Madame, él no puede… No puedo…

—Una mujer se viste para un hombre, Madame Tremont —dijo la modista, llevándola hacia unos espejos de pie a pocos pasos de su marido—. Debemos asegurarnos de que su marido está satisfecho con sus compras.

—Sí, Madelaine. —Dante la miró a los ojos a través del espejo, con un brillo hambriento en los suyos—. Debes complacerme.

—Debe decirme enseguida si hay algo que no le gusta, Monsieur —continuó la modista.

Dante asintió con gravedad.

—Por supuesto que lo haré, Madame.

—¡Yvette! ¡Marie! —llamó Madame Foussard. Luego, suspiró y levantó las manos—. ¡Estas chicas, son tan lentas! Debo hacer la medición yo misma. Desvístase, Madame Tremont.

—¿Cómo dice?

—¡Desvístase, Madame! —La modista recogió una cinta métrica y un lápiz y papel—. Debo tener las medidas más exactas para poder hacer mi trabajo.

—Pero...

—Ya has oído a Madame Foussard, Madelaine —dijo Dante en voz baja—. Desvístete.

Le echó un vistazo al cuerpo, como si ya pudiera verla desnuda. A ella se le cortó la respiración y bajó las pestañas, temerosa de que él viera la atracción que había en sus ojos. Él ya era demasiado confiado, y cualquier indicio de rendición iniciaría algo que ella no estaba dispuesta a terminar.

—Ah, eres tímida. —La modista chasqueó la lengua—. A la *chemise*, *c'est bien.* —La mujer dejó sus materiales y empezó a desabrochar el vestido de Madelaine.

Una de las costureras entró en la habitación y Madelaine no se atrevió a mirar a Dante mientras la modista le despojaba del vestido y se lo entregaba a su ayudante con una orden brusca en francés. La joven dejó el vestido a un lado y cogió el papel y el lápiz mientras Madame Foussard cogía la cinta métrica y la pasaba alrededor de la cintura de Madelaine. Ladró números en francés mientras medía diversas zonas del cuerpo de Madelaine, que la muchacha garabateó.

—Su esposa es una mujer hermosa, Monsieur —dijo la modista. Cogió la barbilla de Madelaine con la mano y le giró la cara para que pudiera verse en el espejo—. ¡Y qué ojos tan verdes! Tengo el material perfecto para ella. —Le lanzó una orden a su ayudante en su lengua materna y la chica salió corriendo de la habitación.

Madelaine se encontró con los ojos de Dante en el espejo. Él no hizo ningún esfuerzo por disimular el aprecio en su expresión, su mirada se posó en sus pechos, casi expuestos, con una intensidad que hizo que sus pezones se endurecieran en respuesta. Un rubor subió a sus mejillas mientras el resto de su cuerpo respondía con un torrente de calor.

Una pequeña sonrisa de satisfacción asomó a su boca y se removió en su silla.

Ella bajó la mirada, con la respiración agitada entre sus labios entreabiertos. Si podía sentir su deseo con la distancia que había entre ellos, ¿qué pasaría si él la tocaba?

Le devolvió una rápida mirada. Era el hombre más descarnadamente sensual que había

visto nunca, y sabía muy bien la brujería que podía obrar en su cuerpo. Dentro del tocador, él superaba sus mayores expectativas.

Pero fuera de él, le había defraudado.

Respiró hondo, fortaleciendo su determinación. Se negaba a entregarse a un hombre en el que no se podía confiar una vez satisfecho su deseo. Ya la había dejado destrozada una vez. No volvería a ocurrir.

La asistente se apresuró a entrar de nuevo en la habitación con los brazos rebosantes de delicada seda verde.

—Aquí está el vestido, monsieur, madame. *Ravissant, n'est-ce pas?*

Madame Foussard sacudió el vestido a medio terminar y se lo tendió a Madelaine.

—La dama que lo encargó dice que no es su color. Pero en Madame Tremont… *Alors, ¡c'est incroyable!*

Madelaine no pudo evitar un grito de placer al contemplar el vestido de noche. La seda verde agua brillaba con destellos iridiscentes de azul y rosa suaves cada vez que el material se ondulaba. Aunque el escote le parecía más bajo de lo que normalmente se atrevía a llevar, no pudo evitar notar cómo le favorecía el color. Sus ojos verdes parecían casi felinos, su piel cremosa y tersa y su pelo dorado suave. Extendió una mano maravillada para acariciar la delicada tela.

—Madame, lo ha vuelto a hacer —dijo Dante con voz ronca. Se aclaró la garganta y se levantó bruscamente—. Una creación tan hermosa necesita accesorios apropiados. Me ocuparé del asunto.

—Pero, monsieur, ¿se marcha ahora? —exclamó la modista.

—Me temo que debo hacerlo. —Miró a Madelaine en el espejo. Una lujuria feroz y primitiva calentó su mirada—. Volveré a por ti.

Y en este caso, ella sabía que era una promesa que él cumpliría.

Capítulo 13

El nuevo vestido la hacía sentir como una princesa. Dante había enviado el carruaje a casa de Madame Foussard aquella tarde para llevarla a casa, aunque él no la había acompañado, y ella no lo había visto en la cena. Pero cuando bajó las escaleras aquella tarde, él la esperaba en la base de esta con un aspecto desolador en un básico traje de noche negro. Se había cortado el pelo y, aunque aún lo tenía largo, parecía menos salvaje y más a la moda.

Ni siquiera la cicatriz cerca del ojo podía restarle elegancia.

—Buenas noches, querida —dijo él cuando ella llegó al último escalón. Le levantó la mano y la rozó con un beso—. Estás impresionante. Seré la envidia de todos los hombres del baile.

—Gracias. —Ella retiró la mano de su agarre, desconcertada por el calor que hormigueaba a lo largo de sus dedos.

—Me he tomado la libertad de obtener una pequeña muestra para ti. —Buscó un estuche de terciopelo negro en una mesa cercana y lo abrió de un tirón. Ella jadeó ante el contenido—. Un privilegio de marido —añadió.

Contra el forro de terciopelo negro brillaba un collar de diamantes y perlas. Extendió la mano para tocar un pendiente a juego, luego dudó, como si al hacerlo la magnífica joya fuera a desaparecer. Con una pequeña sonrisa de diversión, Dante cogió el collar y volvió a dejar la caja sobre la mesa.

—Si me permites…

Ella cerró los ojos y asintió, presentándole su espalda. Sintió el calor de él cuando se colocó detrás de ella, el tacto frío de las gemas contra su piel desnuda cuando le puso el collar alrededor del cuello. Sus dedos le rozaron la nuca mientras él abrochaba el broche, y ella no pudo reprimir un escalofrío al sentir un hormigueo en las terminaciones nerviosas como reacción.

Él se detuvo un segundo, con las manos apoyadas en la inclinación de los hombros de ella. Luego, le pasó un dedo por la columna vertebral, deteniéndose donde terminaba la piel desnuda. Ella emitió un sonido suave, incapaz de ocultar su reacción. Él se apartó y ella lo oyó sacar uno de los pendientes de la caja.

Dio la vuelta frente a ella, y ella lo miró a la cara. El mismo hambre que la atormentaba se reflejaba en sus rasgos tensos. Sin dejar de mirarla, sujetó las joyas primero a una oreja, luego a la otra.

—Ya está —dijo, dando un paso atrás para admirarla. Una sonrisa posesiva rozó sus labios —. Así es como debe lucir mi esposa.

Algo en lo más profundo de su ser se derritió ante la forma en que él dijo «mi esposa», y tuvo que luchar contra el instinto de echarse a sus brazos. Su marido podía ser demasiado encantador cuando se lo proponía.

Se rio como si pudiera leerle el pensamiento.

—Ven, dulce mía —le dijo, ofreciéndole el brazo—. El baile nos espera.

—¡El señor y la señora Tremont!

En el baile de los Portworthy, se detuvieron en la puerta del salón. Los murmullos ondularon entre la multitud y se convirtieron en un sordo estruendo. Su anfitriona casi se había desmayado cuando se había dado cuenta de que el baile de presentación de su hija era la primera

aparición social de la pareja de recién casados, y ahora Madelaine sabía por qué. La presencia del resucitado Dante Tremont y su misteriosa nueva novia garantizaba el éxito del evento.

Madelaine se aferró al brazo de Dante mientras este la conducía hacia el mar de humanidad. La gente se arremolinaba a su alrededor, felicitándolos y presionando para que le presentaran a su nueva esposa. Madelaine lo encontró todo un poco abrumador y permaneció cerca de su marido. Dante se abrió paso entre la muchedumbre con experimentado aplomo, esquivando con pericia a los bienquerientes hasta que la multitud empezó a dispersarse poco a poco.

—Bueno —dijo Madelaine cuando por fin escaparon de la muchedumbre—, sin duda eres un hombre popular.

—Mi dinero es popular —respondió Dante con el cinismo típico—. Eso y mi habilidad para las inversiones rentables.

—Seguro que tiene *algunos* amigos que te aprecian por ser tú mismo.

—Excepto Samuel, no tengo amigos. —Se detuvo al borde de la pista de baile—. ¿Te apetece bailar?

—No he bailado mucho en público empezó ella decir, hasta que se dio cuenta de la expresión apagada que recorrió su rostro—. Me encantaría bailar contigo —matizó—. Solo que no se me da muy bien.

A Dante, alas sombras huyeron de sus ojos y le dedicó la primera sonrisa genuina que había visto en días.

—Te guiaré.

Ella no pudo evitar responder a su buen humor.

—Confiaré en ti —bromeó—, pero cuando te duelan los dedos de los pies por mis constantes pisotones, sólo podrás culparte a ti mismo.

—Correré el riesgo —dijo él con gravedad, y luego la condujo al siguiente set para un baile country.

Su marido era, en efecto, un excelente bailarín. A Madelaine le resultaba fácil igualar sus movimientos cuando giraban y daban pasos y se juntaban y se separaban. Era casi como hacer el amor, pensó, la forma en que sus cuerpos parecían anticiparse al ritmo del otro. Avanzar, retroceder, dar un paso, girar. Ella se encontró con su mirada cuando dieron un paso el uno hacia el otro, y luego la sostuvo cuando retrocedieron. Ella se volvió, pero le devolvió la mirada. Se acercó lo suficiente para que su falda rozara sus piernas.

Sus ojos se entrecerraron, su rostro adoptó la mirada intencionada de un depredador. Madelaine apartó la mirada, pero luego se sintió obligada a devolvérsela. Su corazón se aceleró y sus mejillas se calentaron ante la forma en que él la miraba. Ejecutaron la danza en perfecta armonía,

Madelaine seguía el ejemplo de Dante, dolorosamente consciente de la tensión que crecía entre ellos.

Él le cogió la mano y su contacto la hizo estremecerse. Él la soltó, y ella anheló el momento en el que volverían a tocarse. El abarrotado salón de baile desapareció. La orquesta se desvaneció como en un sueño. Nada existía salvo ella y Dante y el latido de su corazón retumbando en sus oídos.

La música se detuvo y los caballeros se inclinaron ante las damas. Solo Madelaine notó la vacilación de Dante antes de seguir su ejemplo. Cuando le devolvió la reverencia, se dio cuenta de que él había quedado tan atrapado en su mutua atracción como ella.

Dante la tomó del brazo con un apretón posesivo y la condujo fuera de la pista de baile. Ella notó que su respiración parecía un poco agitada. ¿Por el baile? ¿O por algo más?

Bajó la cabeza hasta acercarla a su oído. Un estremecimiento la recorrió cuando su aliento rozó su piel.

—¿Te apetece un vaso de ponche?

Ella parpadeó, la excitación se desvaneció cuando las apasionadas palabras que anticipaba no resultaron ser más que una pregunta mundana.

—Ah… Sí, me gustaría. Gracias.

Se detuvo junto a una palmera y le hizo una breve y cortés reverencia.

—Espera aquí. Será solo un momento.

Ella bien podría haber sido la maldita palmera por toda la atención que él prestaba a sus encantos. Ella no lo entendía. Parecía haber cambiado de ardiente amante a marido distante y educado en el espacio de unos instantes. ¿Había encontrado ya una amante?

La desesperación la inundó mientras lo veía desaparecer entre la multitud. Estaba casada con el hombre más deseable de Inglaterra, y debido a unas circunstancias podridas, ni siquiera podía disfrutarlo.

—¿Una riña de amantes? —Samuel apareció a su lado, como aparecido de la nada, con una sonrisa burlona jugueteando en sus labios—. Dígame que no es así.

—Por supuesto que no, señor Hellman. —Madelaine miró por encima de la multitud, esperando captar la mirada de Dante—. Nada de eso—.

—Eso no es lo que he observado. —Chasqueó la lengua contra el paladar y sacudió la cabeza—. Qué trágico.

Ella lo miró con fastidio.

—Creía que eras amigo de Dante.

—Lo soy.

—Entonces, ¿por qué te burlas de nosotros? —Madelaine se encaró con él, abriendo de golpe su abanico—. ¿Está tan aburrido de su propia vida que no se le ocurre otra cosa que

burlarse de sus amigos?

Él se puso rígido.

—Usted no sabe nada de mí ni de la vida en la ciudad, mi querida señora Tremont. Hay chacales a nuestro alrededor mucho peores que yo. Tenga cuidado de que uno de *ellos* no empiece rumores sobre su matrimonio.

—No hay rumores que empezar.

—¿No los hay?

Ella agitó más rápido su abanico en un intento de disimular su alarma ante su tono cómplice.

—¿Qué está insinuando, señor Hellman?

—Recuerdo la primera vez que la vi, querida señora.

—Cuando nos conocimos en el estudio de mi padre. Yo también lo recuerdo.

—No. —Le arrancó el abanico de los dedos, haciendo cesar su agitado Aleteo—. Era por la mañana. Usted estaba en el carruaje de Dante, saliendo de su casa, después de haber pasado la noche con él.

Ella le arrebató de nuevo el abanico y lo miró con odio.

—No sé de qué me está hablando.

Él se encontró con su mirada, sosteniéndosela.

—Eras tan hermosa. Acababa de ganar una pequeña suma a tu padre en las mesas. Si él no tenía dinero para pagarme, iba a pedirte a ti en su lugar.

Se quedó con la boca abierta e, instintivamente, dio un paso atrás.

—¡Mi padre nunca habría accedido a algo así!

Él se encogió de hombros.

—Parecía funcionar con Dante.

Con dificultad, Madelaine se mostró digna y lo miró fijamente con una confianza que no sentía.

—Lo que ocurriera hace tantos años ya no importa, señor Hellman. Ahora soy la esposa de Dante. El matrimonio borra los pecados.

Una sonrisa de superioridad curvó sus labios.

—Nada puede borrar los de Dante. —Le hizo una breve reverencia y desapareció entre la multitud, un instante antes de que Dante regresara.

—¿Era Samuel el de hace un momento? —le preguntó, entregándole un vaso de ponche.

—Sí, se ha parado a saludar. —Ella dio un sorbo a la insípida bebida, esperando que calmara sus nervios. Algo en Samuel Hellman la ponía de los nervios. El hombre era una serpiente, siempre buscando manipular las debilidades de los demás.

—Me sorprende que se haya quitado de en medio tan rápido. —Le dirigió una mirada escrutadora que insinuaba desconfianza—. Debe de tener una dama esperándolo.

—No sabría decirte. —Ella se encogió de hombros, escudriñando el abarrotado salón de baile con desinterés casual—. Apenas lo conozco.

—Recuerda lo que te dije.

Su baja advertencia encendió su temperamento. Con la mirada fija, le estampó el vaso de ponche en la mano, sin importarle que salpicara su puño blanco.

—Me gustaría saber qué he hecho para darte la impresión de que estoy contemplando tener una aventura.

La cogió del brazo y la acercó a la palmera.

—Baja la voz antes de que montes una escena.

—Tú la empezaste —espetó ella en un áspero susurro—. Tú y tus insinuaciones infundadas.

—*No* es el momento.

—En realidad, no me importa. —Ella mantuvo la voz baja, pero su ira era palpable—. ¿Qué te hace pensar que busco un amante? He hecho todo lo que querías.

—No todo —murmuró a través de sus dientes apretados. Ella puso los ojos en blanco.

—¿Eso *es todo* en lo que piensas?

—Solo cuando me lo niegas. —Oculto tras la palmera, deslizó una mano por su cadera, sobre su nalga—. —Solo cuando te burlas de mí con tu belleza, me provocas con tus besos y luego te alejas.

sus mejillas se tiñeron de rojo.

—No pretendo… burlarme de ti. Simplemente, me… solo… ¡deja de hacer eso! —Ella dio un paso atrás, obligándolo a que dejara de acariciarle el trasero—. ¿Crees que es fácil resistirse a ti?

Él pareció sobresaltado, luego calculador.

—¿No lo es? —Ella se salvó de contestar.

—Dante, he oído el rumor más espantoso... —Una hermosa mujer apareció de repente junto a ellos, sus palabras casuales, pero cortantes. Se detuvo en seco al verlo, el desagrado asomando a sus elegantes rasgos—. Dios mío, ¿qué te ha pasado en la cara?

Dante se puso rígido.

—Consecuencias de mi tiempo fuera de Inglaterra.

—Santo Dios. —Un chico joven, rubio, situado ligeramente detrás de la mujer, miró

fijamente la cicatriz de Dante, con el horror palpable en sus ojos azules—. ¿Qué demonios has hecho ahora, Dante?

—Patrick, cállate —le ordenó su compañero. El joven, que no parecía tener más edad que Madeleine—, se encrespó, pero no volvió a hablar.

Madelaine miró a Dante, esperando que pusiera a esta gente de patitas en la calle, como hacía con cualquier otra persona que se atreviera a hablarle con desprecio. En lugar de eso, se limitó a mirarlos desafiante a los dos, con cada músculo de su cuerpo en tensión.

¿Quiénes eran esas personas? ¿Y qué poder tenían sobre su marido para que se contuviera de forma tan poco natural?

Al menos no se enfrentaba a ellos solo. Se acercó a él y deslizó suavemente su mano por el pliegue de su brazo. Aunque él nunca la miró, puso la suya sobre la de ella con una posesividad que ahondó las miradas de los recién llegados.

—Madelaine —dijo con educada formalidad—, esta es la duquesa de Wilnington, esposa de mi padre, y el duque de Wilnington, mi hermanastro. Señora, Patrick, esta es Madelaine Tremont, mi esposa.

¿*Esta* era la familia de Dante? ¿Esta mujer fría y arrogante y su hijo, que agacha las orejas acobardado?

—¿Esposa? —se burló el joven duque. Miró su vientre con insultante especulación.

—Bueno —dijo la duquesa, siguiendo la mirada de su hijo—, no parece que estés en cinta, pero el tiempo lo dirá.

Las mejillas de Madelaine ardieron y el rostro de Dante adoptó una expresión fría y calculadora.

—Señora —dijo—, eso ha sido de mal gusto, incluso para usted.

—Es una pregunta justa —balbuceó Patrick.

Dante se volvió contra su hermanastro con una ferocidad que hizo que el hombre diera un paso atrás.

—Insúltame todo lo que quieras, Patrick. Tienes derecho a tu enemistad. Pero nunca hables de mi esposa en otro tono que no sea el más respetuoso. Es una dama y debe ser tratada como tal.

—Esperas que los demás concedan a tu dama cortesía y respeto —replicó el duque, tensándose como si estuviera listo para la batalla—, pero aún no te he visto hacer lo mismo a ti. Qué irónico eres, Dante.

—Basta. —La duquesa puso una mano en el brazo de Patrick, silenciándolo, y luego lanzó a Dante una mirada de maliciosa diversión—. ¿Qué otra cosa esperas que piense la gente, Dante? Acabas de regresar a Inglaterra y, de repente, estás casado. ¿Por qué si no una boda tan precipitada?

—Eso es asunto mío y de nadie más. —Dante le dedicó una dura mirada a su hermanastro —. Si alguien pregunta, puedes decirles que Madelaine y yo teníamos un acuerdo antes de mi… partida. Una vez que regresé, me limité a cumplir nuestro acuerdo.

La duquesa curvó el labio.

—Servirá tan bien como cualquier otra explicación. Una vez más, Dante, traes el escándalo a la familia.

—¿Cómo puede ser escandaloso cumplir una promesa? —preguntó Madelaine. Los tres la miraron sorprendidos, como si hubieran olvidado su existencia—. Mi marido no ha hecho nada para dar qué hablar.

—Mi querida niña, cualquier cosa que haga Dante causa habladurías. —El duque le dedicó la sonrisa indulgente que solo se le puede conceder a los lerdos—. Como pronto aprenderás después de unas semanas en Londres.

—No lo dudo —respondió ella—. Pero quizá, si contara con el apoyo de su familia, los rumores no volarían tan rápido.

Los ojos azules del duque se abrieron de par en par, asombrados, y la duquesa dirigió a Madelaine una mirada que la dejó helada. Pero antes de que ninguno de los dos pudiera decir una palabra, Dante habló.

—Nos esperan a mi esposa y a mí en otro sitio. —Hizo la más breve de las reverencias a su familia, y Madelaine se apresuró a seguirlo para hacer ella también una reverencia—. Tened la amabilidad de disculparnos.

Condujo a Madelaine lejos, antes de que ninguno de los dos pudiera replicar. Sus largas zancadas la obligaron a apresurarse para seguirle el paso. Ella le lanzó una mirada ansiosa, pero su expresión pétrea no reveló nada. Esperaba que su forma de hablar no lo hubiera enfadado, pero no había podido contenerse una vez que había visto el desdén con el que lo trataba su familia.

Llamó a su carruaje y la introdujo en él. Creyó notar cierta rigidez en su postura, pero antes de que pudiera fijarse mejor, él se arrebujó en el asiento de enfrente. El lacayo cerró la puerta con un chasquido agudo y el cochero cloqueó a los caballos. El carruaje se alejó.

La oscuridad los envolvió. Ella se retorció los dedos en el regazo y se preguntó hasta qué punto se había equivocado. Siempre le habían enseñado a mostrar el máximo respeto a la nobleza, pero algo en la superioridad de la duquesa y el tono condescendiente del duque la había sacado de quicio. ¿Y si su inteligente réplica solo había empeorado las cosas entre Dante y su familia?

El silencio se prolongó entre ellos. Incapaz de soportarlo un momento más, dijo:

—Lo siento, Dante.

—¿Lo sientes? —Su voz no le dio ninguna pista sobre su estado de ánimo—. ¿Qué tienes

que lamentar?

—No debería haber sido grosera con tu familia.

—En efecto, insultar a un duque no es el camino más inteligente hacia la aceptación social.

—Lo sé. —Suspiró con frustración—. Es solo que no me gustó la forma en la que te hablaron, como si de alguna manera fueras menos que ellos.

—Soy un bastardo, Madelaine. Su actitud es bastante común.

—Eso no hace que esté bien.

—Muy cierto. —Para sorpresa de ella, él soltó una risita—. Dios mío, ¿viste la cara de Amelia? No tenía desperdicio.

Entrecerró los ojos para verlo, pero las sombras del vagón le impidieron leer su expresión.

—¿Significa eso que no estás enfadado conmigo?

—¿Enfadado? Querida niña, nadie en toda mi vida me ha defendido ante mi familia. —Se inclinó hacia delante en el asiento y las luces pasajeras del exterior revelaron sus labios, curvados en una sonrisa divertida—. ¿Quién hubiera pensado que sería mi dulce y gentil esposa la que lo hiciera?

Dejó escapar un largo suspiro.

—Me preocupaba haberte estropeado las cosas.

—¿Con ellos? —Se encogió de hombros—. Mi relación con ellos ha sido tensa desde el día que me fui a vivir con mi padre. Dudo que cambie alguna vez.

—¿Te criaste en casa de tu padre?

—Sí. Mi madre fue una vez su amante, y cuando mi padre descubrió que tenía un hijo, me reconoció y me trajo a casa, a Inglaterra.

—¿Qué pasó con tu madre?

—Todavía está en Francia, supongo. Cogió el dinero que le dio mi padre y desapareció. Nunca la volví a ver.

Consternada, preguntó:

—¿Qué edad tenías?

—Más o menos la edad de Adele.

—¡Qué horror!

—La verdad es que no. Fui criado como el hijo de un duque, aunque no pueda heredar el título. Fui alimentado, vestido y educado, aunque Patrick fue nombrado como el heredero cuando llegó, un año después. —Se rio entre dientes—. Pensé que Amelia sufriría una apoplejía cuando alcancé la mayoría de edad e hice fortuna tan rápidamente.

—He notado que no te llevas bien con la duquesa.

—En absoluto. Siempre ha estado resentida conmigo. Siempre me ha considerado un insulto viviente para ella. Creo que el hecho de que mi padre me criara en la misma casa que a su hijo legítimo hizo que ella me odiara aún más.

—¿Y tu hermano?

—Medio hermano —corrigió—. Patrick no me quería más que su madre. Y tuvimos una pelea hace unos años que no mejoró las cosas.

—¿Nadie te quiso nunca, Dante? —susurró ella.

Por un instante, creyó ver un destello de emoción en sus ojos, algo que podría haber sido añoranza o soledad. Entonces, él le dedicó una sonrisa arrogante, desterrando la breve impresión de vulnerabilidad.

—Por supuesto. Las mujeres siempre me han querido.

Inexplicablemente decepcionada por su respuesta, murmuró:

—Hombre arrogante. —Y volvió su atención a los oscuros edificios de Londres, que pasaban por delante de su ventana.

Su marido soltó una risita malvada.

—¿Has hecho el amor alguna vez en un carruaje, cariño mío?.

—¿Qué? —chilló ella.

Con un suave movimiento que delataba su vasta experiencia, él cruzó al asiento junto a ella, apiñándola en la esquina del carruaje con un brazo a cada lado de su cabeza mientras se inclinaba hacia ella.

—Te he preguntado —murmuró—, si alguna vez has hecho el amor en un carruaje.

—¡Sabes muy bien que no lo he hecho!

Él levantó las cejas.

—Pero eso indicaría que he sido tu único amante.

El color ardiente inundó sus mejillas, y se alegró de que la noche ocultara su vergüenza.

—Nunca lo he ocultado.

—Pero hasta este momento, nunca me había dado cuenta. —Él se inclinó más y acercó su boca a la base de la garganta de ella, tocando con la lengua el pulso que había allí—. Soy el único hombre que te ha tocado.

Ella cerró los ojos, dejando caer la cabeza hacia atrás mientras su piel se estremecía como reacción.

—Dante, eres un pícaro.

Él se rio contra su cuello, dejando ligeros besos como plumas bajo su oreja.

—Creía que ya lo sabías.

—No podemos… —Ella se aclaró la garganta y empujó contra sus hombros—. Dante, ya casi estamos en casa.

—¿Le digo a John Coachman que dé una vuelta por Londres? —Él enganchó un dedo en el corpiño escotado de ella y tiró. Un pecho se liberó de su encierro. Él se acercó más y cerró la boca alrededor de su floreciente pezón.

—Santo cielo —susurró ella, enredando los dedos en su pelo mientras el deseo la invadía. Él sabía muy bien cómo tocarla, y la historia sobre su infancia había ablandado su corazón. Sin duda lo sabía, el muy canalla.

Se apartó de su pecho, apretando el pezón entre sus dientes durante un instante antes de darle un último lametón. Luego la besó.

Un gemido se escapó de sus labios mientras él se alimentaba de su boca, mordisqueando sus labios, burlándose de ella como si tuviera todo el tiempo del mundo. Al mismo tiempo, deslizó la mano por debajo de su falda, subiéndosela lentamente por la pierna hasta que se le amontonó cerca del muslo. Unos centímetros más y la tendría casi desnuda.

El carruaje dio una sacudida y el cochero maldijo cuando una rueda chocó contra un bache. Dante murmuró una maldición y se agarró al muslo de ella para evitar que ambos cayeran al suelo. El carruaje volvió a tambalearse y luego el viaje se niveló.

De repente, recordó dónde estaba.

—Dante, para.

—¿Estás segura de que quieres que lo haga?. —Él le acarició el interior del muslo.

Ella apartó su mano.

—No podemos hacer esto, y menos con el cochero sentado ahí mismo.

—Te aseguro que no somos los primeros en formar pareja en un carruaje. —Ella se subió el corpiño.

—No, Dante. Nada ha cambiado. —Con una risa malévola, su marido se removió en el asiento.

—Sí que ha cambiado algo.

—¿El qué? —espetó ella, bajándose las faldas.

—Me mostraste lealtad delante de mi familia.

—Te estaban tratando de forma abominable.

Su sonrisa destelló blanca a través de la oscuridad.

—Tu afecto es abrumador. Espero que pronto extiendas esa lealtad a mi cama.

—Lo dudo.

—Yo no. —Y con una risita confiada, se acomodó en su asiento, una vez más oculto en las sombras.

Capítulo 14

A la mañana siguiente, llegó el equipaje de Cornualles.

Madelaine se arrodilló ante su baúl de bordar y contempló el contenido. A pesar de la distracción del baile de la noche anterior, el baúl y la carta de la señora Baines que lo acompañaba, le recordaron demasiado bien su complicada situación.

Según la carta, el ama de llaves había conseguido vender algunas de las piezas terminadas y había acumulado suficiente dinero para mantener la casa durante el mes siguiente. Su padre estaba bien y ella no debía preocuparse.

Arrojó la carta sobre una mesa cercana. ¿Cómo podía *no* preocuparse? Su padre estaba enfermo, ella estaba casada con un hombre que lo odiaba y se había visto obligada, por las circunstancias, a arrastrarse como una ladrona para proporcionar dinero para los gastos de su progenitor porque su marido deseaba su muerte. Una situación así fomentaba la preocupación.

Madelaine cogió una madeja de hilo azul real del baúl y jugueteó con un extremo deshilachado. Vendería los trozos restantes según los fuera necesitando. Al menos el margen de un mes le daría tiempo suficiente para crear más, y podría hacerlo a la vista de todos, incluso de Dante. ¿Quién iba a sospechar de sus motivos, cuando el bordado estaba tan bien aceptado como pasatiempo para una gentil dama?

Pero ella odiaba el engaño.

Con un resoplido de frustración, volvió a arrojar el hilo al baúl.

Fingir no estaba en su naturaleza, y toda esta planificación secreta la dejaba tensa como la cuerda de un arpa. ¿Por qué tenía que verse atrapada en medio de la discusión de Dante con su padre?

Después de conocer a la familia de Dante la noche anterior y escuchar algunos de sus antecedentes, comprendió un poco mejor por qué él no parecía entender las relaciones humanas. Había esperado que ella aceptara su decisión sobre su padre sin rechistar y que se uniera a él en su cama, dejándolo todo atrás. No podía entender su continua lealtad a su padre, ni su reticencia a confiarle su corazón. No podía comprender cómo se las arreglaba para resistirse a él a pesar de que la atracción entre ambos seguía ardiendo.

Obviamente, él nunca había formado parte de una familia de verdad. Nunca había tenido a nadie que se preocupara por él. ¿Cómo podía entender los lazos del amor familiar?

Lazos que sostenían a una persona en los peores momentos. Vínculos que se mantenían firmes cuando todo lo demás se derrumbaba a su alrededor.

Lazos en los que se podía confiar y comprender.

Había habido muchas ocasiones en las que había estado segura de que su mundo estaba a punto de derrumbarse a su alrededor. Había lidiado una y otra vez con los resultados, a veces devastadores, de las incesantes apuestas de su padre. Muchas noches se había preguntado si finalmente él había conseguido apostar hasta llevarlos a la pobreza, pero cada una de esas veces ella había logrado encontrar una forma de triunfar ante la adversidad. De algún modo, ella lo había arreglado todo.

Ella también lo arreglaría ahora. De algún modo.

Ordenó los coloridos materiales de su baúl, meditando sobre su próximo proyecto, cuando sus dedos se toparon con un papel doblado atascado en la esquina inferior del baúl. Frunciendo el

ceño, lo cogió y lo desdobló.

Felicidades por tu feliz acontecimiento. Por favor, no…

Jadeó y dejó caer el papel como si le quemara. ¡La nota de Dante! Santo cielo, debía de haberla escondido dentro de su baúl después de enterarse de su muerte.

Lentamente, buscó la misiva y volvió a desplegarla, extendiéndola sobre su regazo. Miró fijamente las palabras que una vez le habían provocado un agujero en el corazón, aunque el hiriente rechazo no la devastó en este momento como entonces. Pero había algo en la carta la perturbaba.

Trazando con el dedo la letra inclinada, se preguntó qué era lo que la perturbaba. La letra parecía bastante corriente… bastante pulcra, en realidad. Casi podría haberla escrito ella misma.

Entonces, se dio cuenta.

La escritura parecía pulcra y corriente porque lo eran. Esbozó la cursiva inclinada y recordó el día en que se había casado con Dante. Lo había visto firmar en el registro... con la mano izquierda.

Dante era zurdo, su escritura era atrevida e *inclinada en sentido contrario.* Quienquiera que hubiera escrito esta carta había sido diestro.

Dante no la había escrito.

Atónita, se desplomó hasta quedar sentada allí mismo, en el suelo. Dante había dicho la verdad. Él no había escrito esta carta. Sí, podía habérsela encargado a una secretaria, pero ella lo dudaba. Algo tan delicado necesitaba ser atendido personalmente, y Dante no era un hombre que dejara que otro manejara sus asuntos más íntimos.

Él no había sabido lo de Adele. No la había abandonado voluntariamente…. al menos, no aquella vez.

La rabia que había alimentado durante años se drenó de ella con una brusquedad que la dejó débil. Excepto por la forma en la que él había puesto fin fríamente a su relación, todas las cosas desagradables que ella había creído sobre Dante habían sido mentira. Él nunca había recibido su nota, nunca había tenido la oportunidad de hacer lo correcto.

Hasta ahora.

Cerró los ojos ante la devastadora verdad. Alguien había intentado deliberadamente mantenerlos separados. No, más que intentado. *Lo había conseguido.* Esa persona le había enviado esta hiriente carta para librarse de una desafortunada complicación. Sin duda, la misma persona había organizado el secuestro de Dante y los años posteriores de tormento.

No había sido su padre. Las dudas que no se había dado cuenta de que poseía se desvanecieron para ser sustituidas por un alivio reconfortante. La nota tampoco era de su puño y letra.

Entonces, ¿quién? ¿Quién había tomado sus vidas en sus manos cinco años atrás y los había dejado a ambos en la miseria? ¿Y por qué lo había hecho?

Quizá Dante lo supiera. Miró la carta, aplastada entre sus dedos. Tal vez esta sería prueba suficiente para que él se diera cuenta de que su padre no era el enemigo que buscaba. Tal vez ahora podrían forjar algún tipo de relación a partir de los andrajosos restos que era su matrimonio.

Quizá ahora ella y Dante pudieran buscar al *verdadero* culpable.

Metiéndose la nota en el bolsillo, bajó las escaleras a toda prisa en busca de su marido.

Dante había salido y no se lo esperaba de vuelta hasta la cena.

Desconcertada, Madelaine se sentó en el salón y clavó la aguja en su nuevo proyecto de bordado con un poco más de fuerza de la necesaria. En su bolsillo, la nota prácticamente ardía como un carbón caliente. Cuando oyó que alguien se acercaba al salón, levantó la vista con

impaciencia, pero su entusiasmo se desvaneció al ver que solo era Elton.

—El duque de Wilnington —dijo el mayordomo y se marchó.

El hermanastro de Dante entró a grandes zancadas en la habitación. Madelaine frunció el ceño, dejando a un lado su bordado. Mientras se levantaba y hacía una reverencia al duque, metió la mano en el bolsillo y metió la nota un poco más adentro.

—Buenas tardes, Alteza.

—Buenas tardes. —Él le dedicó una sonrisa insegura, recordándole una vez más lo joven que era para llevar un título de tanto peso—. —Debo decir que esperaba que hiciera que su hombre me expulsara de la casa en cuanto me anunciaran.

—Aún hay tiempo —señaló ella.

Él se rio entre dientes.

—En efecto, lo hay. Tendré cuidado, entonces.

Permanecieron un momento en incómodo silencio.

—Siéntese —dijo finalmente ella, recordando sus modales.

—Gracias. —Se acomodó en el sofá frente a ella—. —¿Supongo que Dante no está en casa?

—No, no está.

—Esperaba verlo, pero también quería hablar con usted.

—¿Conmigo?

—Sí. —Hizo una pausa—. ¿Disfrutó del baile de los Portworthys anoche?

—Sí, lo disfruté.

Él esperó, como si esperara que ella dijera algo más. Cuando ella no lo hizo, un atisbo de

impaciencia parpadeó en sus facciones.

—¿Está disfrutando de Londres?

—Sí, lo estoy. Alteza, ¿puedo hacer algo por usted?

—Bueno, eso es ir directo al grano, ¿no?

Ella se encogió de hombros y retomó su labor con la aguja.

—Después de anoche, no veo ninguna necesidad de ser sutil. Dejaste bastante claro tu desprecio por mi marido y por mí.

—Dante y yo… Bueno, hay historia entre nosotros. —Se movió, claramente incómodo—. Luego está la conmoción por tu matrimonio. Primero creímos muerto a Dante. Luego, de repente, está vivo, y después descubrimos que había tomado una esposa.

—Un hecho bastante común.

—Tomar una esposa, sí. El hecho de que siguiera vivo, no.

Frunciendo el ceño, Madelaine dejó su aguja en su regazo.

—Alteza, ¿me está diciendo que anoche fue la primera vez que vio a Dante desde que regresó?

—Así es. —Un leve rubor se posó sobre sus delgados pómulos—. Ya le dije que había una historia entre nosotros. Debo decir que su aspecto me chocó bastante.

—Parece diferente —convino ella—, pero apenas está desfigurado.

—Por supuesto que no. Es solo que… No tenía el aspecto que yo recordaba. —Le dedicó una débil sonrisa—. Me han dicho que intentó visitarme cuando llegó a casa, pero los criados no lo reconocieron y lo echaron.

—¡Qué horror! —Sacudió la cabeza, con el corazón dolido por su marido.

—No me enteré hasta más tarde. Lo busqué, pero era difícil encontrarlo. Cuando alquiló esta casa en la ciudad, vine a verlo, pero ya se había marchado a Cornualles.

—Ya veo. —Se concentró en sus puntadas. El joven duque parecía casi sincero. Ella no sabía qué pensar. ¿Y qué era esa historia a la que él seguía refiriéndose?

—Sra. Tremont,,,

—Oh, por favor. —Ella le dedicó una mirada exasperada—. Alteza, por favor, llámeme Madelaine. Soy, después de todo, la esposa de su medio hermano.

Él pareció relajarse perceptiblemente.

—Entonces, debe llamarme Patrick.

—Muy bien, Patrick.

—Madelaine —empezó de nuevo—. Estoy seguro de que ya sabes que mi familia nunca ha… aceptado completamente… a Dante. No es algo de lo que me enorgullezca.

—Hmmm. —Mantuvo los ojos fijos en su costura, aunque estaba pendiente de cada una de sus palabras—. Continúa, Patrick.

—Estoy en condiciones de cambiar esa actitud, —continuó él, con una determinación feroz en sus ojos azules—. A pesar de los problemas de nuestro pasado, me gustaría llegar a conocer a mi hermano, y creo que tú podrías ser la clave para ello.

—¿Ah, sí? —Ató un hilo y lo cortó con unas tijeras diminutas—. Qué interesante.

Se puso rígido.

—¿Dudas de mí?

—Francamente, sí. —Ella lo miró fijamente, todavía enfadada con él por su vergonzoso comportamiento hacia los dos la noche anterior—. Dante ha pasado por una experiencia que habría destrozado a la mayoría de los hombres. No volveré a verlo herido.

El rostro de Patrick enrojeció y la ira brilló en sus ojos. Por un instante se pareció mucho a Dante, sobre todo en el ceño fruncido con el que la miró—.

—¿Cómo te atreves a sugerir que yo causaría daño a mi hermano? Soy el duque de Wilnington, señora.

—Estoy segura de que perdonará mi impertinencia, Alteza —replicó ella—. Sin embargo, dada su historia con mi marido, incluso usted debe admitir que este cambio de actitud parece de lo más sospechoso.

—Lo que debo admitir es que dudo del carácter de la mujer con la que se ha casado mi hermanastro. —Él se puso en pie y ella lo imitó.

—¿Así que ahora es «medio hermano» cuando antes era simplemente «hermano»? Debe de ser muy cómodo distanciarse con esa distinción cada vez que te disgusta.

Él la miró por encima del hombro.

—Vine aquí con la intención de fomentar la paz con Dante. Pero ahora…

—¡Mamá! —El duque guardó silencio cuando Adele entró corriendo en la habitación.

La niña echó los brazos alrededor de las piernas de su madre, enterrando la cara en la falda de Madelaine.

—¡Mamá, la señora mala me ha clavado un alfiler!

Muy consciente de la expresión de asombro de Patrick, Madelaine pasó una mano tranquilizadora por los rizos de Adele.

—A ver, Adele, estoy segura de que ha sido un accidente.

Una criada apareció en la puerta con la cara roja y sin aliento. Sus ojos se abrieron de par en par avergonzados al contemplar la escena; luego hizo una rápida reverencia.

—Lo siento, señora Tremont. Se marchó tan rápido que no pude alcanzarla.

Madelaine se rio.

—Créeme, Martha, soy consciente de lo rápido que puede correr mi muñeca. Tómese un momento para recuperar el aliento antes de llevarla de vuelta a la guardería.

—Gracias, señora.

Preparándose para la inevitable desaprobación, Madelaine volvió a centrar su atención en el duque. Él miró a Adele y viceversa con el ceño perplejo.

—Perdone la interrupción, Alteza —explicó ella—. A mi hija le están probando unos vestidos nuevos y, al parecer, hemos tenido un percance con la modista.

—¿Su hija? ¿Era viuda?

Ella se negó a apartar la mirada mientras respondía:

—No, no lo era.

—Ya veo.

Notó el duro juicio que se asentaba en sus facciones, pero se negó a dejar que la molestara. En su lugar, se inclinó hacia Adele y desprendió las manos de la niña de sus faldas.

—Adele, este es el duque de Wilnington. Ven y hazle una reverencia.

Adele volvió la cabeza dentro de las faldas de su madre y envió al duque una mirada desconfiada. Luego, se sometió a la insistencia de su madre y se encaró completamente a él, ejecutando con cuidad su reverencia, algo temblorosa.

Patrick aspiró una bocanada de aire al ver bien la cara de Adele. —

—Pero es igualita a...

—Es igualita a su padre —dijo Madelaine, levantando la barbilla con orgullo.

—¿Cuántos años tiene?

—Casi cinco.

Adele asintió con la cabeza y mostró sus cinco dedos.

—Hola, Adele —dijo el duque—. Soy tu tío Patrick.

Antes de que la niña pudiera responder, Madelaine hizo una señal a la criada.

—Ve con Martha, Adele. Subiré en unos minutos para ayudarte con tus accesorios.

—¿Lo prometes? —preguntó Adele, deslizando su mano en la de Martha. Madelaine ahuecó la mejilla de Adele.

—Lo prometo. —Patrick se quedó mirando a la niña mientras se marchaba con la criada. Solo cuando la niña se hubo ido, Madelaine volvió a centrar su atención en su cuñado—. ¿Qué quisiste decir al decirle eso?

Él se estremeció, claramente sobresaltado por su tono exigente.

—¿Decirle qué? ¿Que soy su tío?

—Parece reivindicar a su familia solo cuando le conviene, Alteza. .

—Te dije que me llamaras Patrick.

—Reservo ese privilegio para la familia cercana y los amigos, y usted no es ni lo uno ni lo otro —dijo ella—. No permitiré que confundan a Adele. Parece que no puede decidir si quiere reclamar a Dante como su hermano o no, y hasta que se decida, Adele solo le conocerá como el duque de Wilnington.

Una arrogancia malhumorada se instaló en sus apuestos rasgos.

—Su consecuencia social aumentaría si la reclamara como sobrina.

—Es demasiado joven para preocuparse aún por su posición social, gracias a Dios.

—Pero usted no lo es.

Ella se puso rígida ante su tono suave y cómplice.

—¿Cómo dice?

—¿No te preocupa el futuro de Adele? Tengo ojos, querida cuñada, y puedo ver claramente que Dante es el padre de la niña. Puesto que los dos se casaron hace poco, debe de haber nacido fuera del matrimonio. Y estoy segura de que no soy el único que hará la distinción.

—Eso no le concierne, Alteza.

La finalidad en su tono lo detuvo solo un momento.

—Es usted bastante franca para ser mujer.

—Creo en decir lo que quiero decir.

—En realidad, lo encuentro bastante refrescante. Uno se cansa de los mensajes ocultos que la gente enmascara en las conversaciones educadas.

—Siempre sabrá a qué atenerse conmigo, Alteza. Eso puedo prometérselo. Ahora, si me disculpa, debo atender a mi hija. Elton lo acompañará a la salida.

Le dejó allí plantado y fue a salvar a Adele de los alfileres de la modista.

Dante se quitó el abrigo y se aflojó la corbata. Había acabado cenando con unos socios y por eso había regresado a casa más tarde de lo esperado. Echó un vistazo a la puerta que comunicaba su habitación con la de su esposa y se preguntó si lo habría echado de menos.

Stokes, su ayuda de cámara, correteaba por la habitación, guardando su abrigo desechado y ayudándolo a quitarse las botas. Cuando el hombrecillo fue a quitarse el chaleco, le hizo un gesto con la mano y se lo desabrochó él mismo.

—Eso será todo por esta noche, Stokes —dijo, despojándose del chaleco y entregándoselo.

—Muy bien, señor. — El calvo ayuda de cámara guardó la prenda, luego hizo una rápida reverencia y salió de la habitación.

Dante miró de nuevo hacia la puerta que comunicaba ambas habitaciones. Elton le había informado de que su hermanastro había venido a visitarlo y había pasado casi treinta minutos con Madelaine antes de despedirse. ¿Qué había querido Patrick? Casi nunca llamaba, y cuando lo hacía solía ser para hacer sonar una campanilla sobre la cabeza de Dante por algún escándalo que otro. Pero Dante no había escandalizado a nadie desde hacía bastante tiempo. De hecho, había hecho todo lo contrario. *Se había casado con* la madre de su hija ilegítima.

Distinguió los susurros de Madelaine moviéndose en su habitación, el suave murmullo de las voces cuando hablaba con su criada. Esperaría a que la criada se marchara y luego iría a visitar a su esposa, fingiendo que solo quería preguntar por la visita de su hermanastro.

Se desabrochó el cuello de la camisa, una sonrisa jugueteando en sus labios.

Nada despertaba tanto el deseo sexual como ver a la compañera de uno vestida con ropa de dormir. Entraba en su habitación en mangas de camisa y preguntaba por la llamada de Patrick, todo el tiempo fingiendo que no se daba cuenta de la intimidad de la situación.

Nada volvía loca a una mujer como un hombre que no pareciera darse cuenta de sus encantos.

Oyó el chasquido de un pestillo y Madelaine se deslizó por la puerta de comunicación. Se detuvo al verlo, con los ojos abiertos de par en par mientras se ceñía sobre su cuerpo, escasamente cubierto de ropa.

—Dante —susurró—, creía que seguías abajo.

Él levantó las cejas.

—¿Esperabas encontrar a alguien más en esta cámara?

—Tenía intención de esperar... —Ella tartamudeó hasta detenerse cuando él sonrió—. Oh, me estás tomando el pelo, ¿verdad?

—Un poco. —Él se encogió de hombros y se apartó de ella, aunque solo fuera para ganar

control sobre su propia lujuria, que empezaba a despertarse. Con su rizado pelo rubio cayendo por su espalda y su cuerpo dulcemente curvado apenas cubierto por aquella fruslería de encaje y seda que llevaba, casi suplicaba que la miraran con detenimiento. Rogaría que se diera la vuelta, si él tuviera algo que decir al respecto.

Buscó su copa de brandy como distracción.

—Tengo entendido que el duque de Wilnington ha venido a visitarme hoy.

—¿Cómo…? Oh, por supuesto. Los criados te lo han dicho.

—Por supuesto. —La encaró con la copa llena, sintiéndose más en control mientras daba el primer trago—. ¿Qué quería?

—No estoy segura de su propósito, pero me dijo que no sabía que los criados te habían rechazado cuando volviste a casa.

—Supongo que debería consolarme el hecho de que mis parientes no ordenaran al personal que me expulsara. —Dio un trago al brandy y luego levantó las cejas, burlón—. ¿Trajo, al menos, un regalo de boda?

—Por supuesto que no —le reprendió—. De verdad, Dante.

Se encogió de hombros.

—Uno pensaría que mi hermanastro, el duque, tendría al menos la decencia de obsequiarnos con un regalo de boda. —Se acercó a ella, sus labios se curvaron mientras ella retrocedía un paso—. Desgraciadamente, incluso los de alta cuna, olvidan a veces sus modales.

—Intentó ser educado. Es muy joven, ¿verdad? —Su mirada se dirigió a la boca de él mientras tomaba otro trago de brandy. Solo por diversión se lamió el labio inferior, como saboreando el licor. Ella apartó rápidamente la mirada—. Dijo que había venido a hacer las paces contigo. Algo sobre perdonar la historia pasada.

—¿Eso hizo? Un acontecimiento interesante. Y tienes razón; es joven para su cargo. Tiene veinticinco años, está en posesión de un título antiguo y respetado, con una fortuna a sus pies y, aun así, el chico deja que su madre guíe su vida.

Se dirigió hacia el fuego bajo, que ardía en la rejilla.

—No fue muy educado una vez que vio a Adele y comprobó que eras su padre.

Frunció el ceño.

—Más le valdría morderse la lengua sobre Adele.

—Parece más preocupado por su posición social, probablemente porque le afectará a él. —Ella suspiró y le devolvió la mirada, con la piel dorada por la titilante luz del fuego—. Sé que es tu hermanastro, pero no confío en él. No me gusta cómo te trata.

Se encogió de hombros.

—Es el duque.

—Eso no es excusa.

Dante volvió a dar un sorbo a su brandy. Madelaine permaneció junto a la chimenea, la luz de la llama dibujando sus curvas contra la frágil seda del camisón. Dante apretó los dedos en torno a su copa para impedirse tomar lo que quería.

—¿Hay alguna razón por la que me buscabas, esposa? —Incluso él escuchó la lujuria que endurecía su tono.

Ella levantó la cabeza y giró para mirarlo. Con el fuego crepitando tras ella, sus ojos parecían enormes en su rostro, los labios entreabiertos, los nudillos blancos mientras mantenía cerrada su envoltura con una mano. Él percibió la quietud de su cuerpo, el ritmo creciente de su respiración. La conciencia vibró entre ellos.

Ella no le era indiferente.

—Había una razón. —Su voz sonaba áspera y se aclaró la garganta—. Encontré la carta que recibí. La que creí que era tuya.

Distraído por la forma de sus pechos bajo la endeble seda, casi se pierde la importancia de sus palabras. Entonces, cayó en la cuenta de lo que había dicho y dirigió su mirada hacia la de ella, olvidándose el deseo.

—¿Todavía la tienes?

—Aquí mismo. —Ella le tendió el trozo de papel arrugado y doblado que había estado ocultando en la mano—. Estaba guardado en uno de mis baúles.

Dejó su brandy y abrió la carta con cuidado, medio temeroso de lo que pudiera encontrar dentro. Se dio cuenta de lo que ella había dicho.

—¿La carta que *creías* que era mía?

—Ahora sé que no la escribiste tú. —La honestidad brilló en su expresión abierta y resonó en su voz firme—. Mira la letra, Dante. Eres zurdo. Esto lo escribió alguien diestro.

Le temblaron los dedos al abrir la nota y esperó que ella no se diera cuenta.

Esta carta era la primera pista real de por qué había sido secuestrado.

—Tienes razón —dijo, escudriñando la escritura en bucle—. Yo no escribí esto.

—¿Y no sabías nada al respecto?

Frunció el ceño.

—Nada. Aunque ahora entiendo por qué pensaste que te había abandonado. —Se rascó la barbilla—. Esta letra me resulta familiar.

—¿Sí? —Ella se apresuró a acercarse a él. El aroma a lavanda salía de su pelo mientras se inclinaba para ver la nota, apretando inocentemente sus pechos contra el brazo de él—. ¿Dónde la has visto antes?

—Estoy intentando recordar. —Intentando pensar.

—Te das cuenta de lo que esto significa, ¿verdad? Alguien intentó separarnos de forma deliberada.

—Alguien lo consiguió.

—Alguien —dijo ella, señalando la nota—, que no era mi padre. Esta tampoco es su letra.

—Ya hemos acordado que tu padre, probablemente, tenía un socio rico. —Incapaz de concentrarse con ella tan cerca, se acercó al fuego, como si intentara ver mejor las palabras allí —. Quizá fue él quien escribió la nota.

—Hombre testarudo. ¿No puedes admitir que quizá te equivocaste sobre mi padre?

—Tal vez. —¿Dónde había visto antes esta letra? —Pero no me has presentado ninguna prueba de su inocencia.

—Y tú no me has presentado ninguna prueba de su culpabilidad. —Su camisón se agitó contra sus piernas cuando se acercó a él y le puso una mano en el brazo—. Dante, debes mantener la mente abierta sobre esto.

—¿Debo hacerlo? Quiero un matrimonio de verdad, Madelaine. —Y no tendría que soportar la risa de Samuel y el resto de la sociedad londinense si lo supieran. Le ahuecó la mejilla con la mano libre, agradecido de que su mujer fuera demasiado inexperta para darse cuenta del poder que tenía sobre él—. Pero no puedo olvidar lo que me pasó. No puedo dejar que el culpable quede impune.

—¿Cómo puedo confiar en un hombre empeñado en vengarse? —susurró ella, poniendo su mano sobre la de él—. Deja ir tu ira y *vive tu vida.*

—No puedo. — Se apartó, cerrando su mano en un puño—. Tú no lo sabes. No puedes entenderlo.

—¿No puedo? —Ella tocó la cicatriz de su muñeca—. Puedo ver lo que te han hecho, y me rompe el corazón.

Él se apartó de un tirón.

—¿Y si fue tu padre quien convirtió mi vida en un infierno, Madelaine? ¿Qué pasaría entonces? ¿Vivimos vidas separadas como marido y mujer porque no puedes entender el concepto de justicia?

—Justicia y venganza no son lo mismo.

—Lo son para mí. Y debo recordarte, querida esposa, que mostré moderación en el caso de tu padre. No me he vengado de verdad; el barón aún vive. Si hubiera sido cualquier otro hombre el que me hubiera hecho esto, lo habría matado.

—Dios mío. —Se llevó una mano al pecho, con los ojos muy abiertos por la conmoción.

—Te pido disculpas si esto te molesta; sin embargo, pareces creer que puedo, simplemente, darle la espalda a esto. No puedo.

—Te consume —susurró ella—. Odio y venganza. ¿Tienes espacio en tu corazón para algo más? ¿Qué hay de Adele?

—No descuidaré a mi hija.

—Algún día tendrá edad suficiente para entender por qué nunca ve a su abuelo. ¿Qué le dirás?

—Quizá no tenga que decirle nada. —Hizo una pausa, esperando no tener que pronunciar las palabras en voz alta.

—Esperas que muera antes. —El tono llano de su voz se hizo eco del horror que aparecía en sus ojos—. Lo que nos deja justo donde empezamos.

—Un matrimonio de conveniencia. ¿Es eso lo que realmente quieres?

—Por supuesto que no. —Entrelazó los dedos, la angustia parpadeando en sus rasgos—. Pero estoy atrapada entre los dos, Dante. Amo a mi padre, y yo… Tú eres mi marido.

—¿No hay término medio? —Dejó la carta a un lado—. ¿No hay nada en nuestro matrimonio que te haga querer luchar por él?

—Por supuesto que lo hay. Pero mi padre...

—Madura, Madelaine —gruñó—. Tu padre es solo un hombre, no un impoluto caballero blanco. Y yo soy solo un hombre. Ninguno de los dos es infalible.

—Nunca dije que lo fuera...

—Ya no puedes protegerlo. No de esto.

—¿Me dejas terminar una frase? —gritó ella.

—No. —Se acercó a ella, impulsado por la ira y la frustración y un deseo casi estrangulador. La apiñó contra la pequeña mesa de ajedrez que había junto al fuego. Las piezas se cayeron y rodaron del tablero al suelo—. Alguien ha intentado arruinarnos la vida y debemos considerar a todos los sospechosos. Incluso a los que no queremos considerar.

Cerró los ojos.

—No puedo creer que hiciera algo tan horrible, Dante. Simplemente no puedo.

—Alguien está intentando destruirnos. Y ese alguien lo está consiguiendo. —Sus ojos se abrieron de golpe.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Esto supura entre nosotros como una herida sin cicatrizar. Afecta a nuestro matrimonio e incluso a nuestra hija. ¿No lo ves, Madelaine? Él está ganando. Lo estamos ayudando a ganar cediendo a la duda y a la sospecha.

—No soy la única culpable de eso. Sospechas de mi padre sin apenas pruebas.

—Y te retiras de nuestra cama, de nuestro matrimonio, por defenderlo a él.

—¿Tenemos que volver sobre esto cada vez que hablamos?

—Hasta que lleguemos a un entendimiento.

—Querrás decir hasta que acepte compartir tu cama. —Ella lo apartó, y él se lo permitió, aunque la sensación de sus manos contra su pecho hizo que su corazón latiera más deprisa—. No se trata solo de mi padre, Dante.

—Entonces, ¿de qué se trata? Dime qué tengo que hacer para que nuestro matrimonio sea real, porque me canso de tener una cama vacía.

Ella se puso rígida.

—Utiliza la carta. Averigua quién está detrás de esto. Porque hasta que no lo sepamos con certeza, nunca podremos hacer que este matrimonio funcione.

—Así que una vez que demuestre que tu padre es culpable, serás una verdadera esposa para mí.

—Oh, Dante. —Ella sacudió la cabeza con tristeza—. Sigo diciéndote que no se trata de si mi padre es culpable o no. Eso es solo un síntoma del verdadero problema: tu preocupación por la venganza.

—El culpable debe ser castigado.

—Tal vez. Pero le corresponde a Dios juzgar cómo, no a ti. —Con un suspiro decepcionado, se dirigió hacia la puerta que los comunicaba. Luego, se detuvo allí y le devolvió la mirada—. Podrías traer a mi padre aquí mañana, Dante, y yo seguiría sin compartir tu cama. Porque lo que le hiciste a mi padre solo me ha aclarado la razón por la que no puedo estar contigo.

—¿Y qué razón es esa, si no es la lealtad a tu padre?

—Confianza —susurró ella—. ¿Cómo puedo confiar en un hombre que pone la venganza por encima de todo, incluso de su mujer y su hija? —Con una sonrisa triste, se escabulló hacia su habitación.

Él la vio marchar, luchando con el deseo de traerla de vuelta y mostrarle lo que podía haber entre ellos. Pero se negó a suplicar. No se había arrastrado por Sledge, y no iba a hacerlo por su joven esposa.

¿Y qué quería decir ella con que él había antepuesto la venganza a su mujer y a su hija? Se había casado con ella, ¿no? Reclamó a Adele como suya e hizo de Madelaine una mujer honesta. ¿Era esto un engaño de la mujer para conseguir que mandara llamar a su padre?

Se pasó una mano por la cara, confuso. No estaba seguro de cuándo había empezado a querer que su matrimonio fuera real. Al principio solo se había casado con ella por el deber de darle un nombre a Adele. Pero, a medida que pasaban los días, se hacía cada vez más evidente que el poderoso Lucifer había caído, y en las delicadas manos de una inocente campesina de veinticuatro años.

Casi podía oír reír a Samuel. No cabía duda de que su amigo disfrutaría enormemente viendo al más malvado mujeriego de Londres jadeando tras su propia esposa. Probablemente haría apuestas por toda la ciudad sobre el resultado…

Un recuerdo borroso afloró y cogió la nota, fijándose en la letra. En efecto, había visto antes esa letra casi afeminada, y la constatación casi lo ahoga.

Samuel.

Capítulo 15

—La duquesa de Wilnington. —Madelaine se alisó la falda cuando la duquesa apareció en la puerta. Estaba en el cuarto de los niños cuando el mayordomo había enviado a una criada para informarle de que el carruaje de la duquesa se había detenido frente a la casa. Había tenido unos instantes para cerciorarse de que su aspecto era aceptable y bajar corriendo al salón a saludar a lo más parecido a una suegra que tenía.

La elegante mujer rubia entró en el salón, vestida toda ella de un favorecedor tono zafiro que resaltaba sus ojos azul hielo y su piel cremosa. Sus pómulos afilados y su barbilla puntiaguda le daban un aspecto etéreo que solo estropeaba el descontento fruncido de sus labios. La duquesa había sido, sin duda, una gran belleza en su juventud. De hecho, seguía siendo una mujer de lo más atractiva, pero Madelaine no podía olvidar su increíble rudeza en su primer encuentro. Cuando la mirada desaprobadora de la duquesa se posó en ella, Madelaine hizo una reverencia.

—Qué inesperado placer, Alteza.

—Desde luego. —Amelia arrugó la nariz y miró alrededor del salón, elegantemente amueblado, como si buscara el origen de un mal olor. Cuando Madelaine se levantó de su reverencia, se recordó con firmeza a sí misma que era de mala educación ser grosera con la familia de su marido, por mucho que se lo merecieran.

—Por favor, siéntese —dijo, indicando el sofá—. Puedo llamar para pedir un refrigerio, si

lo desea.

—No es necesario. —La duquesa se encaramó con cuidado al borde mismo del sofá—. Supongo que Dante no está en casa.

—No. Estoy segura de que si hubiera sabido que iba a venir… .

—Bueno, eso no viene al caso —interrumpió la duquesa—. No estaré aquí mucho tiempo. Solo he venido a informaros de que voy a celebrar una pequeña cena en vuestro honor este jueves.

—¿El jueves? Pero eso es pasado mañana.

Una leve sonrisa jugueteó en los labios de la mujer.

—Dije que sería pequeña.

Madelaine cruzó las manos con fuerza sobre su regazo y forzó a sus labios a curvarse en una sonrisa de cortesía.

—Qué encantador, Alteza. Gracias.

Amelia hizo una regia inclinación de cabeza.

—Es, por supuesto, lo menos que puedo hacer para darle la bienvenida a la familia. Hoy llegará una invitación con los detalles mundanos.

—Es usted muy amable al informarnos en persona, Alteza.

—Ciertamente. —La mirada fría y crítica de Amelia la recorrió. A pesar de la comodidad de saber que su vestido había sido creado por la modista más a la moda de Londres, Madelaine seguía sintiéndose como una pueblerina al lado de la elegancia de la duquesa—. Supongo que tiene un vestuario apropiado —dijo la mujer.

—Lo tengo.

—Bien. Me han dicho que tiene una hija.

—La tenemos. Se llama Adele.

—Una hija ilegítima. —Una pizca de encantada malicia se deslizó en el tono de Amelia.

Madelaine se puso rígida.

—Dante es su padre.

—Qué honorable por su parte hacer de usted una mujer honesta. —La duquesa se puso en pie y los buenos modales incitaron a Madelaine a seguirla—. Bueno, es demasiado tarde para deshacer el entuerto. Espero verla el jueves.

Sin esperar una despedida apropiada, la duquesa se marchó.

Madelaine la miró marcharse, estremecida. La madrastra de Dante había sido cortés, pero las palabras corteses enmascaraban un altivo desdén para todo lo que tuviera que ver con Dante.

No por primera vez, pensó que Dante había crecido en la misma casa que aquella mujer. ¿Cómo había soportado todos esos años viviendo con gente que sabía que detestaba su propia existencia? Aparentemente, su padre había sido un padre responsable. Después de todo, había dispuesto que Dante viviera con él y se había ocupado de sus necesidades diarias y de su educación, pero Madelaine tenía la clara impresión de que el viejo duque no había sido especialmente cariñoso con su hijo. Y su esposa legítima y su hijo habían hecho la vida de Dante lo más difícil posible.

No era de extrañar que a su marido le costara tanto entender su devoción por su padre. No tenía con qué compararla.

Dante vaciló ante la puerta, desgarrado por las emociones que guerreaban en su interior. Levantó el puño y llamó. Siguió golpeando hasta que oyó el chasquido de la cerradura. La puerta se abrió de golpe y Samuel se asomó, con los ojos empañados por el sueño.

—Luce, ¿qué demonios quieres? Es medianoche.

—Son las diez de la mañana. —Dante abrió la puerta de un empujón, haciendo que su amigo tropezara hacia atrás con el portón—. Necesito hablar contigo.

—Caramba. —Entrecerrando los ojos contra la brillante luz del sol, Samuel se apresuró a cerrar la puerta—. Esta no es una hora para gente civilizada.

Dante miró a su amigo. Samuel tenía el pelo despeinado y los ojos enrojecidos por una noche de disipación. Ni siquiera se había desvestido para irse a la cama; la camisa le colgaba por encima de los pantalones, arrugada por el colchón. Sus pies con medias se acurrucaban contra el suelo.

—¿Qué pasa, Dante? —preguntó con un bostezo—. Solo la más grave de las circunstancias te traerían aquí a estas horas.

Dante se tragó el amargo sabor de la traición. Este era su amigo, su compañero de armas. Donde estaba Lucifer, estaba Samuel. Hermanos del Infierno, escandalizando juntos a la Sociedad, vigilándose las espaldas.

O apuñalándolas.

—Quiero preguntarte algo. —Con la garganta apretada, sacó la carta y se la entregó a Samuel—. ¿Por qué escribiste esto?

Samuel esbozó su habitual sonrisa arrogante mientras desdoblaba la misiva.

—¿Qué es esto, una carta de amor de una antigua amante?

Dante observó atentamente el rostro de Samuel mientras leía la nota. Si no hubiera estado pendiente de ello, se habría perdido el destello de alarma que brilló en sus ojos. Pero cuando su amigo lo miró, parecía tan tranquilo y sereno como nunca lo había estado en una mesa de juego.

En efecto, Samuel era brillante a las cartas. Nadie podía saber nunca lo que estaba pensando. Y ahora ocurría lo mismo.

—¿Qué significa esto, Luce? ¿De dónde lo has sacado?

—Tú sabes de dónde lo he sacado.

—No lo entiendo. —A pesar de su expresión educada, parte de la confianza había abandonado su tono—. ¿Se supone que esto significa algo para mí?

—No me confundas con una de tus marcas, Samuel —advirtió Dante—. Te conozco desde hace demasiado tiempo. Sabes muy bien lo que significa esa carta. Quiero saber por qué.

—¿Por qué qué? —Samuel esbozó una sonrisa de desconcierto—. Todavía no...

Dante agarró a Samuel por la parte delantera de la camisa y lo empujó contra la puerta.

—No juegues conmigo, Samuel. Sé que tú escribiste esto. Ahora dime por qué.

—Por el diablo, ¿has perdido la cabeza? —Samuel tiró de una de las manos de Dante.

—Habla. —Se inclinó hasta que estuvieron prácticamente nariz con nariz—. No fuerces un desafío, Samuel. Conoces el resultado.

—¡Muy bien, que te den! —Samuel se hundió contra la puerta—. Yo escribí la nota. Se la envié a Madelaine como si fuera tuya. ¿Es eso lo que querías oír?

Sabía de la culpabilidad de Samuel, pero oírlo admitirlo aún lo dejaba perplejo.

—¿Por qué? —se atragantó.

—Estaba desesperado. —Samuel intentó sonreír, pero sus ojos reflejaban su pánico—. ¡Maldita sea, Luce, recuerda cómo eran las cosas! Después de volver de Cornualles, estabas diferente. Esa chica te tenía manía. Pensé que quería dinero.

—¿Así que buscabas protegerme? Qué noble por tu parte —se mofó—. Estás mintiendo, Samuel.

El sudor se empañó en la frente de Samuel.

—De acuerdo, eso fue solo una parte.

—Cuéntame el resto. —Clavó los ojos en el hombre que había afirmado ser su amigo—. La verdad esta vez.

—Después de volver de Fernhill, no quisiste asistir a ninguno de los eventos de la ciudad. Yo dependía de que lo hicieras. Mi vida dependía de ello.

—Ah, ahora empiezo a entenderlo todo. —Dante dio un paso atrás, permitiendo que Samuel respirara hondo—. Todo esto era por dinero.

—En parte. Quería protegerte, Luce. Sé lo cuidadoso que eres para no haber dejado a una mujer embarazada.

¿Cómo podía estar diciendo la verdad este imbécil de Cornualles?

—Sobrepasaste tus límites e interferiste en mis asuntos personales.

—Todo salió bastante bien. Te casaste con la chica.

Dante lo apartó de un empujón.

—Me casé con la chica cinco años después, demasiado tarde para que mi hija sea considerada legítima.

—Es una mujer. Colócale una dote adecuada y a sus pretendientes no les importará si nació antes o después de los votos.

—Esa no es la cuestión. —Asqueado por lo que se había enterado, Dante se dio la vuelta —. Te entrometiste donde no tenías derecho. Por tu culpa, mi hija lleva nuestra maldición de ilegitimidad.

—Maldita sea, Dante, ¿no crees que he agonizado por eso ya bastante? —Samuel se adelantó y agarró el brazo de Dante—. Envié esa nota la noche en la que fuimos atacados por los senderistas. La noche que desapareciste. ¿No crees que ya he sufrido bastante estos últimos cinco

años con ese conocimiento en mi cabeza?

—Te estás pasando un poco, ¿no? —Dante se sacudió el agarre de Samuel—. Lo que hiciste estuvo mal, incluso para tus estándares de moralidad.

—Hemos sido amigos durante muchos años. ¿No puedes perdonarle a un amigo un error?

—Te he perdonado muchas cosas a lo largo de los años, Samuel. No sé si podré perdonarte esto. —Dante pasó junto a él y abrió la puerta—. También me parece muy interesante el momento de tu acto. Si alguna vez descubro que tuviste algo que ver con mi secuestro…

—¿Estás loco? A mí también me atacaron esa noche.

Dante le lanzó una mirada gélida.

—Si alguna vez descubro que estuviste involucrado en *eso, amigo mío,* no habrá agujero en el que puedas esconderte, ni excusa que me haga cambiar de opinión. *Te* mataré.

Salió de las habitaciones de Samuel, cerrando la puerta tras de sí.

—Mamá, ¿no está demasiado caliente?

Madelaine apartó el recuerdo de la inquietante visita de la duquesa y levantó la pequeña taza para fingir que sorbía el té inexistente.

—Delicioso, mi querida Adele.

—¿Y cómo está su té, Lady Rose? —Adele se volvió hacia una de sus muñecas, que estaba sentada en la silla a su lado, en la diminuta mesa, y le acarició el vestido.

Madelaine observaba a su hija, el amor casi exprimiendo el aire de sus pulmones. Adele se había instalado cómodamente en su nueva vida. Tenía una institutriz, la señorita Edgerton, que esta tarde estaba libre de sus obligaciones. La señorita Edgerton era la hija solterona empobrecida de una antigua y respetada familia, y parecía tener un carácter alegre, además de una buena crianza y educación. Adele ya había empezado a imitar algunos de los gestos más

atractivos de la mujer.

Madelaine disfrutaba cuando la señorita Edgerton se tomaba su tarde libre semanal, pues le permitía pasar tiempo con Adele como lo habían hecho antes de que Dante volviera a su vida. Había habido momentos en los que maldecía aquel día, pero al observar ahora a Adele, no podía arrepentirse de su elección, aunque el asunto de su padre aún le dolía.

Un movimiento en la puerta de la guardería atrajo su mirada. Dante se cernía allí, y la expresión de su rostro al observar a Adele casi detuvo el corazón de Madelaine. Asombro. Orgullo desconcertado. Anhelo. ¿Por qué se quedaba en la puerta?

¿Por qué no entraba?

Empezó a darse la vuelta y sus miradas se encontraron. Él se detuvo. Una soledad absoluta acechaba en las sombras de sus ojos. La llamaba. Adele levantó la vista para ver qué había reclamado su atención.

—¡Papá! —La niña se levantó de un salto de la mesa y corrió hacia su padre. Cogiéndolo de la mano, tiró de él hacia la habitación—. Papá, ven a tomar el té con nosotros.

El placer y la incertidumbre se enfrentaron en el rostro de Dante.

—No quisiera importunar.

—No molestas —le aseguró Madelaine, reconfortada por su entrañable vacilación—. De hecho, creo que Lady Rose tiene otra cita.

—Tienes otra cita —le dijo Adele a su muñeca, y luego la quitó de la silla—. Siéntate aquí, papá.

Dante miró la silla de tamaño infantil con escepticismo.

—Creo que me quedaré de pie, Adele. Si no, es probable que la rompa.

Adele frunció los labios y miró de su padre a la silla. Asintió con la cabeza y sirvió un té

imaginario en una taza.

—Aquí tienes, papá.

Dante cogió la taza, equilibrando la frágil porcelana en su mano grande y masculina.

—Gracias, Adele. —Miró a Madelaine, que hizo como que bebía té. Él siguió su ejemplo —. Está delicioso.

—Prueba estos pasteles, papá. —Adele levantó un plato—. Los ha hecho la cocinera.

Él vaciló, la perplejidad se reflejó en su rostro mientras miraba el plato vacío.

—Se supone que tienes que fingir que tomas un pastel —le susurró Madelaine.

—Ah. La confusión se despejó de su mirada y cogió un trozo imaginario de tarta—. Muchas gracias, Adele. Es mi favorito.

Con una sonrisa con hoyuelos, Adele se volvió hacia la otra muñeca, que seguía sentada a la mesa, y le ofreció la bandeja de pastel.

Madelaine se inclinó más hacia Dante.

—¿Nunca has jugado a fingir, Dante? —susurró.

Él negó con la cabeza, balanceando torpemente la taza de té y su «tarta», y luego optó por colocar el plato sobre la mesa.

—Mi tutor nunca permitiría tal cosa. —Frunció el ceño—. ¿Deberíamos indicarle a la señorita Edgerton que preste más atención a las lecciones de Adele?

—Por supuesto que no. —Verdaderamente sorprendida, dio un sorbo a su propio té de mentira cuando vio que Adele la miraba con el ceño fruncido—. Todos los niños necesitan jugar, Dante. Es natural.

—Yo nunca he jugado. —Se quedó mirando la tetera de tamaño infantil que había sobre la mesa, con el ceño fruncido por la reflexión—. No tuve otros niños con los que jugar.

—¿Ni siquiera tu hermanastro?

—Sobre todo él.

—Papá —interrumpió Adele—, puedes jugar conmigo. —Sus rasgos se suavizaron mientras sonreía.

—Pues gracias, Adele—.

La niña inclinó la cabeza cerca de su muñeca, como si estuviera escuchando, y luego añadió:

—La señorita Margaret dice que también puedes jugar con ella.

Dante hizo una pequeña reverencia.

—Y mi agradecimiento a usted, señorita Margaret.

Adele soltó una risita. Dante le devolvió la sonrisa a la niña, la primera sonrisa genuina que Madelaine le había visto desde que apareció por primera vez en su puerta. La calidez le estrujó el corazón. Intentaba ser un buen padre, aunque era evidente que no tenía ningún ejemplo que le sirviera de guía.

—Si no jugabas de niño, ¿qué hacías, Dante?

—Estudiaba. —Cogió servicialmente la tetera y sirvió té mientras Adele sostenía la taza de la señorita Margaret—. Mi padre respetaba el conocimiento, así que me esforcé al máximo para sobresalir en mis lecciones. Para hacerme digno de ser su hijo.

Pobre chico solitario.

—La duquesa ha venido a visitarme hoy —dijo, recordando el momento—. Nos dará una cena el jueves para celebrar nuestro matrimonio.

—¿Celebrar? —Sus cejas oscuras se alzaron con escepticismo—. Probablemente sea más veraz decir que debe hacer lo correcto o de lo contrario será objeto de cotilleos.

—Probablemente. —Ella suspiró.

—Por mucho que disfrutara burlando la voluntad de Amelia en esto, me temo que debemos asistir. —Le dedicó una sonrisa apenada—. De lo contrario, seremos nosotros dos los que suframos el embate de las lenguas que se agitan. Y debemos hacer todo lo posible para mantenernos en gracia de la Sociedad. —Su mirada se desvió hacia Adele—. Por varias razones.

—La sociedad parece haber aceptado nuestro matrimonio —murmuró ella—. Quizá sea una velada agradable.

—¿Salpicada por los comentarios socarrones de Amelia y los estallidos de ira celosa de Patrick? Lo dudo.

—¿Tan mal crees que irá? Desde luego, no montarán una escena. Son tu familia.

—No. —Acarició con una mano los rizos oscuros de Adele—. Ahora tengo una familia de verdad.

La niña levantó la vista y le sonrió, y por un instante Madelaine se sintió excluida. Los dos parecían estar formando un fuerte vínculo, que era exactamente lo que ella había esperado; pero al mismo tiempo anhelaba formar parte de la pequeña familia que se estaba desarrollando lentamente entre ellos. Ella misma había construido el muro que ahora la separaba de esa unidad familiar, y aunque Dante había hecho insinuaciones para incluirla, no se atrevía a derribar ese muro.

No podía. Porque ella misma había sido una vez una niña con un padre que la adoraba, y no se atrevía a darle la espalda ahora que él más la necesitaba.

Pero, oh, era tan tentador… .

La señorita Edgerton regresó a la hora de la cena y se hizo cargo del cuidado de Adele con su enérgica eficacia habitual. Como la cena no se serviría hasta dentro de una hora, su marido se había retirado a su estudio para trabajar en asuntos de negocios, así que Madelaine había optado

por dar un paseo por el pequeño jardín.

El sol se ponía sobre Londres, proyectando un resplandor rosado sobre las rosas de color crema y las estatuas de mármol. Extendió una mano para tocar una flor aterciopelada, recordando la cara de Dante cuando había jugado con Adele por primera vez. Su incertidumbre le había parecido preciosa y, con lo que había descubierto sobre su infancia, estaba empezando a desarrollar una debilidad por el hombre emocionalmente descuidado y complicado que era su marido.

—¿Puedo acompañarte? —Como si lo hubiera conjurado, Dante atravesó las puertas francesas y entró en el jardín.

—Creía que tenías asuntos que atender.

—Pueden esperar. —Se acercó a ella, con un aspecto más relajado del que ella le había visto nunca—. Con esta luz, estás increíblemente encantadora. Como una de esas diosas que cobran vida.

Ella miró la cercana estatua de Afrodita.

—¿Insinúa que soy de piedra, señor? —bromeó.

Sus labios se curvaron en una sonrisa de genuina calidez.

—Al contrario.

—Bien. —Ella le tendió una mano—. Ven a pasear conmigo, Dante. Disfruta de la velada.

Su expresión de asombro se convirtió en una de placer y le cogió la mano. Entrelazando sus dedos con los de ella, pasearon por uno de los senderos con una curiosa paz entre ellos.

—A Adele le ha encantado que hayas jugado hoy con ella —dijo Madelaine tras unos instantes de silencio, disfrutando solo de la compañía del uno con el otro.

Se echó a reír.

—No sabía que podía jugar.

—¡Claro que puedes! —Ella sacudió la cabeza, riendo entre dientes—. Dante, eres su padre. Puedes jugar con ella o llevarla de excursión o darle de desayunar tartas de bayas si te apetece.

—¿En serio? ¿Tartas de bayas?

Ella lo miró divertida divertida.

—Bueno, si haces eso, me temo que tendré algo que decir al respecto, pero captas la idea general.

—La capto. —Él bajó la mirada hacia sus manos entrelazadas, luego se encontró con la mirada de ella; cándida y extrañamente vulnerable—. Nunca he tenido una familia, ¿sabes? No una de verdad en la que la gente se preocupara unos por otros.

La ternura casi la ahogó y le apretó la mano.

—Lo sé.

—Así que no sé cómo se hace: este asunto de la familia. Tú y Adele tendréis que ser pacientes conmigo. —Le dedicó una sonrisa torcida que le recordó a la de un niño al que han pillado entrando en casa con barro en los zapatos, y a ella se le derritió el corazón.

—Por supuesto, te enseñaremos. Ya está más contenta de lo que nunca la he visto.

—Me alegro. —Se detuvieron cerca de un arbusto de rosas color rojo sangre—. Intento ser un buen padre, Madelaine. Y un buen marido.

—Lo sé. —Ella se mordió el labio—. Ojalá pudiera ser una mejor esposa para ti, pero…

—Shhh. —Le puso un dedo en los labios para silenciarla—. No hablemos de eso ahora. Simplemente, disfrutemos de esta bonita velada... y de la compañía del otro.

Ella asintió vacilante.

—Eso me gustaría.

—Cualquier problema que tengamos seguirá ahí mañana.

—Sí. —Ella sonrió—. Disfruto de tu compañía, Dante. Cuando no estás intentando seducirme, claro.

Él le mostró una sonrisa malévola y comenzó a caminar de nuevo.

—Tonterías, señora. Ambos sabemos que usted también disfruta con eso.

Ella se ruborizó y se negó a contestar. Su risa pícara resonó por todo el jardín mientras paseaban, dejando a un lado sus problemas mientras descubrían el placer de la compañía mutua en la suave tarde primaveral.

Capítulo 16

Samuel salió del infierno del juego, entrecerrando los ojos contra la brillante luz del sol. Llevaba en las mesas desde la madrugada, perdiendo constantemente. Olía a licor y a humo de puro, y la luz del día le escocía en los ojos enrojecidos. Lo único que deseaba era olvidarse de todo durmiendo. Pero no había podido dormir desde la mañana anterior. La visita de Dante lo atormentaba.

¿Quién podía saber que se casaría con la chica? ¿Que ella guardaría la nota y se la enseñaría? La aplastante culpa de sus acciones de hacía mucho tiempo pesaba sobre él, haciéndole difícil poder respirar. Dante había sido su mejor amigo. La única persona que le había aceptado sin rechistar. Y lo había traicionado.

Avanzó a trompicones por la calle abarrotada, abriéndose paso entre la multitud, como si pudiera dejar atrás sus propias emociones. Sus ojos le lagrimeaban. Por la luz del sol, pensó. La maldita luz del sol siempre hacía que le escocieran los ojos tras una noche de disipación.

Al llegar a la esquina de la calle, un lustroso carruaje negro, con las cortinas echadas, se detuvo bruscamente frente a él. El escudo de la puerta estaba cubierto, pero él sabía qué escudo de armas se escondía tras él.

La puerta se abrió.

—Sube.

Conocía esa voz, debería habérselo esperado. Tragando con fuerza, se arrastró hacia el interior del carruaje.

La puerta se cerró y el carruaje arrancó hacia delante con un bandazo. Samuel se agarró con fuerza, con la cabeza dándole vueltas por la falta de sueño y el exceso de alcohol, y se obligó a encontrarse con los ojos azules entrecerrados del otro pasajero.

—Alteza, yo...

—Cállate. —Apretó los labios en señal de conformidad instantánea—. Estoy disgustada por los recientes acontecimientos, Samuel. Me dijiste que Dante había muerto.

Samuel logró formar una sonrisa de disgusto.

—Pensé que lo estaba. Estaba seguro de que los bandidos habían acabado con él.

—Pagué por un asesinato, no por un simple secuestro.

—Nos engañaron —dijo, tratando de trabajar la indignación en su voz.

—¿Tú crees? —Las dos palabras encerraban tal amenaza que Samuel habría huido de no haber estado atrapado en el carruaje.

—Claro que sí.

—¿Por qué no te creo?

Intentó reunir una sonrisa convincente.

—¿Por qué iba a traicionarla? Teníamos un trato.

—Así era. Entrada en la sociedad para ti, Dante muerto para mí. Pero Dante no está muerto.

—Un descuido.

—Uno que pretendo rectificar.

—¿Q-qué?

—He decidido ocuparme yo misma del asunto. —Su compañera sonrió—. Como está claro que no tienes estómago para matarlo, he contratado a alguien para que se asegure de que lo lleva a cabo.

—¿A quién?

Una ceja se arqueó sobre unos ojos azules que brillaban con desconfianza.

—No soy tan tonta como para decírtelo, pero tengo una tarea para ti. —Su oradora se inclinó hacia delante, con el pelo rubio brillando en el tenue interior del carruaje—. Y si fracasas en esta tarea, mi siguiente paso será enviar al asesino a por *ti*.

Samuel tragó saliva y asintió.

—Entendido.

—Bien. —La satisfacción subrayó la palabra—. Esta noche es la cena en mi casa y espero que asistas. Esto es lo que harás…

Madelaine entró en la mansión londinense del duque de Wilnington con cierto temor. Ataviada con un encantador vestido de noche de seda color marfil hilvanado con oro que dejaba al descubierto una atrevida cantidad de escote, sabía que tenía el aspecto de la esposa de un hombre rico, especialmente con los diamantes brillando en sus orejas y garganta. Sin embargo, seguía sintiéndose como una polilla que se adentra en la tela de una araña.

Solo la presencia de Dante a su lado mantenía su cabeza alta y una sonrisa en los labios. Su acuerdo en el jardín la noche anterior le había dado esperanzas de que aún podrían encontrar algún compromiso en su matrimonio. Esta noche lucía devastador con un sencillo traje de noche negro y un alfiler de rubí rojo sangre en la garganta. Juntos formaban una pareja impresionante y ella se sentía orgullosa de estar a su lado.

Cuando fueron anunciados a la gente reunida en el salón, se dio cuenta de que el duque

también iba vestido con el tradicional traje de noche negro, pero su aristocrático buen aspecto se desvanecía al compararlo con los rasgos oscuros y sensuales de Dante. De los dos hombres, Dante parecía más poderoso, más peligroso. Patrick seguía pareciéndole un niño jugando a ser un hombre.

Patrick se acercó a saludarlos con educada formalidad, al igual que su madre. La duquesa llevaba un vestido de noche con un escote aún más bajo que el de Madelaine, que de algún modo conseguía ser escandaloso y elegante a la vez. Tenía la mano en el brazo de un caballero mayor y distinguido al que presentó como Lord Adminton.

—Hemos organizado una mesa pequeña —informó a Dante con una sonrisa insincera—. Solo veinticuatro personas. Creo que los conoces a todos.

—Sí. —Los ojos de Dante se entrecerraron al notar algo al otro lado de la habitación.

Siguiendo su mirada, Madelaine no vio nada que provocara tal mirada, solo a Samuel cerca de la repisa de la chimenea conversando con una hermosa mujer de pelo oscuro más o menos de la edad de Dante.

—En efecto, conozco a todo el mundo.

—Hellman vino conmigo —dijo Adminton, con voz ronca. Tenía un gran bigote poblado que se crispaba al hablar—. Sabía que ustedes dos eran uña y carne. Pensé que lo querría aquí.

—Efectivamente. —Dante sonrió cortés—. Muy considerado por su parte, mi señor.

—Entraremos a cenar en breve —anunció la duquesa—, ahora que los invitados de honor han llegado por fin. —Se alejó con el conde, dejándolos a solas con Patrick.

—No hagas caso a mi madre —dijo el joven duque—. Es muy estricta con la puntualidad.

—Como bien sé —replicó Dante con una mueca irónica.

—Quizá quieras presentar a tu esposa a todo el mundo —continuó Patrick. Le dedicó a su

hermanastro una sonrisa insegura—. Me alegro de que hayas venido, Dante.

Dante le devolvió a su hermano una mirada socarrona.

—¿Cómo podría no asistir a una fiesta en mi honor?

El joven duque casi se estremeció.

—Sin embargo, me alegro de que lo hicieras. Por favor, discúlpame mientras atiendo a mis invitados. —Atravesó la sala para reunirse con una pareja mayor y su bonita y joven hija.

—Creo que lo dice en serio —murmuró Madelaine—. Sea lo que sea lo que existe entre vosotros, creo que realmente quiere enmendarse.

Dante soltó una carcajada.

—Que esta sea tu primera lección. Nunca confíes en los *tontos*, querida. Especialmente, en los Wilnington.

—Confío en *ti*. —Ella sonrió ante su evidente sorpresa—. Al menos, confío en ti para que me acompañes en esta reunión. Admito que me siento intimidada.

—No lo estés. —Él se llevó la mano a los labios y le rozó los dedos con un beso—. Eres la hija de un barón y la esposa de uno de los hombres más ricos de Londres. Nadie pertenece a este lugar más que tú.

Ella soltó una risa nerviosa.

—Quédate a mi lado.

Sus dedos se apretaron alrededor de los de ella y volvió a colocar la mano de ella sobre su brazo.

—Lo haré.

Dante acompañó a Madelaine por la sala a paso tranquilo y le presentó a los demás invitados. Esperaba que la cena se anunciara antes de que llegaran a Samuel y su acompañante,

pero la suerte no lo acompañó. A pesar de su lentitud, pronto se encontró ante la pareja.

—¡Luce! Ahí estás, viejo. —Samuel parecía haber pasado la noche abrazado a una botella, pero sonrió a Dante, esperando, claramente, que hubiese olvidado su encuentro de la otra mañana.

Dante asintió, la respuesta más cortés y civilizada que pudo encontrar.

—Samuel. —La sonrisa de Samuel vaciló y Dante pudo sentir la mirada interrogante de Madelaine sobre él. Ignoró a ambos y se volvió hacia la compañera de Samuel—. Buenas noches, Lady Turnbottom. Te presento a mi esposa, Madelaine Tremont.

La despampanante morena miró a Madelaine.

—Encantada.

—Encantada de conocerla, Lady Turnbottom —respondió Madelaine cortés.

Leticia, lady Turnbottom, volvió a fijar inmediatamente sus ojos oscuros y soñolientos en Dante.

—Ha pasado mucho tiempo, Dante. Me alegró saber de tu resurrección.

Hizo rodar las erres de la palabra como el ronroneo de un gato. En otro tiempo había encontrado su voz ronca, y su cuerpo torneado, deseables. Ahora solo le parecían planos.

Samuel sonrió satisfecho, y sintió que Madelaine se ponía rígida a su lado cuando el interés de Leticia por él se hizo evidente incluso para su esposa, criada en el campo.

—Sí que ha pasado mucho tiempo. ¿Cómo está lord Turnbottom?

—Muerto. —Ella le dedicó una sonrisa lenta e íntima, como si Madelaine y Samuel no existieran—. Ahora soy viuda.

—Siento su pérdida.

Ella soltó una risita gutural.

—Yo no.

Samuel rio entre dientes. Madelaine dio un pequeño grito ahogado ante la flagrante falta de pena de la mujer por el fallecimiento de su marido, y Dante coincidió con su horror tácito. En otro tiempo, el comentario de la mujer le habría parecido divertido.

Ahora, como marido que era, esperaba en cambio que Madelaine nunca hablara de su muerte con tan insensible desprecio. El hecho de que una vez se hubiera reído con Samuel y lady Turnbottom de cosas así lo avergonzaba.

Se volvió hacia Madelaine, y solo con mirar sus bonitos ojos verdes, en los que brillaba la honestidad, se sintió mejor. Ya no era el hombre que había sido una vez.

Hace más o menos un día eso lo había preocupado. Ahora se daba cuenta de que la persona en la que se estaba convirtiendo era alguien que podría gustarle mucho más.

—Si nos disculpáis —dijo—, me gustaría presentar a mi esposa al resto de los invitados antes de que nos llamen a cenar. —Le hizo a Leticia la más breve de las reverencias antes de apartar a Madelaine de la pareja.

—¿Samuel y tú os habéis peleado? —preguntó en voz baja mientras se acercaban al siguiente grupo de personas—. Parecías enfadado con él.

—Enfadado. No era la palabra adecuada para describir la hirviente sensación de traición que se agitaba en su interior—. Tuvimos un desacuerdo.

—Parecía más que eso.

Le dirigió una mirada de impaciencia.

—Ahora no, Madelaine.

—De acuerdo. —Ella levantó la barbilla, en esa manera tan suya de indicar de estaba malhumorada, y le dirigió una mirada significativa—. Pero tú y yo hablaremos de esto más tarde.

—Tal vez. —Él se mordió una risita ante el fastidio que brilló en su rostro, y luego la condujo al siguiente grupo de personas.

La cena parecía interminable.

Madelaine se sentó frente a Dante en la comida y se vio obligada a observar cómo Lady Turnbottom, que estaba sentada a su lado, coqueteaba con él durante toda la velada. La morena era, obviamente, el tipo de mujer con la que Dante se relacionaba de forma habitual, una viuda desalmada que ni siquiera fingía, por simple cortesía, llorar la muerte de su marido.

En lugar de eso, le susurraba cosas a Dante y le lanzaba miradas seductoras. Giró su cuerpo de un lado a otro para tentarlo con su exuberante pecho, semidescubierto por su escandalosamente escotado vestido. Se inclinó cerca de él y le recorrió la mano con los dedos cuando pensó que nadie se daría cuenta.

Madelaine se dio cuenta. Y le dieron ganas de apuñalar a la mujer con su tenedor.

Sorprendida por su propia reacción violenta, Madelaine apartó su atención del flirteo. Después de todo, se había negado a compartir la cama de Dante. Todos los miembros de la sociedad simpatizarían sin dudarlo con su marido y aprobarían cualquier aventura que decidiera llevar a cabo. En realidad, no tenía derecho a sentir celos de su flirteo con otra mujer cuando ella misma le había negado sus derechos maritales.

Sin embargo, él podía tener la dignidad de no llevar a cabo sus aventuras delante de sus propias narices.

Finalmente, la larga y elaborada comida terminó y Madelaine se levantó agradecida con el resto de las damas. Los hombres se quedaron atrás para beber su oporto y fumar sus puros. Dante le lanzó una mirada inquisitiva, pero ella fingió no verla mientras seguía a la duquesa al salón.

Deseaba poder estar sola, pero como una de las invitadas de honor, todos querían hablar con ella. La mayoría de las damas parecían muy amables mientras hablaban con ella, pero era

muy consciente de que lady Turnbottom la observaba desde el otro lado de la sala con una sonrisa de suficiencia en los labios mohínos.

La duquesa se acercó a ella.

—Espero que estés disfrutando, querida.

La cortesía de la mujer puso inmediatamente en guardia a Madelaine.

—Por supuesto que sí, Alteza. Ha sido muy generoso por su parte ser nuestra anfitriona esta noche.

—¿Puedo hablar con usted? —Una mirada altiva hizo que las damas reunidas a su alrededor corrieran a otras partes de la sala.

—Por supuesto que puede. —Madelaine se concentró en sus modales y no en la ansiedad que se le anudaba en el estómago.

La duquesa la condujo a un rincón apartado de la sala. Las demás damas se mantuvieron fuera del alcance de sus oídos por deferencia a su anfitriona. El poder que la duquesa ejercía sobre las demás asombraba a Madelaine, pero al mismo tiempo lo admiraba. La duquesa de Wilnington era una mujer formidable.

Pero también lo era Madelaine Tremont, ratón de campo o no.

—Mi querida niña, no he podido evitar notar tu angustia durante la cena. —Amelia le acarició la mano en un gesto que sin duda pretendía ser maternal—. Tengo entendido que tu madre murió hace varios años.

—Sí. —Luchó contra el impulso de apartar la mano del frío tacto de Amelia.

—Entonces, debe permitirme que la guíe en este asunto. —Bajó la voz de forma conspiratoria—. Los hombres son a veces criaturas tan bestiales.

Madelaine se puso rígida.

—¿Cómo dice?

—No pude evitar fijarme en el coqueteo de su marido con Lady Turnbottom. Por supuesto que es una querida amiga de la familia, pero también es una viuda joven y hermosa. Tales mujeres son, a menudo, irresistibles para los hombres.

—Estoy segura de que Dante solo estaba siendo amable. —Sin duda, el buen Dios la fulminaría por semejante mentira, pero se afeitaría la cabeza antes de admitir ante esta mujer cómo la había herido el comportamiento de Dante.

La duquesa le dio otra palmadita condescendiente en la mano.

—Ahora, querida, los hombres serán hombres. Y tu marido, si se me permite el atrevimiento, es bien conocido por su afecto hacia el sexo débil. Todo lo que una esposa educada de forma gentil puede hacer en una situación como esta es mirar hacia otro lado. —Soltó un suspiro triste—. Por supuesto, él podría haber esperado a que usted llevara casada más de quince días antes de buscarse otra compañía. Pero tal es el camino de un mujeriego, me temo.

—Le agradezco el consejo —dijo Madelaine con rigidez—. Si me disculpa, Alteza, me gustaría refrescarme.

La duquesa asintió.

—Por supuesto, querida. Pídale a la doncella que le muestre el camino.

—Gracias. —Se apresuró a salir de la habitación, muy consciente de la sonrisa satisfecha de Amelia.

La criada la condujo a una habitación de invitados donde podría ocuparse de sus necesidades personales, y luego volvió a marcharse cuando Madelaine le aseguró que podría encontrar el camino de vuelta. En cuanto la sirvienta se hubo marchado, Madelaine se hundió en la silla ante el tocador y contempló su pálido rostro en el espejo.

Ella había sabido que esto podría ocurrir, incluso lo había esperado. Dante era un hombre

de fuertes apetitos y no pasaría mucho tiempo sin una mujer en su cama. Pero, aun así, ella había esperado que a él le importara más su matrimonio que la satisfacción física. Había esperado que él quisiera solucionar sus diferencias, aunque solo fuera por el bien de Adele.

Las lágrimas le escocían los ojos. Maldito fuera. Había esperado que ella le importara, aunque solo fuera un poco. Que él quisiera tener un matrimonio de verdad y una familia de verdad. Sí, era ella quien los separaba, pero si tan solo cediera en esa obsesión por la venganza, si tan solo se encontrara con ella a mitad de camino, entonces quizá aún podrían tener una oportunidad.

Pero no si iba husmeando tras cada mujer atractiva que se le ponía a tiro.

Se apartó del tocador y se paseó por la habitación, con las emociones revueltas, hasta que sintió que podría explotar. Ya era bastante malo que estuviera flirteando con aquella viuda, pero hacerlo delante de su engreída y superior familia... darles la oportunidad de reírse de ella... estaba fuera de lugar.

Ella y Dante tendrían unas palabras esta noche. *Si él* volvía a casa con ella, claro.

La ventana estaba abierta y una brisa tranquilizadora entró en la habitación.

Atraída por los aromas de la noche, Madelaine apartó las cortinas y contempló el jardín que había debajo. El duque de Wilnington era lo bastante rico como para poseer su propia casa en Londres, una mansión tan grandiosa como cualquiera que pudiera encontrarse en Mayfair. La casa incluía unos jardines preciosos, y la fragancia de las rosas llegó hasta ella, combinándose con los olores menos apetecibles de la ciudad. Aun así, el aire nocturno calmó sus nervios crispados. La luna colgaba llena en el cielo como una moneda romana, permitiéndole ver hacia abajo en el jardín. Los bancos de piedra y las estatuas brillaban blancos en la oscuridad, rodeados por las sombras oscuras de los rosales.

De repente, se oyó movimiento bajo ella, y dos hombres aparecieron por uno de los senderos. Se detuvieron cerca de una glorieta en lo que parecía ser una feroz conversación

susurrada. Madelaine se agachó detrás de las cortinas para no ser vista, pero siguió observando la escena de abajo.

Al cabo de unos instantes, uno de los hombres se dio la vuelta y la luz de la luna iluminó su rostro, de modo que ella pudo distinguir claramente los rasgos del duque de Wilnington mientras volvía a entrar en la casa. Ella nunca había visto esa expresión fría y dura en su rostro. Casi parecía como si tuviera dos personalidades, el duque aniñado y otro lado más oscuro. ¿Acaso mostraba una cara falsa al mundo, mientras que tras la juvenil falta de confianza se escondía un individuo más calculador? ¿Por qué haría algo así?

El segundo hombre lo siguió más despacio, y cuando él también atravesó el rayo de luz de la luna, Madelaine reconoció a Samuel.

Se apartó de la ventana, con el ceño fruncido. ¿Por qué merodeaban los dos juntos por el jardín? Se había dado cuenta de que nunca hablaban, aparte de los obligados saludos de cortesía, y había supuesto que el sentido de la propia consecuencia del duque se había sentido ofendido por la presencia del ludópata ilegítimo en su casa. Aun así, Samuel era amigo de Dante y, al parecer, contaba con el apoyo del conde de Adminton, amigo de la duquesa, razón por la que había sido invitado esta noche. Siempre cabía la posibilidad de que Samuel hubiera hecho algún comentario jocoso que ofendiera a Patrick, pero ella prefería pensar que Samuel era más listo que eso. Por mucho que desconfiara del mejor amigo de Dante, tenía que admitir que un hombre así no llegaría muy lejos en la sociedad londinense a menos que fuera muy inteligente. Y un hombre inteligente no ofendería a un duque en su propia casa.

Agradecida de que el rompecabezas la distrajera de su confusión matrimonial, Madelaine dio vueltas a las ideas en su mente mientras regresaba al salón.

Los caballeros se habían unido a las damas cuando ella regresó, y en cuanto puso un pie en la sala, Dante acudió inmediatamente a su lado. Su presencia le devolvió todas las emociones perturbadoras que había estado intentando controlar, y no se atrevió a mirarlo. Su aroma la

mareada y ella sabía que, si abría la boca, empezaría a despotricar como una verdulera.

Lo cogió del brazo por necesidad, apoyando apenas la punta de sus dedos en su manga, y permaneció a su lado para intercambiar cumplidos con los invitados que se acercaban a felicitarla. Al mismo tiempo, observó a los demás en la sala.

Lady Turnbottom observaba a Dante como una persona hambrienta en un banquete. La duquesa parecía divertida, con la malicia brillando en sus ojos azul hielo. Patrick parecía despreocupado, pero ella captó la mirada ocasional que enviaba en dirección a Samuel. Este charlaba cómodamente con el conde de Adminton, aparentemente ajeno a las corrientes emocionales que lo rodeaban.

Y Dante nunca hablaba con Samuel. Con la cabeza dándole vueltas, Madelaine contó los minutos que faltaban para que pudieran partir.

Algo preocupaba a Madelaine.

Cuando la puerta se cerró tras su ayuda de cámara, Dante lanzó una mirada en dirección a la habitación de Madelaine. Apenas le había dirigido la palabra en toda la velada y, cuando habían llegado a casa, se había limitado a desearle, de forma educada, buenas noches y a desaparecer en su alcoba.

Él odiaba cuando ella era cortés. Madelaine despotricaba contra él, lo sermoneaba, coqueteaba con él. *Nunca* hacía algo tan mundano como ser cortés, a menos que estuviera enfadada con él. Estaba claro que algo iba mal.

Aún en mangas de camisa y pantalón de noche, esperó hasta oír salir a la criada. Entonces, fue a abrir la puerta que los comunicaba.

Estaba cerrada.

Se quedó mirando el pestillo de la puerta, la furia subiendo en él como el fuego a la yesca seca.

¿Cómo se atrevía a cerrarle la puerta? ¿No había respetado sus deseos? ¿No había actuado como un caballero y no había tomado lo que por ley le pertenecía? ¿No había intentado seducirla de forma amable en lugar de insistir en sus derechos como marido? ¿Y a cambio ella *lo había dejado fuera?*

Primero la traición de Samuel, y ahora esto. ¿Cuánto podía soportar un hombre cuerdo en un solo día?

Durante un instante enloquecido, luchó contra el impulso de, simplemente, tirar la puerta abajo. Si Madelaine pensaba que podía encerrarlo lejos de ella, ¡que se lo pensara mejor! Pero el ruido haría correr a los criados y, sin duda, la violencia no haría más que alejar a Madelaine de él.

Puede que también hubiese cerrado la puerta del pasillo al salir la criada, pero había otra manera.

Abrió la ventana y se encaramó a la estrecha cornisa. A solo medio metro de donde se encontraba, las cortinas de la habitación de Madelaine ondeaban con la brisa del batiente abierto. De forma ágil, saltó de la repisa de su ventana a la de ella. Luego, se columpió en el interior.

Cuando sus pies golpearon el suelo de su habitación, Madelaine se apartó del espejo del tocador con un grito ahogado. La cruda sorpresa en su rostro lo hizo sonreír, incluso cuando sus deliciosas curvas, envueltas en un ceñido camisón de seda, despertaron su cuerpo a una alerta instantánea.

—Buenas noches, querida.

—¿Qué haces aquí? —Ella miró a su alrededor, cogió un envoltorio y metió los brazos en él—. Fuera, Dante.

—Vaya, vaya ¿es esa la forma de hablarle a tu devoto marido?

—¿Devoto? —se mofó ella.

—Pareces enfadada conmigo, querida. —Se acercó a una silla y tomó asiento, estirando sus largas piernas hacia delante, con una sonrisa simpática en los labios—. ¿Cómo te he ofendido?

Parecía que quería increparle, pero por alguna razón no lo hizo, solo emitió un leve sonido de impaciencia.

—Estoy cansada, Dante. Quiero irme a la cama.

—Métete bajo las sábanas si quieres —dijo él señalando la cama con la cabeza—, pPero que sepas que no me iré hasta que me digas qué te preocupa. *Y por qué cerraste esa puerta.*

Sus últimas palabras salieron casi como un grito, y ella parpadeó inocente.

—¿Lo hice? No lo recuerdo.

Así que quería jugar con él, ¿no? Él se levantó de su asiento, observando con satisfacción cómo tragó saliva nerviosa, antes de que ella lo mirara de forma inocente. ¿No se daba cuenta de que él era un maestro en este tipo de juegos?

—Pisas terreno peligroso, mi dulce esposa. ¿No he sido un buen marido, a pesar de tu negativa a compartir mi cama? ¿No te he alimentado y cobijado y proporcionado, a ti y a nuestra hija, ropa elegante?

—Lo has hecho.

—Entonces, no entiendo por qué estás enfadada conmigo.

—No estoy enfadada. Solo cansada. Por favor, vete, Dante, para que pueda irme a la cama.

—Qué testaruda. —Se acercó a ella despacio, divertido por la forma en la que ella retrocedía ante él—. No hay adonde ir, querida esposa. Tú misma has cerrado las puertas. —Él se rio ante la mirada de asombro de ella.

Ella detuvo su retirada y se mantuvo firme, incluso cuando él llegó a colocarse sobre ella,

abandonando su pretensión de inocencia.

—Las cerraduras no parecen detenerte.

—No hay nada en esta tierra que me aleje de ti, dulce Madelaine. —Le acarició con un dedo el centro del pecho—. Excepto lo que escondas en ese obstinado corazón tuyo.

Ella apartó su mano.

—Ya hemos hablado de esto, Dante.

—No lo suficiente, al parecer. —Él se inclinó más cerca, aspiró el aroma de su pelo—. Dime qué he hecho para ofenderte, mi amor.

—¿Tu *amor?* —Ella lo empujó en el pecho con ambas manos. De hecho, él retrocedió un paso por la sorpresa—. ¿Cómo te atreves a llamarme así después de permitir que esa… Esa fulana flirteara contigo esta noche?

—¿Qué demonios… ¿Estás hablando de Leticia?

—Sí, estoy hablando de *Leticia* —compuso una mímica—. Me senté allí, toda la noche, viéndoos a los dos. Fue repugnante. Si tienes que seguir con ese tipo de mujer, ¡haz el favor de hacerlo fuera de mi vista!

—¿No pensarás que la estaba animando?

—Todo el mundo lo pensaba —dijo con firmeza—. Incluso Su Alteza, la duquesa, lo comentó.

—Te pido disculpas si te he sometido a alguna humillación —dijo él, sinceramente aturdido—. Nunca animé a Leticia.

—Tampoco la desanimaste.

—Tal vez no. Pero soy un hombre, Madelaine, un hombre con una bella esposa a la que no puedo tocar. No puedes esperar que sea ciego y sordo ante el interés de otras mujeres

simplemente porque tú no quieres tenerme.

—No espero tal cosa —dijo ella, con tono gélido—. Solo te pido que no lleves a cabo tus coqueteos en mi presencia. Exijo ese respeto como tu esposa.

—¿Así que puedo llevar a cabo mis coqueteos, *incluso* mis amoríos, mientras no sea en tu presencia?

Ella asintió de forma brusca.

—Exacto.

—Ya veo. —Ella podría haberle atravesado el pecho con un hierro candente y le habría dolido menos. Pensaba que habían estado haciendo progresos. Había estado tan seguro de que ella lo quería, a pesar de las cicatrices.

Sacudido por su rechazo, desgarrado aún por la traición de Samuel, hizo lo único que podía hacer para apaciguar su dañado sentido de la hombría. La tomó en sus brazos y la besó.

Ella forcejeó. Ignoró la culpa que golpeaba su hombro, los maullidos de protesta que salían de su garganta, y estrechó su abrazo. Era su esposa, por Dios, y no lo echaría de su alcoba como a un crío desobediente.

El aroma de la lavanda lo mareó de tanto que la deseaba. Aplastó sus curvas contra su cuerpo hambriento, apretando sus caderas contra las suyas, extendiendo una de sus manos hasta su trasero curvilíneo. Al cabo de un rato, sus forcejeos murieron. Levantó los brazos y le rodeó el cuello. Su boca se abrió bajo la de él y le devolvió el beso.

Su cerebro se apagó a medida que la pasión se encendía cada vez más. Pasó las manos por su espalda, ahuecando y acariciando su suave carne a través de su endeble envoltura y el camisón. La fina seda se impregnó del calor de su cuerpo y fue como no tener nada entre ellos.

Él apartó su boca de la de ella por un instante, jadeando, pero entonces ella le agarró la cabeza con sus dos manos y lo trajo de vuelta para darle otro beso caliente y desesperado.

Ahora ella emitía ruidos en la garganta, gemidos llenos de necesidad, de un ansia de la que él se hacía eco con sus propios sonidos apasionados. Ella frotó su cuerpo contra él, enredó los dedos en su pelo, metió su muslo entre ellos suyos para apoyarse contra su erección, dura como una roca.

Él le acarició el cuello, le besó el hombro, enterró la cara entre sus pechos.

—Dios mío, sí —susurró ella—. Tócame, Dante.

Su nombre en sus labios rompió cualquier contención que pudiera quedarle. Sus pezones excitados casi asomaban a través de la seda, y él tomó uno en su boca, justo a través de la bata, apretando su otro pecho contra su palma. Ella dejó caer la cabeza hacia atrás con un gemido bajo y codicioso, sus manos sujetándole la cabeza, animándolo en silencio.

Él mordisqueó y chupó a través de la seda, humedeciéndola hasta hacerla casi transparente. Pero incluso eso resultó ser demasiada barrera entre él y la piel de ella. Sus manos temblaban de un deseo casi paralizante mientras pasaba la bata por sus brazos hasta quitársela. Luego, volvió su atención al camisón.

Madelaine buscó ansiosa su camisa, sacándola de la cintura de sus pantalones.

Sus cicatrices. Maldición, pero no quería que ella volviera a sentir asco. Terminó de quitarle el camisón, dejándolo caer en un charco alrededor de sus pies y dejándola desnuda ante él. Atrapó sus pequeñas manos entre las suyas justo cuando se aventuraban bajo su camisa, buscando la piel de su pecho.

Ella lo miró, con una pregunta silenciosa, pero él no quiso responder. Todo lo que quería era a ella. Saber de una vez por todas que la magia que una vez hubo entre ellos aún existía. Que había alguna esperanza para esta parodia de matrimonio.

La levantó en brazos y la llevó a la cama. Vio la alarma parpadear en sus facciones y se inclinó para besarla antes de que ella pudiera recordar sus principios. Antes de que pudiera

recordar que había jurado no acostarse con él.

Ella se relajó contra las almohadas mientras él la besaba con toda la habilidad que poseía, acariciando con sus manos su piel suave y perfumada. Su cuerpo había cambiado con el nacimiento de su hija, se había hecho más femenino, más redondo en las caderas y el pecho. Líneas plateadas recorrían su vientre, un recordatorio de que había dado a luz a una niña. Su hija. Cómo deseaba haber podido ver cómo cambiaba su cuerpo, ver su vientre crecer. Ver lo hermosa que se habría vuelto.

Se inclinó y rozó con los labios esas líneas apenas visibles, haciéndola jadear. Ella levantó las caderas en una silenciosa invitación. Pero él, en cambio, arrastró su boca hacia arriba, posándose una vez más en sus pechos.

Sus pezones reclamaron su atención, y él la aplicó con profusión, burlándose de los sensibles nódulos con los dientes y la lengua. Ella gimió su nombre, arqueó la espalda, lo maldijo, incluso, sobre todo cuando él insistió en tomarse su tiempo para adorar sus pechos. Finalmente, cuando ella casi le había arrancado el pelo de la cabeza, él se dirigió a su boca.

La besó de forma perezosa, sin especial prisa por acabar, aunque su cuerpo palpitaba por la frustración de la abstinencia. Profundizó el beso poco a poco, jugando con ella, rozando su lengua con la suya, para luego retirarse. Mordisqueando su labio inferior. Cogiéndole la cabeza con las manos y manteniéndola quieta para poder saquearle la boca a su antojo.

El sudor humedeció su piel. Más de una vez, ella tiró de su camisa, como si estuviera desesperada por arrancarla de su cuerpo. Cada vez que hacía eso, él la distraía, soplando sus pezones, humedecidos por el beso, mordisqueando una parte sensible de su cuello.

Deslizó una mano entre sus muslos. Estaba caliente y húmeda, esperándolo. Ella emitió un suave grito cuando él tocó sus sensibles pliegues, sus piernas cayeron abiertas sobre el colchón para darle mejor acceso. La acarició con dedos hábiles, presionando con besos su vientre o sus dedos o sus pechos o su boca. Donde se le antojara.

Finalmente, se movió y le dio el beso que ambos ansiaban.

Ella gritó al primer contacto de su boca, sus manos buscaron y encontraron la cabeza de él entre sus muslos mientras él la complacía de forma íntima. Sus dedos se enroscaron en el pelo de él, como si necesitara aferrarse a algo.

A cualquier cosa.

Le cogió las nalgas con las manos y la levantó para poder alcanzar mejor su objetivo. Con cada pasada de su lengua, ella se estremecía, emitiendo suaves e incomprensibles sonidos de deseo. Estaba tan excitada que el clímax no tardó en desgarrarla. Casi gritó con él, apretando los dedos en su pelo y los muslos alrededor de su cabeza. Luego, se quedó flácida.

Volvió a sentarse sobre sus rodillas. Ahora podía tenerla, y ella no se lo negaría. Su piel, dulce y femenina, le hacía señas, y su cuerpo respondió, su polla crispándose ante la mera idea de deslizarse dentro de aquella cavidad cálida y acogedora. Ella no diría que no esta noche. Pero, ¿qué diría mañana?

Nada estaba decidido. Él lo sabía. Pero, al menos, había aprendido que ella aún lo deseaba. Que la pasión seguía ahí, si es que alguna vez podían resolver sus diferencias.

Se puso en pie con un suspiro. La lujuria corría por sus venas y tensaba cada uno de sus músculos hasta casi el dolor. Pero no permitiría que ella lo acusara de haberla forzado. Era lo más difícil que había hecho nunca, pero le dio la espalda a toda aquella suculenta y excitada piel femenina.

Madelaine Se apoyó en los codos mientras él abría la puerta que separaba sus habitaciones. El chasquido la sorprendió en el silencio de la estancia.

—¿Dante? ¿Adónde vas?

—A la cama. —Ni siquiera se atrevió a mirarla para no perder la determinación—. Buenas noches.

Cruzó la puerta y la cerró tras de sí, resignado a una noche de sueños burlones y autosatisfacción.

Capítulo 17

No sabía cómo podría enfrentarse a Dante. Madelaine se acercó despacio a la sala del desayuno con la esperanza de que, tal vez, su marido ya hubiera comido y se hubiera marchado para ocuparse de sus asuntos. No sabía cómo podría mirarlo tranquilamente al otro lado de la mesa del desayuno después de los acontecimientos de la noche anterior.

Un rubor calentó su rostro al recordarlo. Después de toda su charla sobre principios, después de sus arpías acusaciones con respecto a lady Turnbottom, todo lo que Dante tuvo que hacer fue tocarla y ella cayó jadeante en sus brazos como la más vergonzosa de las libertinas.

¿Se reiría de ella esta mañana? ¿O sonreiría con suficiencia y no diría nada? La había complacido bien, y ambos lo sabían. Se preguntó por qué no había terminado lo que había empezado, aunque ella estaba agradecida por ello. Si le hubiera hecho el amor por completo, no habría forma de que ella pudiera seguir resistiéndose a él.

La suerte no estaba con ella. Cuando se asomó a la sala del desayuno, su marido estaba sentado a la mesa con un plato lleno de huevos y salchichas delante, leyendo el periódico. Observó cómo alargaba la mano para llevarse la taza de café a los labios, sin apartar los ojos de la página.

Tal vez debería pedir que le enviaran una bandeja a su habitación. Pero no, tal acción sería una cobardía y Dante sabría que estaba nerviosa por enfrentarse a él. Tras respirar hondo, entró

en la habitación.

—Buenos días, Dante.

—Buenos días —respondió él, sin apartar la vista de su periódico.

Ella esperó a ver si decía algo más, pero cuando él continuó leyendo como si ella no existiera, se acercó al aparador y se sirvió algo de desayuno.

—¿Hay algo de interés en las noticias de hoy?

—Lady Fripley ha enganchado al conde de Walton para que se case con su hija Amelia —dijo él sin siquiera mirarla—. La boda será al final de la temporada.

—Qué bien. —Se sentó a la mesa, perdida. Sabía cómo tratar con Dante cuando se enfadaba. Sabía cómo lidiar con su sarcasmo, con su seducción, pero no sabía cómo manejar a este hombre que apenas la miraba—. ¿Estás enfadado conmigo, Dante?

Él la miró.

—¿Debería estarlo?

El calor subió a sus mejillas.

—Pensé que estarías enfadado por mi comportamiento de anoche. No sé qué me pasó. Solo puedo disculparme.

Dobló el periódico y lo dejó sobre la mesa junto a su taza.

—Supongo que te refieres a tus comentarios sobre Lady Turnbottom.

—Sí.

—¿Entonces no pretendías dar a entender que estabas celosa?

—Por supuesto que... ¿Qué quiere decir con *celosa?* Simplemente, te pedí el respeto mínimo que me corresponde como tu esposa.

Levantó una mano.

—Cálmate, Madelaine. Solo intento aclarar qué es lo que sientes.

—Siento haber cerrado la puerta, para empezar.

—Ah. —Le dirigió una mirada intensa que desmentía su actitud tranquila—. Admito que eso provocó mi mal genio. Pero no fue enteramente culpa suya. Tenía… Otras cosas en la cabeza.

—Ya veo. —Su corazón se hundió. Sin duda había estado pensando en la bella y complaciente Leticia. Se llevó un tenedor de huevos a la boca, sin saborear nada.

—No es lo que piensas. —Golpeó la mesa con la mano, con expresión pensativa—. Me había enterado de algo angustioso a primera hora del día, y me temo que fuiste tú la que se llevó la peor parte de mi mal genio. Perdóname.

—Creo que compensaste cualquier mal comportamiento —susurró ella, y luego carraspeó cuando su mirada se calentó con el recuerdo compartido—. Supongo que esta angustiosa noticia tiene que ver con Samuel, ¿no?

Él parpadeó sorprendido, la pasión desvaneciéndose.

—¿Cómo lo sabes?

—Apenas hablaste con él en la cena. Me dijiste que habíais tenido un desacuerdo.

—Y así fue. —Dio un suspiro cansado—. Descubrí que Samuel fue quien te escribió esa nota.

—¿Qué? —Sorprendida, dejó caer el tenedor, que repiqueteó contra su plato—. ¿Por qué?

Él vaciló, observándola con esos ojos oscuros e ilegibles.

—Por lo que tengo entendido, estaba preocupado por su sustento después de que yo volviera de Cornualles.

—Después de que tú y yo…

—Sí .—Su sonrisa íntima la calentó como una caricia—. Después de nuestras tres noches juntos.

—¿Por qué estaba preocupado? —Su voz sonaba extraña. Entrecortada. Coqueta, incluso.

Él le dirigió una mirada irónica.

—Al parecer, me convertí en una especie de ermitaño. Samuel dependía de mí para entrar en los mejores eventos sociales y así poder jugar con la alta alcurnia. Así es como se gana la vida.

—Soy muy consciente de ello. Si recuerdas, ganó una suma considerable de mi padre.

—Efectivamente. —Por una vez, la mención de su padre no trajo esa expresión melancólica a su rostro—. En cualquier caso, encontró la nota que me habías escrito antes de que yo la abriera. Al parecer, temía que una vez que supiera que estabas embarazada, me fuera corriendo a Cornualles a buscarte, lo que no entraba en sus planes.

—¿Y lo habrías hecho?

—Por supuesto. —Alzó las cejas como si la respuesta debiera de haber sido obvia—. Me secuestraron aquella noche, pero me casé contigo en cuanto pude.

—No creo que fuera tan sencillo. —Volvió su mente al enigma que le suponía Samuel Hellman—. Dante, ¿crees que Samuel tuvo algo que ver con tu secuestro?

Él entrecerró los ojos.

—Lo dudo. Estábamos juntos aquella noche. Él también fue asaltado, pero logró escapar.

—O se lo permitieron.

—Eso no significa que ayudara a alguien a intentar acabar conmigo. —Se inclinó hacia delante—. —Yo fui la entrada de Samuel en la sociedad, ¿recuerdas? Fui su llave para

sobrevivir.

—Parece que le ha ido bastante bien estos últimos cinco años sin ti.

—Samuel y yo hemos estado el uno para el toro durante años. Él actuó por desesperación, por su propio sustento al escribirte esa carta, pero no puedo creer que realmente intentara matarme.

—Tú mismo dijiste que, quienquiera que hubiese organizado esto, debía tener bolsillos llenos. Anoche fui testigo de cómo Samuel y el duque se reunían en el jardín.

—¿Patrick? ¿Ahora crees que Patrick estuvo involucrado? —Soltó una risa áspera—. Acusarías a cualquiera para hacerme ceder con respecto a tu padre.

—No estamos hablando de mi familia, sino de la tuya. Te estoy diciendo que consideres a Patrick como sospechoso. Tiene algún tipo de rencor contra ti, si mal no recuerdo.

—Un incidente insignificante que ocurrió hace mucho tiempo.

—¿Hace cuánto?

—Casi seis años... —Él la fulminó con la mirada. —No, no tienes ni idea. ¡No acusarás a mi hermanastro de intentar matarme por una riña insignificante!

—La disputa no parece que le sea insignificante a Patrick, ya que sigue sacándola a colación años después —señaló ella—. Tu hermano es joven, y se parece lo suficiente a ti como para albergar rencor.

—¿Qué quieres decir con que se parece a mí lo suficiente? Patrick y yo somos tan diferentes como el día y la noche.

—Falso —se burló ella—. Ambos poseéis el mismo orgullo testarudo y temperamento rápido.

—Eres tonta —pronunció con el ceño fruncido.

—Dante, compartís el mismo padre. Por supuesto que ambos tendréis algunas características iguales.

—Si Patrick es tan parecido a mí, entonces no traicionaría a su hermano.

Suspiró exasperada.

—Parece mucho más probable que mi padre organizara la escritura desde Cornualles. ¿Tienes que tener siempre razón, Dante? ¿Nunca puedes ampliar tu mente para incluir las opiniones de los demás?—

—Tu opinión es que tu padre es inocente.

—No tienes pruebas de la culpabilidad de mi padre y te niegas a ver lo que tienes delante de tus narices. —Ella marcó con los dedos—. Samuel escribió la nota. Samuel estaba contigo cuando te atacaron, pero escapó. Contrariamente a tu creencia de que te necesita, Samuel ha sido capaz de sobrevivir sin ti estos últimos cinco años. Y está claro que Samuel tiene alguna conexión con tu hermanastro, que tiene tanto rencor contra ti que tiene el suficiente dinero con el que poder orquestarlo todo.

—Samuel es más mi hermano de lo que nunca fue Patrick.

—¿Cómo puedes defenderlo? —,gritó ella, levantándose—. Sabes con certeza que él es el responsable del acto que dejó a Adele ilegítima. Si no hubiera interceptado la carta que te envié, si no hubiera escrito esa cruel respuesta, habrías venido a Cornualles. Nunca habrías salido con Samuel y nunca habrías sido secuestrado.

Dante levantó su mirada torturada hacia la de ella.

—Soy muy consciente de lo que ha hecho. Odio lo que ha hecho, especialmente la parte que implica a Adele, y tengo la intención de hacerle pagar por ello. Pero hemos compartido tanto. No puedo creer que intentara hacerme daño.

Dejó escapar un lento suspiro.

—No dejas de acusarme de tener una lealtad ciega, Dante, pero tú sufres de la misma aflicción.

Echó hacia atrás su silla.

—Ya he oído bastante.

—¿Adónde vas? —le preguntó mientras pasaba a su lado.

—Fuera. —Se burló—. No me esperes esta noche, esposa. —Luego, salió furioso de la habitación, dejándola sola.

Dante caminaba a grandes zancadas por la calle sin apenas notar cómo la gente se apartaba de su camino. No le importaba adónde iba; caminaba para descargar la frustración de su discusión con Madelaine. Sus emociones enmarañadas casi lo ahogaban.

Ella tenía razón. No quería admitirlo, quería fingir que todo estaba bien, pero su mente lógica no le dejaría negar lo evidente durante mucho más tiempo. Todas las piezas encajaban.

Samuel había interceptado la carta y se había asegurado de que Dante nunca se enterara de lo de Adele, dejándola nacer fuera del matrimonio. Solo por eso, debía sospechar de Samuel. Y Madelaine tenía razón cuando señalaba que Samuel se las había arreglado bastante bien estos últimos años mientras Dante se esclavizaba en el infierno bajo la crueldad de Sledge. ¿Cómo lo había conseguido? Había dicho algo de que Adminton lo apadrinaba.

Adminton, que era amigo de los Wilnington. Y Madelaine había visto a Patrick y a Samuel discutiendo por algo. ¿Podría haber sido por él su disputa? Desde luego, Patrick tenía la contundencia, y el motivo, para deshacerse de un hermano no deseado.

Dante nunca había tenido nada en contra de Patrick; incluso de niño, su hermanastro había parecido bastante amable, solo que estaba envenenado por el odio de su madre hacia Dante. Luego, había llegado aquel incidente de hacía casi seis años, cuando Patrick tenía diecinueve. ¿Había desarrollado entonces el joven duque tal aversión por Dante que había dispuesto su

desaparición?

No quería considerar esa posibilidad, pero sabía que tenía que hacerlo.

Alguien gritó. Sacudido por sus pensamientos, Dante miró alrededor de la bulliciosa calle, buscando la fuente del grito. Un estruendo llegó a sus oídos. Miró detrás de él justo a tiempo para ver un caballo desbocado que se le echaba encima. Ningún conductor manejaba las riendas, que aleteaban inútilmente tras los atronadores cascos del caballo de ojos salvajes. La gente se apartó del camino, chillando.

No tuvo tiempo de pensar. Se lanzó sobre el puesto de un frutero justo cuando el caballo pasaba por el lugar donde había estado de pie. Las ruedas golpearon el bordillo de la pasarela y el carruaje volcó, frenando la estampida del caballo. Dante se levantó del puesto de fruta derrumbado, arrancándose la fruta aplastada de la ropa mientras dos conductores de otras calesas cercanas conseguían controlar al caballo, que se había escapado antes de que nadie resultara herido.

—Estuvo cerca, desde luego —dijo el anciano frutero, sacudiendo la cabeza ante el caballo volcado—. Casi acabáis como esas manzanas de ahí.

—Es cierto. —Dante echó un vistazo a las manzanas destrozadas y arrojó algunas monedas al anciano, que ágilmente las cogió del aire—. Esto debería compensarle por los daños sufridos en su local. Mis disculpas por el desorden.

El anciano dio las gracias mientras Dante se alejaba, todavía limpiando la pulpa de fruta de sus pantalones de Bond Street.

Madelaine bajó las escaleras, poniéndose los guantes mientras avanzaba. Había reunido los proyectos de bordado terminados y estaba ansiosa por vender las piezas y enviar algo de dinero a la señora Baines para el cuidado de su padre. Elton salió a su encuentro cuando llegaba al último escalón.

—Voy a dar un paseo, Elton.

—Muy bien, señora. —Antes de que ella pudiera alejarse, él añadió—: Hay dos caballeros que quieren verla, el señor Curtis y el señor Whigby. Los he llevado al salón azul.

—¿El señor Curtis y el señor Whigby? No conozco a tales caballeros.

—¿Los acompaño fuera, entonces?

—No —dijo ella tras pensarlo—. Veré lo que quieren.

—Muy bien, señora. —Hizo una reverencia y se marchó.

Cuando Madelaine entró en el salón azul, dos caballeros se levantaron de sus asientos.

Uno era alto y delgado, con el pelo negro plateado muy corto. El otro era más bajo y corpulento, y apenas tenía pelo. Ambos vestían trajes impecablemente confeccionados a la última moda.

—Caballeros, soy la señora Tremont. ¿En qué puedo ayudarles?

Los dos hombres se inclinaron.

—Perdone la intromisión en su luna de miel, señora Tremont —dijo el hombre calvo—. Soy Marcus Whigby, este es el señor Curtis. Hemos venido a tratar un asunto de negocios con usted.

—¿Conmigo? —Completamente desconcertada, miró de uno a otro—. Me temo que no entiendo, caballeros. Tal vez quieran hablar con mi marido.

—No, señora. Queremos hablar con usted —,dijo el hombre más alto con una voz sorprendentemente grave—. Estamos aquí para discutir algunas de las obligaciones financieras de su padre.

Un frío temor se extendió sobre ella.

—¿Le ha pasado algo a mi padre?

—¡En absoluto! —El regordete señor Whigby sonrió, pero ella notó que esta nunca llegó a sus ojos—. Somos viejos amigos de su padre. Lo visitamos en Cornualles, pero... bueno, estoy seguro de que comprende la situación. Como el barón está incapacitado, nos dirigimos a usted en relación con este asunto.

—¿Qué asunto en concreto? —,susurró ella.

Los dos hombres se miraron y luego el señor Whigby dijo:

—El asunto de las deudas de su padre.

—Sus deudas. —Ella se hundió en una silla cercana y los dos hombres la siguieron—. ¿Qué pasa con ellas?

—Estoy seguro de que sabe que su padre contrajo bastantes deudas en las mesas de juego —dijo Whigby—. Algunas de ellas con el señor Curtis y conmigo mismo. La suma está muy vencida.

—Y hemos venido a cobrar —añadió Curtis.

—Ya veo. —Tragó con fuerza, pasando el nudo que tenía en la garganta—. ¿Cuánto es?

—Mil libras. Eso con intereses, por supuesto. —Levantó varias hojas de papel que ella reconoció como marcadores de apuestas. Cada una de ellas llevaba el garabato distintivo de su padre.

—Por supuesto. —El pánico gritó en su mente, pero mantuvo la calma en su expresión—. Se da cuenta de que no tengo semejante suma aquí en casa.

—Por supuesto que no. —Whigby sonrió—. Pero como te has casado con un hombre rico.

—Desde luego. —Ella se obligó a devolverle la sonrisa—. ¿Me dejará su dirección, señor Whigby, para que pueda enviarle los fondos?

Whigby y Curtis intercambiaron una rápida mirada.

—Es mejor que volvamos, digamos, dentro de tres días. ¿Le parece bien?

—Tendrá que serlo, ¿no? —Con la sonrisa rígida aún en su rostro, se levantó, obligando a ambos hombres a ponerse también en pie—. Ahora si me disculpan, caballeros, tengo una cita.

Ambos hombres hicieron una reverencia y se dirigieron hacia la puerta, con Madelaine tras ellos. Justo antes de salir del salón, el señor Whigby miró de nuevo a Madelaine.

—Tiene una hija, ¿verdad, señora Tremont?

Ella se paró en seco, alarmada por algo en su tono de voz.

—La tengo.

—Los niños son tan preciosos. Es una tragedia cuando les pasa algo. —Whigby le sostuvo la mirada durante un largo momento—. Tres días, señora Tremont. —Luego, siguió al señor Curtis a la salida.

El miedo la dejó clavada en el sitio. Acababan de amenazar a Adele. A pesar de sus modales educados y sus trajes bien confeccionados, el señor Whigby y el señor Curtis eran, claramente, unos criminales. Sabía, sin lugar a dudas, que harían daño a Adele si no producía mil libras en tres días. Pero ¿de dónde sacaría ella una suma tan grande?

Recordó las piezas de bordado que había estado a punto de vender. Tendría que hacer más. Muchas más. Tanto para el cuidado de su padre como para sus deudas.

Frenética, se apresuró a subir las escaleras y a entrar en su cuarto de costura. Tendría que empezar enseguida para completar todos los proyectos necesarios. Sacó su aro y seleccionó un trozo de tela. Sí, preciosa. Ahora el hilo. ¿Dónde estaba el maldito hilo?

Lo encontró y se sentó en su silla, con la aguja en la mano. Intentó enhebrarla, pero sus guantes se lo impedían. Impaciente, se los quitó y los tiró a un lado, luego intentó pasar el hilo una vez más por el ojo de la aguja, pero sus dedos temblaban demasiado.

Tenía que controlar sus emociones. Bajó las manos, cerró los ojos y respiró hondo, pero lo único que podía ver era la cara del señor Whigby mientras amenazaba sutilmente a Adele. Mil libras. Dios mío, ¿cómo era posible que acumulara semejante suma en tres días?

Aún necesitaba enviar dinero a la señora Baines, pero ahora debía primero pagar a esos criminales a los que su padre debía dinero. ¿Y si había más? Dio un grito ahogado al darse cuenta de la posibilidad. Era muy concebible que hubiera más hombres ahí fuera reteniendo a los vocales de su padre. Ella no podría coser lo suficientemente rápido para satisfacerlos a todos.

—Papá, ¿cómo has podido? —susurró, con las lágrimas escociéndole los ojos. Quería mucho a su padre, pero por primera vez se enfrentó al hecho de que no había sido tan buen padre como debería haber sido. Su juego incesante era casi una enfermedad; había sido incapaz de parar. Había jugado constantemente a las mesas, incluso cuando apenas tenían para comer. No había tenido en cuenta el efecto que su juego descontrolado tendría en su familia.

¿Cuántas veces se había visto obligada a buscar fondos para mantener el hogar? Desde que su madre había muerto cuando ella tenía quince años, había estado limpiando los desaguisados financieros de su padre. Y ni una sola vez había mostrado arrepentimiento. Ni una sola vez había reconocido lo hábilmente que su hija mantenía a la familia a flote a pesar de sus perjudiciales pérdidas en las mesas. Incluso cuando se había enterado de que ella se había metido en la cama de Dante para salvarlo, no había apreciado su sacrificio. En lugar de eso, había ido a retar a Dante a un duelo y a arriesgar su vida de nuevo.

Gracias a Dios, Dante había tenido el honor de no aceptar el desafío de su padre. Ella siempre estaría agradecida con él por tomarse tan a pecho su pacto. El tiempo que habían pasado juntos le había traído a Adele.

Dejó caer la aguja y se tapó la cara entre las manos. No podía permitir que le pasara nada a Adele. Este problema era mayor de lo que ella podía manejar con un simple bordado. ¿Qué iba a impedir que otros siguieran los pasos de Whigby?

Tendría que decírselo a Dante.

No le entusiasmaba la idea, sobre todo después de su discusión de aquella mañana. Sabía que él pensaba que su padre era culpable de algo más que de un juego incontrolado, pero no tenía elección. El bienestar de Adele estaba en juego.

Podía contar con Dante para proteger a su hija.

Mientras el miedo crecía como una ola oceánica en su interior, Madelaine cedió a su desesperación y sollozó.

Cuando Dante regresó a la casa, Elton lo recibió en la puerta. Siendo uno de los mejores mayordomos de Londres, Elton no mostró ninguna sorpresa ante el aspecto desaliñado de su amo, se limitó a mantener la puerta abierta y preguntó:

—¿Hago llamar a Stokes, señor?

—Por supuesto. Solo espero que no haga sonar una campanilla sobre mi cabeza por el estado de mi ropa.

—Desde luego, señor. —Elton cerró la puerta—. La señora Tremont tuvo visitas hoy.

Dante se detuvo en su camino hacia la escalera. La forma en que el mayordomo pronunció la palabra «visitas», le daba a entender que era algo un tanto siniestro.

—¿Qué clase de visitas, Elton?

—Dos caballeros, señor. Un tal señor Whigby y un tal señor Curtis.

—¿Whigby? ¿Qué quería ese viejo réprobo de mi mujer?

—No lo sé, señor. —El rostro de Elton permaneció impasible—. —Sin embargo, la señora Tremont parecía muy angustiada después de su visita.

—¿Ah, sí? —¿Qué demonios quería un prestamista como Whigby de Madelaine? El hombre frecuentaba los peores infiernos de juego de Londres, prestando dinero a pobres

imbéciles que eran demasiado tontos para alejarse de las mesas cuando les cambiaba la suerte. A pichones demasiado insensatos para darse cuenta de que estaban completamente acabados…

Por supuesto. El barón.

—Elton, ¿dónde está mi mujer?

—Se ha retirado a su habitación, señor.

—Bien. Deje que calme sus nervios mientras me ocupo de esto. Envíe un lacayo a las habitaciones del señor Whigby. Mi secretaria tendrá la dirección. Dígale que se presente aquí dentro de una hora. Y asegúrese de que entiende que esto no es una petición.

—Muy bien, señor. —El más mínimo rastro de una sonrisa relampagueó en los labios de Elton, y luego se desvaneció como si nunca hubiera existido. Se volvió para llamar a un lacayo.

Dante subió las escaleras a la carrera, con la furia ardiendo en su interior. Aquel malnacido de Whigby había venido a su casa y acosado a su esposa por el dinero que le debía su padre, no le cabía la menor duda. Al parecer, Whigby tenía ganas de morir.

Entró en su habitación, llamando a gritos a Stokes mientras se despojaba de su abrigo manchado de fruta. Cuando apareció el ayuda de cámara, Dante hizo a un lado la consternación del hombre por el estado de su ropa.

—Rápido, Stokes. Espero a un invitado dentro de una hora.

El ayuda de cámara entró en acción de un salto, tendiendo un nuevo traje a su amo.

Dante se tiró de la corbata y se desabrochó el chaleco, con rabia en cada movimiento. Cualquier banquero respetable se habría dirigido al marido de una dama para reclamarle los fondos que le debía, no habría aterrorizado a una mujer en su propio salón. Pero Whigby estaba lejos de ser respetable.

Y aprendería por las malas a no volver a molestar a la esposa de Dante Tremont.

Capítulo 18

Dante estaba esperando cuando llegó Marcus Whigby. Tras haberse puesto un abrigo y unos pantalones negros elegantemente confeccionados, acentuados con un chaleco verde botella y un corbatón blanco, se sentó detrás de su escritorio y se puso a leer la correspondencia relativa a sus más recientes inversiones. Apenas levantó la vista cuando anunciaron a Whigby.

—Siéntese, Whigby. Estaré con usted en un momento. —Con el rabillo del ojo, saboreó la expresión recelosa de Whigby. Era evidente que el prestamista no esperaba tener noticias de Dante tan pronto, si es que las tenía. Dante siguió leyendo sus papeles durante otros cinco minutos más o menos, luego los dejó bruscamente en el suelo y dedicó a su invitado la sonrisa de dientes descubiertos que había hecho temblar a los piratas—. Le agradezco que haya venido, Whigby. Tengo entendido que hoy ha hecho una visita a mi esposa.

—Ah… Sí, lo hice. Asunto de negocios.

—¿En serio? —Dante apretó los dedos—. ¿Lo normal no es discutir asuntos de negocios con el marido de una dama?

El corpulento hombre se retorció.

—Me habían dado a entender que usted no estaría interesado en este asunto en particular.

—Qué curioso. Me interesa todo lo que tenga que ver con mi esposa, Whigby. *Todo.*

—Lo entiendo. —Whigby esbozó una débil sonrisa—. Le pido disculpas, Tremont, si lo he ofendido.

—Oh, me has ofendido, Whigby. En gran medida. Estoy pensando en llamarle la atención.

El hombre palideció.

—A ver, Tremont, no hay necesidad de eso.

—A menos —continuó Dante en el mismo tono sedoso—, que me diga por qué se atrevió a venir aquí a acosar a mi mujer y por qué pensó que no me interesaría el asunto.

Whigby sacó un pañuelo y se secó la frente sudada.

—Las malas lenguas dicen que se ha peleado con su suegro, y como es su deuda la que he venido a cobrar…

—Ah, mi suegro. Pensaron que, como he discutido con el barón Bellingham, tendría más sentido enfrentarse a mi esposa por
el asunto.

—Sí, exactamente.

—Pensó mal. —Dante ya no intentó ocultar su ira—. Tú, Whigby, entraste en mi casa y molestaste a mi esposa por un asunto que puede tratarse de forma más expeditiva entre los dos. No hay excusa que puedas dar para absolverte.

Whigby retorció el pañuelo entre sus dedos.

—Acabo de hablar con la señora. Solo le expliqué que su padre tenía una deuda conmigo. No la lastimé…

—La disgustaste, Whigby, y no toleraré que nadie disguste a mi esposa. ¿Cuánto te debe Bellingham?

—Unas... mil libras.

Dante abrió el cajón de su escritorio y sacó el giro bancario que había metido allí. Con unos rápidos garabatos, asignó mil libras a Marcus Whigby. Luego, empujó el papel a través del escritorio.

—Aquí tienes tu dinero, Whigby. Será mejor que no te vuelva a pillar cerca de mi familia.

Whigby cogió el papel, lo escaneó rápidamente y luego se lo guardó en el bolsillo del abrigo.

—Gracias, Tremont. Considérelo pagado en su totalidad.

—Tendré su firma en él. —Dante empujó otro papel hacia el prestamista. Whigby lo miró entrecerrando los ojos—. Es un acuerdo que dice que te he pagado la deuda de Bellingham y que no tienes más reclamaciones sobre el barón. Fírmalo.

—Por supuesto. —Whigby firmó el papel y se lo devolvió a Dante, que lo metió en el cajón de su escritorio. Luego lo cerró con llave—. Ha sido un placer hacer negocios con usted, Tremont —dijo Whigby, alejándose—. Dele recuerdos a su esposa.

Dante salió de detrás del escritorio tan deprisa que el prestamista retrocedió un paso sorprendido. Luego, giró y corrió hacia la puerta. Dante lo siguió a un paso más pausado.

—Escúchame, Whigby —dijo Dante en un tono bajo y amenazador mientras el otro hombre buscaba a tientas el pestillo de la puerta—. Si vuelvo a saber de ti cerca de mi esposa, tus días llegarán a un abrupto y doloroso final. ¿Me entiendes?

—S-sí. —Whigby consiguió finalmente abrir la puerta.

Dante siguió al hombre fuera de su estudio.

—Y dile a tus socios que cualquiera que acose a mi esposa o a cualquier miembro de mi familia tendrá su vida en mis manos.

Whigby no contestó, se limitó a recoger su sombrero de manos de Elton, que lo esperaba

en la puerta, y escapó de la casa con toda la rapidez posible. Divertido, Dante volvió hacia su estudio, pero un movimiento en la escalera llamó su atención. Madelaine estaba allí de pie, con la boca abierta.

Él sonrió.

—Buenas tardes, querida. ¿Me buscabas? —¿Buenas tardes? ¿Eso era todo lo que tenía que decir?

Madelaine se quedó mirando a su marido, apenas capaz de creer lo que acababa de presenciar. Había venido a contarle la visita de Marcus Whigby aquella tarde. De hecho, temía contárselo. ¡Pero, al parecer, él ya se había ocupado del asunto!

Dante llegó al pie de la escalera, su expresión se suavizó.

—Todo está bien, Madelaine —dijo suavemente—. Todo está arreglado.

—¿Le pagaste?

Empezó a subir las escaleras.

—Sí, lo hice. Ya no tienes que preocuparte por él.

—¿Pero qué pasa con Adele? —A pesar de su serenidad, la voz estaba teñida de pánico de pánico. —Dios mío, Dante, amenazó con hacerle daño a Adele.

—¿Lo hizo? —Una luz peligrosa apareció en sus ojos—. Nadie va a hacerle daño a Adele. Me encargaré de ello.

—Pero puede haber más. —Ella se agarró a su brazo cuando la alcanzó en las escaleras—. Dante, no se sabe a cuántos hombres debe mi padre dinero. Estaba loco por el juego.

—Y si hay más, yo pagaré las deudas. —Con suavidad, le pasó un pulgar por la mejilla—. Has estado llorando.

—Estaba tan asustada…

Una sonrisa tranquilizadora curvó sus labios.

—Tengo mucho dinero, Madelaine, y pagar las deudas de juego de tu padre es un precio bastante pequeño para tu tranquilidad. No quiero que te preocupes más por ello.

—No puedo comprenderlo. Odias a mi padre.

—Pero no lo odio. Y no odio a Adele.

Cerró los ojos mientras el terror se apoderaba de ella y la dejaba temblando.

—Dios mío, Dante, cuando dijo eso de Adele, no supe qué hacer. Entonces me di cuenta de que tenía que decírtelo. —La estrechó entre sus brazos y ella se aferró a él agradecida, apretando la cara contra su abrigo—. Iba a decírtelo, pero ya te habías ocupado del asunto.

—Qué oportuno por mi parte. —Le inclinó la cara hacia la suya—. Escúchame bien, Madelaine. Nadie os hará nunca daño ni a ti ni a Adele. No mientras yo respire.

Ella miró fijamente su expresión resuelta, sus serios ojos oscuros.

—Te creo.

—Bien. —Le dio la vuelta con suavidad, le pasó el brazo por la cintura y la guio escaleras arriba—. Asignaré a un hombre para que vigile a Adele y a su institutriz en todo momento si eso te tranquiliza, pero no creo que tengamos más dificultades. Lo único que estos hombres quieren, en realidad, es el dinero que se les debe. Una vez que se les paga, no vuelven.

Llegaron al rellano, y ella ya había recuperado la compostura lo suficiente como para dedicarle una sonrisa temblorosa.

—Pareces bastante familiarizado con tales manejos turbios.

—Los resultados de mi malgastada juventud. He tenido tratos desafortunados con los elementos oscuros de Londres antes. —Se rio entre dientes—. Por otro lado, ellos también han tenido tratos conmigo y no se atrever a despertar mi ira.

—No lo dudo.

Se llevó la mano a los labios.

—Ve a tu habitación y descansa un rato, mi dulce esposa. Tus nervios están alterados.

Ella dejó escapar un largo suspiro, pero dejó su mano en la de él.

—Debo admitir que lo están.

—¿Qué ha sido esto? ¿Madelaine Tremont admitiendo debilidad? —Él agrandó los ojos en una exagerada expresión de asombro.

Ella le dedicó una débil sonrisa.

—Los acontecimientos de hoy habrían alterado incluso tus nervios, esposo.

—Muy cierto. —Él le apretó la mano—. Admito que pasé un mal rato cuando Elton me informó de que Whigby había estado aquí. Pero ya está solucionado. Ve a descansar y te veré en la cena.

—En realidad, creo que pediré que suban una bandeja a mi habitación. —Levantó una mano hasta su mejilla en una caricia persistente—. Gracias, Dante. —Luego, se dio la vuelta y se alejó, dejándolo de pie en el rellano.

Madelaine se despertó de repente. Por un instante, el pavor casi la ahogó, pero luego lo recordó todo. Adele estaba a salvo. Dante se había ocupado de la amenaza.

Ella había seguido el consejo de Dante y se había retirado a su habitación, luego había pedido que le trajeran la cena en una bandeja a sus aposentos. Después de apenas haber mordisqueado el sabroso faisán asado de Cook y de no haber hecho justicia en absoluto al pudin de aspecto delicioso que lo acompañaba, se había retirado para dormir una siesta. Ahora, una mirada a la ventana le demostró que había dormido más de lo esperado, pues podía ver las estrellas titilando en el cielo nocturno más allá de las cortinas.

Se levantó de la cama y se acercó a la ventana, contemplando la apacible noche, en contraste con sus propias emociones revueltas. Ella solo había querido hacer lo correcto, pero ahora no estaba tan segura de qué era eso.

Había intentado ser leal a su padre, pero los últimos acontecimientos le habían hecho darse cuenta de que este nunca había sido el padre ideal que ella siempre había querido que fuera. De hecho, había sido un padre muy defectuoso, que no asumía la responsabilidad de sus actos y siempre permitía que Madelaine arreglara los enredos financieros que él mismo creaba. Tras la muerte de su madre, en lugar de anteponer el bienestar de su hija, se había lanzado de cabeza al juego para olvidar su pena. En lugar de consolar a Madelaine, ella había tenido que consolarlo a él. Y no importaba cuántas veces ella pusiera remedio a sus meteduras de pata, él nunca aprendía la lección y seguía cometiendo los mismos errores una y otra vez.

Amaba a su padre, pero sus debilidades habían cambiado el curso mismo de su vida. Y ahora se daba cuenta de que su lealtad nunca había sido hacia el hombre que era su padre, sino hacia el hombre que ella creía que debía ser.

¿Y qué decir de Dante? Aquí había un hombre que nunca había conocido el amor: ni de sus padres, ni de su hermano. Había vivido la mayor parte de su vida adulta como un libertino y un ludópata, aunque siempre se las había arreglado para ser responsable con sus finanzas. Había pasado años en el infierno porque alguien quería que se marchara de Londres. Y, sin embargo, después de todo eso, había actuado con honor.

Sí, cinco años atrás le había sugerido de forma escandalosa que compartiera su cama para salvar la vida de su padre. Y sí, había mantenido la palabra del trato que habían hecho entre ellos y la había echado al final de su tiempo juntos. Pero, ¿era correcto echarle en cara eso? Ella lo había visto como un abandono. Él lo había visto como un acto de honor.

Luego estaba el hecho de que en cuanto había descubierto la existencia de su hija, le había propuesto matrimonio de inmediato. Las había alojado y vestido y les había proporcionado una

buena vida, a ella y a Adele, aunque eso significara que tenía que dar la espalda a su padre para siempre. En aquel momento, ella lo había considerado el peor de los canallas.

Pero ahora comprendía que Dante creía justificada su acción. Realmente creía que su padre era culpable de haberle hecho un daño terrible y, aunque cualquier hombre en Inglaterra aprobaría un castigo de muerte, él había optado por dejarlo con vida. Dudaba que ése hubiera sido el caso si el acusado hubiera sido cualquiera otra persona que no hubiese sido su suegro.

Seguía pensando que se equivocaba con respecto a su padre. Cada vez creía más que Samuel y el duque estaban detrás del complot para deshacerse de Dante, pero la cuestión era que Dante creía que su padre era culpable.

A pesar de sus creencias, había pagado sus deudas de juego. Dijo que seguiría pagándolas, aunque solo fuera para proporcionarle cierto alivio a ella.

Ésa era la primera señal que ella había visto de que él se preocupaba más por ella, por su matrimonio, que por su venganza. Le dio esperanzas para el futuro.

Porque a pesar de su infancia infeliz, a pesar de su pasado desaliñado, a pesar de los cinco años que había pasado siendo torturado de forma tan cruel, había dado un paso al frente cuando había hecho falta. Había conseguido hacer lo correcto y protegerlas a ella y a Adele de una forma que el padre de Madelaine nunca había hecho.

En ese momento, se dio cuenta de que tenía que dejar de lado su lealtad ciega a su padre. Ella siempre lo amaría. Siempre defendería su buen nombre. Pero ya no podía castigar a Dante por los fallos de este.

Dante era su marido. Ella lo quería. Siempre lo había amado; nunca había dejado de hacerlo, incluso cuando creía que la había abandonado. Y hoy él le había demostrado, sin lugar a dudas, que ella le había estado haciendo un flaco favor. Él era más que digno de su devoción como esposa, y ya era hora de que ella le diera su merecido.

Dante se sentó ante el fuego en su estudio, observando el reflejo de las llamas parpadear sobre las brillantes piezas de ajedrez dispuestas sobre el tablero. Cogió la reina blanca, la contempló un momento, luego cerró los dedos en torno a ella y volvió a sentarse en su silla.

¿Cuántas veces lo había tranquilizado este mismo acto mientras yacía temblando en el frío suelo del calabozo de Sledge?

Cuando se lo habían llevado, aún tenía la pieza de ajedrez que tan tontamente había deslizado en su bolsillo. Había sabido que los bandidos sin duda le robarían sus finas ropas, y en cuanto lo dejaron en paz, había deslizado la reina blanca en un nudo de su diminuta celda. Allí había permanecido durante la mayor parte de su condena a bordo del *León Rojo*, un frío consuelo en los momentos en que su garganta se había hinchado de sed y su espalda ardía por la mordedura del látigo de Sledge. Solía sacar la pieza de su escondite y acariciar los suaves contornos y recordar el tacto de la piel de Madelaine.

Entonces, una noche, Denton, el primer oficial de Sledge, lo había encontrado con ella. Se había reído y había arrojado la pieza por la borda al agitado mar. Así de fácil, su última esperanza de cordura se había desvanecido.

Si los piratas no hubieran aparecido apenas unos días después, sabía que se habría vuelto completamente loco en aquella pequeña y oscura celda.

Sin embargo, había escapado. Había escapado y recuperado su fortuna como pirata a bordo del *Revenge*, regresando triunfante a Inglaterra para hacer pagar a Bellingham por lo que había hecho. Y había logrado ese objetivo.

Nunca había pensado ver el día en el que pagaría de forma voluntaria las deudas de juego de su enemigo.

Pero nunca habría imaginado que estaría casado con Madelaine, o que sería padre de una niña, o que consideraría la posibilidad de que Bellingham pudiera ser inocente, después de todo.

La traición de Samuel lo había dejado atónito. Y la posible implicación de Patrick…

Dios santo, ¿realmente el incidente con el *chit* de Torrington de hacía tantos años había puesto a su hermanastro en su contra? Tenía más pruebas que apuntaban a esos dos como culpables que al padre de Madelaine. De hecho, no le extrañaría que Samuel lo engañara de forma deliberada haciéndole creer que era Bellingham, cuando los hombres de Sledge se referían a un barón imaginario como su patrón. Después de todo, Samuel había sabido que Madelaine esperaba un hijo suyo. Lo había sabido todo sobre el trato.

Dejó escapar un largo suspiro y cerró los ojos. Se había aferrado a la creencia de que el barón era culpable durante tanto tiempo que le resultaba extraño considerar lo contrario.

Pero incluso si era él quien lo había arreglado todo, ¿qué daño podía hacerle ahora ese hombre? No podía moverse, no podía hablar. Se había destruido a sí mismo mucho mejor de lo que Dante podría haberlo hecho jamás.

Abrió los ojos y miró la reina blanca en la palma de su mano.

Al diablo con Bellingham; Dante se había llevado claramente todas las ganancias esta vez.

Un suave golpe en la puerta rompió su hilo de pensamiento. Miró el reloj: casi la una y media de la madrugada. Había pensado que los sirvientes estaban todos dormidos. Esperaba que lo estuvieran. Volvieron a llamar.

—Pase —dijo, sin disimular su fastidio por ser molestado.

La puerta crujió al abrirse.

—¿Dante?—

Al oír la voz de su esposa, todo su cuerpo se sobresaltó.

—¿Madelaine? Creía que estabas durmiendo.

—Lo estaba. —Ella se deslizó en la habitación, la fantasía lujuriosa de un hombre

hambriento con sus rizos color miel cayéndole por los hombros, su cuerpo exuberante de sirena enfundado en una de las tentadoras creaciones de seda y encaje que ella prefería—. —Espero no molestarte.

Lo hacía, pero no de la forma en la que ella pensaba.

—Por supuesto que no. —Le dedicó una sonrisa apreciativa—. Un hombre tendría que ser tonto para rechazar a una mujer hermosa que viene a buscarlo en mitad de la noche.

Sus labios se curvaron hacia arriba mientras se apoyaba en la puerta y la cerraba con un suave chasquido.

—Y tú no eres tonto.

—A veces lo soy —respondió él, deslumbrado por la luz receptiva de sus ojos—. Sobre todo cuando estás tan increíblemente encantadora.

Ella se ruborizó y apartó la mirada, con una sonrisa complacida aún dibujándose en sus labios, y fue todo lo que él pudo hacer para no saltar de la silla y tomarla allí donde estaba. La seda acariciaba su figura como una segunda piel, el encaje le provocaba con destellos los dos tesoros que cubría. Quería desenvolverla como a un regalo, lentamente y capa a capa.

—¿Va todo bien? —le preguntó cuando vio que ella permanecía cerca de la puerta—. ¿Me necesitas?

—Oh, sí. —Ella volvió aquellos ojos luminosos hacia él, y sus entrañas se pusieron rígidas de inmediato, duras como un hueso, ante la cálida invitación que había en ellos—. Sí, Dante, definitivamente te necesito.

Metió la mano por detrás y giró la llave en la cerradura, sin apartar la mirada de la suya. El pequeño clic resonó con la fuerza de un disparo, y la excitación rugió a través de él.

Ella se acercó a él despacio, su cuerpo balanceándose en una seductora ondulación femenina que lo llamaba, el camisón de seda haciendo un suave bamboleo en la habitación casi

silenciosa. Su pelo brillaba a la luz del fuego y su piel resplandecía dorada. Cuando por fin llegó a su silla y le puso la mano en el hombro, estuvo a punto de avergonzarse allí mismo.

Cerró los ojos y dejó escapar un suspiro áspero. Aparte de unas cuantas mujeres de taberna durante su época con los piratas, no había hecho el amor propiamente dicho con una mujer desde que había sido secuestrado. Sus cicatrices habían recibido suficientes comentarios, incluso de las putas, que no se había sentido inclinado a tomar una amante adecuada. Y cuando había regresado a Inglaterra, había tenido la venganza en su mente, no el sexo.

Pero ahora tenía el sexo en mente.

—Quiero decirte algo —dijo ella, pasándole una mano por el pelo.

Él se inclinó hacia su tacto, aliviado y excitado al mismo tiempo.

—Puedes contarme cualquier cosa.

Aquella sonrisa misteriosa volvió a rozar sus labios.

—Lo sé.

Incapaz de resistirse, alargó la mano y la acarició en la cadera, vestida de seda, el material caliente de su piel.

—Dímelo mientras mi cerebro aún funciona.

Ella soltó una carcajada encantada que envió un rayo de pura lujuria directamente a través de él. No es que no estuviera ya duro como el granito.

—Quiero que sepas algo. —Ella se arrodilló frente a su silla, apoyó las manos en sus muslos y lo miró a la cara. Él se tragó un gemido. Maldita mujer.

¿No sabía ella qué imágenes le traía a la mente esa posición?

—¿Qué? —graznó.

—Quiero que sepas que me pareces un hombre admirable. Lo que has hecho hoy

demuestra mucho honor.

¿Admirable? ¿Honor? ¿Lujurioso? Incluso. Hambriento de ti, dulce esposa, pensó.

—Pagar las deudas de mi padre fue el acto de un verdadero caballero —continuó ella—. Sé lo que sientes por él, y aun así te encargaste de ello y nos protegiste a Adele y a mí.

—El asunto no era tan insalvable como creías —dijo él, preguntándose si era un buen momento para pedirle que subiera un poco la mano por su muslo…

—Quizá no para ti, un hombre con fondos ilimitados a su disposición —respondió ella, todavía con esa expresión seria en el rostro—. Pero para una mujer sin fondos, esas deudas son material para las pesadillas. Especialmente cuando se trata con un elemento criminal como el señor Whigby.

—Eres mi esposa, Madelaine, y tengo más dinero del que sé cómo gastar. Pagar las deudas de tu padre es simplemente parte de mi deber como tu marido.

—Oh, no —discrepó ella—. Es mucho más. —Le pasó una uña por el muslo, con los ojos luminosos. Cuando la situación es como la nuestra, es poco menos que encomiable.

—Encomiable. —Apretó los dientes ante el rastro de fuego que dejaba su uña, sorprendido de que los botones de sus pantalones no hubieran saltado ya.

—Encomiable. —Ella se inclinó hacia delante, cruzando los brazos sobre los muslos de él y apoyando sus turgentes pechos contra sus rodillas—. ¿Te he dicho alguna vez —cogió aire—, lo atractivo que me parece un hombre encomiable?

Él alargó la mano y le acarició el pelo.

—¿Te he dicho alguna vez lo mucho que deseo estar dentro de ti?

Su suave jadeo se hizo eco de la luz del deseo que reflejaban sus ojos.

—Yo también lo deseo.

Él le dedicó una sonrisa perversa, por primera vez sintiéndose un poco como su antiguo yo —. —Entonces, ¿a qué estamos esperando?

—No lo sé. —Le lanzó una mirada desde debajo de sus pestañas—. Creía que se suponía que eras un mujeriego.

—Lo fui, una vez.

—¿Ya no?

—No desde hace mucho tiempo. He cambiado, Madelaine. En formas que puede que no te gusten.

—También has cambiado en formas que me gustan mucho. —Ella se sentó sobre sus talones, su actitud coqueta adoptando un cariz más serio—. El hombre que conocí hace cinco años era egoísta. Hastiado. Habría disparado a mi padre sin ningún escrúpulo, sin mostrar la piedad suficiente para dejarlo con vida, como tú has hecho.

—Admito que fui un bastardo, y no solo en el sentido literal de la palabra. —Le tendió una mano y ella la tomó, entrelazando sus dedos con los de él—. Maldita sea, Madelaine, fui la peor clase de canalla al hacerte cambiar tu inocencia por la vida de tu padre, por las estúpidas deudas de juego. No fui mejor que Whigby.

—Definitivamente, ése no fue el acto de un caballero —convino ella—, pero ambos éramos personas diferentes. Y no olvides que esas tres noches que pasamos juntos nos dieron a Adele. Solo por eso, nunca podré arrepentirme.

—Perdonas con demasiada facilidad —susurró él.

—El pasado nos ha traído aquí. No miremos atrás. —Ella se movió con un suave bamboleo —. ¿Seguimos hablando sobre eso? —preguntó ella, deslizando una mano sobre el bulto que había en sus pantalones—, ¿o hay asuntos más urgentes que necesiten atención?

—Definitivamente, hay asuntos más urgentes. —Se levantó, tirando de ella para que se

pusiera en pie con él. Arrojando a un lado la pieza de ajedrez que aún sostenía en la mano, dirigió toda su atención a la reina blanca que tenía entre sus brazos. Cogiéndole la cara entre las manos, la besó.

Ella se derritió contra él, su boca se abrió para él mientras le rodeaba el cuello con los brazos y emitía un sonidito de placer. Él exigió y ella cedió. La rodeó con los brazos, sus pechos turgentes se aplastaron contra su pecho y su vientre se apretó contra su erección. Ella se contoneó aún más, como si intentara meterse en su piel.

—Te deseo, Dante —susurró entre besos—. Te quiero dentro de mí.

Con un suave gruñido de necesidad, aplastó su boca contra la de ella y se entregó a la temeraria necesidad que sentía por tenerla.

El deseo hizo que le flaquearan las rodillas y le temblaran las manos.

La besó como si estuviera hambriento, apretando la seda de su camisón con manos desesperadas. Ella tiró de su abrigo, consiguió abrirlo y empujarlo parcialmente por sus brazos. Él la soltó el tiempo suficiente para quitárselo, luego cogió sus manos y las colocó en los botones de su chaleco.

—Desabróchalo.

La mirada salvaje que vio en sus ojos oscuros le recordó al Dante de antaño. Seductor consumado, amante magistral. Le temblaron los dedos, pero consiguió desabrocharle los botones del chaleco. Él se encogió de hombros, su mirada fija en ella, haciéndole silenciosas promesas que incendiaron cualquiera de las inhibiciones que le quedaban. Tiró de su pañoleta y la tiró a un lado, desabrochándole el cuello. Con impaciencia, le sacó la camisa de los pantalones.

—Madelaine. —De repente serio, puso sus manos sobre las de ella antes de que pudiera pasarle la camisa por encima de la cabeza—. Puedo dejármela puesta, si quieres.

Ella frunció el ceño.

—No lo entiendo.

—La camisa. —Le subió el color a la cara, pero le sostuvo la mirada—. Puedo dejármela puesta si te hace sentir más cómoda.

—¿Por qué me haría sentir más cómoda? ¿No estarías más cómodo sin ella?

—O podríamos subir, apagar las velas…

—Dante, ¿qué está pasando aquí?

Cerró los ojos en un suspiro, luego los volvió a abrir.

—Mis cicatrices, Madelaine. Si no soportas mirarlas, puedo dejarme la camisa puesta o podemos ir arriba, donde está oscuro.

—Oh, Dante. —Ella le acarició la mejilla—. Tus cicatrices no me molestan. Nunca lo han hecho.

Sus ojos se abrieron de par en par.

—Pero… Nunca dijiste nada cuando las viste la primera vez. Pensé que te repugnaban.

—No. Repulsión no. —Su voz se quebró de ternura por este hombre fuerte y vulnerable—. Entristecida. Conmocionada, quizás. Completamente devastada por lo que debiste pasarte. Por primera vez, comprendí por qué odiabas tanto a mi padre, y no podía culparte por ello.

Cerró los ojos en un suspiro, aliviando así la tensión de su cuerpo.

—Aquella mañana en que casi hicimos el amor en la sala del desayuno, solo te apartaste cuando tocaste mis cicatrices. —Abrió los ojos, dejando cada una de sus emociones al descubierto para que ella las viera, y la profundidad de sus sentimientos la estremeció—. Pensé, casi con certeza, que te repugnaban. Que no me querrías como amante. —Soltó una carcajada burlona—. Eso fue un golpe para el poderoso Lucifer. Supe entonces que nunca sería el hombre que una vez fui.

—Prefiero mucho más el hombre que eres ahora. —Se inclinó hacia él y lo besó, pero suavemente, para reconfortarlo, no para excitarlo—. Sí que te quiero como amante, esposo. Te quiero mucho.

Capítulo 19

Ella buscó el dobladillo de su camisa, pero él se le adelantó. Tirando de la prenda por encima de su cabeza, vaciló solo un segundo antes de arrojar la camisa a un lado. Su musculoso torso brillaba a la suave luz del fuego, y Madelaine no pudo reprimir un ronroneo de agradecimiento mientras le pasaba una mano por el crujiente vello negro que le salpicaba el pecho. Trazó una de las brillantes cicatrices fruncidas que cruzaban su cuerpo.

—¿Cómo puedes pensar que esto te hace menos deseable? —susurró—. A mis ojos, te hace mucho más hombre por haber sobrevivido a tanta crueldad.

—Yo… —Se le quebró la voz y apartó la mirada, pero no antes de que ella captara un atisbo de humedad en sus ojos—. Antes de volver... Algunas mujeres no fueron tan receptivas.

Sintió una punzada al mencionar a otras mujeres, pero luego se recordó a sí misma que, en esos momentos, él no era su marido.. Había tenido derecho a acostarse con quien quisiera.

Pero ahora era todo suyo.

—Fueron tontas al dejar pasar las delicias de tu cama por algo tan trivial. —Hizo un ruido ahogado, algo entre una risa y un sollozo.

El orgullo mantuvo su rostro vuelto hacia otro lado. Burlona, le arrastró un dedo desde la base de la garganta hasta el pecho, siguiendo el vello oscuro mientras bajaba hacia abajo, hasta donde la piel daba paso a la tela. Allí se detuvo, trazando los ondulantes músculos de su abdomen y pasando el pulgar de forma juguetona por encima de los botones de sus pantalones.

—Hazme el amor, esposo, antes de que me vuelva loca de deseo.

Él la miró, con el rostro tenso por la emoción, y enganchó una mano detrás de su cabeza para atraerla hacia su beso caliente y necesitado. Ella se enroscó en su abrazo, rodeando con los brazos su torso cálido y musculoso. El vello arrugado de su pecho le erizó la piel justo a través de la endeble seda de su camisón, y ella se frotó contra él, amando la estimulante fricción.

Él gruñó en lo más profundo de su garganta y le dejó un hombro al descubierto. Inclinó la cabeza y la besó allí, luego hundió suavemente los dientes en la parte carnosa más cercana a su cuello. El cuerpo de ella rugió a la vida. Sus manos ávidas la recorrieron, una entre sus omóplatos, encerrándola en su abrazo, la otra acariciando la piel sensible de su trasero.

La pasión desencadenada de Dante liberó cualquier inhibición que ella aún poseyera. Le mordisqueó la garganta, le acarició el vello del pecho con los dedos y también los pezones con los pulgares hasta que él gimió. Apretó la boca abierta contra su pecho mientras él enredaba los dedos en su largo cabello y susurraba ronco su nombre. Lentamente, se deslizó por su cuerpo en un suave siseo su boca abriéndose un camino por su pecho, deteniéndose para presionar con un beso en cada cicatriz que encontraba. Llegó a su cintura, y los dedos de él se apretaron en su pelo mientras ella trazaba un camino burlón a lo largo de su cintura con la lengua. Dirigiéndole una sonrisa perversa, continuó bajando hasta acariciar con la nariz la parte delantera de sus pantalones.

Con un áspero sonido que denotaba necesidad, los tiró a los dos al suelo, su pesado cuerpo cayendo encima del de ella. Le estiró los brazos por encima de la cabeza, manteniéndola inmóvil mientras tomaba su boca en un beso profundo y carnal que le hizo girar la cabeza.

Su corazón latía con fuerza contra el de ella, su piel caliente incluso a través de la seda de su camisón. Ella arqueó las caderas contra él, esforzándose por sentir aún más su dura erección, presionando contra sus muslos. Él murmuró algo, luego le cambió las dos muñecas atrapadas a una mano mientras la otra recorría su cuerpo hasta ahuecar su pecho.

Ella susurró su nombre, cerró los ojos mientras las sensaciones rugían por su cuerpo como una tormenta. Metió la mano dentro de su bata, rasgando el encaje mientras se cerraba sobre su pecho desnudo, trabajando el pezón con el pulgar. Se dio un festín en su boca, mordisqueando sus labios, enredando su lengua con la de ella.

Ella lanzó un grito de sorpresa cuando él cogió ambas manos y rasgó el corpiño de su camisón, pero ese grito se convirtió en un gemido cuando él tomó inmediatamente un pezón apretado en su cálida boca y succionó con fuerza. Aquí no había delicadeza, pero ella no quería delicadeza. Quería a Dante, en toda su cruda y desenfrenada pasión.

Acarició su espalda con las manos, apretando sus firmes músculos con aprecio femenino. Él le cogió un pezón entre los dientes y tiró, y su mundo se descontroló. Clavó las uñas en su espalda y se arqueó en su boca.

Con un gemido bajo, le subió el camisón hasta la cintura, su mano se deslizó entre sus muslos para descubrir el calor húmedo que lo esperaba.

De buena gana, ella dejó que sus rodillas se abrieran para darle acceso, temblando mientras él la acariciaba con el tacto exacto. El dolor entre sus piernas se convirtió en un infierno.

Él deslizó un dedo en su húmeda vagina y ella estuvo a punto de alcanzar el clímax allí mismo. Pero él se retiró justo a tiempo, y luego volvió, más despacio, solo rozando la parte de ella que ansiaba sus caricias. Emitió un sonido salvaje desde el fondo de su garganta y movió las caderas, persiguiendo el embriagador placer que parecía estar fuera de su alcance.

Él le lamió los pechos con la lengua, hizo su magia entre sus muslos. La llevaba al borde del abismo, se detenía, esperaba que su cuerpo se calmara y vuelta a empezar.

Cada centímetro de ella ardía por él, su piel ondulaba reaccionando al tacto de un maestro. Él sabía exactamente dónde y cómo acariciarla, sabía cuándo estaba a punto de alcanzar la cima y cuándo retirarse. Su respiración llegaba entrecortada, su pelo era una maraña a su alrededor. El sudor empañaba su piel y empapaba el mechón de pelo que le caía sobre la frente.

—Por favor, Dante —susurró casi sollozando, fijando su mirada en la de él—. Por favor...

Se tragó la palabra con un beso, agachándose para desabrocharse los pantalones. Ella lo ayudó a bajárselos hasta que se le engancharon en las botas. Pero fue suficiente. Su erección se erguía orgullosa y dura a la luz del fuego, con un brillo de humedad en la punta. Ella alargó una mano y rastreó su dureza. Sintió un estremecimiento, le retiró la mano y la apretó contra la alfombra. Ella se movió de buena gana, separando los muslos mientras él se deslizaba entre ellos.

—Madelaine —murmuró, apartándole el pelo de la cara. La forma en que lo dijo hizo que la simple palabra fuera mucho más que su nombre. Se deslizó lentamente dentro de ella.

Después de la feroz pasión que los había impulsado, ella había esperado un acoplamiento frenético. Pero, en lugar de eso, él se movió lento, presionando hondo, y luego retirándose de forma lánguida. Ella se aferró a sus hombros, rodeándolo con las piernas mientras él controlaba el ritmo lento, con la mandíbula apretada por la contención.

Le apretó las nalgas con las manos y la penetró más hondo, provocando una oleada de calor en sus entrañas. Casi, casi... Se retiró a un ritmo de caracol que los dejó a ambos temblando, y luego volvió a penetrarla con la misma lentitud. Esta vez permaneció enterrado dentro de ella y empezó a mecerse, encendiendo una deliciosa fricción en sus entrañas que crecía y crecía hasta que, de repente, todo estalló.

El placer la desgarró, arrancando un grito ronco de su garganta.

Dante estaba justo detrás de ella, echando la cabeza hacia atrás mientras empujaba con fuerza una, dos veces. Su rostro se retorció de concentración, una gota de sudor rodó por su sien, antes de dar él también un grito de liberación, su cuerpo estremeciéndose mientras se vaciaba dentro de ella.

Se desplomó sobre su cuerpo, exhausto, y Madelaine sonrió con cansancio, rodeándolo con los brazos.

Los jadeos de Madelaine y sus manos empujando contra su pecho lo despertaron de su languidez. Con un murmullo de disculpa, se apartó de ella para tumbarse sobre la alfombra. La oyó inhalar y luego sus dedos se entrelazaron con los de él sobre la alfombra que los separaba. Giró la cabeza para mirarla, sonriendo un poco satisfecho por su aspecto desaliñado.

—Tienes un aspecto desaliñado, esposa.

—Me han agotado. —Lo dijo con una sonrisita satisfecha que hizo que él quisiera volver a agotarla. Rodó sobre un costado para quedar frente a él, los restos de su camisón cayendo sobre su cuerpo ágil—. Me parece, señor Tremont, que recuerda bastante los viejos trucos de Lucifer.

—Y a mí me parece, señora Tremont, que usted es una mujer de gran pasión y audacia.

Ella se ruborizó, bellísima.

—Cúlpese a sí mismo, señor, porque usted me enseñó.

—Entonces, me encomiendo a mis dotes de maestro.

Esta vez se rio.

—A decir verdad, estaba bastante nerviosa. Nunca antes había seducido a un hombre.

—Me honra haber sido el primero.

—Como si alguien pudiera hacerle sombra al gran Lucifer —se burló ella—. Me has arruinado bastante.

Al instante, su humor se volvió sobrio.

—Sé que lo hice, y por eso me disculpo. Debería haber mostrado compasión aquella noche, no haberte utilizado para mis fines egoístas.

—Hemos acordado olvidar el pasado. —Sus dedos se apretaron alrededor de los de él—. Pero si quieres demostrar lo arrepentido que estás… —

La colocó encima de él.

—Quiero.

Ella se apoyó en los codos y le sonrió.

—Podrías quitarte las botas.

Él se unió a su risa y luego la besó mientras su pelo caía como una cortina de oro alrededor de ellos, demostrándole lo sincero que era.

Era de madrugada cuando Madelaine se despertó en la cama de Dante.

En algún momento antes del amanecer, se habían arrastrado escaleras arriba, riendo como niños mientras intentaban no despertar a los criados. Como su camisón había quedado completamente destrozado, Madelaine se había envuelto en el abrigo de Dante mientras los dos subían sigilosos hasta su alcoba. Ese abrigo había sido rápidamente desechado ante la pasión de Dante, y ella se despertó con una sonrisa en la cara y agradables dolores por todo el cuerpo.

Su sonrisa se desvaneció al darse cuenta de que estaba sola en la habitación.

Obviamente, su marido se había levantado temprano y se había ido a resolver sus asuntos.

Se sentó en la cama, apartándose el pelo de la cara. Había pensado que anoche habían compartido algo. Que habían forjado un vínculo. Pero quizá para Dante no había sido más que un encuentro casual.

La desesperación le estrujó el corazón al recordar los acontecimientos de la noche anterior. No se habían dicho palabras de amor, ni votos de devoción eterna. ¿Había juzgado mal la situación? Tal vez nada en su matrimonio había cambiado, salvo que ahora compartían la cama. Después de todo, ella no podía esperar que Dante compartiera sus sentimientos.

Dejó escapar un profundo y estremecedor suspiro. Quizá él no sabía amar, y con la familia que tenía, ¿quién podía culparlo? Alguien cercano a él lo había traicionado y lo había enviado a morir a bordo de aquel barco. Solo la fuerza de voluntad de Dante le había permitido sobrevivir. No dudaba de que el amor de su marido pudiera ser difícil de alcanzar. Si es que era capaz de

amar.

La pasión ardía al principio, pero acababa por apagarse. Sin amor que la alimentara, la pasión se convertía en aburrimiento y, al final, en resentimiento. ¿Estaba condenada a un matrimonio vacío en los años venideros?

Recogió las sábanas, cubriéndose el cuerpo con ella, y se levantó, preparándose para volver a su habitación. Al alejarse de la cama, algo cayó al suelo.

Una rosa blanca, apenas abierta.

Se inclinó y la recogió, llevando la flor hasta su nariz para inhalar la dulce fragancia. Debía de estar en la cama junto a ella y no la había visto.

Volvió a oler la flor y recordó aquella encantadora tarde en el jardín en la que ella y su marido habían parecido estar en perfecta sintonía. ¿Habría pensado en eso cuando había elegido esta rosa? Quizás había esperanza para su matrimonio, después de todo.

Tarareando, se volvió hacia su propio dormitorio.

Dante llamó a la puerta de Wilnington House, medio esperando que lo despidieran como la primera vez que había vuelto a Londres. En lugar de eso, el mayordomo lo llamó por su nombre y abrió la puerta de par en par.

—¿Está el duque? —preguntó Dante, quitándose el sombrero y los guantes.

—Informaré de su presencia, señor Tremont. —El mayordomo desapareció y reapareció en cuestión de minutos—. Su Excelencia me ha pedido que lo acompañe a su estudio.

Dante pasó su sombrero y sus guantes a las manos del lacayo que esperaba a su lado.

—Gracias, Stinson.

—Por aquí, señor.

Dante siguió al criado hasta el estudio de Patrick. Qué extraño se sentía al estar de vuelta

en Wilnington House. Había pasado buena parte de su vida en la elaborada casa de la ciudad, pero sabía que no se estaba imaginando la frialdad museística del lugar. Estaba bellamente decorada y guardaba una fortuna en antigüedades y obras de arte, pero él prefería, con mucho, la casa más pequeña donde vivía con Madelaine y Adele. La familia, se dio cuenta, marcaba la diferencia.

Stinson dio un paso al interior del estudio del duque.

—El señor Tremont —anunció, y luego retrocedió para permitir la entrada de Dante.

—Gracias, Stinson. —Patrick estaba de pie frente a su escritorio, ataviado con un fino abrigo azul y unos pantalones color *buff* que podrían haber sido los del propio Dante.

Al notar la similitud de sus vestimentas, el duque enarcó una ceja rubia.

—Bueno —fue todo lo que dijo.

—Parece que frecuentamos al mismo sastre —dijo Dante—. Eso no puede ser bueno para tu reputación. Quizá deberías reemplazar todo su guardarropa inmediatamente.

—Me gusta bastante el hecho de que pareces tener buen gusto —replicó Patrick—. Debe ser cosa de familia.

—¿Estás admitiendo que somos parientes?

—Nunca lo he negado. —Patrick cruzó los brazos sobre el pecho—. ¿Qué te trae a llamar tan temprano, Dante? Según recuerdo, eres una criatura de la noche. ¿Ya te has acostado?

Dante no pudo evitar la sonrisa de satisfacción que se dibujó en su rostro.

—Sí me he acostado.

Patrick levantó una mano.

—No me interesa oír los detalles.

—No tengo intención de compartirlos.

Patrick exhaló con impaciencia.

—Como sé que nada que no sea una emergencia extrema te incitaría a venir aquí de forma voluntaria, por favor, acláreme el motivo de tu visita.

—¿Puedes culparme? —Dante echó un vistazo al estudio, que no había cambiado mucho desde su infancia—. Esta casa guarda pocos buenos recuerdos para mí. Hablando de eso, ¿dónde está tu madre esta mañana?

—Se ha ido de compras.

—Bien. Quería hablar contigo a solas.

—Qué extraordinario. —Patrick se colocó detrás de su escritorio y se sentó en la silla que había allí—. Siéntate, Dante. Debo admitir que me pica la curiosidad.

Dante eligió una silla cerca también del escritorio y se sentó.

—¿De qué te gustaría hablar? —preguntó Patrick.

—Victoria Torrington.

El duque se puso en pie.

—Fuera—.

Dante se levantó también, más lento.

—No me iré.

—Entonces, haré que te echen.

—Hazlo —se burló Dante mientras su hermano se dirigía a la puerta—. Si lo haces, todos cotillearán sobre cómo el duque de Wilnington hizo expulsar a su propio hermano de la casa familiar.

A medio camino de la puerta, Patrick se dio la vuelta.

—Medio hermano.

Dante se encogió de hombros.

—Lo que tú quieras. Ya he regresado de entre los muertos y me he casado con la madre de mi hija ilegítima. ¿No es suficiente habladuría para esta familia ahora mismo?

—Por desgracia, tienes razón.

—Tenemos que hablar de Victoria, Patrick —dijo en voz baja—. No podemos seguir así para siempre.

Patrick le lanzó una mirada que decía que sí que podían, pero se dirigió de nuevo al escritorio. Tras sentarse, apoyó las manos en los brazos de la silla.

—Si planeas disculparte, es un poco tarde para eso.

—Quiero explicar lo que pasó. Y luego me disculparé.

Patrick inclinó la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos a medias en una practicada expresión de hastío.

—Si es necesario —suspiró.

—¿No quieres saber la verdad? —preguntó Dante—. ¿O prefieres tu propia versión de los hechos?

Patrick abrió los ojos y le lanzó una mirada hostil.

—Sé lo que pasó. Intentaste seducir a la mujer con la que me iba a casar.

—Yo no empecé.

—¿Cómo puedes decir eso? —Patrick saltó de la silla, golpeando con ambas manos el escritorio mientras se inclinaba hacia delante—. Victoria era la hija de un conde. Desde el momento de su nacimiento, nuestros padres planearon nuestros esponsales. Victoria creció sabiendo que algún día sería mi esposa.

—Y eso la hizo descuidada. Pensó que podía perder el tiempo donde quisiera porque su futuro estaba asegurado. —Dante soltó un bufido de burla—. La chica era una fulana y te habría convertido en el hazmerreír. Pero sabía que nunca me creerías a menos que te lo demostrara. Maldita sea, Patrick, ¡piensa! ¿Alguna vez me has visto manipular a inocentes?

Patrick levantó una ceja burlona.

—¿Y tu mujer?

—Eso fue un asunto totalmente diferente. Las circunstancias… Bueno, ella era única. Y al final lo hice bien.

Patrick se rio entre dientes.

—Vaya, cómo han caído los poderosos. Me parece, Dante, que tu esposa te tiene completamente seducido.

Dante apretó la mandíbula, sabiendo que el comentario de Patrick se acercaba demasiado a la verdad.

—No estamos hablando de Madelaine, estamos hablando de Victoria. Y ella no era inocente.

—No después de que acabaras con ella, desde luego. —El disgusto pesaba en su voz. Patrick se enderezó y empezó a reordenar los papeles de su escritorio.

—Nunca la toqué, Patrick.

—¿Qué es esto? ¿Cambiando la historia ahora?

—Lord Hardyston era su amante, no yo. —Dante agarró a Patrick del brazo, obligando a su hermano a dejar de revolver papeles y a mirarlo—. Solo arreglé que nos vieras juntos para que conocieras su verdadera naturaleza.

—Conocía su verdadera naturaleza. Era una bella dama de dulce temperamento que se

suponía que iba a ser mi duquesa.

—No, Patrick. Era una hermosa puta que se habría pasado la vida haciéndote desgraciado con sus muchos amoríos.

—¡Fuera! —Patrick se sacudió el agarre de Dante de encima—. ¡Fuera de mi casa, canalla! Arruinaste a la mujer que amaba.

—Sé que la amabas —dijo Dante en voz baja—. Por eso tuve que salvarte de ella. Siento haber tenido que hacerte daño.

—Debería haberte llamado a un duelo —espetó Patrick—. Pero no tenía ningún deseo de morir a los diecinueve años.

—Yo no te habría matado —dijo Dante—. Habría rechazado el desafío.

—¡Cobarde!

—Eres mi hermano. Eso significa algo para mí, aunque sea una vergüenza para ti. —Dante hizo una breve reverencia—. Buenos días, Alteza.

—Medio hermano —murmuró Patrick mientras Dante abandonaba la habitación. Pero por alguna razón el comentario no conllevó el escozor que debería haber tenido.

Cuando la puerta de la casa Wilnington se cerró tras él, Dante se alegró de haber elegido caminar la corta distancia hasta la casa de su hermano en lugar de ir a caballo.

Había previsto que su discusión con Patrick lo dejaría frustrado y había acertado. Con una última mirada sombría a la residencia del duque, se dirigió a la suya.

Había sabido, seis años antes, que demostrar la verdadera naturaleza de Victoria Torrington heriría el orgullo de su hermano y quizá, incluso, lo entristecería durante un breve tiempo, pero nunca había imaginado que el corazón del muchacho estuviera tan profundamente comprometido. Y Patrick *había* sido un muchacho, apenas tenía diecinueve años cuando Amelia

le había animado a conocer mejor a Victoria, la segunda hija del conde de Plimington.

Su padre había estado de acuerdo con el emparejamiento porque el nombre y la fortuna de los Plimington se remontaban casi tan lejos como los de los Wilnington, pero había sido Amelia quien había urdido el compromiso real. Dante siempre había sospechado que Amelia insistió en concertar el matrimonio de Patrick tan pronto porque quería que la futura duquesa fuera una chica maleable a la que pudiera controlar. Nadie podía saber que Victoria resultaría ser tan ligera de cascos, tomando como amante al casado lord Hardyston.

Cuando Dante se enteró de su aventura, se había dado cuenta de que una mujer como Victoria haría desgraciado a Patrick si el matrimonio llegaba a celebrarse. Ya de por sí, el muy correcto Patrick la amaba y la consideraba la más gentil y bien educada de las damas. Había hecho todo lo posible por no ofender la delicada sensibilidad de su prometida. Mientras tanto, Victoria, de dieciocho años, había conseguido varias citas apasionadas con lord Hardyston, que no era su primer amante ni mucho menos, si los informantes de Dante estaban en lo cierto.

No podía permitir que su hermano se casara con una mujer que no solo lo sometería al ridículo como cornudo, sino que, además, humillaría el apellido Wilnington. Su oportunidad de hacer algo al respecto había llegado cuando, como todo el mundo en Londres, la joven había descubierto las disensiones entre Dante y los miembros adecuados de su familia. Se había acercado a él, encontrando divertido intentar seducir al hermanastro de su prometido.

Pero la pequeña zorra había asumido más de lo que podía manejar al ofrecerse a Dante. Dante la había dejado a solas con él en la fiesta en la que las dos familias iban a formalizar el compromiso. Alegando que su prometido la aburría, acababa de echarle los brazos encima y le había suplicado que la tomara cuando Patrick había entrado con sus padres y los de ella detrás.

El resultado había sido un pandemónium. Victoria se había hecho inmediatamente la virgen asustada, pero ambas familias habían oído sus comentarios a Dante. Patrick había culpado de forma instantánea a Dante del cambio de comportamiento de su prometida, alegando que, por

supuesto, se había propuesto seducirla. Tratando de salvar los esponsales, Lord Plimington le había seguido la corriente a Patrick, gritando al cielo que su hija había sido arruinada por un notorio mujeriego. Amelia, fulminando con la mirada a Dante, se había mostrado partidaria del matrimonio inmediato entre Patrick y Victoria, pero el duque no quiso oír hablar de ello. En su lugar, había ofrecido a Dante como alternativa a Patrick, ya que era él quien había comprometido a Victoria.

El conde rechazó la oferta por completo, indicando que nunca permitiría que su hija se casara con un bastardo, ni siquiera con el bastardo de un duque. Ofendido, el duque canceló el compromiso allí mismo. La familia de lord Plimington se había marchado muy enfadada pocas horas después.

Patrick se había tomado mal el incidente, y él y Dante rara vez intercambiaron una palabra civilizada después de aquello. Dante se había trasladado a Fernhill para evitar los molestos cotilleos y, tres meses después, había conocido a Madelaine.

Dos meses después, había sido encarcelado a bordo del barco de Sledge.

¿Podría Patrick haber estado tan disgustado por la pérdida de Victoria que hubiera dispuesto la eliminación de su molesto hermanastro?

La idea lo perturbaba. Había esperado que el tiempo calmara la ira de Patrick, pero, al parecer, su hermano tenía una larga memoria. Cada vez le parecía más a Dante que habían sido personas cercanas a *él* las que habían urdido su secuestro y no el padre de Madelaine. Ya no podía castigar al barón con la conciencia tranquila.

El hombre no podía hacer daño a nadie en su estado actual, y la condición que había puesto de no permitir que Madelaine o Adele lo vieran, de repente, parecía estar perjudicándolas más a ellas que al barón.

Levantaría la restricción. Ahora no parecía tener razón de ser.

Con el corazón aliviado al pensar en la reacción de Madelaine ante la noticia, no vio el pisotón hasta que el bandolero estuvo casi sobre él.

Esquivó para evitar el brazo extendido del ladrón, donde el mugriento individuo se había aprestado a tirar de él hacia el callejón, pero otro rufián se le echó encima por detrás, empujándolo fuera de la calle principal y hacia las sombras.

Dante maldijo su mala sincronización mientras giraba para enfrentarse a los ladrones. Debido a lo temprano de la hora, poca gente caminaba por las calles. Nadie había visto a los bandidos empujar a Dante por el callejón, que era sin duda con lo que habían contado.

—Llevo un pequeño monedero conmigo —dijo, preparándose para una pelea—. —Eres bienvenido a ella si no quieres seguir tu camino.

—¿Tienes miedo? —dijo uno, agitando un cuchillo. —Deberíais tenerlo.

—Cogeremos tu oro y también tus botas de lujo —dijo el otro, apuntando con una pistola al pecho de Dante—. Porque ya no las necesitaréis.

—¿Y eso por qué?

El del cuchillo sonrió, mostrando huecos donde habían estado sus dientes.

—Porque estaréis muertos.

El ladrón que llevaba el cuchillo, aunque más pequeño, parecía que era al que había que vigilar, pensó, cambiando de peso por si se abalanzaban sobre él. El más grande, el que llevaba la pistola, parecía menos inteligente.

—No muero fácilmente.

—Nos advirtieron sobre ti —dijo el más grande.

—¿De veras? ¿Quién?

—Cierra el pico —siseó el hombre más pequeño—. Se supone que esto debe parecer un

desplume normal.

A Dante se le heló la sangre al oír esas palabras.

—¿Te han enviado para matarme?

—Ahora lo has hecho tú —dijo el hombre más grande.

—A alguien no le gustáis, milord —se mofó el más pequeño.

«A alguien no le gustas nada, muchacho». Aún podía oír la voz de Sledge la noche de su secuestro. *Otra vez no.*

—No soy un señor —le dijo al hombre más pequeño—. Y no tengo intención de morir hoy.

—Pronto no serás más que cebo para peces —se volvió a mofar el más grande—.

—Ya lo veremos.

—¡A por él! —gritó el más joven, abalanzándose con el cuchillo.

Dante se movió. Su tiempo con los piratas en la *Venganza* le sirvió para aprender a esquivar el golpe del cuchillo y hacer tropezar al bandolero más pequeño. El hombrecillo se fue dando tumbos, el cuchillo resbalando de su mano. El más grande gritó y disparó la pistola. Dante se tiró al suelo. La bala de la pistola voló por encima de su cabeza y se alojó en la pared detrás de él.

El hombre más pequeño buscó el cuchillo, pero Dante llegó antes, lo agarró y apuñaló al hombre en el dorso de la mano. El petimetre lanzó un chillido de dolor y se acunó la mano herida.

El más corpulento tanteó con la pistola, intentando recargarla. Dante se puso en pie, con el cuchillo aún agarrado entre los dedos, y cargó contra él. Cayeron al suelo, los brazos de Dante trabados alrededor del gran rufián. La pistola salió volando de la mano del ladrón y, cuando

cayeron al suelo, el impacto sacudió el cuchillo de los dedos de Dante.

Desarmados, los dos hombres rodaron por el suelo, pasando a los puños. Dante recibió un fuerte izquierdazo en la mandíbula y contraatacó con un derechazo en la cara. Él y el gran bandido parecían igualados en una pelea a puñetazos, intercambiando golpe por golpe.

Otra vez no, siguió pensando. *Nunca más.*

Un destello de luz por el rabillo del ojo llamó su atención. Rodó hacia un lado justo en el momento en que el ladrón más pequeño bajaba el cuchillo. En lugar de incrustarse en su espalda, como sin duda pretendía su empuñador, la hoja se clavó en el pecho del gran bandido.

—¡Jack! —gritó el más pequeño. Cayó de rodillas junto a su camarada caído.

Mientras estaba distraído, Dante lo abordó, aplastándolo sobre su espalda y empujando un brazo contra su tráquea. Los ojos del hombre se desorbitaron y arañó el brazo de Dante.

—¿Quién te ha contratado? —exigió—. —¿Quién te envió a matarme?

El ladrón jadeó.

—Yo… No… Sé…

—Mientes. —Dante se apoyó con más fuerza en su brazo—. Inténtalo de nuevo.

—Contratado… en… los muelles. —El rostro del matón enrojeció mientras su respiración se hacía más superficial—. Algún… barón.

—¿Un barón? ¿Qué aspecto tenía?

—Nunca… lo vi.

Dante relajó un poco el brazo.

—Entonces, ¿quién entregó el mensaje?

El ladrón respiró hondo, con los ojos llorosos.

—Un tipo que conozco. Dijo que un caballero quería hacérselo a otro caballero, sin hacer preguntas. Acepté el trabajo. Nunca vi a ese tal Barón.

—¿Cómo te pagan, entonces?

—Dejan mi dinero en el Rose 'n' Hound, después de que el trabajo está hecho.

—Pues no lo vas a cobrar. —Dante se puso en pie, arrastrando al hombrecillo con él—. Si yo fuera tú, me replantearía mi profesión.

Capítulo 20

Después de entregar a su posible asesino al alguacil local, Dante había ido a buscar a Samuel.

No había creído la historia del bandolero sobre el barón. El padre de Madelaine no estaba en condiciones de organizar un atentado contra la vida de Dante, pero, obviamente, las noticias de su estado aún no habían llegado a todo el mundo en Londres. Esta vez, su enemigo había cometido un grave error.

Madelaine tenía razón; el barón Bellingham nunca había organizado su secuestro. Aunque Dante ya había decidido abandonar su deseo de venganza contra el barón, ahora le debía una disculpa a Madelaine. Ella había permanecido leal a su padre incluso ante la condena de su marido.

Habían sido *sus* amigos, *su* familia, quienes le habían arruinado la vida. Su mejor amigo había escrito la carta que había dado como resultado la ilegitimidad de su hija, y parecía que su hermanastro, el duque, lo quería muerto. La venganza cobró vida una vez más cuando subió los escalones que conducían a la vivienda de Samuel.

Pero las habitaciones de Samuel estaban vacías y nadie lo había visto en los últimos días en sus lugares habituales. Eso inquietó a Dante, ya que Samuel solo se escondía cuando tenía algo que ocultar. ¿Se había asustado por la anterior visita de Dante sobre la carta? ¿O había participado en la contratación de los ladrones y huido una vez que se dio cuenta de que habían

fracasado en su misión?

Dante llegó a casa con el corazón encogido cerca de la hora de cenar.

Al cruzar la puerta, Elton abandonó su impasible apariencia de mayordomo cuando vio el abrigo ensangrentado y los pantalones rotos de Dante.

—¡Señor! ¿Qué ha pasado?

—Un encuentro con dos ladrones, Elton. No temas; estoy bien. Llama a Stokes antes de que mi esposa vea...

—¡Dante! —Desde la escalera, Madelaine lo miró conmocionada, llevándose una mano a la garganta—. Santo cielo, ¿qué te ha pasado?

—Solo una refriega con un carterista. Nada de qué preocuparse.

—¡Nada de qué preocuparse! —Se agarró los faldones de su vestido de cena rosa pálido y bajó las escaleras a toda prisa—. ¡Estás sucio! ¿Y eso es *sangre?*

—No es mía. —Mirando a los criados que escuchaban, la cogió del brazo y la condujo al salón más cercano—. Te contaré lo que ha pasado —murmuró—, pero solo en privado.

—Bien. —Ella esperó hasta que él cerró la puerta tras ellos. Entonces, saltó hacia delante, pasándole las manos por los brazos y por el pecho—. ¿Dónde estás herido?

—No estoy herido. —Él tomó sus manos errantes entre las suyas—. Me atacaron dos senderistas cuando salía de la Casa Wilnington. Maté a uno, y el otro confesó que habían sido enviados para matarme.

—¡Qué! —Su rostro palideció—. Dante, debemos ponernos en contacto con Bow Street de inmediato.

—Escucha primero lo que tengo que decir. —Suspiró y se inclinó hacia delante para apoyar su frente contra la de ella—. Creo que Patrick puede estar detrás de estos atentados contra

mi vida —confesó—, y creo que Samuel también está implicado.

—¿Intentos? ¿Ha habido más de uno?

—Ayer casi me atropella un carro desbocado. Creo que tenías razón. Creo que Samuel y Patrick trabajaron juntos hace cinco años para organizar mi secuestro.

—Oh, Dante. —Ella le rodeó el cuello con los brazos y lo abrazó con fuerza—. Lo siento mucho.

La compasión de ella lo desarmó. Una gran oleada de alivio y de miseria le barrió al mismo tiempo, y se aferró a ella, enterrando la cara en su pelo. Lo habían traicionado las mismas personas que se suponía que debían cuidar de él. Pero aún tenía a Madelaine.

Siempre tendría a Madelaine.

—Busqué a Samuel —murmuró, con la voz amortiguada por el pelo de ella—. No estaba en sus habitaciones. Nadie lo ha visto.

—¿Y tu hermano?

Dante dio otro suspiro y se apartó del abrazo.

—Me ocuparé de él, pero es mucho más complicado debido a su estatus.

—Por supuesto. Él es un duque, y tú eres...

—Su hermano bastardo. Ninguna cantidad de dinero en el mundo puede competir con el título Wilnington. —Soltó una risa áspera—. Patrick incluso compró Thornsgate, ¿te lo había dicho? Después de que me declararan muerto, compró la casa, pero nunca vivió en ella. Me encantaba esa casa.

—Lo sé. —Ella le alisó el pelo—. Pero encontraremos otra casa. Una que pueda ser un hogar para los tres.

—Sí, lo haremos. —Se dio la vuelta, caminó hacia el otro lado de la habitación—. Hay

algo más, Madelaine. Algo que debo decirte.

—¿Qué? —Ella se llevó las manos a la cintura, observándolo con calma, como si nada de lo que dijera pudiera molestarla.

Su Madelaine. Siempre aceptándolo como era, siempre ahí para discutir o razonar con él. Hermosa, testaruda, valiente e inteligente. Poco a poco, ella había traído a Lucifer a casa desde el infierno y lo había hecho humano de nuevo.

Maldita sea, pero él la amaba.

La amaba. La verdad de sus propios sentimientos lo abrumó, y miró ciegamente el paisaje de acuarelas que colgaba sobre la repisa de la chimenea. Si la miraba, temía decir las palabras. Y no estaba preparado.

Se aclaró la garganta.

—Tenías razón sobre tu padre. Ya había decidido olvidarme de la venganza, pero el incidente de hoy prueba su inocencia más allá de toda duda.

—¿Cómo es eso?

Más calmado, Dante la encaró de nuevo.

—El ladrón dijo que había sido enviado por el barón. Y ambos sabemos que tu padre no está en condiciones de organizar nada por el estilo.

—Ah. —Le brillaron los ojos—. Parece que el verdadero culpable cometió un grave error.

—Bastante. —Se puso serio una vez más—. Siento no haberte escuchado. Creía que estabas ciega en lo que respecta a tu padre.

—Lo estaba. —Ella lo miró fijamente—. Amo a mi padre, Dante, pero era esclavo de sus debilidades y eso arruinó nuestras vidas. Tus acciones de los últimos tiempos han demostrado que eres todo lo contrario.

—Por mi culpa acabaste sola y con una hija.

—Pero viste tu error e intentaste corregirlo. Mi padre nunca vio sus errores. —Sus labios se curvaron en una sonrisa de cariñosa exasperación—. Para él, la respuesta siempre estaba en la siguiente vuelta de la carta o tirada de dados.

—Era un padre pobre, pero no un mal hombre.

—No —convino ella—. No ra un mal hombre, pero tropezó y cayó ante sus dificultades, mientras que las tuyas te han hecho más fuerte.

—He pedido que lo traigan. —Se movió incómodo cuando el rostro de ella se iluminó de felicidad—. Mandé a buscarlo esta mañana antes de salir para hablar con Patrick. Ya había decidido, ya ves, que la venganza no merecía el sacrificio.

—¿Qué sacrificio?

—Tú.

—Oh, Dante. —Voló a sus brazos y lo abrazó—. Adele se pondrá muy contenta cuando se lo diga. Ha estado preguntando por él.

Se preguntó cómo de difíciles habían sido para Madelaine desviar las peticiones de la niña para ver a su abuelo?

—Quizá haya un médico aquí en Londres que pueda ayudar a tu padre. —Con suavidad, la acercó de nuevo a a sus brazos, pero sin tocarla—. Cuida tu vestido, estoy sucio.

—Los vestidos se pueden cambiar. —Ella le acarició la mejilla y le besó los labios—. Gracias, Dante —susurró, con los ojos brillantes de felicidad.

El corazón se le hinchó en el pecho. Incómodo, movió las cejas en una mirada juguetona.

—Puedes demostrar tu gratitud más tarde esta noche. —Miró sus pantalones estropeados —. —Supongo que será mejor que me cambie para la cena. Te das cuenta de que Stokes se va a

morir de una apoplejía cuando vea el estado de mi ropa.

—Sobrevivirás a su ira. —Su expresión desenfadada se desvaneció—. Dante, temo por ti. ¿Y si vuelven a intentar matarte?

—Mi querida esposa. —Se acercó a ella y, con una sonrisa malévola, se llevó la mano a los labios—. ¿No he demostrado ya que soy notoriamente difícil de matar?

—Solo hace falta una vez. —Ella cerró sus dedos sobre los de él—. Ten cuidado, Dante. Te perdí una vez, no creo que pudiera soportar hacerlo de nuevo.

Él giró su mano para entrelazar sus dedos con los de ella.

—No tengo intención de dejarla nunca, señora. Me temo que se va a tener que quedar conmigo. —Sus labios se curvaron en una suave sonrisa.

—Bien.

Aquella noche, él acudió a ella en cuanto su criada hubo salido de la habitación. Ella había esperado que viniera, y cuando la puerta que compartían se abrió con un clic, casi se le cae el cepillo que sostenía ante su impaciencia.

—¿No es una vista encantadora? —En mangas de camisa y con la corbata colgando sin anudar alrededor del cuello, se apoyó en la puerta y se cruzó de brazos. Cruzó un pie sobre el otro, y el aprecio calentó su mirada mientras la barría.

—Creo que eres más hermosa ahora que el día que te vi por primera vez.

—Y tú no has cambiado. —Divertida, se encontró con su mirada en el espejo y volvió a peinarse—. Sigues siendo un pícaro.

—Solo con usted, señora. Solo con usted. —Se enderezó y se acercó a ella—. ¿Puedo ayudarla?

—Si lo desea. —Ella le entregó el cepillo y cerró los ojos de placer cuando él empezó a

pasarlo por su pelo.

—Siempre me ha gustado tu pelo —dijo él en voz baja—. Parece oro hilado cuando está suelto sobre tus hombros de esta manera. Me gustaría envolverme en él.

—Eres bienvenida a hacerlo—.

Se rio entre dientes.

—Ah, tentadora. Creo que te he enseñado demasiado bien, esposa.

—¿Es tan antinatural que una mujer disfrute de las artes sensuales cuando su marido es tan bueno en ellas? —Abrió los ojos, encontrándose de nuevo con su mirada en el espejo—. Creo en la honestidad entre nosotros, Dante. Ha habido demasiados engaños, no obra nuestra, que se han interpuesto entre nosotros.

—Cierto. —Le pasó el cepillo lentamente por el pelo, y ella dejó caer la cabeza hacia atrás mientras un ronroneo de placer escapaba de su garganta—. No hay nada malo en una mujer que disfruta de las atenciones de su marido —añadió.

—Si está mal, espero no estarlo nunca.

—Te enseñaré a ser malvada —susurró él, apartándole el pelo de la oreja con el cepillo—. Pero solo conmigo.

—No quiero a nadie más. —Ella sonrió—. Nunca he tenido a otro.

Exhaló con un siseo.

—Haces que sea difícil controlarme.

—No ha dicho que tuvieras que hacerlo.

Él se rio.

—Quiero hacer el amor con mi mujer sin prisas, no saltar sobre ella como un jabalí en celo.

—Al menos, no eres un jabalí aburrido —gimió—. Eso ha sido lamentable.

Ella soltó una risa baja y ronca, deleitándose en su poder como mujer.

—A mí me pareció bastante ingenioso.

—¿Quieres intercambiar ocurrencias, Madelaine? —Le pasó el pelo por encima de un hombro y arrastró el cepillo por la piel desnuda del otro, las suaves cerdas hicieron que su piel se ondulara de excitación—. Tenía otra cosa en mente.

—¿No le parece interesante mi conversación?

Él se inclinó para colocar su boca cerca de la oreja de ella.

—Todo en ti me parece fascinante.

Un estremecimiento la recorrió. No había nadie como él, nadie que la hiciera sentir tan hermosa de una forma tan básica y femenina. Tenía la sensación de que podría ser la mujer, físicamente, más fea del mundo, y aun así él la haría sentir como si fuera la única mujer que pudiera satisfacerlo.

Y hoy casi lo había perdido.

Giró la cabeza para mirarlo, para mirarlo fijamente a los ojos, a su alma, mientras decía las palabras que ya no podía ocultar.

—Te quiero, Dante. — Inhaló bruscamente y cerró los ojos—. No iba a decírtelo —continuó ella. Su corazón latía como el de un conejo; no podía leer su expresión—, pero cuando llegaste a casa hoy, y me di cuenta de que podrían haberte matado… solo quería que lo supieras. —Le acarició la mejilla con una mano—. —Te quiero, Dante. Te amé hace cinco años, y te amaré dentro de muchos años.

—¿Cómo puedes amarme después de lo que hice? —Abrió los ojos, una emoción feroz brillaba en las oscuras profundidades de su marido—. Tomé tu inocencia por los pecados de tu

padre. Debiste estar aterrorizada, pero cumpliste el trato.

—¿Cómo podría no amarte? Vives tu vida con pasión y la doblegas a tu voluntad. —Aunque él no había correspondido a su declaración, tampoco la había rechazado. Emocionada, habló desde el corazón—. Has sobrevivido a un tormento increíble y te has reconstruido a partir de la nada. Me enseñaste a hacer lo mismo.

—No te merezco —murmuró él con brusquedad, tirando de ella para levantarla de la silla y abrazarla.

—Pero me tienes.

—Gracias a Dios. —La levantó en brazos, haciéndola chilla, y atravesó la puerta de que comunicaba sus habitaciones.

—¿Adónde me llevas?

—A mi cama. —La tumbó en el colchón, con la satisfacción grabada en el rostro mientras la miraba—. Me gusta verte aquí.

Ella se estiró coqueta, sabiendo cómo la seda de su camisón seguiría el movimiento.

—Me gusta estar aquí.

—Sirena. —Él le pasó los nudillos por la mejilla—. ¿Intentas tentarme?

—En absoluto. —Ella se apoyó en los codos, los labios curvándose con suficiencia mientras la mirada de él se dirigía a sus pezones endurecidos, que se clavaban contra la seda—. Te *estoy* tentando.

—Desde luego que lo haces. —Se inclinó y la besó, yendo de buena gana mientras ella lo rodeaba con los brazos y tiraba de él hacia la cama.

Su amor parecía más una sinfonía que un incendio, con suaves caricias y dulces murmullos y jadeos de placer. Manos ansiosas apartaban la ropa. Las bocas besaban y acariciaban y

susurraban palabras de alabanzas. Cada vez más alto crecía su placer, siempre cerca, pero nunca hasta el final. Hasta que él se colocó en la entrada de su cuerpo, provocándola con su duro calor. Tomó su cara entre las manos y la besó suave, mirándola profundamente a los ojos.

—Te quiero —murmuró, y luego unió sus cuerpos.

Ella alcanzó el clímax inmediatamente, sobrecogida por un torrente de pasión y emoción. Se aferró a él, con los ojos llenos de lágrimas, mientras él susurraba las palabras una y otra vez al ritmo de sus embestidas, hasta que él también echó la cabeza hacia atrás y gritó de placer. Luego, se acomodaron en los brazos del otro y se durmieron.

El baile de lady Tripton debería haber resultado el acontecimiento más agradable al que Madelaine había asistido aquella temporada. Después de todo, su marido le había confesado su amor y la duquesa de Wilnington no estaba presente para congelarla desde el otro lado de la sala con su fría mirada. Pero, por muy feliz que se sintiera porque su matrimonio hubiera evolucionado hasta convertirse en algo parecido a una relación normal, también le aterrorizaba la idea de que todo aquello se esfumara con la bala de un asesino.

¿Cómo podía Dante hablar tranquilamente de negocios con los caballeros presentes cuando sabía que alguien intentaba matarlo? ¿Y que el sospechoso más probable era su mejor amigo, Samuel? Sin embargo, eso era exactamente lo que estaba haciendo. Cuando ella había intentado quedarse con él, aferrándose a su brazo mientras estaba al acecho de enemigos detrás de cada palmera, él le había pedido, de forma amable, que se retirara para disfrutar de las delicias del baile. Al parecer, algunos de sus socios tenían dificultades para discutir asuntos importantes en presencia de una mujer.

¿Y qué podía hacer ella sino acceder?

A regañadientes, Madelaine lo abandonó y tomó asiento al borde de la pista de baile con las damas. Intentó mantener a Dante en su línea de visión, pero era difícil con la aglomeración de gente que abarrotaba el salón de baile de lady Tripton. Tuvo visiones de uno de sus enemigos

acechando entre la multitud, listo para clavarle un cuchillo en las costillas.

Acababan de reencontrarse. Ella no tenía intención de perderlo.

El duque de Wilnington apareció de la nada, haciendo una reverencia y tendiéndole la mano.

—¿Daría una vuelta por el salón de baile conmigo, señora Tremont?

Las matronas cesaron en su chismorreo, esperando con curiosidad no disimulada su respuesta. Madelaine vaciló. Patrick también estaba en la lista de sospechosos de los ataques a Dante, lo que la hizo recelar, pero luego se dio cuenta de que, si se iba con él, al menos no podría urdir ningún complot para matar a Dante mientras estuviera en su compañía. Tal vez, incluso, podría ganarse una confesión suya.

—Por supuesto, Alteza.

Colocando la mano en su brazo extendido, le permitió que la guiara dando una vuelta por el salón de baile.

—No he visto a su madre esta noche —comentó Madelaine tras unos momentos de incómodo silencio.

—Se marchó esta tarde a Havenmeade, mi finca. Nuestro chef francés dejó nuestro empleo de forma bastante abrupta.

—Lamento oír eso.

—Madre actúa como mi anfitriona hasta que me case. —Patrick le dirigió una mirada significativa—. De hecho, estuve prometido una vez a una dama elegida a dedo por mis padres cuando era un bebé.

—Alteza —dijo ella, ralentizando sus pasos—, ¿hay algo que quiera decirme?

Él pareció desconcertado por un momento, como si ella hubiera tropezado con un secreto.

Luego suspiró y asintió brevemente.

—Venga, permítame que le traiga un vaso de ponche.

—El ponche es innecesario. Quizás podríamos encontrar en su lugar un rincón tranquilo para que me diga lo que quiere.

—Es usted una mujer muy práctica, señora. —Patrick la condujo por el borde de la pista de baile hasta una zona menos poblada del salón. Pocas damas se quedaban allí, ya que el olor a humo flotaba desagradable desde la cercana sala de cartas para caballeros.

Patrick se detuvo y una mirada altiva despejó la zona de los dos jóvenes que se habían detenido a debatir los méritos de sus corceles de caza favoritos.

—Lo haces muy bien —dijo Madelaine, viendo alejarse a los desgarbados caballeros.

—Gracias. Una de las ventajas de ser duque.

Casi sonrió ante su arrogancia juvenil. Era difícil comprender que ella y el joven duque tuvieran la misma edad.

—Supongo que me buscaba por alguna razón, Alteza.

Levantó una ceja rubia.

—Quizá solo quería la compañía de una mujer hermosa.

—Es usted muy encantador, pero no espere que caiga en semejante flirteo. Usted no es el tipo de hombre que confiesa sus secretos familiares en medio de un salón de baile abarrotado.

—Cierto. Pero quería llamar su atención.

—Podrías haber pedido que me llamara.

Soltó una carcajada amarga.

—No sabía si me recibirías. —El corazón le saltó a la garganta. ¿Sabía él de sus

sospechas?

—¿Qué te ha llevado a esa idea, Su Alteza? —preguntó tan despreocupadamente como pudo.

—Dante vino a verme hoy. Nosotros… discutimos un incidente del pasado. Pensé que podría prohibirle que me viera si la llamaba.

—¿Discutido?

Le dirigió una mirada sufrida.

—Muy bien. Duscutieron. —Desconfiando de él, miró hacia atrás por encima de la multitud, buscando a Dante—. Los hermanos siempre riñen.

—Medio hermano.

Ella suspiró exasperada.

—¿Qué querías decirme?

—Quería hablarte de Dante.

—Vale, ¿y ahora qué?

Él pareció sorprendido por su tono.

—Pensaba que una esposa estaría ansiosa por conocer el pasado de su marido.

—Lo sé todo sobre el pasado de mi marido, Alteza. Y no lo arroja bajo una luz halagadora.

La ira se encendió en sus ojos.

—¿De verdad? Quizá no sepa realmente con qué clase de hombre se casó.

Entrecerró los ojos mientras la ira la invadía. ¿Acaso pensaba ensuciar el nombre de Dante ante ella? Ya habían pasado por bastante, por Dios. ¿Por qué nadie podía dejarlos en paz?

—Sé *exactamente* con qué clase de hombre me casé.

—¿Está segura? Arruinó a mi prometida.

—Lo dudo.

—Es la verdad.

—Su verdad. Estoy seguro de que hay más en la historia. Buenas noches, Alteza. —La cogió del brazo cuando ella se había dado la vuelta, intentando alejarse.

—Espere. Quiero contarle lo que pasó.

—¡Por el amor de Dios! —Ella le dirigió una mirada de profundo fastidio—. De acuerdo, te escucharé, pero no se te ocurra ponerme en contra de mi marido.

Sus rasgos se tensaron con frustración, pero asintió.

—Muy bien. Estuve prometido a Victoria desde el día de su nacimiento. Siempre estuvo destinada a ser mi duquesa, pero la noche en que íbamos a anunciar la fecha de nuestra boda, Dante intentó seducirla.

—Por favor. ¿Por qué haría algo así?

—Porque siempre ha estado celoso del hecho de que yo sea el verdadero heredero. —Bajó la mirada, como si la respuesta debiera ser obvia.

—¿De dónde has sacado semejante tontería? —se burló ella.

—Siempre lo he sabido.

—¿Dijo él tal cosa? —exigió ella—. ¿O fue una suposición que usted hizo por su cuenta? Mi marido es un hombre de honor —interrumpió ella con fiereza—. Y si hizo tal cosa, debió tener una razón.

La expresión de Patrick se volvió malhumorada.

—Ese hombre es un rastrero. Esa era toda la razón que necesitaba.

—Ya no —siseó ella—, ya no. Ahora es mi marido.

—Hasta que su mirada se desvíe.

Ella apretó los labios con fastidio.

—¿Esta es la disputa que hay entre ustedes? ¿Por esa mujer?

—Sí.

Ella sacudió la cabeza con lástima.

—Han pasado casi seis años, Patrick. Ahora es un hombre diferente.

—Está obsesionada con él —se mofó Patrick—. Mírate, más ciegamente leal que mi mejor perro de caza.

Ella levantó la barbilla con orgullo.

—Ya me lo han dicho antes.

—¿Qué hará cuando le rompa el corazón? —le replicó Patrick—. Es un mujeriego, los dos lo sabemos. Intentaba abrirle los ojos a la verdad.

—Hablemos de la verdad —replicó ella—. Tal vez podría decirme lo que sabe sobre los atentados contra la vida de Dante.

—¿De qué demonios está hablando? —Palideció cuando ella se lo quedó mirando—. ¿Alguien ha intentado matar a Dante?

—Alguien intentó matarlo hace cinco años, pero sobrevivió. —Ella le apartó la mano del brazo—. Y alguien volvió a intentarlo dos veces más desde que regresó a Londres. Supongo que no sabrá nada de eso, *Alteza.*

—*¿Me* está acusando*?* —La furia y el asombro guerreaban en su rostro—. ¿Está usted loca?

—Usted no oculta su enfado por lo ocurrido con sus esponsales. Así que sí, tal vez le *esté* acusando. Porque alguien odia a Dante lo suficiente como para intentar matarlo, y ahora mismo usted tiene más motivos.

—Yo quería… Dios mío, esta conversación no es lo que pretendía.

—Estoy segura de que no lo era.

—No me hable en ese tono —gruñó—. ¿Quién es usted para andar lanzando acusaciones infundadas?

—Soy la mujer de Dante. —Ella lo señaló con el dedo — . Y si alguien piensa separarnos, será mejor que se lo piense otra vez.

Él le agarró la muñeca, inclinándose más cerca en una postura de intimidación.

—¿Me está amenazando, señora? Le advierto que ya no soy un niño, ya no es tan fácil tomarme por tonto.

—¿Y quién te está tomando por tonto? —Dante apareció de la nada, frunciendo el ceño al ver el agarre de Patrick en la muñeca de Madelaine—. Ten la amabilidad de soltar a mi esposa.

Patrick la soltó y Madelaine se lanzó al lado de Dante, reconfortada por la mano que este le colocaba en la parte baja de la espalda.

—Estábamos hablando del pasado —dijo Patrick, siendo una vez más el duque genial y urbano.

—El pasado ya pasó y se fue. Mejor pensar en el presente. —Dante le sonrió—. Y en el presente, la orquesta está a punto de tocar un vals. ¿Te gustaría bailar, esposa?

—Me gustaría.

Dante asintió una vez a su hermanastro.

—Si nos disculpas, Alteza.

—Por supuesto. —Patrick hizo un gesto de despedida, pero dirigió a Madelaine una última y significativa mirada cuando Dante le dio la espalda.

—¿De qué iba eso? —preguntó Dante, llevándola de nuevo a la pista de baile.

—No estoy segura. —Ella le dirigió una mirada preocupada—. Ten cuidado con él, Dante. Es un joven muy enfadado.

—Lo sé. —Cogiendo la mano de su esposa, los condujo al vals—. Me culpa de haber perdido a su prometida.

—Dice que la arruinaste.

—Era una fulana —dijo sin rodeos—. Solo le mostré sus verdaderas cartas antes de que se casara con ella.

—Cree que le tienes celos.

—Algo difícil. —Sus labios se curvaron en una sonrisa malvada—. ¿De qué me sirve un título cuando ya tengo todo lo que quiero?

—¿Todo? —Ella le lanzó una mirada por encima de las pestañas y luego se lamió lentamente los labios.

Él exhaló un suspiro.

—Quizá no todo —murmuró, acercándola un poco más.

—Tendremos que corregir eso esta noche.

—Ten por seguro que lo haremos.

Mientras bailaba con su marido, Madelaine se dio cuenta de que el duque abandonaba el baile. Su marcha alivió parte de la tensión que la había poseído toda la velada. Se relajó en los brazos de Dante, permitiéndole que la atrajera a un mundo de coqueteo tentador mientras él la hacía girar hábilmente por la sala. El baile se convirtió en una seducción, más excitante porque

ya sabían qué placeres los esperaban en la alcoba.

—Hay algo escandaloso en el hecho de estar entre tus brazos delante de toda la sociedad —murmuró ella cuando terminó la música.

—Debes guardar todos los valses para mí.

—Hecho. —Sus labios se curvaron en una sonrisa—. No estaría bien que llamaras a alguien a un duelo por un simple baile.

Levantó la mano de ella hacia sus labios.

—Mi única cita al amanecer es contigo, mi amor.

Ella le envió una mirada juguetona.

—Trae tu pistola.

Capítulo 21

Unos golpes en la puerta los despertaron justo después del amanecer de la mañana siguiente.

—¿Quién diablos será? —murmuró Dante. Madelaine se acurrucó más cerca de su marido, enterrando la cara en su pecho—. Diles que se vayan.

Él le pasó una mano por la espalda mientras los golpes continuaban.

—Debe de ser urgente si intentan derribar la puerta. —Dejó un beso bajo su oreja—. Ahora vuelvo.

Ella protestó somnolienta mientras él se deslizaba fuera de la cama, alargando la mano para posarla sobre la sábana, donde permanecía el calor de su cuerpo. Abriendo los ojos, observó con agradecimiento cómo él caminaba desnudo hasta el armario y se ponía la bata.

Volvieron los golpes en la puerta.

—¡Señor! —gritó alguien—. ¿Está despierto, señor?

—¡Sí, bendito seas! Un momento. —Los golpes cesaron y Dante lanzó a su esposa una sonrisa perezosa mientras se metía en la prenda y se la abrochaba—. Vuelvo enseguida.

Los labios de ella se curvaron en respuesta al brillo de sus ojos.

—Estaré aquí mismo. —Riéndose entre dientes, fue a abrir la puerta de un tirón—. ¿Qué? —rugió.

Desde la cama, Madelaine pudo ver a Elton, vestido a la perfección a pesar de lo temprano de la hora. Había alguien con él, pero ella no podía ver quién era más allá de los anchos hombros de Dante. Cerró los ojos, sonriendo mientras pensaba cuánto tardaría Dante en deshacerse de los criados para poder volver a asuntos más importantes.

—¡Señor! ¡La señorita Adele se ha ido!

—¿Se ha ido? ¿Cómo que se ha ido?

El terror se apoderó de ella al oír esas palabras. Incorporándose bruscamente en la cama, Madelaine luchó por envolver su cuerpo desnudo con las sábanas mientras Dante ladraba preguntas a los criados. Poniéndose en pie a trompicones con las sábanas enrolladas a su alrededor, pudo ver que la institutriz de Adele estaba de pie junto a Elton.

—No está en su cama, señor. —La voz de la señorita Edgerton temblaba de angustia—. Me desperté para beber un poco de agua, y cuando me asomé a verla, ¡no estaba en su cama!

—¿Ha registrado la casa?

—No, señor. —Elton le tendió un trozo de papel—. Encontramos esto en su almohada.

Madelaine se precipitó al lado de Dante, sin importarle su estado de semidesnudez.

—¿Qué dice?

La expresión de Dante se ensombreció.

—Dice que si quiero volver a ver a nuestra hija debo llevar veinte mil libras a un lugar indicado aquí hoy al mediodía.

—¡Veinte mil libras! —La cabeza le dio vueltas—. ¿Dispones de tal suma?

—El dinero no es un problema. —Arrugó la carta en su puño—. Pero alguien va a lamentar el día en que tocó a mi hija.

—¿Cómo ha podido ocurrir? —Temblaba de pies a cabeza y apoyó la mano en el brazo de

Dante en busca de apoyo—. ¿Cómo pudo alguien llevársela de la cama? ¿Del interior de esta casa?

—Eso, mi querida esposa, es lo que averiguaremos.

—¿Llamo a la calle Bow, señor? —preguntó Elton.

—Sí. Y a Fenworthy. Bajaré enseguida.

—Muy bien, señor.

—Señorita Edgerton —dijo Dante en un tono más suave—, por favor, vístase y reúnase con nosotros abajo en el salón. Estoy seguro de que el corredor tendrá preguntas sobre la rutina diaria de Adele que usted podrá responder.

—Sí, señor. —Con los ojos enrojecidos por las lágrimas, la institutriz moqueó y se dio la vuelta.

Dante cerró la puerta cuando los criados se marcharon y se apoyó en ella. Se encontró con la mirada de Madelaine, sus ojos oscuros llenos de tormento. Ella se metió en su abrazo justo cuando tiraba de ella. Sus brazos la rodearon con fuerza y, cuando enterró la cara en su cuello, se dio cuenta de que él también temblaba.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó ella, acariciándole el pelo con la mano libre.

—Pagar el rescate y recuperarla.

—¿Crees que esto tiene algo que ver con los atentados contra tu vida de hace poco?

—Ya lo había pensado. —Levantó la cabeza y la miró, una luz despiadada entró en sus ojos—. Y, si es así, alguien lo pagará caro.

—¿Crees que fue Patrick? Anoche se fue temprano del baile.

—Por supuesto, me enteraré de las actividades de mi querido hermano anoche.

—¿Y Samuel? —preguntó ella con cautela.

Apretó la mandíbula.

—También lo buscaré.

—Tengo miedo, Dante. —Ella apretó con más fuerza los dedos en la sábana que envolvía su cuerpo—. ¿Y si son las mismas personas que intentaron matarte? Adele es solo una niña.

Él le pasó las manos suavemente por la espalda.

—No tienen nada contra la niña; es a mí a quien quieren. Ella es solo un cebo.

—¿Y el dinero?

—Mi hombre de negocios reunirá los fondos por mí.

—¿Tan rápido?

Su boca se torció en una apariencia de sonrisa.

—Fenworthy me considera un dios. Lo hará.

Ella se apartó de mala gana de sus brazos.

—Supongo que será mejor que me vista. Todos llegarán pronto.

—Sí. —Él le acarició la mejilla—. Te juro que la recuperaré.

Ella le cogió la mano y se la apretó tranquilizadora—. Sé que lo harás. Confío en ti, Dante.

Fenworthy llegó justo después de que el corredor de la calle Bow hubiera entrado y salido. Madelaine entró en el estudio de Dante justo cuando Fenworthy se marchaba sin despedirse. El hombre bajito y con gafas le dio los buenos días de forma cortés y luego se marchó a toda prisa, con una cartera llena de papeles que autorizaban la liquidación de varios de los activos de Dante agarrada en los brazos.

Dante se recostó en su silla, mirando su escritorio como si nunca lo hubiera visto antes.

—No deja de sorprenderme que puedas reunir una fortuna con nada más que tu firma —

dijo, cruzando la habitación hacia él.

Él levantó la vista y le dedicó una sonrisa apenada, pero el cansancio y la preocupación rondaban sus ojos.

—Ojalá todos los problemas pudieran manejarse con tanta sencillez—

—¿Consideras el dinero un asunto sencillo? —Ella se detuvo a su lado y apoyó la cadera en el borde del escritorio.

—Siempre ha sido así para mí. Tengo talento para convertir la paja en oro. —Él le cogió la mano y se limitó a sostenerla, como si necesitara la conexión—. Si este hubiera sido un simple caso de secuestro con rescate, habría pagado diez veces más para recuperar a nuestra hija.

—Pero no lo es. Es mucho más complicado.

—Mucho —estuvo de acuerdo. Llevó la mano de ella a su mejilla y cerró los ojos—. Estoy aterrorizada —confesó—. Este enemigo mío, sea quien sea, se ha propuesto arruinar mi vida. Y al robarme a nuestra hija, puede que lo haya conseguido.

—La encontrarás. —Ella convocó una débil sonrisa y entrelazó sus dedos con los de él—. Eres un hombre influyente y rico. Tienes todas las herramientas a tu disposición para traer a Adele a casa.

Él soltó una carcajada sin humor.

—Me está viniendo muy bien.

—El señor Harris de Bow Street parecía confiado. ¿Cuándo vuelve?

—A las diez y media.

—¿Dónde se supone que debes llevar el dinero?

—A un lugar en Kent, a una hora de Londres. Parece ser una casa de caza de algún tipo. Fenworthy dice que tendrá el dinero en una hora, entonces el corredor y yo iremos al encuentro

de esas alimañas.

Ella apretó sus dedos entre los de él.

—Voy contigo.

—Claro que sí.

Ella respondió a su mirada con una propia.

—Me mantendré al margen, pero tengo que estar allí. Puedo cuidar de Adele mientras tú te ocupas de su secuestrador.

—No quiero que corras peligro. —Levantó sus manos entrelazadas y le dio un beso persistente en el dorso de la mano—. No puedo perderte a ti también. No otra vez.

—Me quedaré en el carruaje, pero no puedo quedarme de brazos cruzados esperando a que traigas a nuestra hija a casa. La preocupación me mataría. —Vio que estaba a punto de protestar de nuevo—. ¡Maldito seas, Dante! Estamos juntos en esto.

Una risita genuina escapó de sus labios.

—¿Me engañan mis oídos, o acaba de escaparse una maldición soez de los labios de mi señora esposa?

—Soy la hija de un ludópata, esposo, y tengo muchas más palabras si piensas dejarme atrás.

—Muy bien. —Se puso serio—. Pero debes quedarte en el carruaje como prometiste. No toleraré ninguna desobediencia en este asunto.

—Lo haré.

Elton se acercó a la puerta.

—Perdóneme, señor, pero el duque de Wilnington acaba de llegar.

—¿Qué demonios...? —Dante miró a Madelaine—. ¿Qué hace aquí? —susurró ella.

—Viene a regodearse, sin duda. Hágale pasar —dijo Dante al mayordomo.

Madelaine se movió para situarse junto a la silla de Dante, deslizando su mano de la de él y posándola en su lugar sobre su hombro, en señal de solidaridad. Dante levantó la mano para acariciarle brevemente los dedos y luego la soltó cuando el duque apareció en la puerta.

—Dante, acabo de saber por los criados que tu hija ha sido secuestrada. —Patrick entró en la habitación, era la viva imagen de la preocupación—. ¿Hay algo que pueda hacer? ¿Necesitas dinero?

—Tengo fondos suficientes para el rescate, Patrick. —Dante se levantó, sin apartar los ojos de su hermanastro—. Pero sin duda puedes decirme lo que sabes de esta villanía.

—¿Lo que sé? —Patrick miró de uno a otro, la alarma apareciendo en sus ojos—. Por Dios, ¿no creerás que tengo algo que ver con esto?

—Dímelo tú —respondió Dante en voz baja.

—¿Estás loco? —La mirada de Patrick se desvió hacia Madelaine—. ¿Te ha hablado su mujer de sus descabelladas acusaciones?

—Mi mujer y yo somos socios, Patrick, y nos lo contamos todo.

—¿Significa eso que crees…? —Sacudió la cabeza como para despejarla—. Dante, no puedo creerme que pienses eso.

—¿Dónde estuviste anoche, Patrick? —Dante se sentó en el borde del escritorio, y aunque su voz sonaba suave, su expresión era de todo menos eso.

—En el baile de Tripton, igual que tú. —Envió una mirada fulminante a Madelaine—. Ambos me visteis allí.

—Pero te fuiste —señaló Madelaine—. ¿Adónde fuiste después? —El rostro de Patrick

enrojeció—.

—¿Cómo te atreves a cuestionar mi paradero? Recuerda quién soy.

—Sé exactamente quién eres —gruñó Dante—. Eres un niño que juega a ser un hombre porque tiene un título.

—¡Soy el duque de Wilnington!

—Eres mi hermano pequeño —lo corrigió Dante. Y cuando Patrick abrió la boca para replicar, añadió burlón—: Medio hermano.

—No tengo por qué aguantar esto. —Con las manos crispadas a los lados, Patrick los fulminó a ambos con la mirada—. ¡He venido a ver si podía ayudar, y en vez de eso me insultáis!

—No te irás. —Dante rodeó el escritorio para cernirse amenazador sobre el hombre más joven—. No hasta que tenga algunas respuestas.

Patrick no se echó atrás.

—No puedo decirte lo que no sé.

—¿Quién organizó mi secuestro? —exigió—. ¿Quién ha estado intentando matarme? *¿Quién me robó a mi hija?*

Patrick se estremeció ante el rugido de Dante.

—No fui yo. Maldita sea, Dante. —Empujó el pecho de su hermano, con el rostro retorcido por la emoción—. —¡He estado tratando de encontrar una manera de *acercarme* a ti, no de librarme de ti!

—Mentiroso.

—No estoy mintiendo. —Patrick levantó la barbilla y los sorprendió a todos devolviéndole el ceño fruncido a Dante—. Te traté de forma horrible cuando éramos niños.

—Sé lo que hiciste. Estuve allí.

—No estoy orgulloso de ello. —Patrick miró de Madelaine a Dante, con una súplica en los ojos—. Fue la influencia de mi madre. Ella siempre me decía que yo era mejor porque algún día sería el duque y que tú solo eras un bastardo.

—No te estás haciendo querer por mí, Patrick.

—¿Quieres escucharme por una vez? No soy bueno con las palabras. —El duque se alejó de Dante y luego se volvió hacia él—. He estado intentando hacer las paces contigo, pero sigo errando el tiro.

—Tienes una extraña manera de hacer las paces.

—Dante —dijo Madelaine—, escuchemos lo que tiene que decir—.

Su marido le lanzó una mirada irritada.

—Madelaine, este joven cachorro me ha demostrado su odio durante años. No caeré en sus cuentos de mentiroso a estas alturas.

—No te odio. Nunca lo hice. —Patrick miró de uno a otro—. Sé que no me crees.

—Tienes razón —gruñó Dante.

—La verdad es que siempre te he admirado, Dante. —Soltó una carcajada burlona—. Yo tenía el título, pero tú tenías la admiración de la sociedad, ganada por méritos propios. Incluso nuestro padre lo comentó.

—Qué conmovedor.

—Tenías éxito en todo lo que hacías, desde los negocios hasta las mujeres —continuó, enviando una mirada de disculpa a Madelaine—. Eras un crack y siempre hablabas de la forma más deferente. Yo quería ser más como tú, pero yo iba a ser el duque.

—Y yo nunca podría ser el duque.

—Habrías sido mucho mejor duque que yo —susurró Patrick—.

—¿Y eso qué tiene que ver ahora? —Dante sacó su reloj de bolsillo—. En una hora, debo cobrar el rescate para recuperar a mi hija. A menos que te importe decirme dónde está…

—¿Por qué no me escuchas? Yo no me he llevado a tu hija. Es mi sobrina. ¿Cómo podría hacerle daño?

—De la misma forma que podrías intentar matar a tu propio hermano.

—No intenté matarte. Te lloré, Dante. Me afligí cuando pensé que habías muerto. —Se le quebró la voz y se hundió en una silla.

—Creo que...

—Dante. —Madelaine se acercó y le puso una mano en el brazo, deteniendo cualquier comentario ampuloso que hubiera estado a punto de pronunciar—. Creo que dice la verdad.

—¡Claro que digo la verdad! —La frustración marcó el joven rostro de Patrick—. Te odié por el incidente con Victoria. Y te odié aún más cuando me di cuenta de que me alegraba de que hubieras arruinado mi compromiso. Era demasiado joven para casarme.

—Parecías empeñado en ello. —Aliviado por la mano de Madelaine que le acariciaba el brazo, Dante se recostó contra el escritorio.

—Mi madre se había pasado años contándome cómo Victoria iba a ser mi duquesa. Me hice a la idea, pero cuando llegó el momento de anunciar formalmente la fecha de nuestra boda, me di cuenta de que aún no quería casarme. Solo tenía diecinueve años. Pero madre insistió.

—Sin embargo, actuaste como el novio indignado.

—No podía mostrar lo que realmente sentía. Mi madre se habría puesto furiosa.

—Ahora eres un hombre, Patrick. Debes dejar que ella controle tu vida.

—Mi madre puede ser una mujer muy insistente —dijo Patrick con un suspiro—. Pero, aunque no podía dejar que viera mi dolor cuando pensamos que habías muerto, compré Fernhill

para tener en mi memoria algo tuyo. No he cambiado nada de esa casa. Está exactamente como la dejaste hace cinco años.

Dante se puso rígido.

—¿Compraste mi casa como recuerdo?

—Sí. —Patrick se palpó los bolsillos—. De hecho… Ah, aquí está. —Sacó un trozo de papel del bolsillo de su abrigo—. Te la devuelvo como regalo de bodas. Solo que no he tenido la oportunidad de dártelo aún.

—Estabas demasiado ocupado discutiendo —dijo Madelaine con ironía.

Dante cogió el papel que Patrick le tendía.

—¿No organizaste mi desaparición?

—Por Dios, no. Te admiraba. —Patrick se encogió de hombros mientras ambos le lanzaban miradas incrédulas—. Lo hacía, solo que no podía demostrarlo. No habría sido del todo correcto admitir lo mucho que me importaba mi hermano ilegítimo, sobre todo en presencia de mi madre.

—Ahora eres el duque, Patrick. Tal vez deberías considerar desterrar a tu madre a la casa de la dote.

Patrick hizo una mueca de dolor.

—Eso no sería fácil.

—Inténtalo. —Dante se quedó mirando la escritura como si alguien acabara de entregarle el sol—. No sé qué pensar de todo esto. Creía que habías pagado para que me mataran.

—No lo hice. —Patrick se puso en pie—. Sé que no he sido el mejor de los hermanos, pero quiero olvidar lo que ocurrió entre nosotros y seguir adelante como deben hacerlo los verdaderos hermanos. —Se levantó y le tendió una mano.

Dante miró fijamente aquella mano durante tanto tiempo que Madelaine temió que no la cogiera. Pero, finalmente, estrechó la mano de Patrick, aceptando en silencio la oferta de paz.

—Así que hablabas en serio cuando me dijiste que querías arreglar las cosas con tu hermano —dijo Madelaine.

—Así era. —Patrick le dedicó una sonrisa torcida—. Desgraciadamente, las palabras no me salen de forma fluida. Muchas veces, dejo que mi temperamento me desvíe de mi rumbo.

—Una característica que parece ser de familia —dijo Madelaine, mirando de forma significativa a Dante.

—Sin embargo, esto nos deja ante un dilema. —Dante colocó la escritura de Fernhill sobre su escritorio—. Si tú no era el villano, entonces, ¿quién es?

—Si tan solo pudiéramos encontrar a Samuel —dijo Madelaine con un suspiro.

—¿Hellman? ¿Qué tiene él que ver con esto? —,preguntó el duque.

Dante miró a Madelaine, que asintió.

—Justo antes de desaparecer, Samuel interceptó la correspondencia de Madelaine diciéndome que estaba embarazada. Sin que yo lo supiera, también respondió enviando una carta para desecharla.

—¡El canalla! —exclamó Patrick—. No sé cómo seguiste siendo amigo de un bribón como ése, Dante.

—Por desgracia, no me enteré de su perfidia hasta hace unos días. Me enfrenté a Samuel y ahora ha desaparecido.

—Probablemente abandonó el país —dijo Patrick.

—Tal vez. Pero el momento de la carta coincide con el de mi secuestro.

—Creemos que Samuel puedo haber tenido algo que ver con la desaparición de Dante —

dijo Madelaine—. La noche de la cena que celebraron en nuestro honor, os vi discutiendo en el jardín.

—¿Así que supusiste que eso significaba que yo estaba implicado en sus planes?

—Bueno, dada tu actitud hacia mi marido, y el hecho de que cuesta mucho dinero organizar el secuestro de un hombre con la prominencia social de Dante, no era una idea tan ridícula.

—En eso debo estar de acuerdo contigo —dijo Patrick—. Pero mi discusión con Hellman no tenía nada que ver con Dante. El granuja estaba husmeando de nuevo alrededor de mi madre. Le había advertido que se mantuviera alejado de ella.

Dante se puso rígido.

—¿Tu madre?

—Sí, repugnante, ¿verdad? —Patrick hizo una mueca—. Un joven como él, de su clase social, pensando en tener un flirteo con una mujer de la edad y la posición de mi madre.

Dante y Madelaine se miraron.

—¿Esto ha ocurrido antes? —preguntó Dante.

Patrick asintió.

—Hace unos años, Hellman empezó, de repente, a llamar a diario, a dar paseos en carruaje con mi madre, a murmurarle cosas al oído en los actos sociales. Era horriblemente embarazoso. Adminton es un compañero mucho más sensato para ella.

—Tal vez su asociación no era lo que tú piensas —dijo Dante—. ¿Y si no tenían una aventura?

—¿Qué otra explicación… No creerás...

—No hay nadie que me odie más que la Duquesa de Wilnington —dijo Dante sombrío.

—Imposible. —Patrick sacudió la cabeza—. Sé que nunca le has caído bien, Dante, pero me cuesta creer que llegaría tan lejos para librarse de ti.

—A mí no me cuesta creerlo en absoluto. Ella tiene el dinero para hacerlo, ¿y qué extraño es que tan pronto como desaparecí, a su amigo Adminton se le metió en la cabeza patrocinar a Samuel en la Sociedad?

—Tal vez no fue mi madre. Quizás fue Adminton.

—Lo siento, Patrick, pero Adminton no tiene nada contra mí —dijo Dante—. De hecho, incluso fuimos socios en una inversión muy lucrativa hace algunos años. Sería la última persona en intentar deshacerse de mí. Debe de ser Amelia.

—Dios mío —, susurró el duque, con el asombro evidente en su rostro.

—¿No dijiste que tu madre no estaba en la ciudad? —preguntó Madelaine.

—Se fue ayer por la mañana a Havenmeade.

Madelaine se encontró con la mirada de Dante.

—Conveniente, ¿no crees?

—De acuerdo. —Dante cogió la nota de rescate del escritorio—. Este lugar de encuentro es un coto de caza en Kent.

—Una de las fincas de la familia de mi madre está en Kent. Fue parte de su dote cuando se casó con mi padre.

—¿Reconoces este lugar? —Dante dejço la nota en la mano de Patrick.

El joven palideció.

—Sí. Es parte de la finca de mi madre.

—Ya lo tenemos. —Dante se dirigió a la puerta y llamó a gritos a Elton.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Madelaine.

—Voy a cabalgar hasta este lugar y voy a encontrar a nuestra hija.

—No sin mí, no lo harás. —Hizo una pausa y luego asintió.

—Recuerda nuestro acuerdo.

—Iré a buscar mi capa. —Se dirigió hacia la puerta.

—Yo también voy. —Patrick arrojó la nota sobre el escritorio y se enfrentó a la mirada de Dante—. Quizá pueda ayudar. Puedo hablar con mi madre, ella a ti no te escuchará.

—Cierto. —Dante cogió la mano de Madelaine cuando llegó a él y la apretó—. Prométeme que no harás ninguna tontería.

—Siempre que tú hagas la misma promesa. 3Antes de que pudiera responder, Elton apareció en la puerta.

—¿Sí, señor?

—Llame inmediatamente al señor Harris de Bow Street y envíe una nota al señor Fenworthy diciéndole que haga caso omiso de mis instrucciones de esta mañana.

—Sí, señor. —El mayordomo desapareció para cumplir sus órdenes.

Dante se apartó de la puerta y se dirigió al escritorio para abrir un cajón. Sacó un hermoso estuche de caoba.

—Antes de irnos, será mejor que nos llevemos esto. —Abrió la tapa para revelar dos pistolas que descansaban sobre terciopelo rojo.

Patrick se acercó a su lado y miró con gesto adusto las armas.

—¿Crees que esto es necesario?—

—Sí. —Dante miró a Madelaine, que seguía rondando cerca de la puerta—. No voy a

correr riesgos con la vida de mi familia.

Patrick alargó la mano para detener la de Dante cuando sacó una pistola del maletín.

—Y yo no correré ningún riesgo con la mía. Prométeme que no le harás daño a mi madre.

Los dos hombres cruzaron sus miradas durante varios segundos.

—No sé si podré hacerlo.

Patrick apretó la mandíbula con determinación.

—Te juro que me ocuparé de ella como es debido, solo te pido que no le hagas daño.

Dante se sacudió la mano de Patrick de encima y levantó la pistola.

—Mientras ella no haga daño, mantendré esa promesa. Pero si tengo que elegir entre tu madre y mi mujer o mi hija, ya sabes cuál será mi elección.

Patrick asintió lentamente y cogió la otra pistola de la caja.

—Entonces, al menos no dispares a matar. Eres un tirador, Dante. Puedes herir sin matar.

—Haré lo que pueda. —Puso una mano sobre el hombro de Patrick.

Conmovida por esta primera prueba de afecto fraternal, Madelaine abrió la puerta.

—Iré a por mi capa —puso como excusa, y se escabulló de la habitación.

Capítulo 22

Llegaron al palco de caza con un cuarto de hora de sobra. Desde el carruaje, Dante contempló el pabellón, de aspecto inocente. Su hija estaba allí dentro, probablemente aterrorizada. Sus dedos se apretaron alrededor de las asas de la mochila vacía que llevaba.

—Señor Tremont, acérquese usted a la casa —dijo Harris desde Bow Street, dibujando un mapa imaginario con el dedo en el asiento—. Yo daré la vuelta por este lado y, Alteza, si usted da la vuelta por el otro…

Patrick asintió sombrío, con la mano firme en la pistola que llevaba en el bolsillo.

—Y la señora Tremont se quedará en el carruaje —dijo Dante, enviando a su esposa una mirada de advertencia.

—Sí, esposo —respondió ella con una dulce sonrisa.

—Gira Grace, tomemos nuestras posiciones. Señor Tremont, en cuanto estemos listos, salga.

—De acuerdo.

Harris y Patrick se deslizaron fuera del carruaje. El sol brillaba en el pelo de su hermano como una moneda recién acuñada. O como un blanco brillante y radiante, pensó Dante.

—¡Patrick! —siseó. Cuando su hermano se detuvo, Dante le lanzó su propio sombrero—.

Ten cuidado.

Patrick cogió el sombrero y se lo colocó en la cabeza, luego hizo un gesto de tranquilidad a Dante antes de escabullirse entre la maleza.

—Menudo duque —murmuró—. En su prisa por salvar el día, olvidó su maldito sombrero —.

—Esto es tan difícil para él como para ti —dijo Madelaine—. Su madre es la villana que hay detrás de todas nuestras miserias. ¿Cómo crees que eso le hace sentir?

—Lo sé, lo sé. —Dante se pasó una mano por la cara—. Solo desearía que esto hubiera terminado. Ojalá Adele hubiera vuelto con nosotros y estuviéramos en casa tomando el té en el cuarto de los niños.

Ella le dedicó una tierna sonrisa que alivió parte del dolor de su corazón.

—Le diré a Adele que es tu turno de servir el té.

—Hazlo. —Echó un vistazo al exterior del carruaje—. Parece que están en posición. —Acercándola a él con una mano detrás del cuello, la besó, intentando infundir todo el amor que sentía por ella en esa única caricia. Cuando sus labios se separaron, apoyó su frente contra la de ella—. Quédate en el carruaje.

—Que no te maten.

—Prométemelo.

—Prométemelo tú —Ese brillo obstinado iluminó sus ojos verdes.

—¿Qué tal si nos lo prometemos el uno al otro? —Sus labios se curvaron en una sonrisa.

—Hecho. —Le acarició la mejilla—. Te quiero.

Luego, salió del carruaje y se concentró en lo que tenía que hacer.

Madelaine observó a Dante caminar hacia la casa, su abrigo azul lo convertía en un blanco

fácil entre el verdor. Miró hacia las ventanas oscurecidas de la casa, pero no vio ninguna amenaza. De hecho, no vio a nadie.

De repente, la puerta del otro lado del carruaje se abrió. Madelaine dio un grito de alarma cuando Samuel metió la cabeza dentro.

—¡Llámale! —susurró Samuel—. ¡Es una trampa!

—¿Dónde está mi hija? —exigió ella.

—Aquí mismo. —Se hizo a un lado.

—Hola, mamá. —Chupando un trozo de menta, Adele cogió la mano de Samuel y sonrió como si no pasara nada.

—Ven aquí, cariño. —Madelaine le tendió los brazos y Samuel ayudó a la niña a meterse en la carroza y en el abrazo de su madre.

—Ahora, llámalo —siseó—. ¡Va a matarlo!

Sacó la cabeza por la ventanilla.

—¡Dante, vuelve! Tengo a Adele!

Casi en la puerta, Dante se giró para mirarla. Al mismo tiempo, la ventana delantera de la casa se hizo añicos y apareció una pistola. Se movió para evitar la amenaza y sonó un disparo que alcanzó la mochila que llevaba. Se zambulló entre los arbustos.

—¡Dante! —gritó. Adele gimoteó y Madelaine la consoló mientras sus ojos iban de un lado a otro en busca de su marido.

—Maldita sea —murmuró Samuel. Sacó una pistola del bolsillo de su abrigo—. Moveos al otro asiento —exigió—. ¡Deprisa!

Ella no quería moverse, no quería darle un tiro limpio a Dante.

¿Cómo sabía ella que esto no era parte de la trampa? Pero no podía poner en peligro a

Adele.

—¡Estoy tratando de ayudarlo! ¡Ahora, muévete! —Le dio un empujón y ella se desplazó al otro asiento para poder sentarse cerca de la ventana.

—Si le haces daño —dijo en voz baja—, no saldrás vivo de este coche.

Él le lanzó una mirada de sorpresa, que rápidamente se transformó en una de admiración. Con una sonrisa arrogante, se asomó a la ventana, apuntando el cañón de la pistola.

—Sal —murmuró para sí—. Muéstrate, cobarde francés.

Pasaron largos momentos de silencio, solo roto por el tarareo desafinado de Adele mientras chupaba su caramelo.

—Sal de ahí —murmuró Samuel—. Ya está.

Madelaine se desplazó hacia el otro asiento para poder ver más allá del hombro de Samuel. La puerta de la casa se abría lentamente. Samuel apuntó la pistola a la puerta, con el dedo posado en el gatillo.

Sonó un chillido y un pájaro se lanzó de repente desde los arbustos por donde había desaparecido Dante, seguido de una maldición. Un hombre corpulento con bigote negro y una pistola saltó a la puerta y disparó al arbusto. Alguien gritó.

Dios mío, no. Madelaine aplastó a Adele contra sí, las lágrimas casi ahogándola.

—¡Bastardo! —escupió Samuel, y disparó.

Una mancha roja apareció en el pecho del gran hombre. Con una expresión de asombro casi cómica, se desplomó en el suelo.

Samuel abrió de una patada la puerta del carruaje y echó a correr hacia el arbusto del que había salido el grito. Madelaine le pisaba los talones, llevando consigo a Adele. El señor Harris apareció en el bosque y echó a correr en la misma dirección.

Y, entonces, Dante salió de la maleza que había junto al sendero y se apresuró hacia el mismo lugar.

—¡Dante! —gritó Madelaine.

Dante giró para mirarla, luego su expresión se ensombreció al ver a Samuel. Sacó su pistola. Samuel se detuvo en seco, dejó caer su pistola vacía al suelo y levantó lentamente las manos.

—¡Dante, no! —Madelaine se apresuró a colocarse frente a Samuel—. Él trajo de vuelta a Adele. Intentó salvarla. No lo hagas.

Los ojos de Dante se entrecerraron, pero su puntería no vaciló.

—Apártate, Madelaine.

—No. —La miró con rabia.

—Disparó a mi hermano.

—No lo hizo. —Empezó a caminar hacia él, manteniéndose entre los dos—. Estaba mirando, Dante. Ese hombre de ahí —señaló al hombre que estaba en el puerto junto a la puerta —, disparó a tu hermano. Samuel le disparó a él.

Adele levantó la cabeza.

—No dispares al señor Hellman, papá —dijo—. Me dio caramelos—. Señaló su palito de menta.

Dante tragó con fuerza.

—¿Ah, sí?

Adele asintió vigorosamente con la cabeza, haciendo rebotar sus rizos oscuros.

Dante bajó la pistola, pero le dedicó a Samuel una mirada sombría.

—Tú y yo resolveremos nuestras diferencias más adelante.

Samuel asintió con rigidez.

—Nombra a tus segundos cuando te convenga.

—Dante. —Su marido levantó una mano para silenciarla.

—Esto no es asunto tuyo, Madelaine. —Se volvió hacia donde Harris había colocado a Patrick, en posición sentada. La sangre rezumaba de una fea herida que había en su hombro—. ¿Cómo está mi hermano?

—Es difícil saberlo —dijo Harris, examinando la herida—. Ha perdido mucha sangre. Mejor llevarlo a un médico.

Patrick miró a Dante, el dolor torcía sus facciones.

—Disparado por mi propio chef —dijo—. Qué extraordinario.

—¿Está herido? —preguntó Adele.

—Es tu tío Patrick —dijo Madelaine—. Y sí, está herido.

—Necesita caramelos —murmuró Adele. Incluso Patrick se rio, aunque el movimiento le causó dolor.

—Llevémoslo al carruaje —dijo Dante.

—Os ayudaré. —Samuel dio un paso hacia delante.

Un chillido sonó desde dentro de la casa.

—¡Patrick !—La duquesa de Wilnington salió corriendo por la puerta. Atrás había quedado la fría y elegante anfitriona social. Sus ojos azules ardían de furia enloquecida cuando pasó por encima del cuerpo del chef francés muerto y se apresuró a llegar al lado de su hijo, cayendo de rodillas junto a él—. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué estás aquí? Se suponía que no debías de estar aquí…

A pesar de su evidente dolor, Patrick logró mantener una mirada acerada.

—Mi hermano estaba en peligro, madre. ¿Qué otra cosa querías que hiciera?

—¡Tu hermano! —espetó ella—. ¿Cómo puedes llamarlo así? Tú eres mejor que él.

—No —susurró Patrick, con el dolor vidriándole los ojos—. No lo soy—.

—¡No te mueras! Patrick, ¡no te mueras! —Los ojos de su hijo se cerraron y su cabeza cayó hacia atrás. La duquesa echó la cabeza hacia atrás y gritó.

Madelaine se estremeció ante el lamento desgarrador e intentó tapar los oídos de Adele.

—No está muerto, Amelia. —Dante se adelantó—. Solo está inconsciente por la pérdida de sangre.

—¡Has matado a mi hijo! —La duquesa se puso en pie de un salto y se lanzó sobre él, arrebatándole la pistola de su relajado agarre. Le dio un empujón que lo desequilibró, haciéndolo caer al suelo. Luego, giró y apuntó con el cañón a Madelaine y Adele—. Mataste a mi hijo —siseó—. Así que yo mataré a la tuya.

—¡No! —gritó Dante, poniéndose en pie. Saltó hacia la duquesa. La pistola se disparó cuando la abordó y alguien gritó. Se desenredó de la mujer caída y se volvió, seguro de que vería a su familia tendida en un montón ensangrentado.

Pero Madelaine permanecía intacta, abrazando a una Adele que lloraba. Samuel yacía desparramado en el suelo, a sus pies.

Mientras Harris se hacía cargo de la histérica duquesa, Dante corrió hacia donde yacía su amigo, sangrando en el suelo. Una mancha roja se extendía por el centro de su chaleco de satén rosa.

—Un disparo en las tripas —susurró Samuel, y luego tosió—. ha arruinado mi chaleco—.

—Eso te pasa por elegir el rosa. —Dante rasgó la prenda para ver la herida. La sangre

manaba sin cesar de la herida innegablemente mortal.

—Se tiró delante de nosotros —dijo Madelaine en voz baja.

—¿Intentando ser el héroe otra vez? —preguntó Dante, pero notó que la voz se le quebraba —. Siempre tienes que impresionar a las damas.

—Y lo ha hecho —dijo Madelaine—. Si sirve de algo, te perdono. Gracias por salvarle la vida a mi hija.

Dirigió a Dante una mirada de profundo dolor y luego se llevó a Adele lejos del derramamiento de sangre.

—Ella quería matarte —susurró Samuel.

—No intentes hablar. —Dante se quitó el abrigo y lo hizo un gurruño. Luego, lo deslizó con cuidado bajo la cabeza de Samuel.

—No queda mucho tiempo. —Samuel alargó la mano y agarró la de Dante—. Hace cinco años… me pidió que te matara.

—Samuel, no tienes que…

—Sí, tengo que hacerlo. —Tragó con fuerza—. No pude hacerlo. Fingí tu muerte. Te envié lejos. —Intentó sonreír.

—Eres mi mejor amigo—. Consiguió que Adminton te apadrinara en la Sociedad, ¿verdad?

—Sí. —Tosió y le goteó sangre de la boca—. Yo estaba... en una situación desesperada. Los prestamistas iban a matarme.

—Así que hiciste el trabajo sucio de la duquesa, pero en vez de matarme, me condenaste al infierno a bordo del *León Rojo.*

Samuel esbozó una pequeña sonrisa.

—Sabía que sobrevivirías. —Sus ojos se cerraron.

—¡Samuel! Dante lo sacudió y los ojos de su amigo volvieron a abrirse.

—Siento lo de… la carta.

—¡No importa la maldita carta!—Me ocupé de Adele por ti. —Samuel jadeó—. La perra nunca la vio. Me dijo que me la llevara, pero… —Le sobrevino un ataque de tos, la sangre le burbujeaba en los labios.

—¡Maldita sea, Samuel!

Samuel le dedicó la más suave de las sonrisas.

—Tú ganas la partida, Luce. Mejor así. Al menos tú… no… tendrás que matarme… al amanecer…

Sus palabras se desvanecieron, sus ojos mirando al cielo mientras el aliento salía lentamente de sus pulmones.

Luego, silencio.

La pena se hizo palpable, escociéndole los ojos con lágrimas poco viriles. Extendió una mano temblorosa y cerró con suavidad los ojos sin vida de Samuel.

Los Hermanos del Infierno ya no existían.

—Señor Tremont —dijo Harris en voz baja—, debemos llevar al duque a un médico.

—Por supuesto. —Aclarándose la garganta y parpadeando para alejar la humedad de sus ojos, Dante se puso en pie y se volvió hacia su hermanastro herido. Patrick había recobrado el conocimiento y le observaba sombrío.

—Lo siento, Dante —dijo con auténtica simpatía.

—Yo también. —Dante colocó el brazo no herido de Patrick alrededor de sus hombros y lo ayudó a ponerse en pie. Harris acompañó a la duquesa, que miraba al frente como si estuviera en

trance. Harris le había atado las manos a la espalda.

—Llevaré a esta en el carruaje del duque, si a Su Alteza le parece bien —dijo Harris. Patrick asintió—. Y si pudiéramos trasladar a su amigo a la casa, enviaré a un hombre a por él y a por el francés.

—Enviaré a mi cochero para que lo ayude. —Dante lanzó una última mirada al cuerpo inmóvil de Samuel—. Yo me encargaré de los preparativos del funeral del señor Hellman.

—Muy bien, señor Tremont. —Harris condujo a la duquesa a la parte trasera de la casa, donde la esperaba su transporte.

—Mi madre no está bien —murmuró Patrick, mientras avanzaban lentamente por el camino hacia el carruaje de Dante.

—El odio corroe a algunas personas con el paso de los años.

—Es generoso por tu parte decir eso, teniendo en cuenta que ha intentado matarte más de una vez. —Patrick emitió un silbido de dolor al pisar una roca y sacudirse el hombro herido—. Yo me encargaré de mi madre. Tengo una finca en Escocia donde puedo encerrarla. No volverá a hacerle daño a nadie.

—Siento que haya acabado así.

—Yo también. —Patrick dejó de caminar, obligando a Dante a detenerse con él—. Dante, sé que no tengo derecho a pedirte esto después de lo que hizo mi madre, pero como cabeza de familia debo pensar en el apellido Wilnington. Hablaré con Harris sobre lo que ha pasado hoy, pero ¿tú también guardarás silencio, por el bien de la reputación de nuestra familia?

—¿Nuestra familia?

—Sí, nuestra familia. —Patrick sonrió—. No se me ocurre nadie a quien preferiría tener por hermano.

—¿No querrás decir medio hermano?

—No. —Patrick apretó el hombro en el que apoyaba—. Quiero decir hermano.

—Por supuesto que guardaré silencio. —Empezó a caminar de nuevo, obligando a Patrick a acompañarlo—. Ya he terminado de escandalizar a la familia, por si no te habías dado cuenta.

—Qué aburrido.

Dante se rio.

—Si hay algo que mi matrimonio no es, es aburrido.

—Envidio a tu esposa. —Patrick soltó una risa débil—. Es una mujer increíble.

—Me considero afortunado de tenerla.

—Parece que tienes mejor gusto para las novias que yo. Ahora, si quiere compartir algunos de tus secretos respecto al sexo débil con tu querido hermano...

Dante se rio entre dientes.

—Tal vez cuando crezcas, Alteza.

Estaban casi llegando al carruaje cuando Madelaine abrió la puerta de golpe, con el rostro arrugado por la preocupación por Patrick. Su preocupación se alivió visiblemente cuando se dio cuenta de que el joven duque caminaba por su propio pie. Pero, entonces, volvió la mirada hacia su marido. En un momento compartido de comunicación silenciosa, ella comprendió lo que había sucedido, lo que él sentía.

Se acercó para ayudarlo con Patrick, metiendo el brazo por la cintura de su hermano en el lado opuesto. Por encima de la cabeza inclinada de Patrick, le envió una mirada de profunda compasión, luego le dio un rápido apretón en el brazo antes de volver toda su atención a su hermano.

Dante respiró de forma entrecortada y sintió que parte de la pena se desvanecía. Sin duda,

era un hombre afortunado.

Epílogo

Madelaine lo encontró en el estudio, con la mirada fija en el fuego, como de costumbre.

El funeral de Samuel había sido ese mismo día, y los únicos asistentes habían sido Dante, Patrick y ella misma. Dante se estaba tomando muy mal la muerte de Samuel, aunque, al parecer, matar a un rival en un duelo de honor era muy distinto a que un amigo se sacrificara para salvar a tu mujer y a tu hijo.

Se acercó a él y apoyó una mano en su hombro. Levantó la vista, respirando hondo mientras se sacudía la melancolía.

—¿Está Adele en la cama?

—Profundamente dormida. —Ella se deslizó en su regazo, enlazando sus brazos alrededor de su cuello—. Ahora es el momento de llevarte a ti a la cama.

La levantó en brazos.

Ella se rio y se aferró a él, pero al cambiar su agarre, algo se clavó en su muslo.

—Oye, ¿qué tienes en la mano?

—Solo una vieja pieza de juego. —Abrió los dedos y dejó caer la reina blanca del ajedrez sobre la alfombra—. Ya no la necesito.

—¿Ganaste la partida? —preguntó ella de forma coqueta mientras él la llevaba hacia la

puerta.

—Creo que sí. —La arrastró fuera del estudio hacia las escaleras—. Y tú eres mi premio.

Su risa encantada resonó por toda la casa mientras él la llevaba a su alcoba.

En el estudio, la reina blanca brillaba a la luz del fuego, olvidada.

—¿Ah, sí? —Un brillo malvado brilló en sus ojos, calentándole el corazón. Mientras no dejara de mirarla así, estarían bien.

—A menos que quieras acurrucarte junto al fuego. —Ella se retorció en su regazo, bien consciente del efecto que su cuerpo, vestido de seda, tenía sobre él.

Tiró de forma juguetona del nudo que envolvía su cuello, despegando la prenda de encaje para revelar el elegante camisón de seda que había debajo.

—Me gusta acurrucarme.

—A mí también. —Ella metió la cabeza en el hueco de su hombro mientras él pasaba la mano por la curva de su cadera.

—Mi padre también está cómodamente instalado. El doctor Wells cree que podría ayudarlo.

—Buenas noticias, sin duda. —Arrastró la mano hacia arriba para ahuecarle suavemente un pecho.

Un suspiro tembloroso escapó de sus labios.

—¿Te he dado las gracias —preguntó ella sin aliento—, por traer a mi padre a Londres?

—Sabes, no creo que lo hayas hecho. —Él sonrió, acariciándole el pezón con el pulgar.

—¿Qué puedo hacer? —Ella le besó el cuello— …para demostrar… —Ella le besó la oreja — …mi gratitud? —Su boca se encontró con la de él en un beso que notó hasta en los dedos de los pies.

Sus labios se separaron lentamente y Dante la miró a los ojos, los suyos serios e intencionados.

—Dame un hijo —susurró—. Déjame observarte a través de todas las etapas de tu embarazo. Déjame ser testigo de lo que me perdí con Adele.

El corazón se le derritió en el pecho y le acarició el rostro con ternura.

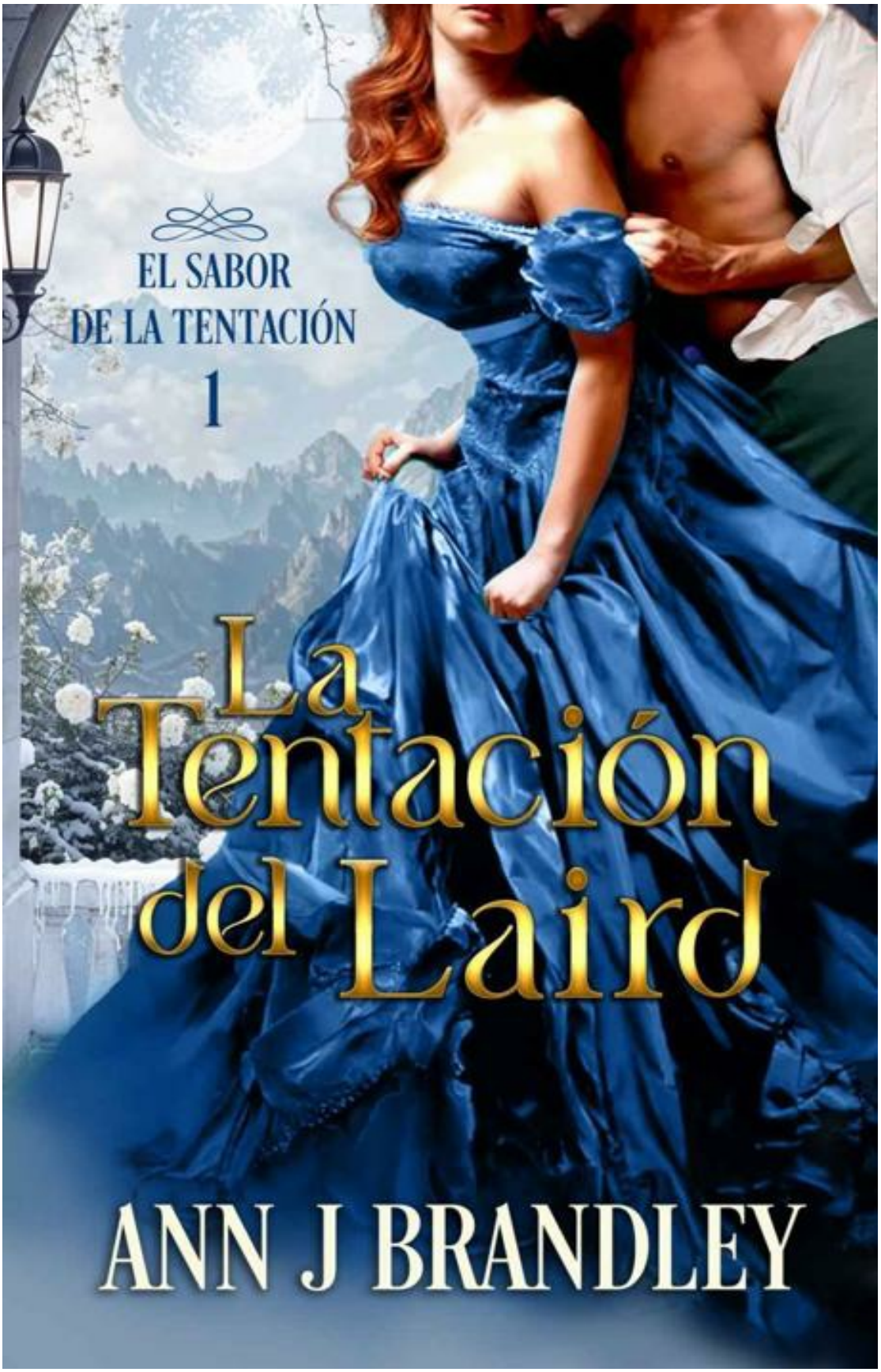
—Me encantaría darte un hijo. —Sus labios se curvaron—. Pero ¿y si es una hija?

Arqueó las cejas con una sonrisa pícara y se puso en pie.

—En ese caso, te encerraría en nuestra recámara las veces que fuera necesarias para asegurarme que se cumpliera tu deseo.

Ambos sonrieron y supieron con solo una mirada, que él le daría todo lo que ella deseara. Incluido su corazón.

Próxima serie de la autora


EL SABOR
DE LA TENTACIÓN
1
La Tentación del Laird
ANN J BRANDLEY

La Tentación del Laird

Estaban predestinados a estar juntos, aunque ella se empeñara en negarlo. Incluso cuando ardía de deseo estando a su lado. Pero, ¿caería en la tentación?

La señorita Shannon Herley ya ha decidido cómo será su vida. Tiene al pretendiente adecuado, aunque no sea muy guapo, y una dote que la hace muy deseable. Solo hay un problema…el guerrero escocés que aparece en sus sueños y la hace arder de deseo.

Todo parece producto de su imaginación hasta que ese hombre aparece frente a ella presentándose como Laird McBride.

Como Laird de los McBrid, Kinner tiene un deber con su pueblo. Debe casarse con la señorita Herley, aunque ella se resista a este casamiento. Para conseguirlo decide seducirla, sin percatarse de lo peligroso que puede resultar el juego de la tentación.

Notas

[1] En inglés significa afortunado.